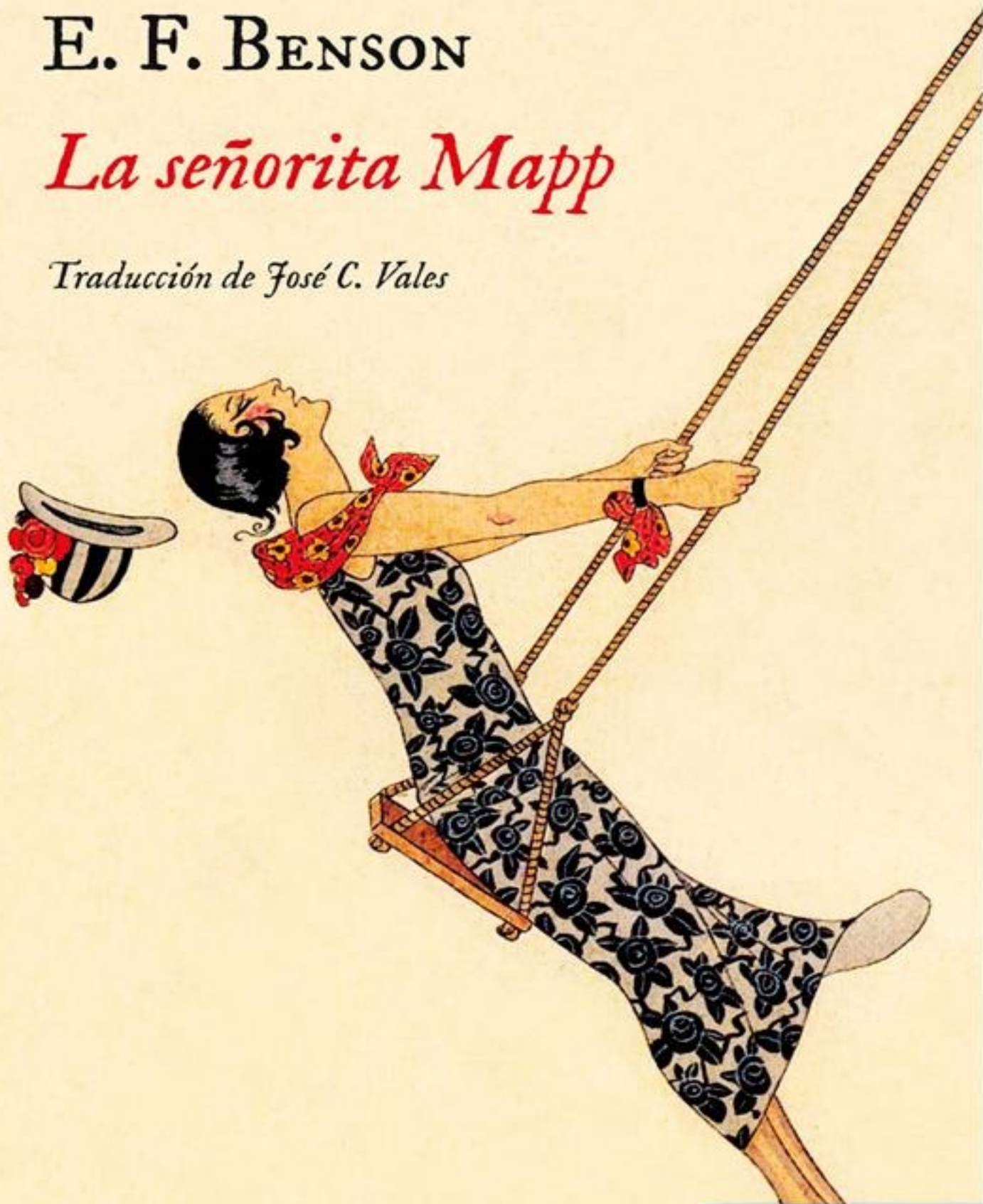


E. F. BENSON

La señorita Mapp

Traducción de José C. Vales



Lectulandia

La señorita Mapp (a la que ya conocimos en la soberbia Mapp y Lucía) es una de las más excéntricas damas villanas de la comedia British. Reina y señora del pueblecito costero de Tilling, a cuyos habitantes maneja con mano de hierro en guante de terciopelo, la señorita Mapp es avara, intrigante y rencorosa, además de una cotilla de cuidado. Una mujer, en suma, tan fascinante y letal como una cobra. En Tilling someterá a padecimientos sin cuento a su círculo social: el mayor Benjamin Flint, obsesionado con el whisky y el golf, y con quien la señorita Mapp lleva años intentando casarse sin éxito; su secuaz, el capitán Puffin, un don nadie que se ahoga en un vaso de agua; el discreto señor Wyse, que mantendrá una relación no tan discreta con la pretenciosa Susan Poppit, miembro de la Orden del Imperio Británico y as del bridge; la desgraciada Godiva Plaistow o el «Padre», un sacerdote que está convencido de que habla en escocés.

«Pagaríamos todo lo que nos pidieran por los libros de Mapp y Lucía».

Noël Coward, Nancy Mitford y W. H. Auden

Lectulandia

E. F. Benson

La señorita Mapp

Mapp y Lucía - 2

ePub r1.1

Titivillus 26.09.15

Título original: *Miss Mapp*
E. F. Benson, 1922
Traducción: José C. Vales
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA





La señorita Mapp



E. F. Benson

Traducción del inglés a cargo de
José C. Vales



PREFACIO

Me detuve junto a la ventana del cenador de piedra, desde la que tantas veces — y tan maliciosamente— la señorita Mapp había mirado a la calle. A la izquierda, podía contemplarse la fachada de su casa; justo enfrente, la empinada calle empedrada y apenas un resquicio de High Street al fondo; a la derecha, la iglesia y las ruinas de lo que aún conservaba el aspecto de una chimenea.

La calle estaba abarrotada y, aunque me afané en identificar alguno de aquellos paseantes rostros, no pude encontrar a nadie que se pareciera ni por lo más remoto a aquellas personas a las que ella solía espiar.

E. F. BENSON
Lamb House, Rye

La señorita Elizabeth Mapp aparentaba unos cuarenta años, y había aprovechado esa circunstancia para restarse un par de ellos. Su rostro lucía un saludable color rosado y en él habían dejado huella la curiosidad crónica y la iracundia; pero estas emociones tan vivificantes también le habían permitido desarrollar una asombrosa actividad mental y corporal. Semejantes características explicaban aquella relativa inmadurez que se le habría achacado en cualquier sitio, salvo en el encantador pueblecito en el que vivía desde hacía mucho tiempo. Ese fastidio casi permanente, y las más ominosas sospechas respecto a todo el mundo, habían logrado conservarla joven y activa en extremo.

Aquella calurosa mañana de julio, la señorita Mapp permanecía sentada, como una gran ave de presa, junto a la espléndida ventana de su cenador de piedra; el amplio arco que la conformaba le ofrecía un estratégico ángulo de visión que le resultaba extraordinariamente útil para sus propósitos. Aquella pequeña edificación de su jardín, diáfana y espaciosa, se había construido en ángulo recto respecto a la fachada de la casa principal, y estaba orientada directamente a la interesantísima calle que desembocaba, en su extremo inferior, en High Street, la calle principal de Tilling. Frente a la puerta de la casa, la calle giraba bruscamente de tal modo que, cuando la señorita Mapp se encontraba en aquel mirador, su propia casa quedaba justo a la izquierda. La calle descendía al frente, mientras que a la derecha podía dominar una amplia perspectiva de esa misma calle, que terminaba en el cementerio abandonado que rodeaba la monumental iglesia normanda de Tilling, que tenía poco de monumental para la señorita Mapp, pues no estaba especialmente interesada en los viejos y poco apasionantes edificios antiguos, aunque alguien que sí estuviera interesado en la iglesia podría obtener abundante información en cualquier guía turística.

Mucho más apasionante para su espíritu resultaba el hecho de que entre la iglesia y su estratégica ventana se encontrara el *cottage* en el que vivía su jardinero. De esta manera, cuando otros asuntos no requerían su atención, su escrutadora mirada podía interceptar si el susodicho jardinero acudía a arreglar su jardín antes de las doce o volvía a retrasarse hasta la una. Aquel hombre no tenía escapatoria, no podría escabullirse, pues debía cruzar, forzosamente, la calle por delante de las mismísimas narices de la rapaz señorita Mapp. Del mismo modo, la señorita Mapp podía observar si algún miembro de aquella familia de desharrapados salía alguna vez por la puerta de su jardín cargado con alguna cesta sospechosa, que bien podía contener frutas y hortalizas «de contrabando». El día anterior, sin ir más lejos, había tenido que salir corriendo, con una amenazadora sonrisa en los labios, para detener a un golfillo, cargado hasta arriba de hortalizas, e interrogarle sobre el contenido de «su preciosa cestita». La realidad es que al final resultó que la preciosa cestita tan solo contenía una de las redes que cubría los fresales y que el muchacho se la llevaba para que la mujer del jardinero la arreglara; así que, esta vez, no

había riesgo de robo y bastaba con que la señorita Mapp controlara que la red regresaba a su jardín a su debido tiempo. Todos estos procesos los ejecutaba la señorita Mapp desde una ventana lateral del cenador, desde la que dominaba los lechos de fresas; podía observarlo todo de cerca sin peligro, porque la ocultaban las grandes ramas y las hojas de una higuera, y así podía espiar sin que nadie pudiera espiarla a ella.

Por otro lado, hacia la derecha, la calle que subía hacia la iglesia no tenía nada de particular que reseñar (salvo los domingos por la mañana, cuando la señorita Mapp tenía la oportunidad de elaborar un listado prácticamente completo de los que acudían a los servicios religiosos), porque en las humildes moradas que se alineaban en esa parte de la calle no residía nadie que tuviera un verdadero interés para ella. A la izquierda, queda ya descrito, descansaba la fachada de la casa principal, en ángulo recto desde la estratégica ventana, y era desde esa atalaya desde donde podían hacerse —y vaya si se hacían— la mayor parte de las observaciones útiles.

Y desde la ventana que daba al interior de la casa, oculta tras una cortina medio descorrida como por descuido, la vigilante mirada de la señorita Mapp tenía acceso al trabajo de la criada. De un solo vistazo, podía saber si esta se asomaba por la ventana, si se dedicaba a hablar con alguna conocida que pasara por la calle o si saludaba a alguien agitando el plumero. Rápida y veloz, en cuanto descubría alguno de esos gestos, la señorita Mapp efectuaba un avance por el flanco, por sorpresa, ascendía los pocos peldaños del jardín y entraba, sigilosa, en la casa. Entonces, subía sin hacer ruido las escaleras, y sorprendía con las manos en la masa a la transgresora en sus escarceos domésticos. Pero todo aquel espionaje, a derecha e izquierda, carecía en realidad de emoción e interés, y eran minucias en comparación con los tremendísimos hallazgos que diariamente, y a cada hora, aquella avezada observadora interceptaba en la calle que transcurría, ajena, ante su mirador.

Pocas cosas había que guardaran relación con los avatares sociales de Tilling que no se hubieran comprobado fehacientemente, o al menos se hubieran sospechado con cierto fundamento, desde la percha de la señorita Mapp, propia de un águila vigilante. Un poco más abajo de su casa, a la izquierda, se encontraba la residencia del mayor Flint, con su ladrillo rojo georgiano —idéntico al que cubría la residencia de la propia Elizabeth Mapp—; y enfrente se erigía la del capitán Puffin. Ambos permanecían solteros, aunque todo el mundo daba por hecho que el mayor Flint había protagonizado algunas aventuras amorosas en su juventud que cualquiera calificaría de asombrosas. De hecho, siempre cambiaba precipitadamente de conversación cuando se mencionaba cualquier asunto relacionado con duelos y desafíos de honor. Así pues, no era del todo descabellado deducir que había intervenido en algún lance en el que se habría derramado sangre. A estas conjeturas románticas se añadía el hecho de que, cuando venía el tiempo húmedo y reumático, se le embotaba mucho el brazo izquierdo, y se le había oído decir que «la herida» le estaba empezando a molestar. ¿Qué tipo de herida era aquella? Eso nadie lo sabía con certeza: podía haberse tratado de la marca de una vacuna o del tajo de un sable, pues después de decir que la herida le molestaba, invariablemente añadía: «¡Bah, es lo menos que se puede esperar en un veterano!»; y, aunque a continuación podía hablar sin cesar de los militares veteranos, corría un tupido velo sobre sus antiguas campañas. Que

había prestado servicio en la India, en realidad, era bastante probable, porque se refería a la comida como «almuerzo matutino», que era una expresión militar de las colonias, y llamaba a su criada con la exclamación «¡Qui-hi!»^[1]. Teniendo en cuenta que la criada en realidad se llamaba Sarah, era evidente que aquello era una reminiscencia de su etapa en los barracones. Cuando no estaba furioso, su conducta hacia sus congéneres varones era campechana y efusiva; y estuviera furioso o no, se dirigía hacia la damiselas o las mujeres hermosas siempre galante y pomposo en extremo. Desde luego, era de dominio público que llevaba un rizo de cabello femenino en un pequeño guardapelo de oro, atado a la cadena de su reloj, y lo habían visto besándolo cuando —haciendo gala de una llamativa negligencia— pensaba que nadie lo estaba observando.

Cuando tomó asiento junto a la ventana aquella soleada mañana de julio, la mirada de la señorita Mapp se detuvo un instante en la casa del mayor (no sin antes lanzar una mirada de asco a la fotografía de la contracubierta de su periódico ilustrado matutino, que generalmente mostraba a jóvenes muchachas bailando en corro, jugueteando en las revoltosas olas, o tumbadas en la playa en actitudes que la señorita Mapp prefería no definir). Ni el mayor ni el capitán Puffin eran muy madrugadores. De hecho, en ese momento pudo oír un nítido gruñido amortiguado que su avezado tímpano interpretó claramente como la llamada del mayor a la criada: «Qui-hi!».

—Vaya, así que el mayor acaba de bajar a desayunar —dedujo automáticamente la señorita Mapp—, y ya son casi las diez. A ver... martes, jueves, sábado... hoy tocan gachas matutinas.

Su inquieta mirada viró entonces hacia la casa que estaba justo frente a aquella en la que se desayunaban gachas. Justo entonces, una mano se asomaba por una de las ventanas del piso de arriba y depositaba una esponja en el alféizar. De inmediato, la que parecía la misma mano surgía de nuevo del interior y aseguraba la esponja, como para impedir que saliera volando y cayera a la calle. Por consiguiente, era evidente que el capitán Puffin se había levantado un poco más tarde que el mayor Flint aquella mañana, aunque siempre se afeitaba y se cepillaba los dientes antes del baño, así que apenas había unos minutos de diferencia entre ambos.

La agitación general y el ajetreo diario en Tilling —como ocurre con los paulatinos estallidos de vida palpitante de las crisálidas nocturnas, con los apresuramientos de las señoras del pueblo con sus cestas de mimbre en la mano para las compras, con el éxodo de los hombres para coger el tranvía de las 11.20 de la mañana en dirección al campo de golf, y con otras obligaciones y devociones del día— no entraban en su apogeo hasta las diez y media al menos; así que la señorita Mapp tenía tiempo de sobra para echarle una ojeada a los titulares del periódico y entretenerse en necesarias y castas meditaciones respecto a los ocupantes de aquellas dos casas antes de tener que volver a ocupar su lugar junto a la ventana para no perderse ningún detalle.

De los dos, el mayor Flint era, sin ninguna duda, el más atractivo para las féminas. Durante años, la señorita Mapp había intentado engatusarlo para que se casara con ella, y, desde luego, aún no se había dado por vencida. Con su historial aventurero, con el tufillo a India (y a alcanfor) en las alfombras de piel de tigre que cubrían el suelo de su vestíbulo y se elevaban sobre los rodapiés de las paredes como las olas que trae la pleamar,

con sus modales altaneros y galantes, con sus contundentes y despectivos «¡buah!» y sus desdeñosos comentarios ante las «bobadas y tonterías que suelta la gente», con sus golpetazos en la mesa para hacer hincapié en alguna argumentación, con su herida de misterioso origen y sus prodigiosos golpes en el campo de golf, con su intolerancia ante cualquiera que creyera en los fantasmas, en los microbios o en la dieta vegetariana, el mayor Flint se presentaba ante las damas dotado de cierta apostura y cierto aire aventurero. En su presencia, las damas sentían que estaban frente a un pedazo de carbón ardiente que se hubiera transportado ante ellas directamente desde los hornos de la Creación.

El capitán Puffin, por otro lado, era de una pasta tan diferente que apenas se podría decir que fuera de ninguna pasta en absoluto. De muy baja estatura, hacía avanzar su escuálida constitución a base de trompicones causados por una cojera que no hubiera podido disimular. Lo que sí podía ocultar era su hombría, a base de los abalorios y trajes de nativos de Papúa que guardaba en el vestíbulo y que contrastaban forzosamente con las tradicionales pieles de tigre que adornaban la casa del mayor Flint. Para colmo, exhibía unos modales funcionariales y escasamente cortesés, y de su garganta no salía más que una ridícula voz aflautada. Sin embargo, a ojos de la señorita Mapp, había algo detrás de aquella vulgaridad que destilaba un cierto misterio (desde luego, ese algo tenía que estar *detrás*, porque nada aparecía a primera vista). Nadie podía afirmar que el mayor Flint, con sus gritos y sus desprecios, fuera ni por asomo misterioso; siempre ponía todas sus cartas sobre la mesa, todos los reyes y todos los ases. Sin embargo, en el caso del capitán Puffin, la señorita Mapp no se atrevía a asegurar que su enclenque vecino no tuviera algún comodín que pudiera sacar de la manga y dejar pasmado a cualquiera que lo estuviera observando en ese momento. La idea de convertirse en la señora Puffin no le resultaba tan atractiva como la de presentarse como la esposa del mayor, pero de vez en cuando, solo por si acaso, le dedicaba alguna que otra leve consideración.

Además, otro misterio rodeaba a aquellos dos hombres, a pesar de que tenía perfectamente controlados la mayoría de sus movimientos. Como si se tratara de una ley inquebrantable, los dos caballeros iban juntos a jugar al golf todas las mañanas, se echaban la siesta por la tarde (como podía comprobar fácilmente cualquiera que pasara por delante de sus casas un día tranquilo y escuchara los rotundos y rítmicos ronquidos que rasgaban el aire vespertino). Por supuesto, iban a tomar el té y a merendar después, y jugaban al *bridge* hasta que llegaba la hora de cenar. Si tal entretenimiento no les parecía suficiente, acudían al club de campo y pasaban horas acomodados en sus mullidos sillones, o añadían a su repertorio sucesivas partidas de billar. Aunque las meriendas eran muy frecuentes en Tilling, no era frecuente salir a cenar fuera; los solitarios o los puzzles y rompecabezas ocupaban la hora o las dos horas que transcurrían entre la cena en casa y la hora de irse a la cama. Sin embargo, una y otra vez, la señorita Mapp había visto luces encendidas en el salón de aquellos dos vecinos a una hora en la que esas luces, como todo el mundo sabía en Tilling, debían quedar estrictamente confinadas a los dormitorios, y ni siquiera eso.

Aquella última semana, sin ir más lejos, desvelada por alguna indigestión inexplicable (de la cual había culpado a una pequeña manzana verde que se había zampado justo

después de la cena), la señorita Mapp había observado, a través de las cortinas, algunas luces encendidas en el salón del capitán Puffin. Y a las doce y media de la noche, nada menos. Aquel descarado suceso había excitado tanto sus nervios que, a riesgo de caerse por la ventana, había estirado el cuello para comprobar que la casa del mayor Flint también estaba iluminada. Así que no estaban juntos, porque en ese caso cualquier propietario prudente (y Dios sabía que ambos eran cicateros con el dinero y tacañeaban todo lo que podían, y, aunque Él no lo supiera, por supuesto que la señorita Mapp no lo desconocía) hubiera apagado las luces de su casa antes de salir, si tuviera la intención de acudir a casa de su amigo para mantener allí una charla alegre y despreocupada a esas horas. A la noche siguiente, cuando las punzadas de la indigestión habían desaparecido ya por completo, pudo comprobar que el fenómeno se repetía, gracias al despertador que había fijado a aquellas mismas horas intempestivas. Las altas horas de la noche, por supuesto, son propicias para las refacciones nocturnas; pero ¿por qué a esas horas?, se preguntaba con ansia la señorita Mapp, ¿por qué precisamente a esas altas horas de la noche? Por supuesto, ambos se regían por el horario de verano, aunque la mayoría de los habitantes de Tilling se negaban en redondo a cambiar la hora solo porque el señor primer ministro Lloyd George^[2] así lo hubiese dispuesto; pero aunque así fuera... Entonces se dio cuenta de que esas horas serían más tardías si cabe para aquellos traidores que habían resuelto adherirse al horario de verano, así que aquello no era excusa.

La mente de la señorita Mapp no había sido diseñada para creer en lo improbable, y la explicación que justificaba que los dos hombres estuvieran despiertos a tales horas de la noche no era muy creíble precisamente. Cuando se le preguntaba, el mayor Flint siempre respondía que estaba revisando «sus diarios», y que el único momento del día que podía encontrar para esa tarea, en aquel delicioso torbellino de vida en Tilling, era cuando se retiraba a la quietud de su casa por la noche. El capitán Puffin, por su parte, aseguraba que se ocupaba de saciar una curiosidad propia de un erudito estudiando la historia antigua de Tilling, sobre la que estaba preparando un extenso ensayo. Si se lo permitían, podía pasarse más de una hora hablando sobre el proyecto de recuperación del terreno de las marismas del sur de la localidad, o sobre la vieja calzada romana construida sobre un terraplén elevado, de la cual aún quedaban algunos restos. Pero que siguieran con sus trabajos y estudios hasta tan altas horas denotaría, a juicio de la señorita Mapp, una vanidad sin precedentes por parte del mayor Flint, y un amor por las antigüedades — también sin precedentes— por parte del capitán Puffin (sobre todo al precio que estaba el gas últimamente). No; la señorita Mapp intuía cuál era la verdad, aunque aún no había decidido cuánto de verdad había en esa verdad. Mentalmente, rechazó la idea de que la vanidad (aun en estos días tan prolijos en diarios y autobiografías) y las antigüedades explicaran tanto estudio nocturno; rechazó esa hipótesis con la misma benéfica y saludable intolerancia con la que un estómago recio y sano rechaza una comida en mal estado, y no se dejó intoxicar reteniendo aquellas malévolas patrañas en su mente más tiempo del estrictamente necesario. Así que no es de extrañar que decidiera utilizar los binoculares de aluminio ligero (que llevaba a la ópera para no pasar por alto ningún detalle que tuviera lugar en el escenario, y menos aún entre los —en apariencia— atentos espectadores) para confirmar si era Isabel Poppit la que subía con aquel paso ligero

pavoneándose por High Street y entraba en la papelería y exclamara para sí misma, por tricentésima sexagésima quinta vez después de desayunar: «Resulta de lo más desconcertante...». Precisamente, aquel día se cumplía un año exacto desde que hubiera avistado por vez primera aquellos reflejos nocturnos en las persianas de sus vecinos. En realidad, «desconcertante» era una palabra que surgía con muy poca frecuencia en la cháchara de la señorita Mapp, y por lo tanto se trataba de un hecho sin precedentes que hubiera estado aplicándole, una y otra vez, tal expresión a un mismo asunto durante todo un año sin lograr desentrañar las auténticas razones por las cuales aquello resultaba tan «desconcertante». Aun así, tal chaparrón de tan desconcertante adjetivo no logró enturbiar ni un ápice su pura e inmaculada forma de expresarse.

El ajeteo ya había comenzado; la señora Plaistow, con su cesta de mimbre bajo el brazo, apareció tras doblar la esquina de la iglesia, y se dirigió hacia la ventana de la señorita Mapp. Desde hacía algún tiempo existía entre ellas cierta frialdad (precedida por una violenta rencilla y su ulterior sofocón) causada por cierta tela de un tono rojo vivo que cierto pañero olvidadizo le había vendido a la señora Plaistow tras habérsela prometido, firme y entusiasta, a la señorita Mapp. Pero dada la benevolente generosidad de la señorita Mapp, esta ni siquiera se molestaba en recordar los sórdidos detalles de aquella miserable apropiación. El sofocón había remitido en buena medida, y la señorita Mapp estaba perfectamente dispuesta a dejar que la frialdad cediera lugar a la cálida temperatura de la cordialidad, siempre y cuando la señora Plaistow le devolviera aquella pieza de tela. En público, fingían haber reanudado una relación amistosa, y dado que la frialdad había durado aproximadamente seis semanas, era probable que aquella pieza de tela ya se hubiera incorporado a la cenefa de un jersey de la señora Plaistow o a una de sus bufandas, en cuyo caso la señorita Mapp exigiría recibir una disculpa en toda regla. Así que cuanto más se aproximaba la señora Plaistow, más invisible se hacía a los ojos de la señorita Mapp, y cuando la mujer empezó a saludarla desde lejos, su figura ya había desaparecido por completo para la señorita Mapp. Al mismo tiempo, la señorita Poppit salía de la papelería y avanzaba por High Street.

La señora Plaistow dobló la esquina bajo la ventana de la señorita Mapp, y avanzó bamboleándose mientras bajaba la empinada cuesta. Al caminar, sin saberlo, imitaba el contoneo de esas muñequitas andarinas que venden en la calle, esas con un mecanismo de tres patas como radios en una rueda. Los pies de la señora Plaistow, sin sospecharlo, salían por debajo del vestido con una regularidad alemana y envarada, y su figura poseía cierta rechoncha esfericidad que cuadraba mucho con esa manera de andar. La señorita Mapp observó con todo detalle a la señora Plaistow mirando por la ventana del salón del capitán Puffin cuando pasó por delante, y con aquellos modales juveniles tan fuera de lugar, y tan típicos de ella, agitó aquella mano gordezuela hacia el interior. En la esquina siguiente, junto a la casa del mayor Flint, pareció titubear un momento, y luego dio la vuelta para entrar por una calle lateral, donde vivía el señor Wyse. El dentista también vivía allí, y como el señor Wyse estaba fuera, en Europa, era evidente que la señora Plaistow iba a visitar al dentista. Enseguida, la señorita Mapp recordó que el día anterior, durante la sesión de *bridge* en casa de la señora Bartlett, la señora Plaistow había elegido para comer unos bomboncitos suaves en vez de los rellenos de turrón y almendras.

Aquello proporcionaba más pruebas a favor de una visita al dentista, porque en general una no podía conseguir un bombón de turrón en absoluto si lady Godiva Plaistow^[3] había estado en una sala durante más de un par de minutos. Mientras cruzaba la estrecha calle empedrada, con la hierba verdeando lozana entre las piedras redondeadas, dio un traspié y se recuperó con una pequeña carrerilla hacia delante, y sus pies se movieron a toda velocidad, con la ligereza de un tordo triscando en los zarzales.

Para entonces, Isabel Poppit ya había llegado a la pescadería, tres puertas más abajo de la esquina por la que había desaparecido la señora Plaistow. Sus requiebros se detuvieron entonces durante un instante, y allí permaneció inmóvil, con una rodilla levantada, como la estatua de un caballo con la pata encogida en una cabriola, antes de decidir retomar la marcha. Sin embargo, no fue más allá de la frutería, que estaba al lado, y subió los tres peldaños que daban acceso a la puerta de un solo brinco, con su nariz romana elevada, como olisqueando el aire. Cuando abandonó el establecimiento, en su cesta no se observaba ninguna redondez tan evidente como la de un melón, que delataría a la señorita Mapp lo que había comprado, y regresó a la pescadería de nuevo. Con toda seguridad, no iba a poner el pescado encima de la fruta, y en el preciso instante en que la lúcida inteligencia de la señorita Mapp rechazaba semejante suposición, se le ocurrió la solución acertada: «Hielo», se dijo. Y, en efecto, cuando la señorita Poppit salió de la pescadería, un pico afilado sobresalía de la cesta envuelto en un papel que ya estaba húmedo.

En el momento en que la señorita Poppit subió la calle, Elizabeth Mapp volvió a levantar su periódico, exponiendo la asquerosa foto de las ninfas de Brighton hacia la ventana. Asomándose a hurtadillas tras el periódico, observó que la cesta de la señorita Poppit ahora rezumaba un líquido brillante y sanguinolento, y dedujo que había comprado grosellas rojas. Solo entonces, la diligente inteligencia de la señorita Mapp constituyó la hipótesis de que, junto al hielo, había comprado unas grosellas ligeramente pasadas (o de lo contrario no habrían rezumado el jugo tan rápidamente) con el fin de preparar aquella crema de grosellas helada (la famosa «Locura de Grosellas») de la que se había hartado en la última partida de *bridge* en casa de la señorita Mapp. Aquello era una verdadera canallada, porque la «Locura de Grosellas», una crema helada elaborada con esos frutos rojos, era una invención de la señorita Mapp. Cuando elogiaban aquella bebida, la señorita Mapp siempre contaba que había heredado la receta de su abuela. Era evidente que la señorita Poppit le había declarado la guerra a la abuela Mapp, y había supuesto que el sabor de aquella fruta tan obviamente inferior —fruta que estaba claramente «pocha»— no se apreciaría cuando estuviera congelada. La señorita Mapp solo podía esperar que la fruta de la cesta, que ahora pasaba columpiándose por delante de su ventana, estuviera tan pasada que hubiera comenzado a fermentar. La crema de grosellas fermentadas era asquerosa y tenía un gusto horrible y, si se insistía en tomarla, producía unos efectos gástricos desastrosos. Tal vez fuera necesario que la señorita Poppit experimentara la impopularidad generalizada de Tilling en sus propias carnes para que aprendiera a no traspasar las líneas rojas de la abuela Mapp.

Isabel Poppit vivía con una madre condescendiente y extravagante justo en la esquina de la calle, colindando con el *cottage* del jardinero, y frente a la fachada occidental de la

iglesia. Las Poppit eran relativamente nuevas en Tilling, pues habían llegado hacía solo dos o tres años, y Tilling aún no había dejado de considerarlas un par de personajes bastante sospechosos. Las suspicacias seguían latentes, aunque ya no se mostraban abiertamente. Desde luego, eran ricas, y la señorita Mapp sospechaba que eran unas especuladoras. A su cargo tenían a un mayordomo a quien tenían un considerable temor y que casi siempre solía encogerse de hombros cuando la señora Poppit le daba una orden. Poseían un coche al cual la señora Poppit solía aludir más frecuentemente de lo que sería natural si hubieran estado acostumbradas a tener uno. Además, pasaban un mes de invierno en Suiza, y en Escocia todos los veranos, para «la temporada de los tiros», como apuntó de una manera indescriptiblemente vulgar la señora Poppit. Todas estas circunstancias despertaban muchas dudas, y aunque Isabel se había adecuado a las costumbres de Tilling —hacía las compras personalmente todas las mañanas con su cesta de mimbre, iba a comprar fruta pocha para las cremas heladas, y vestía con ropa hecha a mano, de acuerdo con la costumbre nacida de la buena crianza y las escasas rentas—, la señorita Mapp se temía muy mucho (y lamentándolo enormemente) que esos hábitos no fueran la consecuencia de una casta e instintiva sencillez, sino de la ambición por ser acogidas entre las *viejas familias* de Tilling y ser consideradas como una de ellas. Pero ¿para qué necesitaba un verdadero tillinguense un mayordomo y un automóvil? Y, si eso no era suficiente para arrojar serias dudas sobre la sinceridad de Ye Smalle House (que era el nombre de su casa), aún permanecía muy vívidamente en el recuerdo de la señorita Mapp aquel espantoso momento, no empañado por el transcurso de los años, en el que la señora Poppit rompió el silencio en una comida elegantísima para preguntarle a la señora Plaistow si no le parecía que la sobretasa^[4] representaba una gravosísima carga para «las rentas pequeñas». La señorita Mapp había contenido la respiración en ese instante, como si hubiera sentido un terrible dolor, y después de unos cuantos carraspeos, consiguieron cambiar de conversación. Lo peor de todo, tal vez por ser lo más reciente, era el hecho de que la señora Poppit acabara de recibir el título de miembro de la Orden del Imperio Británico; había añadido aquel detalle también en sus tarjetas de visita, como si quisiera hacer público el escándalo. Toda la beneficencia que había desplegado en relación con el hospital se había reducido exclusivamente a poner su coche a disposición de la institución cuando ella no lo necesitaba; y sin embargo, ni a un solo miembro del Club de Trabajadores de Tilling, que se habían dejado la piel, se les había ofrecido una condecoración siquiera parecida. Ante semejante injusticia, si había alguien que supiera qué había que hacer, esa era Elizabeth Mapp: le había enviado al primer ministro una mordaz misiva explicándole que ella no trabajaba con la esperanza de una distinción, sino por puro patriotismo, tal había sido, desde luego, la reacción de la señorita Mapp. Cuando el nombre de la señora Poppit apareció en las listas de los agraciados, la señorita Mapp escrutó con la mayor diligencia columna tras columna aquellas listas para asegurarse de que ella, la fundadora del Club de Trabajadores de Tilling, no había sido víctima de una ofensa semejante.

La señora Poppit era una trepa, eso es lo que era, pero la señorita Mapp se vio obligada a admitir que había sido muy hábil y astuta. El mayordomo y el coche (que con mucha frecuencia se ponía a disposición de los amigos de su dueña) y los incesantes

almuerzos y meriendas habían resultado muy útiles, al menos para aplacar la fortaleza de Tilling. En vez de matar de hambre a sus ciudadanos, los había atiborrado de comida. Frente a la capitulación del pueblo, la señorita Mapp tenía la impresión de que ella era la única que mantenía la dignidad de las vetustas familias tillinguenses. Ella era, sin ninguna duda, la única representante de una vetusta familia (y una solterona solitaria para ser precisos) que no se había rendido a las Poppit. Naturalmente, no llevaba su lealtad hasta el extremo —por así decirlo— de declarar una huelga de hambre ante los almuerzos y meriendas de las Poppit, porque eso resultaría muy estafalario, una cosa que solo hacen las sufragistas, así que participaba de la hospitalidad de las Poppit todo lo que le era posible, pero (y aquí entraban en acción sus principios) nunca le devolvió la hospitalidad a aquella representante de la Orden del Imperio Británico, aunque de vez en cuando permitía a Isabel visitarla en su propia casa, ocasiones que la señorita Mapp encontraba muy apropiadas para lanzarle constantes ofensas a su invitada.

Aquella recopilación retrospectiva y rencorosa pasó por la mente de la señorita Mapp con rápida y nítida precisión, y no con menor agudeza observaba la marea de acontecimientos de Tilling que, tras el reflujo nocturno, volvía a subir de nuevo y a mostrar su oleaje.

Todos aquellos pensamientos tampoco impidieron que, pocos minutos después de que Isabel Poppit desapareciera tras la esquina, Elizabeth Mapp pudiera escuchar el leve carraspeo tintineante del teléfono de su casa. Se puso en pie de un brinco, pero luego se detuvo en seco junto a la puerta. Con su perspicacia habitual, albergaba graves sospechas sobre el uso que la servidumbre le daba al teléfono: estaba convencida (aunque hasta el momento no había conseguido ninguna prueba fehaciente) de que tanto su cocinera como su criada lo utilizaban para sus asuntos —y a su costa—, y que sus amiguitos habitualmente lo utilizaban para hablar con ellas. Y quizá —quién sabe— su doncella era la peor de todos, porque fingía una estupidez casi increíble respecto a ese aparato, y daba a entender que no era capaz de hablar a través de él o que no entendía lo que decían al otro lado. Puede que dijera todas aquellas tonterías con el fin de despejar las sospechas. En cualquier caso, la señorita Mapp se detuvo junto a la puerta para dejar que alguna de aquellas delincuentes se enredara en una conversación con su novio: luego avanzó ladina y sigilosamente hacia la salita a la que llamaban «salón matinal» (una pequeña dependencia que daba al vestíbulo, y que se utilizaba principalmente para acumular sombreros, abrigos y paraguas), con el fin de cazar a una de ellas con la palabra en la boca o, en cualquier caso, para oír fragmentos de alguna conversación que pudiera proporcionar alguna prueba indiscutible.

Aún no había traspasado la puerta del jardín de su casa cuando vio salir a Withers, la doncella, así que la señorita Mapp comenzó a esbozar una sonrisa y a tararear una cancioncilla. Cuando la doncella se aproximó, amplió su sonrisa y cesó su canto.

—¿Sí, Withers? —preguntó—. ¿Me estabas buscando?

—Sí, señorita —contestó la doncella—. La señorita Poppit acaba de telefonar.

La señorita Mapp se mostró sorprendida.

—Ay, ¿lo puedes creer?, ha sonado el teléfono y ni siquiera lo he escuchado... —dijo—. A lo mejor me estoy quedando sorda, Withers, ahora que me hago vieja. ¿Qué desea

la señorita Poppit?

—Confía en que esta tarde pueda usted acudir a tomar el té y a jugar al *bridge*. Algunos amigos más se pasarán por allí a las cuatro menos cuarto.

Un rayo de brillante luz se iluminó en la mente de la señorita Mapp. Decir que «algunos otros amigos se pasarán por allí» se ajustaba a la ortodoxia de anunciar una velada común a la cual no se le había invitado, y la señorita Mapp supo —como por una especie de revelación divina— que si acudía, se encontraría con que ella era el octavo jugador para completar dos mesas de *bridge*. Cuando el mayordomo abriera la puerta, sostendría, sin ninguna duda, una cuartilla de papel con los nombres de los amigos a los que se esperaba, y si la visita no estaba en la lista, aquel hombre tendría a bien informarle, con una descarada insolencia, de que ni la señora ni la señorita Poppit se encontraban en casa. Y mientras, antes de que el visitante cabizbajo siquiera pudiera darse la vuelta, el mayordomo admitiría en casa a otra visita cuyo nombre sí figuraba debidamente en su papel de referencia. Así que las Poppit pensaban celebrar una velada de *bridge*... Pero, según sus deducciones, la habían invitado en el último momento, claramente para ocupar el lugar de alguien que hubiera contraído la gripe, se le hubiera muerto una tía o se hubiera visto obligado a improvisar un viaje a Londres; esa era precisamente la explicación por la que —como había creído escuchar el día anterior— el mayor Flint y el capitán Puffin solo jugarían un partido de golf ese día y regresarían al pueblo en el tranvía de las 14.20. ¿Para qué buscar más explicaciones, pues, al trozo de hielo y a las grosellas rojas (probablemente pochadas) que había visto comprar a Isabel? Y cualquiera podía saber —al menos la señorita Mapp sí que podía— por qué había ido a la papelería de High Street justo antes. Cartas, barajas.

¿Quién podría ser esa persona a la que esperaban y que al final había fallado a la señora Poppit? Eso ya lo averiguaría más tarde; de momento, mientras la señorita Mapp sonreía a Withers y volvía a musitar su cancioncilla, tuvo que decidir si iba a mostrarse encantada de aceptar la invitación o si, por desgracia, se vería obligada a declinarla. La razón a favor de verse obligada, por desgracia, a declinar la invitación era obvia: la señora Poppit se merecía un desplante por no haberla incluido entre los invitados seleccionados desde el principio, y si declinaba la invitación era muy probable que —siendo tan tarde ya— la anfitriona no pudiera conseguir a nadie más, de modo que una de las mesas de *bridge* quedaría completamente incompleta y, por tanto, inutilizada. A favor de aceptar la invitación estaba el hecho de que disfrutaría de una buena partida de *bridge* y un buen té, y tendría la posibilidad de decir algo desagradable sobre la crema helada de grosellas, y la señorita Poppit se lo tendría bien merecido por intentar plagiar las recetas ancestrales de la familia Mapp.

Finalmente, una idea brillante, feliz y diabólica acudió a la no menos brillante, feliz y diabólica mente de la señorita Mapp. Entonces, se acercó al teléfono, no sin antes limpiar con sumo cuidado el auricular por donde probablemente había respirado Withers.

—Qué amabilidad por tu parte, Isabel —exclamó sobre el auricular—, pero hoy precisamente estoy ocupadísima, y no me lo has dicho con mucha antelación, ¿lo entiendes, verdad? Intentaré hacer un huequecito en mis quehaceres para pasarme un rato, ¿de acuerdo?

Se produjo un silencio, y la señorita Mapp supo que había puesto a Isabel en un apuro. Si conseguía encontrar a alguien más, la señorita Mapp podría encontrar un rato y se presentaría allí, y serían nueve. Y si no podía encontrar a nadie y la señorita Mapp no podía encontrar el dichoso huequito, serían siete... Isabel no tendría ni un instante de sosiego en todo el día.

—Ah, haga un huequecito —le pidió Isabel, con aquel horrible tonillo zalamero que por alguna razón al mayor Flint le resultaba tan atractivo. (Ese era uno de los puntos flacos del mayor, y había muchos, muchos más. Pero ese era uno de los que a la señorita Mapp más le costaba perdonarle).

—Haré lo que pueda —dijo la señorita Mapp—, pero a estas horas... Adiós, querida, o quizá solo *au reservoir*: a ver si puedo.

Tras repetir aquel reciente y delicioso juego de palabras antes de colgar, escuchó la educada risa de Isabel. Isabel coleccionaba juegos de palabras y los apuntaba en una libreta. Si uno le daba la vuelta al cuaderno y comenzaba por el final, encontraba su divertida colección de lapsus y trastrueques.

En verano, el té, con su correspondiente partida de cartas, era la principal manifestación del espíritu hospitalario en Tilling. La señora Poppit, es cierto, había intentado celebrar alguna que otra velada nocturna, y, aunque tenía tanto dinero como para dar todas las cenas que le vinieran en gana, nadie más había seguido su ostentoso ejemplo. Las veladas nocturnas con cena implicaban un elevadísimo nivel de vida; la señorita Mapp, por su parte, calculó con exactitud el coste de tener a tres invitados hambrientos a cenar, y le pareció que aquellas veladas con cena prácticamente no salían a cuenta ni compensaban, en el sentido del gasto, aunque a una la invitaran después a tres cenas seguidas (que se celebrarían después, y por turnos, en casa de sus invitados, naturalmente). Lo normal, y lo oficial, eran las meriendas copiosas con té, después de las cuales uno prácticamente ya no quería para cenar más que algo ligero; un tazón de sopa, una rebanada de bizcocho, o una pizca de pescado y una tostada con queso fundido. Luego, después de los nervios y la emoción del *bridge* (y el *bridge* era muy emocionante en Tilling), un puzzle o un solitario conseguía calmar la mente y tranquilizar la excitación. Sin embargo, en invierno, con unos días tan cortos, Tilling solía convocar veladas nocturnas de *bridge*, y se invitaba al número justo de amigos que pasarían por casa después de cenar, aunque todo el mundo sabía que todo el mundo apenas había picado algo en casa. Probablemente, el infame precio del carbón tenía algo que ver con aquellas veladas nocturnas de *bridge*, pues el fuego que calentaba una sala cuando uno estaba solo podría calentar también a todos tus invitados; de este modo, cuando devolvías la invitación, podías dejar la chimenea sin encender y no hacer gasto. Aunque la señorita Mapp estaba ya planeando alguna cosa en relación con el *bridge* invernal, el invierno todavía quedaba muy lejos.

Antes de que la señorita Mapp regresara a su ventana en el cenador del jardín, el enorme e insultante coche de la señora Poppit, al que siempre se refería como «el Royce», ya había doblado la esquina y, deteniéndose ante la casa del mayor Flint, impedía que la señorita Mapp pudiera ver nada de lo que ocurría al otro lado de la calle. Entonces quedó clarísimo que la señora Poppit les había enviado el Rolls Royce a los dos caballeros para

llevarlos al campo de golf, y para que así tuvieran tiempo de echar su partido y coger el tranvía de las 14.20 de regreso a Tilling. De este modo, podrían llegar a tiempo para asistir a la partida vespertina de *bridge*. Mientras observaba, vio salir al mayor Flint de su casa por un lado del Rolls Royce y al capitán Puffin por el otro y saludarse simultáneamente. El capitán Puffin emitió un fuerte «¡Coo-ee, mayor!» (una exclamación australiana que aprendió en uno de sus innumerables viajes), mientras que el mayor Flint daba su tradicional alarido de «¡Qui-hi, capitán!», el cual, como todo el mundo sabía, era de origen oriental. El alarido que dieron ambos impidió que pudieran oírse el uno al otro, y, como el vehículo impedía que se vieran, al final uno se apresuró a dar la vuelta por delante del coche en el preciso momento en el que el otro daba la vuelta por detrás, y cada uno dio unos buenos golpes en la aldaba de la puerta del otro. Aquellos aldabonazos no fueron tan simultáneos como lo habían sido los gritos, y eso condujo a que adivinaran qué era lo que había ocurrido, lo cual provocó una cascada de risillas en falsete por parte del capitán Puffin y unas carcajadas más varoniles por parte del mayor. Después, el Rolls Royce bajó bamboleándose por el empedrado herboso de la calle y, tras un buen número de maniobras, consiguió dar la vuelta a la esquina.

La señorita Mapp salió con su cesta para hacer la compra. Llevaba en ella los libros de cuentas semanales, que dejaría en las tiendas de los distintos comerciantes; desde luego, pagaría, pero no sin antes discutir concienzudamente con ellos. En uno de ellos constaba el apunte de un paquete de manteca que no pensaba pagar mientras le quedara un hálito de vida, aunque su carnicero probablemente se rendiría bastante antes de que eso sucediera. También figuraba la nota de unos huevos en la lechería que seguramente tendría que pagar, aunque tenían un precio monstruoso. Y, respecto a la lavandería, lo tenía decidido: tenía la intención de pagar la cuenta con un gesto gélido y decirle al dueño: «Muy buenos días, y hasta nunca», o algo por el estilo, a menos que el dueño sacara al momento, y sin dilación, las... la prenda de vestir que, según decía, se había perdido en el lavado (como los tesoros del rey Juan^[5]) o le reembolsara una buena cantidad de dinero para comprar otra. Todas aquellas divagaciones pendencieras eran para la señorita Mapp como el aire que necesitaba para respirar: los martes por la mañana, el día que pagaba y discutía las facturas semanales, eran tan divertidos como los domingos por la mañana cuando, sentada prácticamente debajo del púlpito, apuntaba las escandalosas incoherencias y los errores gramaticales en el sermón del pastor. Tras pagar las cuentas, y cuando hiciera todo lo que tenía que hacer, iba a poder disfrutar en el taller de la costurera, pues tenía que probarse un traje de noche para las veladas otoñales de *bridge*; y, a menos que la señorita Mapp estuviera lamentablemente equivocada, el traje causaría asombro y envidia por su magnificencia en todo aquel que tuviera el placer de contemplarlo. Había encontrado la descripción del conjunto en una revista de moda americana que aseguraba que lo había llevado la señora de Titus W. Trout. Era de ese color que ahora llaman «azul martín pescador», y estaba salpicado de detalles de encaje alrededor del dobladillo y la cinturilla de la falda. Cuando salió de casa con la cesta y los libros de cuentas, imaginó —y se le hacía la boca agua— la ira, los celos y la envidia loca que aquel traje despertaría en cualquiera cuyo sano corazón estuviera dispuesto a emocionarse.

A pesar de su malévolamente curiosa y de sus enfermizas suspicacias respecto a todos sus amigos, y a pesar también de su incansable actividad, la señorita Mapp no era, como podría suponerse, una dama de una apariencia enjuta y demacrada. Era alta y corpulenta, con unas manos rellenas, un rostro ancho y saludable y unas mejillas, bien rellenas, surcadas con sendos hoyuelos. Un observador perspicaz podría haber detectado una advertencia de peligro en aquellas miradas esquivas de sus ojos, algo saltones, y en ciertas tirantes en las comisuras de sus labios, que presagiaban toda suerte de males para cualquiera que estuviera a su alcance, pero para alguien con una visión más superficial, la señorita Mapp era una mujer alegre y divertida y de buen corazón. Su manera de dirigirse a los demás también confirmaba esa engañosa impresión: por ejemplo, nada pudo haber sido más amable y cariñoso que su voz cuando habló con Isabel Poppit, o la sonrisa que le dedicó a Withers, incluso aunque tuviera muy serias dudas de que la doncella utilizara el teléfono para sus asuntos personales. Y cuando bajaba por High Street, caminaba repartiendo breves sonrisas y mínimas reverencias a los conocidos y amigos. Tensaba mucho los labios cuando hablaba, porque no se avergonzaba en absoluto de sus grandes dientes blancos, y lucía una sonrisa prácticamente permanente cuando existía la más mínima posibilidad de que alguien la estuviera observando. Aunque durante el sermón dominical, como se ha señalado ya, anotaba con avidez los fallos y los errores en los que incurría el pastor a cada paso —afortunada y placentemente—, la señorita Mapp permanecía todo el tiempo con la mirada baja y con una bonita y piadosa sonrisa en sus labios.

Aquella mañana, al salir a la compra, cuando avistó al otro lado de la calle la figura del vicario, cruzó la calzada para encontrarse con él, casi como si ejecutara el movimiento del caballo en el ajedrez, mirando a todas partes, y plantándose ante él de repente, a modo de agradable e inesperada sorpresa. El vicario era un participante asiduo en las meriendas en Tilling y, salvo en Cuaresma, un ferviente jugador de *bridge*, pues las obligaciones de un pastor —o eso sostenía él con gran aplomo— no se reducen a visitar a los pobres y a exhortar a los pecadores. Debía ser un hombre de mundo y conocer los placeres de sus prósperos parroquianos igual que conocía los padecimientos de los atribulados. Ser un consumado jugador de cartas no solo beneficiaba a su espíritu, sino también a sus bolsillos, y no había dama en Tilling que no estuviera encantada de tener como compañero al señor Bartlett. Sus ganancias —eso decía— las destinaba anualmente a la caridad, aunque si la caridad a la que se refería empezaba por sí mismo era un detalle sobre el cual la señorita Mapp tenía su propia opinión. «Los pobres no verán jamás ni un penique de lo que gana jugando a las cartas», era la sentencia que resumía lo esencial de las reflexiones de la señorita Mapp cuando, en los días malos, le tenía que pagar siete chelines y nueve peniques. Ella siempre lo llamaba Padre^[6] y, para ser francos, nunca lo había pillado mirando de soslayo las manos de sus adversarios en el *bridge*.

—Buenos días, Padre —lo saludó la señorita Mapp en cuanto lo tuvo delante—. ¡Qué día tan precioso! Las mariposas blancas ya estaban disfrutándolo al sol en mi jardín. ¡Y las golondrinas!

La señorita Mapp —como los lectores ya se habrán imaginado— quería averiguar si el pastor iba a jugar al *bridge* aquella tarde en casa de las Poppit. El mayor Flint y el

capitán Puffin desde luego acudirían, y podía darse por seguro que Godiva Plaistow también. Con las Poppit y ella misma ya contaba seis.

El vicario, el señor Bartlett, era graciosamente arcaico en su forma de hablar. Intercalaba arcaísmos con expresiones escocesas y agolpaba las palabras como queriendo crear una nueva lengua, y su cara mostraba una suerte de convexidad y protuberancias más propias de una cómoda de estilo clásico.

—Ajajá, buenos días nos dé Dios, gentil dama —dijo—. Y le ruego me diga, ¿cómo es que no se ha quedado usted con las blancas mariposas?

—¡Oh, señor Bartlett! —suspiró la gentil dama con una provocadora mirada—. ¡Qué malo es usted! ¡Compararme con una encantadora mariposa!

—En absoluto, por favor, ¿por qué malo? —repuso el pastor—. ¡Sí, en efecto, es un día para que las pequeñas avecillas gocen y trinen! ¡Ajajá! Veo que está usted haciendo los recados domésticos, como la bienaventurada Marta. —Y señaló la cesta de la señorita Mapp.

—Sí. Martes por la mañana —dijo la señorita Mapp—. Pago todas las cuentas los martes. Pobre pero honrada, querido Padre. ¡Qué día tan atareado tengo hoy! ¡No sé ni por dónde empezar! ¡Tengo miles de cosas que hacer! Y usted... usted siempre tan ocupado, ¡como una hormiguita!

—¡Una hormiguita! ¡La hormiga Bartlett! Sí, hoy tengo un día ajetreado, señorita Mapp. Debo preparar el sermón del domingo durante la mañana, acudir al ensayo del coro a las tres, un bautizo a las seis... Hoy no tengo tiempo ni para dar un paseo. Solo tendré un rato libre después de comer.

La señorita Mapp vio el camino abierto, y zigzagueó como una hormiga que esquiva un obstáculo para continuar por él.

—Oh, pero debería usted hacer ejercicio con regularidad, Padre —dijo—. No se cuida usted nada. Después del ensayo del coro y antes del bautismo, podría dar usted un paseo revitalizante. ¡Hágalo por mí!

—Sí, tenía pensado ir a respirar un poco de aire puro en ese rato —aseguró el vicario—, pero la amable dama Poppit ha insistido en que eche una mano a los naipes con ellos, mi mujercita y yo. Y dígame, le ruego, ¿nos encontraremos allí?

(«Ya van siete sin contarme a mí», pensó la señorita Mapp entre paréntesis). Y en voz alta dijo:

—A ver si puedo hacer un hueco, Padre. Le he prometido a nuestra querida Isabel que haría todo lo posible.

—Bueno, y una dama no puede hacer más —concluyó el señor Bartlett—. *Au reservoir*, entonces.

La señorita Mapp se sintió en parte complacida y en parte molesta por la destreza con la que el Padre se había apropiado de su chiste. Fue ella quien lo había traído a Tilling, y le parecía que solo ella era la propietaria y solo ella poseía el derecho legítimo a terminar cada conversación con él, si consideraba que debía traerlo a cuento (como era el caso en aquella ocasión). Por otra parte, resultaba gratificante ver lo popular que se había hecho la expresión. La había escuchado el mes anterior, cuando visitaba a una amiga en el encantador y refinado pueblo de Riseholme. El chiste constituía allí un motivo de

desprecio, porque no se consideraba muy intelectual, pero una semana después de que la señorita Mapp regresara a Tilling, todo el pueblo lo tenía en sus labios y ella no pudo menos que dar a entender que era la inventora original de la expresión.

Godiva Plaistow se apresuraba, jadeante, calle abajo con su rechoncho cuerpecillo, capaz de disuadir cualquiera de las asociaciones mentales que inspiraba su nombre y jamás excitaría la más mínima curiosidad entre los hombres lascivos —eso pensaba la señorita Mapp^[7]—. (La señorita Mapp tenía prácticamente la misma figura, salvo por su altura, así que se permitía el lujo de echarle imaginación y convertir su propia corpulencia en majestuosidad). Con la veloz sincronización alterna de aquellos dos piececillos, calzados al estilo holandés, daba la impresión de que la señora Plaistow iba a una velocidad prodigiosa, pero podían detenerse sin advertencia previa, y entonces se quedaban inmóviles. Justo cuando la colisión con la señorita Mapp parecía inevitable, se paró en seco.

También era muy probable que Diva acudiera a casa de las Poppit, y la señorita Mapp decidió perdonar y olvidar el asunto de la tela hasta que lo averiguara. Nunca pudo superar del todo la aberración de llamarla Godiva, independientemente de la figura y el peso que pudiera lucir su amiga, pero siempre se dirigía a ella como «Diva», muy cariñosamente, siempre que se llevaban lo suficientemente bien como para dirigirse la palabra.

—¡Qué mañana tan deliciosa, querida Diva! —le dijo, y, dándose cuenta de que el señor Bartlett aún podía escucharla, añadió—: Las mariposas blancas se lo estaban pasando en grande al sol en mi jardín. Y las golondrinas.

Godiva, que poseía un habla muy telegráfica, repuso:

—Pájaros afortunados. No tienen dientes. Picos.

La señorita Mapp recordó entonces que aquella misma mañana su amiga había desaparecido de su vista al dar la vuelta en la esquina del dentista media hora antes.

—¿Dolor de muelas, querida? —preguntó—. ¡Cuánto lo siento!

—La del juicio —dijo Godiva—. A la una, me la sacan. Anestesia. Lista para el *bridge* de la tarde. ¿Juegas? En casa de las Poppit.

—No sé si podré hacer un hueco, querida. Tengo un día atareadísimo hoy.

Diva se llevó la mano a la cara porque al decir «juicio» sintió un horrible pinchazo. Por supuesto, no se creía que la señorita Mapp tuviera un día «atareadísimo», pero el dolor impidió que aquello le importara demasiado.

—Nos vemos, entonces —quiso concluir Godiva—. Lo pasaremos estupendamente, entonces. *Au...*

Eso era más de lo que podía tolerar, y la señorita Mapp se apresuró a interrumpirla:

—*Au reservoir*, querida Diva —dijo con extremada acritud, y los pies de Diva comenzaron a moverse a toda velocidad de nuevo.

Así pues, el problema de la partida de *bridge* parecía haber quedado resuelto. Las dos Poppit, los dos Bartlett, el mayor y el capitán, con la querida Diva y ella misma eran ocho. De modo que la señorita Mapp, con un repentino recrudescimiento de su indignación contra Isabel a cuenta de la crema helada de grosellas y la invitación tardía, decidió que no le iba a ser posible hacer un hueco en su ajetreadísimo día, así que la

velada quedaría a falta de un jugador para completar las dos mesas de *bridge*. Pero incluso dejando aparte la crema helada de grosellas, las Poppit se lo tenían bien merecido, por no invitarla desde el principio, sino cuando —como parecía perfectamente claro— alguna otra persona les había fallado.

Justo cuando salía de la carnicería, victoriosa en la cuestión de la manteca, sin necesidad de exhalar el último aliento ni nada por el estilo, toda la estructura de su hipótesis, aparentemente sólida, se derrumbó por completo. Al cruzar la puerta, henchida de gozo por el triunfo —y habiéndole advertido al derrotado carnicero que fuera a probar sus añagazas con otra, pero no con la señorita Mapp— se topó de frente con la Desgracia de Tilling y de todo el género femenino: la sufragista, la artista posimpresionista (que pintaba modelos desnudos, tanto masculinos como femeninos), la socialista y germanófila, todo encarnado en una sola persona. A pesar de esos execrables antecedentes, había resultado totalmente en vano que la señorita Mapp hubiera intentado emponzoñar la mentalidad colectiva de Tilling para poner a todo el mundo en contra de esa Criatura. Si Elizabeth Mapp odiaba a alguien —y sin duda alguna odiaba a mucha gente—, odiaba a Irene Coles. Y lo peor, y lo más doloroso, era que si a la señorita Coles le caía bien alguien —y sin duda alguna le caía bien mucha gente—, le caía bien la señorita Mapp.

La señorita Coles se presentaba ante ella con el atuendo al que Tilling ya estaba prácticamente acostumbrado, aunque la señorita Mapp nunca acabaría de habituarse. Llevaba un viejo sombrero de fieltro, de ala ancha, encasquetado en la cabeza, collares largos y abalorios colgaban sin gracia de su cuello, una gran chaqueta raída, pantalones bombachos y calcetines grises. Siempre sujetaba un cigarrillo entre sus labios y en la mano balanceaba la cesta de mimbre de ortodoxo rigor tillinguiense. Por la langosta que llevaba en la cesta, con toda seguridad había visitado al otro pescadero, al final de High Street. Después de pasar, tal vez, una buena temporada entre el hielo, parecía que el bicho se reanimaba con el cálido solecillo en el que también disfrutaban las mariposas blancas y las golondrinas, y estaba escalando la cesta con sus pinzas y agitando ya las patas por el borde.

Irene retiró el cigarrillo de la boca e hizo un gesto como el que habitualmente se asocia con los fumadores de los vagones de tren de tercera clase, que usan el suelo como cenicero. Entonces esbozó una amplia sonrisa con aquella bonita cara infantil (que recordaba un poco a la de un chico por su pelo corto).

—¡Hola, Mapp! —exclamó—. ¿Pagando a los tenderos como todos los martes por la mañana?

A la señorita Mapp le resultaba extraordinariamente difícil soportar aquella forma tan insolente de hablar sin esbozar un espasmo de furia. Irene la llamaba Mapp porque le gustaba, y a Mapp (con enorme amargura) le parecía que era más inteligente no provocar a Coles. Desprendía un espantoso tonillo humorístico, un indecente desprecio por la opinión pública o privada, y su talento innato para la imitación burlesca era tan asombroso como su opinión sobre los alemanes. En ocasiones, la señorita Mapp se refería a ella como «la pintoresca Irene», pero eso era lo más lejos que había llegado en sus represalias.

—¡Ah, bonita! —contestó—. ¡Tesoro!

Irene, de alguna manera (o mediante espantosos y terribles procedimientos), parecía darse cuenta de todo aquello que pensaba Mapp. ¿Por qué a los hombres como el capitán Puffin y el mayor Flint les parecía que Irene era «encantadora» y que «morías» de risa con ella? Bueno, eso era más de lo que la señorita Mapp podía (o quería) comprender.

La pintoresca Irene miró su cesta.

—Anda, mi almuerzo quiere salir de la trinchera, como esos estúpidos soldaditos británicos —dijo^[8]—. Vuelve adentro, cariño.

La señorita Mapp no era capaz de determinar si ese «cariño» era un eco sarcástico del «tesoro» que ella había pronunciado. Parecía probable.

—Oh, qué bonita langostita —dijo la señorita Mapp—. Mira qué pincitas tan encantadoras.

—Creo que voy a hacer algo más que mirarlas en un rato —dijo Irene, devolviendo al bicho al fondo de la cesta—. Ven y almuerza conmigo, *qui-hi*; hoy tengo que hacérmelo todo sola.

—¿Qué le ha pasado a tu fiel Lucy? —preguntó la señorita Mapp. Irene vivía de un modo *muy peculiar* con una gigantesca criada que, salvo por su sexo, podría haber formado parte de la Guardia Real.

—Enferma. Me parece que escarlatina —dijo Irene—. Muy contagiosa, ¿no? Estuve cuidándola toda la noche.

La señorita Mapp dio un paso atrás. No compartía los enérgicos puntos de vista del mayor Flint respecto a los microbios.

—Pero... querida... espero que te hayas desinfectado bien.

—Ah, sí. Agua y jabón —dijo Irene—. Por cierto, ¿vas a *poppitear* esta tarde?

—Si puedo hacer un hueco... —dijo la señorita Mapp.

—Bueno, entonces nos vemos allí. A...

—*Au reservoir* —concluyó la señorita Mapp de inmediato.

—¡Oh, no, por favor, otra vez esa tontería no...! —dijo Irene—. No iba a decir eso. Solo iba a decirte: «Anda, ven a almorzar». Solas tú, yo y la langosta. Y luego solo quedaremos tú y yo. Es una lata lo de Lucy. Estaba pintándola. Una bonita figura, unas piernas espléndidas. ¿Te importaría posar para mí hasta que ella se recupere?

Ante tal petición, la señorita Mapp dejó escapar un pequeño gritillo y se metió en el establecimiento de la costurera. Siempre se sentía zarandeada y abatida tras una conversación con Irene, y necesitaba ver su vestido de color azul martín pescador para reponerse.

No hay en toda Inglaterra una localidad tan declaradamente pintoresca como Tilling. Y ninguna tiene unos alrededores tan maravillosos, pues es el paraíso de los amantes de las marismas, de los elevados diques llenos de juncos y de las prodigiosas puestas de sol y los tonos azul marino en el horizonte. La colina sobre la que se eleva el pueblo se eleva desde el nivel del mar y la pequeña población, coronada por la iglesia, grande y austera —y afortunadamente cercana a la residencia de la señorita Mapp—, posee innumerables rincones pintorescos, *cottages* de adobe y madera, y añejas fachadas georgianas. Rincones y pintoresquismos, pequeñas joyas, escenas y detalles que son delicias para el artista. En consecuencia, durante los meses estivales, no solo la mayoría de sus habitantes salen a las calles empedradas con sus cuadernos de dibujo, sus lienzos y sus cajas de pinturas, sino que todas las mañanas llegan al pueblo autobuses cargados de pasajeros de las localidades vecinas, muchos de los cuales se unen a los artistas locales, y uno podría pensar (aunque un análisis detallado de sus obras lo convenciera de lo contrario) que en Tilling se estaba produciendo una espectacular explosión de arte capaz de rivalizar con el Renacimiento italiano. Para todos aquellos capaces de trazar líneas rectas y comprender las intrincadas leyes de la perspectiva, allí estaban las empinadas calles empedradas de encantadora e irregular arquitectura, mientras que para aquellos que se sentían más coloristas que delineantes arquitectónicos, allí, desde lo alto de la colina, podían contemplar las hermosas vistas de las marismas. Allí, salvo por la línea recta del horizonte (y esa se podía difuminar tranquilamente), no había necesidad de respetar ningún convencionalismo de la perspectiva, y el voluntarioso aficionado casi se podía lanzar al instante a desplegar vivos verdes y azules celestiales, o, al atardecer, rosas, y amarillos, y rojos intensos.

Los turistas sin talento pictórico tenían la opción de pasear contemplando a los dibujantes o buscar en las tiendas piezas de cerámica o utensilios de latón. Muy pocos de ellos se iban sin haber comprado una de las famosas huchas de cerámica de Tilling, con forma de cerdito y una llamativa inscripción en el lomo —una suerte de certificado de autenticidad— que decía:

NO ME QUEBRARÁN,
AUNQUE LO ESTÁN DESEANDO, FIJO.
«BUENOS DÍAS, MI AMOR»,
EL CERDITO DE TILLING DIJO.

En el comedor de la señorita Mapp descansaba un gran aparador lleno de esos cerditos, de todos los colores. La hucha con la que completó su colección, de reciente adquisición, poseía un precioso color magenta. Ella lo llamaba «Mi delicioso arcoíris de cerditos», y, a menudo, cuando bajaba a desayunar, sobre todo si Withers estaba en la

sala, solía decir: «Buenos días, pintorescos cerditos». Y cuando Withers se iba, se aseguraba de que estaban todos.

La esquina en la que la calle giraba hacia la iglesia, justo debajo de la ventana del mirador de la señorita Mapp, era seguramente el rincón más popular para los dibujantes. Durante un instante, el artista se sentía desconcertado y atónito. A veces ni siquiera los más dotados para el trazo se atrevían a dibujarlo, porque aquella tozuda calle que descendía hacia abajo, a pesar de todos los esfuerzos del artista, parecía subir hacia la colina una vez esbozada en el papel. El siguiente motivo en dificultad era esa misma calle, pero una vez que se había girado, cuando subía junto al *cottage* del jardinero y desembocaba en el cementerio abandonado y la iglesia. Ese rincón, a pesar de su dificultad, era uno de los temas pictóricos favoritos, porque incluía, a la derecha de la calle, justo un poco más allá del muro del jardín de la señorita Mapp, la famosa chimenea semiderruida, continuo objeto de dibujo desde todas las perspectivas imaginables. El artista experimentado la dibujaba más torcida y ruinoso de lo que realmente era, con el fin de que nadie creyera que la había pintado torcida por descuido. El dibujo de aquella escena generalmente comenzaba en los tres peldaños de la puerta principal de la señorita Mapp. Frente a los artistas de iglesia y chimenea había otros, aquellos que trataban de emular la puerta de la casa (grado de dificultad: alto) y, humedeciendo sus pinceles con los labios, un poco más abajo, en la misma calle, formaba otro batallón, aquel que se empleaba a fondo en la tarea frente al cenador, con su tejadillo y su pintoresco mirador.

Uno de los entretenimientos favoritos de la señorita Mapp, cuando una notable reunión de artistas se había congregado en el exterior, consistía en poner una mesa delante de la ventana del cenador, a plena vista de todo el mundo, y, como si fuera completamente ajena a la presencia de turistas y pintores, hacer algún arreglo floral con gesto meditabundo pero sonriente. Otro de sus pasatiempos favoritos era coger al gato de la casa y obligarlo a sentarse en la mesa mientras jugaba con él con la borla de la persiana. Cuando conseguía que el animal permaneciera allí, lo besaba en su encantadora cabecita cenicienta, o escribía cartas junto a la ventana, o jugaba allí al solitario, y luego, de repente —ay, menuda sorpresa más inesperada— se daba cuenta de que un montón de damas y caballeros la observaban. A veces salía de casa, si los peldaños de acceso a la vivienda estaban llenos, con sus propios bártulos de pintar en la mano y decía, siempre con mucha coquetería: «¿Me permiten un huequecito para salir, por favor?», o le preguntaba, siempre con exquisita educación, a los invasores de sus propias escaleras si podían hacerle un huequecito a ella. Todo aquello les resultaba de un sumo interés a los turistas: después, en sus casas, siempre recordarían que precisamente cuando estaban embebidos en sus dibujos, la dama de aquella preciosísima casa de la esquina, que había estado jugando con su gatito en la ventana, salió a pintar junto a ellos. En una ocasión, se dirigió a ellos con su habitual encanto y les dijo: «Veo que están ustedes dibujando mi humilde casita. ¿Puedo verlo? ¡Oh, qué dibujito tan encantador!». Otra de las veces —cierto día inolvidable— vio a uno de los turistas sacar una cámara de fotos del bolsillo y observó cómo la enfocaba mientras ella estaba en lo alto de la breve escalinata. Justo en el momento en que ella se volvió de cara y sonrió a la cámara, el turista apretaba el botón,

pero —vaya por Dios— ya era tarde para ocultar su rostro, y quién sabe si la fotografía acabaría apareciendo en el *Graphic* o en el *Sketch*, o entre aquellas ninfas que hacían posturitas en la playa.

Aquella tarde decidió solicitar «un huequecito para salir» entre los dibujantes y se dispuso a subir, canturreando, hasta el viejo cementerio. («El huequecito para salir» era una de sus expresiones favoritas; era muy popular e iba acompañado —de forma inevitable— de cierto contoneo para abrirse paso entre la multitud). Una vez allí, tuvo la precaución de ocultarse bajo las ramas de un frondoso fresno que estaba justo en frente del famoso pórtico sur de la iglesia. Ya llevaba trazadas las líneas básicas de dicho pórtico sur en su cuaderno de notas (las había calcado de una fotografía), así que aquello prometía ser el principio de un estupendo dibujo. Se había situado en una posición privilegiada, pero no solo respecto a las posibilidades de su dibujo, pues, atisbando a través del abundante follaje del árbol, dominaba también la puerta principal de la casa de la señora MIB —Miembro del Imperio Británico— Poppit.

Naturalmente, los planes de la señorita Mapp respecto a la velada vespertina de *bridge* habían quedado completamente desbaratados tras el encuentro con Irene en High Street. Hasta ese momento había imaginado que, junto a las dos anfitrionas, y los Bartlett, y el mayor y el capitán, y Godiva y ella misma, se completarían dos mesas para el *bridge*; y, por tanto, había decidido —no sin gran pesar— que no podría encontrar un huequecito entre sus innumerables compromisos. En consecuencia; una de las dos partidas se echaría a perder. Pero ahora todo había cambiado: sin contarla a ella, eran de todos modos ocho. Así pues, a las cuatro menos cuarto y, observando a los invitados llegar a casa de las Poppit, había decidido —esta vez el pesar sí asomaba en el rostro de la señorita Mapp— que tendría que hacer un huequecito para acudir, a menos que se hubiera contemplado la posibilidad de formar tres mesas de *bridge*, y no había razones para sospecharlo. Habría nueve jugadores; así que Isabel o su madre, si tenían el más mínimo sentido de la hospitalidad —un valor en alza en Tilling—, tendrían que quedarse fuera de las mesas de juego de todas todas. A la señorita Mapp la habían invitado a última hora; la dulce Isabel había insistido mucho en que procurara hacerse un huequecito, y si la dulce Isabel, con el fin de asegurarse la presencia de ocho personas, había invitado también a la pintoresca Irene, se merecería aquel desastre. Una razón adicional para hacerse el dichoso huequecito —además de su generosidad y su deseo de complacer a la dulce Isabel— residía en poder tomar la Locura de Grosellas y, después de probar una cucharadita, exclamar: «¡Delicioso!», y dejar el resto intacto.

Las blancas mariposas y las golondrinas aún se regocijaban al sol. Y también los mosquitos, sobre cuyo disfrute la señorita Mapp no tenía gran interés, sobre todo cuando se empeñaban en posarse en su cara. En ese momento, justo antes de que los dos pintorescos niñitos dorados que flanqueaban el reloj, situado encima del pórtico norte, comenzaran a martillar las tres y tres cuartos en las campanas, comenzaron a llegar los invitados a casa de las Poppit. Precisamente en ese instante, la señorita Mapp estaba concentrada —ni siquiera un mosquito que se hubiera posado en su rechoncho moflete hubiera podido desviar su atención— en su tarea de observación a través de las ramas del frondoso fresno; tarea que solo interrumpía levantándose y volviéndose a sentar para

sonreír y ponderar su dibujo con la cabeza un poco ladeada cuando alguien se aproximaba. Uno tras otro fueron presentándose todos los invitados: el mayor Flint, el capitán Puffin, el Padre y su esposa, la querida Diva, con un pañuelo que rodeaba su excelso cráneo para concluir con un nudo doble en lo alto de su cabezota. Finalmente; Irene, que no había considerado necesario cambiar su indumentaria de la mañana por una más adecuada para tal evento social, y que, probablemente, ya estaba incubando la escarlatina.

De inmediato, la ágil mente de la señorita Mapp le presentó el número ocho, un número par, redondo y retorcido. Con la sufragista, ya eran ocho para completar las dos mesas de *bridge*. Y justo cuando Irene hacía avanzar su extremidad inferior derecha para cruzar la puerta de las Poppit, la señorita Mapp apartó apresuradamente sus instrumentos de dibujo, y, con el cuaderno en la mano, con la pintura del cielo todavía húmeda, se apresuró hacia la puerta, pues en ningún caso podría llegar después de que se hubieran formado las dos mesas, no podía tolerar ser *ella* quien se quedara fuera.

Boon, el mayordomo, abrió la puerta al tercer *staccato*, y consultó su lista con gesto ceñudo. Su nombre figuraba debidamente inscrito en la lista de invitados al té y le indicó que pasara. Dando un portazo tras Elizabeth, el mayordomo arrugó la lista con la mano y la tiró a la chimenea: todos aquellos cuya presencia se había requerido ya habían llegado, y si aparecía cualquiera otra visita, Boon haría gala de su mirada bovina y diría que su señora no se encontraba en casa.

—¿Puedo dejar mis bártulos por aquí, por favor, Boon? —dijo la señorita Mapp con aire zalamero—. ¿Te importaría asegurarte de que nadie toca mi dibujo? Está un poco húmedo todavía. Es el pórtico de la iglesia.

Boon dejó escapar un gruñido como el cerdo de Tilling, y avanzó con aire cansino delante de ella por el pasillo que conducía al jardín, resoplando. Allí estaban todos, con las dos mesas de *bridge* preparadas en una esquina, sobre el césped, a la sombra, y un bufet vulgarmente dispuesto con todo tipo de delicados manjares que consiguieron que a la señorita Mapp se le hiciera la boca agua, obligándola a tragar rápidamente un par de veces antes de poder esbozar una sonrisa amplia (y seca). Isabel se acercó a ella.

—Holaholaquéta!, querida mía... —la saludó la señorita Mapp—. ¡Qué ajeteo! Pero al final he podido hacerme un huequecito, ya que no querías que faltara.

—Oh, ha sido usted realmente muy considerada, señorita Mapp —dijo Isabel.

Una horrible y espantosa sospecha se apoderó de la señorita Mapp en ese momento.

—¿Y tu querida madre? —preguntó—. ¿Dónde está la señora Poppit?

—Tuvo que ir a Londres esta mañana. No regresará hasta la hora de cenar.

La sonrisa de la señorita Mapp se replegó como una sombrilla. La trampa se había cerrado tras ella: ya era imposible escabullirse. En vez de arruinar la segunda mesa, acababa de completarla.

—Bueno, pues ya estamos los ocho —dijo Isabel, hurgando hasta el fondo en la herida, por así decirlo—. ¿Echamos una partida antes y luego merendamos? ¿O tomamos primero el té? ¿Qué decís todos?

Inquietos y hambrientos murmullos, como los que se oyen en el recinto de las focas en el zoológico cuando se aproxima la hora en que los cuidadores les echan de comer,

parecieron indicar que los invitados —como aquellos grasientos y sonrientes animales— preferían merendar primero. Entre los galantes saludos del mayor y las arcaicas bienvenidas del Padre, la señorita Mapp encabezó la avalancha general hacia el bufet. Puede que hubiera té, pero lo que había seguro era café con hielo, cerveza rubia y grandes jarras de cristal salpicadas de rocío y frutas flotando en un burbujeante líquido en el interior. Era todo tan vulgar y opulento que, como si se hubieran puesto de acuerdo, todos se pusieron a la tarea con el fin de que el jardín presentara cuanto antes una apariencia menos vulgar y apetitosa. Pero de momento no había ni el menor indicio de la crema helada de grosellas, lo cual resultaba... desconcertante.

—¿Y ha disfrutado usted de un buen partido de golf, mayor? —preguntó la señorita Mapp, sobreponiéndose cuanto pudo a aquellas tristes circunstancias—. ¡Qué día tan encantador! Las mariposas blancas estaban revoloteando... —Al darse cuenta de que Diva y el Padre estaban justo a su lado, y que ya habían oído lo de las mariposas, interrumpió un discurso que prometía traer a otros seres con alas hasta el jardín de las Poppit.

—¿Quién de los dos batió al otro? ¿O debería decir «venció»? —preguntó.

El gran bigote del mayor Flint se vio aumentado por la espuma de la cerveza. Cuando el portador se dio cuenta, hizo un hábil gesto con el labio para arrastrarla al interior de su boca.

—Bueno, el Ejército y la Armada tuvieron sus más y sus menos hoy... —respondió—. Y por una vez la Armada Británica no fue invencible, ¿eh, Puffin?

El capitán se alejó renqueando, fingiendo no haberlo oído, y se llevó su plato atestado de comida y su vaso rebosante en dirección a Irene.

—Pero estoy segura de que el capitán Puffin jugó maravillosamente también —añadió la señorita Mapp en un vano intento por detenerlo. Le gustaba tener a todos los hombres a su alrededor, y luego reprocharles que no hablaran con otras damas.

—Bueno, el juego es el juego —argumentó el mayor—. Hemos estado varias horas, señorita Mapp. Acabamos en el hoyo catorce, y tuvimos que regresar a toda prisa para disfrutar de la compañía de este grupo de personas tan encantadoras. ¿Y qué ha hecho usted hoy? Los recados de las hadas, me atrevería a decir. ¡Titania^[9]! ¡Ja!

Recados relativos a la manteca y recados relativos a una prenda de ropa interior perdida: eso era realmente lo más importante que había hecho la señorita Mapp en todo el día. Y ahora todo su plan respecto a la partida de *bridge* se había desbaratado. Pero, naturalmente, no iba a aludir a nada de todo aquello.

—Un poquito de jardinería —dijo—, un poquito de jardinería. Un poquito de canto. Ni tiempo he tenido para cambiarme de vestido y ponerme algo menos desaliñado. Pero no quería, por nada del mundo, estropearle la partida de *bridge* a Isabel, y por eso he venido directamente aquí: estaba pintando. Padre, he estado intentando esbozar el precioso pórtico sur. ¡Pero es tan difícil! Creo que desistiré y me conformaré con contemplarlo. ¡Ah, y aquí tenemos a su querida Evie! ¿Qué tal, Evie, cariño?

Godiva Plaistow se había quitado el pañuelo para poder masticar, pero volvió a atárselo fuerte alrededor de la cabeza en cuanto comió todo lo que pudo. Solo podía masticar por un lado de la boca, o con los incisivos, como los conejos, a mordisquitos.

Naturalmente, a esas alturas todo el mundo sabía que le habían sacado una de las muelas del juicio a la una del mediodía, con anestesia, y podía aludir a ello sin dar mayores explicaciones.

—Durante la anestesia soñé que estaba jugando al *bridge* —dijo—, y que tenía una mano de ases. Yo jugaba la primera y empezó a estropearse todo. Todo perdido. Sangre. Espero que se haga realidad. Menos lo de la sangre.

Poco después, la señorita Mapp se encontró con que iba a ser la compañera del mayor Flint y que se iban a enfrentar a Irene y al Padre. Apenas habían empezado a valorar sus primeras manos cuando apareció Boon en el jardín, trastabillándose porque venía cargado con un enorme cubo lleno de hielo que parecía refrescar un recipiente que contenía en su interior.

«Por fin, la Locura de Grosellas...», pensó la señorita Mapp, y añadió en voz alta:

—Ay, pobrecita de mí, ¿me toca hablar? ¿Qué digo, que no tengo triunfos?

—No puede usted hablar con su compañero, Mapp —dijo Irene, aplastando lo que le quedaba de cigarrillo en un cenicero. Resultaba horrible que Irene se lo tomara todo al pie de la letra.

—No he hablado con él, querida —dijo la señorita Mapp, con un tono que dejaba traslucir que comenzaba a sentirse atacada—. No tengo triunfos. Ni uno. ¡Vaya! Por cierto, ¿qué nos estamos jugando?

—Doce chelines —dijo el Padre, olvidando tanto el escocés como los arcaísmos.

—¡Ah, tahúr! Quiere usted que la limosna de los pobres sea la limosna de los ricos, Padre —repuso la señorita Mapp, contemplando la magnífica mano que llevaba con gran satisfacción. Si no hubiera llevado una mano tan buena, habría propuesto jugar por seis peniques, y no por doce chelines.

Una vez que comenzaban las partidas de *bridge*, las damas de Tilling se olvidaban como por ensalmo de conservar los modales y la educación. Los ganadores, en cada baza, se mostraban condescendientes con los perdedores —hasta la irritación—, y los perdedores, naturalmente, resentidos y temblorosos de furia. La señorita Mapp no consiguió ganar la mano, porque la contribución de su compañero para triunfar consistió en la retahíla de doses y treses más larga que había visto en su vida, y, cuando la pintoresca Irene dijo «Mala suerte, Mapp», las manos de la señorita Mapp temblaron tanto de furia que apenas fue capaz de apuntar los tantos en la libreta. Pero sí pudo dominar la voz lo suficiente como para decir:

—Qué encantador ser tan compasiva, querida.

Como respuesta, Irene dejó escapar una risa breve y áspera, y luego repartió las cartas.

Para entonces, Boon ya había depositado, a la izquierda de cada jugador, una copa con un líquido cremoso y rojo, en cuya superficie brotaban burbujitas de tanto en tanto. Isabel, que estaba «muerta» en su partida, se acercó a la otra mesa para comprobar que a sus invitados no les faltara de nada y, de paso, para dar ánimos a los que fueran perdiendo. Ese era el momento oportuno —a juicio de la señorita Mapp— para tomar una cucharadita de aquella crema de grosellas y, con una mueca irónica, precipitadamente (pero no mucho) deshacerse en sonrisas y apartar aquella asquerosa mezcla de sí. Pero la única cucharada que tomó estaba tan deliciosa y resultaba tan

estimulante que fue incapaz de darle una lección a Isabel. En vez de eso, se bebió toda la copa de un trago, hasta los posos, con la mente en blanco —o en rojo—, permitiendo solo que sus pensamientos se tiñeran de los triunfos habían salido ya.

La Locura de Grosellas también causó una agradabilísima impresión en el mayor Flint:

—¡Por mis...! —exclamó—. Esto está increíblemente bueno. Resulta muy refrescante en un día tan caluroso. Y tiene mucho champán.

Dado el éxito que estaba teniendo la crema helada, la señorita Mapp no pudo menos que reivindicar de nuevo el origen de la receta de su abuela.

—No, querido mayor —dijo—. No lleva champán. Es el famoso cóctel de grosellas de la abuela Mapp, con unas pequeñas modificaciones y rectificaciones mías, quizá. Nada de champán: una yema de huevo y un poco de crema. Nuestra querida Isabel ha estado a punto de dar con la receta exacta.

El Padre había apostado que ganaría más bazas de diamantes de las que jamás podría conseguir con la mano que llevaba. Sus preocupaciones intelectuales se transmitieron a su voz.

—¿Y por qué no habría de llevar, pardiez, un chorrito de champán? —dijo—. Aunque fuera su abuela Mapp la que lo hubiera inventado. Bueno está, veamos qué mano llevas, compañera. ¡Ah, visión enojosa aquesta!

—Y más enojosa será la puntuación que nos van a endilgar estos como siga usted jugando así —dijo Irene, en un tonillo que no podía confundirse con una burla—. ¿Por qué demonios... digo, ¡cielos!, por qué no va usted cuando ve que le respaldo?

Aquel único vaso con crema helada de grosellas —aunque no llevara champán— junto con la seguridad de que sus contrarios habían apostado más de lo que debían, había despertado una agradable exaltación en la señorita Mapp; pero, bueno, la yema de huevo, como todo el mundo sabe, es un estimulante muy fuerte. De repente, el nombre de la Locura de Grosellas le pareció muy gracioso.

—¡Locura de Grosellas! ¡Qué expresión tan pintoresca y tan antigua! Ya le inventaré yo otro nombre. Le diré a mi cocinera que haga alguna Tontería de Arándanos o alguna Burrada de Fresas. Juego yo, creo. Un as de picas monísimo.

—¡Ja, ja...! ¡Una Tontería de Arándanos! —repitió su compañero—. ¡Fantástico! ¡No será fácil que supere eso! Y voy con un dos de picas.

—Mejor que vaya que no que venga —dijo el Padre con singular sarcasmo.

El mayor no tardó en replicar aquella clase de comentario de un hombre, fuera pastor o no.

—Bueno, con su permiso, Bartlett, con su permiso, repito... —dijo—, iré o vendré cuando mejor me parezca, y cuando necesite su consejo...

La señorita Mapp se apresuró a intervenir.

—Y después de mi monísimo as, aquí va un reyecito. Y si mi compañero echa la reina... ¡Maravilloso! Y yo otro más... sí... ¡Qué preciosidad; mi compañero con un monísimo triunfo! No me sorprende; se necesita algo más que eso para sorprenderme. Y ahora el Padre, naturalmente, tiene otra pica, ¡supongo!

—¡Diantres! —dijo el Padre, con un indisimulado disgusto.

La mano continuó, en silencio, durante un par de rondas, durante las cuales, mediante abundantes guiños y gestos a Boon, el mayor se hizo con otro vaso rebosante de crema helada de grosellas. Los oponentes de la señorita Mapp ya habían perdido una buena tanda de bazas. Tras un momento de descanso, el mayor echó unos tréboles, y, aunque en ese momento la señorita Mapp parecía no tener ninguno, se sintió más feliz que nunca, o al menos desde que intentó arruinar la segunda mesa de Isabel (si lo hubiera conseguido).

—Otro bonito triunfito —dijo, lanzándolo sobre la mesa con la ligereza de una de aquellas blancas mariposas y recogiendo la baza—. ¡Qué triunfito tan encantador!

De repente, la señorita Mapp interrumpió aquel canto victorioso al que las damas de Tilling estaban acostumbradas a entregarse durante las bazas finales de una mano resuelta, porque había descubierto, entre las cartas que le quedaban, ¡un aterrador trébol! El silencio que se produjo a continuación adquirió un matiz de tensión. La señorita Mapp sabía que había hecho un renuncio y empezó a estrujarse las meninges pensando en cómo podría deshacerse de la carta, mientras que el Padre parecía mantener una extraña calma que no indicaba otra cosa más que cierta tranquilidad a la espera de descubrir el gravísimo error de la señorita Mapp. Llegó la partida a la última baza, y, aunque la señorita Mapp había hecho un intento desesperado por ocultar aquel horrible trébol debajo de otras cartas y recogerlas como si nada, el Padre se abalanzó sobre ella.

—¡Qué es eso, señora mía! —profirió, rompiendo su supuesta calma—. ¡Me parece que ha hecho usted un renuncio! Permítame un momento que vea las últimas bazas. Ciertamente, tengo la impresión de que debería haber echado usted antes ese trébol; eso me parecía, y ahí está. Eh, ahí hemos tenido suerte, ¿verdad, compañera?

La señorita Mapp, por supuesto, lo negó todo, y tuvo que proceder a una premiosa reconstrucción de toda la partida. El mayor, aún ocupado con su Locura de Grosellas, fue el último en darse cuenta del desastre, y deploró de inmediato la falta de deportividad de sus adversarios.

—Bueno, yo pensaba que en una partida amistosa como esta... —comenzó—. Por supuesto, está usted en su derecho, Bartlett, que no digo yo que no, ¿eh?, pero por mis barbas, un poco de conmiseración, hombre, ya sabe... No me puedo creer lo que ha hecho usted, compañera.

—No me preguntó usted si yo tenía más tréboles —alegó la señorita Mapp con voz estridente, abandonando definitivamente su empeño en no haber hecho un renuncio—. Yo siempre le pregunto a mi compañero si no tiene más cartas del palo, y siempre he sostenido que un renuncio es más culpa del compañero que del jugador que lo comete. Por supuesto, si nuestros contrarios dicen que es así...

—Pues claro que lo decimos, Mapp —atajó Irene—. El otro día no me lo perdonasteis a mí.

La señorita Mapp tensó su cara haciendo gala de la sonrisa más dulce y extraordinaria de que sus músculos faciales eran capaces.

—Querida, perdona que te diga que en este momento estás a punto de quedar eliminada —dijo—, así que no deberías abrir el pico. De modo que no hay renuncio que valga, y, si lo hay, me parece muy lejos de estar probado.

No había otra demostración posible más allá de las evidentes y definitivas pruebas de las cartas, y como todo el mundo —incluida la propia señorita Mapp— quedó convencido de que había cometido un renuncio, sus oponentes se limitaron a constatar la penalización y el juego prosiguió. La señorita Mapp, por supuesto, procediendo con las leyes habituales del comportamiento correcto tras un renuncio, permaneció envarada en un estado de dignidad ofendida y fue extraordinariamente educada y distante tanto con su compañero como con sus contrincantes. Su conducta alcanzó incluso unos mayores niveles de majestuosidad desdeñosa cuando, a continuación, el mayor cerraba la mano. Inmediatamente, la señorita Mapp se apresuró a tirar una carta cualquiera en la mesa, con la esperanza de que Irene, por una extraña casualidad, pensara que le tocaba a ella primero.

—Espera un segundo —dijo—. Voy yo. Corazones, por favor.

De repente, la espantosa expresión de alguna emperatriz rabiosa ensombreció el rostro de la señorita Mapp, y dejó escapar un alarido chirriante de risa que sonó como el rechinar de una tiza en una pizarra.

—No tengo, querida —dijo—. ¿Me das permiso para que eche lo que me parezca? Gracias.

En ese momento ya existía entre los cuatro jugadores ese estado de violenta animosidad, ambiente habitual y dominante en las fases finales de las partidas. Pero habría sido un error de bulto suponer que no se lo estaban pasando en grande de todos modos. La emoción es la sal de la vida, y allí había sal de sobra. Todo el mundo apostaba por encima de sus posibilidades, y las manos falladas eran la causa de oleadas de vituperios, apenas velados, entre los compañeros que habían fallado y causaban epidemias de compasión condescendiente por parte de sus adversarios, una compasión que generaba una ira en los perdedores muchísimo más violenta que la furia que les producía haber perdido.

Cuando se procedía a las últimas manos, una repentina brisa vespertina hizo que aquellas fases finales de la partida resultaran más excitantes aún, pues consiguió que las cartas volaran por los aires como una bandada de golondrinas. Naturalmente, se recuperaron, y se comprobó que todas las manos estaban completas con la excepción de la mano de la señorita Mapp, que había perdido una carta. Era un as de corazones, y el Padre la descubrió cara arriba en un macizo de *mignonettes*. El párroco se empeñó en que había que repartir de nuevo, alegando que la carta había quedado bocarriba y todo el mundo la había visto. La señorita Mapp no pudo proferir ni una sola palabra en respuesta a semejante ridícula proposición: solo pudo sonreírle, y proceder a declarar sus apuestas como si nada hubiera ocurrido. El mayor fue el único en no darse cuenta de todos esos divertimentos, pues aunque todos estaban tan enfadados con él como con los demás, él permaneció en un estado de indecorosísimo buen humor. Parecía no saciarse de la crema helada de grosellas, y permanecía tan ajeno al ambiente generalizado de tensión que, cuando quedó eliminado, pareció importarle un bledo si la señorita Mapp conseguía ganar o no. En la otra mesa, su querido amigo, el capitán Puffin, mostraba un comportamiento de la misma impropiedad; sus constantes risillas agudas y en falsete, tan frecuentes como sus visitas al barreño de la Locura de Grosellas, venían a confirmarlo.

¡Qué más daba si llevaba champán o no, después de todo, como enojosamente había sospechado la señorita Mapp! ¡Qué más daba si aquel inesperado buen humor se debía a una incipiente borrachera! La propia Mapp tomó un poco más de aquel delicioso brebaje.

La velada —para la mayoría de los invitados, incluida la señorita Mapp— quedaba, irremediablemente, teñida del rojo de las grosellas. Cuando las dos partidas estaban a punto de concluir, casi simultáneamente, se decidió por unanimidad que, como todo estaba resultando tan maravilloso y agradable, no deberían sortearse otra vez los jugadores. Además, en la segunda mesa solo se estaban apostando doce peniques, y sería un poco raro e inapropiado que alguien jugara unos puntos tan escasos en una partida y otros muy altos en la de al lado. Pero en ese momento la mesa de la señorita Mapp tuvo que hacer una pausa, porque el Padre tuvo que marcharse apresuradamente justo antes de las seis para administrar el bautismo en la iglesia, que estaba, por supuesto, cerrada. Mientras, el mayor propició un buen rato de diversión, en cuanto el párroco no pudo oírlo, confiando en que no bautizara a la criatura como Rey de Corazones si era un chico, o, si era una niña, como la Reina de Picas; pero con el fin de no disparar las susceptibilidades, aquel chiste admirable no se le comunicó a la mesa de al lado, sino que se disfrutó en privado. El autor del mismo, sin embargo, se lo apuntó para contárselo después al capitán Puffin, con la esperanza de que aquello le permitiera olvidar su ruinoso derrota de media corona en el partido de golf de aquella misma mañana. Los invitados recibieron, con extremo agrado, la llegada de nuevos suministros de crema helada de grosellas. Cuando semejante acontecimiento fue anunciado unos minutos antes con un repentino *¡pop!* en la despensa del mayordomo, la señorita Mapp comenzó a abandonar su idea de que no había champán en la Locura de Grosellas, sobre todo porque dicha idea no se ajustaba bien a la teoría que —según ella— explicaba el insólito buen humor del mayor. Por otra parte, su sugerencia de que el *¡pop!* que todos habían escuchado era la apertura de una botella de cerveza de jengibre no resultó especialmente convincente. Sin embargo, para asegurarse, dio otro sorbito del nuevo vaso que le habían servido y, salpicada de sonrisas, hizo una gran concesión.

—Creo que me equivoqué —admitió—, aquí hay algo más que yema de huevo y crema. Oh, aquí está Boon; él nos lo podrá confirmar —dijo, y le hizo un amable gesto a Boon para que se acercara.

»Boon, ¿pensarías que soy demasiado curiosa si te pregunto si has puesto unas gotitas de champán en esta deliciosa crema helada de grosellas? —le preguntó ingenuamente.

—Una botella y media, señorita —respondió Boon de mala gana—, y media pinta de coñac. ¿Quiere más, señorita?

La señorita Mapp refrenó su indignación ante aquel modo de echar a perder la fórmula de tan preciado brebaje, algo —por lo demás— muy típico de las Poppit. Dejó escapar una risilla aguda.

—¡Oh, no, gracias, Boon! No debo tomar más. Delicioso, de todos modos.

El mayor Flint dejó que Boon le rellenara la copa mientras él no estaba mirando.

—Entonces, ¿le debemos esta maravilla a su abuela, señorita Mapp? —preguntó con galantería—. Es lo segundo que le debemos.

La señorita Mapp agradeció aquella educada sutileza, con una reserva:

—Pero sin champán, mayor —dijo—. La Mappabuena...

El mayor se golpeó el muslo con entusiasmo.

—¡Ajajá! Qué buen trastrueque para el cuaderno de la señorita Isabel —dijo—. Señorita Isabel, tenemos un nuevo.

La señorita Mapp se quedó perpleja ante aquella pequeña confusión en su discurso, porque su dicción era habitualmente notablemente precisa. Si aquel trastrueque se publicaba, puede que corriera el riesgo de que se hicieran chistes a su costa sobre *los efectos* de la invención de la abuela Mapp. Pero si ella, que apenas había probado la crema helada de grosellas, se había trastabillado al hablar, cuánto no se le debería a aquel brebaje el buen humor del mayor Flint y las incesantes risillas del capitán Puffin. Incluso ella se sentía bastante animadilla también. ¡Qué divertida estaba resultando la velada!

—¡Oh, qué travieso! —le dijo al mayor—. Por favor, cálese; está usted molestando a los vecinos en su partida. Y aquí está el Padre de nuevo.

La nueva mano acababa de empezar (de hecho, fue una suerte que cortaran sin demorarse lo más mínimo) cuando la señora Poppit se presentó de improviso. Acababa de regresar de su viaje a Londres. La señorita Mapp le rogó que se hiciera cargo de las cartas que le habían tocado a ella, y, de inmediato, contradiciendo sus propias palabras, comenzó a jugar.

—Sería una extraordinaria falta de cortesía por mi parte, señora Poppit —dijo—. (¿No tiene usted diamantes, compañero?). Pero, por supuesto, si usted no quiere... Se ha perdido usted una velada encantadora. ¡Ha sido divertidísimo!

De repente, la señorita Mapp reparó en la cinta con una pequeña cruz que prendía del exuberante pecho de la señora Poppit, y todo su buen humor y alegría se disiparon al instante, y su más amplia sonrisa se dibujó en su cara.

—No necesitamos preguntarle qué la ha llevado a Londres —dijo—. ¡Felicidades! ¿Cómo se encuentra nuestro querido rey?

La partida no tardó en llegar a su fin. Cuando los jugadores estaban ocupados con el recuento de puntuaciones, un grito agudo estalló en la mesa de al lado. La señora Plaistow, como siempre, había contado que le correspondían más peniques por ganar de lo que nadie había sospechado. Aquel grito era tan familiar y conocido que nadie levantó la mirada ni preguntó cuál era la causa de tan desagradable sonido.

—Nuestra querida Diva y sus medios peniques, Padre —comentó la señorita Mapp en un aparte—. Siempre tan modesta en sus exigencias. ¡Oh, ya se ha callado! Alguien le ha dado seis peniques. ¿Otra partida? Bueno, a lo mejor ya es demasiado tarde, y debo desearles las buenas noches a mis flores antes de que se cierren para pasar la noche. ¿Todos estos chelines son míos? ¡Increíble!

La señorita Mapp hervía de nerviosismo y emoción, curiosidad y rabia, cuando el mayor Flint de un lado y el capitán Puffin de otro la acompañaron hasta casa. El nerviosismo y la emoción se debían a sus ganancias; la rabia, a la condecoración de la señora Poppit, y la curiosidad se debía a que creía haber descubierto el motivo por el que las luces de sus dos acompañantes permanecían encendidas hasta altas horas de la noche.

En su camino de vuelta, parecía que el mayor Flint, a su derecha, procuraba no pisar

las juntas de las losas del pavimento, cosa que a duras penas conseguía. Mientras, el capitán Puffin, a su izquierda, iba caminando de un modo bastante titubeante por el empedrado. Incluso admitiendo que siempre resultaba difícil caminar con rectitud y sin trastabillarse por esa calle, la señorita Mapp no pudo evitar pensar que una persona abstemia lo habría hecho sustancialmente mejor. Ambos caballeros hablaban a la vez, de un modo muy agradable pero escasamente discreto: el mayor Flint prometía dedicar toda la noche al trabajo en su diario, mientras el capitán Puffin avanzó que acabaría resolviendo aquel problema de la calzada romana que durante tanto tiempo le había traído de cabeza. Cuando le dijeron «*Au reservoir*» en las escalerillas de su casa, hicieron el gesto de ponerse y quitarse los sombreros más veces de las que era realmente necesario.

Una vez en casa, la señorita Mapp pospuso su idea de darles las buenas noches a sus dulces florecillas y se apresuró a ir corriendo, tan rápido como pudo, al cenador, con la intención de poder observar a sus acompañantes. Desde su puesto, comprobó que ambos seguían allí plantados, en mitad de la calle, y que el mayor Flint, gesticulando con el dedo índice en alto, estaba lanzando un discurso muy revelador sobre algo que...

Por muy interesante y emocionante que fuera su camino de regreso a casa, y doloroso como fue el descubrimiento de los asuntos a los que se dedicaban sus vecinos y a los cuales había dedicado tanto tiempo, la señorita Mapp se habría disgustado muchísimo más si se hubiera entretenido un poco más en el jardín de la señora Poppit: hasta ese punto le resultaba vomitiva la aduladora lealtad monárquica de la recientemente condecorada dama del Imperio Británico.

Tras la despedida del mayor, el capitán y la señorita Mapp, la señora Poppit se dedicó a describir, con todo lujo de detalles, su llegada a Palacio, su momentáneo nerviosismo al entrar al Salón del Trono, y el glorioso instante en el que todo se desvaneció a su alrededor cuando se encontró cara a cara con el Soberano.

—Les puedo asegurar que me dedicó una sonrisa encantadora —dijo—, como si nos conociéramos de toda la vida, y me sentí como en casa enseñada. Y me dedicó unas breves palabras. ¡Ah, qué voz tan maravillosa tiene! Mi querida Isabel, ojalá hubieras estado allí para oírla. Y luego...

—Oh, mamá, ¿y qué te dijo? —preguntó Isabel.

La pregunta de la señorita Poppit no pudo resultar más oportuna y aliviante para la señora Plaistow y los Bartlett. Aunque todos los presentes estaban deseando conocer hasta el más nimio detalle sobre todo lo que había ocurrido en Londres, la actitud correcta en Tilling era mostrar una profunda indiferencia hacia cualquier persona, de cualquier nivel, que no viviera en Tilling, y hacia cualquier acontecimiento que no tuviera lugar allí. En particular, cualquier manifestación de interés hacia los reyes u otras personas distinguidas era considerada una conducta muy lamentable entre los habitantes de la pintoresca localidad. Así que todos fingían estar distraídos y miraban para otro lado, aparentando no prestar atención al discurso de la señora Poppit. Diva, callada y apresuradamente, se desanudó el pañuelo que le oprimía el cráneo y le impedía escuchar, aun a riesgo de coger frío en el orificio donde había estado su muela, tan aterrorizada

estaba ante la posibilidad de perderse una sola sílaba del discurso de su anfitriona.

—Bueno, resultó muy halagador... —continuó la señora Poppit—; le susurró algo a un caballero que estaba a su lado, que creo yo sería el lord Chambelán, y luego me dijo lo mucho que le interesaban las buenas obras que se hacían en el hospital de Tilling, y lo especialmente contento que estaba de tener la oportunidad (y en ese momento comenzó a ponerme la medalla de la Orden) la oportunidad de ofrecer su reconocimiento. ¡Bueno, eso es conocer bien todo lo que pasa en el hospital de Tilling! Y qué dedos tan limpios y tan hábiles tiene; estoy segura de que yo habría tardado el doble en ponerme esa misma condecoración yo sola. Y luego me dedicó otra sonrisa, y, por así decirlo, me dejó con la reina, que estaba a su lado y que había estado escuchando todo lo que me había dicho.

—¿Y ella también habló con usted? —preguntó Diva, totalmente incapaz de mantener la debida indiferencia.

—Desde luego que sí. Me dijo: «Encantada», y jamás podré decirlo todo lo que expresó con esa palabra. Pude notar lo sincera que era; no se trataba de una formalidad, como si no quisiera decir nada en realidad. De verdad, *estaba* encantada. Estaba tan interesada en lo que yo había hecho por el hospital de Tilling como el rey. Y luego, las multitudes que había fuera, situadas a los lados de la alameda Mall por lo menos a lo largo de cincuenta yardas. Hice tantas reverencias y sonreí tanto en ese paseo que casi me mareo.

—¿Y estaba también allí el Príncipe de Gales? —preguntó Diva, comenzando a vendarse la cabeza otra vez. No le importaban mucho las multitudes.

—No, no estaba —dijo secamente la señora Poppit, decidida a no adornar innecesariamente su historia, no como otra mucha gente, en especial la señorita Mapp, que decoraba los hechos destacables hasta el punto de que apenas resultaban reconocibles—. No estaba allí. Me atrevería a decir que algún imponderable le había impedido asistir, aunque no me extrañaría que pudiéramos conocerlo muy pronto. En el periódico vespertino que estuve leyendo de regreso a casa, después de estar con el rey, anunciaban que iba a pasar este mismísimo fin de semana con lord Ardingly. ¿Y a qué estación hay que viajar para llegar a Ardingly Park? ¡Tilling! Aunque es una visita completamente privada, estoy convencidísima de que lo correcto y lo apropiado por mi parte es esperarlo en la estación, o, en cualquier caso, en el exterior, con la condecoración de la Orden puesta.

La señora Plaistow y los Bartlett pugnaban por mantener oculta la emoción que les suscitaba el relato de la señora Poppit, quien se apresuró a añadir:

—Por supuesto, no diré que lo conozco en persona ni nada semejante —advirtió rozando la medalla con el dedo—, pero después de la recepción de hoy en Palacio, nada más probable que Su Majestad le haya mencionado al príncipe (así de pasada, naturalmente) que había acabado de condecorar a la señora Poppit, de Tilling. Y me parecería de muy mala nota, sabiendo que eso ha ocurrido, no dispensarle algún tipo de cortesía cuando pase por aquí.

—Oh, mamá, ¿puedo situarme a tu lado o debo colocarme detrás? —preguntó Isabel, haciendo cabriolas por la hierba, deslumbrada por el esplendor de semejante perspectiva.

La escena que dibujó la intervención de la señora Poppit, junto a los disimuladamente boquiabiertos invitados, fue tan horrible —si no peor— como su históricamente desastrosa observación sobre la sobretasa. Toda aquella perorata sumió a los invitados de la señora Poppit en una rigidez general, como si hubieran sufrido un ataque de catalepsia parcial, y los congeló a todos, dejándolos —como en una instalación incompleta del señor Marconi— capacitados para percibir pero incapacitados para emitir. Recibieron todas aquellas impresiones, y también continuaron recibiendo (mecánicamente) bombones y sándwiches, y todos los refrescos y refrigerios que quedaban en el bufet, pero ninguno de ellos pudo intervenir e impedir que la señora Poppit continuara pavoneándose ante ellos. Por supuesto, y como ya se ha señalado, una de las razones para impedirle semejante ostentación era que todos ellos estaban deseando que hablara todo lo posible, pues si había una cualidad —y de hecho, había muchas— de la que Tilling podía sentirse orgullosa, esta era su inmunidad respecto al esnobismo social. Sin duda, en el *gran mundo* había algunas cosas de las que Tilling no se preocupaba en exceso, por ejemplo; reyes, reinas, duques y miembros de la Orden del Imperio Británico. Porque todo tillinguense (tanto ellos como ellas, pero fundamentalmente ellas) sabía que cualquiera del pueblo era tanto como cualquiera de aquellos señorones, e incluso mejor, porque ellos tenían la gran fortuna de vivir en Tilling. Y si había una actitud que Tilling detestaba era la de ser tratado con condescendencia, y allí estaba aquella mujer, diciéndoles a todos lo que le parecía que sería adecuado y propio hacer, como señora Poppit de Tilling (MIB) que era, cuando el Posible Heredero pasara por el pueblo el sábado siguiente. Lo que daba a entender la señora Poppit era que el resto podía hacer lo que considerara oportuno, porque lo que hicieran o no carecía de importancia; pero *ella...* ella debía lucir la condecoración de la Orden y rendir pleitesía al Heredero. E Isabel, mediante su expreso deseo de permanecer al lado —e incluso detrás— de su madre en ese momento tan degradante, había demostrado que de tal palo tal astilla.

La señora Poppit no tenía más que decir sobre aquel asunto; de hecho, tal y como reflexionó Diva, no había nada más que pudiera decirse, a menos que se atreviera a sugerir que todos los demás debían hacerle reverencia y rendirle pleitesía a ella en el futuro. Y cuando todos se despidieron, la anfitriona mostró su deseo de que hubieran disfrutado de la partida de *bridge* a la que le había sido imposible asistir, desgraciadamente.

—Pero mi ausencia ha permitido que pudiera estar presente la señorita Mapp —añadió—. No me hubiera gustado que la pobre señorita Mapp se quedara fuera; siempre me gusta tener contenta a la señorita Mapp. Confío en que ganara su partida; no le gusta nada perder. ¿Nadie quiere un poquito más de nuestra Locura de Grosellas? A Boon le ha salido bastante bien hoy. Una receta escocesa de mi bisabuela.

Diva dejó escapar una leve risilla mientras se envolvía de nuevo la cabeza con el pañuelo. Momentos después de la aparición de la señora Poppit, había escuchado a la señorita Mapp preguntarle, irónicamente, cómo se encontraba el rey, y en ese momento pensó que era una lástima que la señorita Mapp hubiera dicho eso.

Aunque el aborrecimiento de cualquier atisbo de esnobismo o de cualquier actitud que se le asemejara era una característica peculiar de la vida social en Tilling, el esperado paso de aquel distinguido visitante por el pueblo el sábado siguiente corrió como la pólvora por toda la localidad. Aquella mañana de mercado, antes de que las cestas de mimbre de las damas comenzaran a pesarle a sus portadoras, ya no había rincón del pueblo que no conociera la noticia. El mayor Flint se enteró de la noticia por la señora Plaistow cuando iba a coger el tranvía de las 11.20 para ir a los campos de golf. Aunque no tenía mucho tiempo que perder (porque sus labores de la noche anterior en sus viejos diarios habían provocado que aquella mañana tuviera que desayunar a una hora inusualmente tardía, aparte de un molestísimo dolor de cabeza por la intensidad del trabajo), tuvo que pararse con la señorita Mapp inmediatamente después, sin quitar ojo de su reloj, porque — naturalmente— no podía dejar de descerrajarle semejante noticia a quemarropa a su vecina, como si fuera algo de máximo interés e importancia.

—Buenos días, mi querida señora —la saludó—. ¡Por Júpiter!, ¡qué aspecto tan saludable y fresco nos trae hoy!

La señorita Mapp echó un vistazo disimulado a su cesta para comprobar que el papel ocultaba la prenda de ropa interior que el pérfido lavandero por fin había encontrado. (Probablemente en la lavandería siempre habían sabido dónde se encontraba y —en sentido figurado, por supuesto—, habían querido «probarla»).

—Pronto a la cama y pronto arriba, mayor —dijo la señorita Mapp—. ¡Esta mañana he visto desperezarse a mis flores! ¡Un rocío precioso!

—Bueno, mis diarios me tuvieron en vela hasta muy tarde anoche —dijo el caballero—. Solo cuando ustedes se retiran, mis fascinantes damas, consigue uno sentarse a trabajar en ellos.

—Permítame recomendarle que se ocupe de ellos de seis a ocho de la mañana, mayor —le sugirió la señorita Mapp enseguida—. Es cuando se tiene la cabeza más despejada.

Al mayor Flint aquello le parecía un callejón sin salida si quería abordar el tema que verdaderamente interesaba, así que lo intentó por otro camino:

—Bueno, bueno... menuda partida tan disputada que tuvimos ayer. Precisamente me acabo de encontrar con la señora Plaistow, que se quedó un poco a charlar en casa de las Poppit después de que nosotros nos marcháramos.

—Nuestra querida Diva... Le encantan los cotilleos —dijo la señorita Mapp efusivamente—. Le interesan muchísimo los asuntos de los demás. Es así de humana y compasiva. Estoy segura de que nuestra querida anfitriona le contó todas sus aventuras en Palacio.

Solo faltaban siete minutos para que saliera el tranvía. Ya no podría hacer de aquella noticia una primicia perfecta, así que no había más remedio que contárselo deprisa y corriendo. Además, el mayor vio a la señora Plaistow acercándose a toda velocidad por High Street, con sus piecillos ejecutando apremiantes pasitos cortos.

—Sí, y eso no es todo respecto a..., ejem, la realeza —añadió el mayor, profiriendo la odiosa palabra con alguna dificultad—. El Príncipe de Gales pasará por aquí el sábado, de camino a Ardingly Park, donde piensa pasar el domingo.

La señorita Mapp no dejó que la traicionara ni el más ligero rictus de interés por aquel asunto.

—Lo pasará muy bien —asintió—. De paso, podrá disfrutar un poco de las maravillas de nuestro precioso Tilling.

—¡Ya lo creo! Bueno, tengo que irme a jugar al golf. Quién sabe, quizás la Armada tenga hoy mejor día.

—¡Estoy segura de que ambos jugarán maravillosamente! —dijo la señorita Mapp.

Diva había entrado «un momentito» en la frutería. Siempre se detenía «un momentito» en todas partes; se paraba un momentito a ver a un amigo, y volvía a casa un momentito; iba un momentito a la iglesia el domingo y de vez en cuando iba un momentito a Londres. La señorita Mapp comenzaba a considerar que alguien debería hacerle saber, directamente o mediante insinuaciones, que utilizaba demasiados momentitos. Así pues, pensando que no tardaría en presentarse la ocasión, la señorita Mapp se entretuvo leyendo los titulares de los periódicos en el exterior de la papelería, esperando a que Diva saliera de su momentito en la frutería. Los titulares de los diarios, incluso los impresos en letras más grandes, apenas llegaron a su cerebro, porque estaba completamente absorta en otro tema. Por supuesto, lo primero era averiguar en qué tren...

Diva cruzó a toda velocidad la calle.

—Buenos días, Elizabeth —dijo—. Te fuiste muy pronto ayer. Te perdiste un montón de cosas. ¡Cómo sonrío el rey al parecer! ¡Y cómo la reina dijo «Encantada»!

—Nuestra querida anfitriona lo disfrutaría —dijo la señorita Mapp pensativamente—. Ella también estaría encantada. Ella y la reina, las dos estarían encantadas. Absolutamente encantadas las dos.

—Por cierto, el próximo sábado... —empezó a decir Diva.

—Ya lo sé, querida —la cortó la señorita Mapp—. Me lo ha dicho el mayor Flint. Parecía muy interesado en el tema. Ahora tengo que entrar en la papelería.

Diva era realmente muy torpe.

—Yo también entraré un momentito. Necesito un horario de los trenes.

Ni atada a unos caballos salvajes la señorita Mapp habría declarado jamás que, precisamente, también era eso lo que ella iba a buscar.

—Yo solo quería unas cuartillas de papel pautado —dijo—. ¡Vaya, aquí está nuestra querida Evie saliendo justo cuando nosotras entramos! Buenos días, dulce Evie. Un día encantador, ¿verdad?

La señora Bartlett escondió apresuradamente en su cesta algo que recordaba mucho a un horario de trenes. La mujer del vicario hablaba en voz muy baja y apresurada, como si temiera que la oyeran. Aparte de eso, era la viva imagen de un ratón. Al menos, cuando estaba muy nerviosa chillaba como uno.

—Un día estupendo para la cosecha —dijo—. Es muy importante tener una buena cosecha. Confío en que el próximo domingo haga bueno; sería una pena que lloviera ese día. Nos estábamos preguntando, Kenneth y yo, qué sería lo más adecuado, si aplazar el servicio religioso... ¡oh, aquí llega Kenneth!

Al ver llegar a su marido, se detuvo de repente, como si temiera haber dejado traslucir

demasiado interés en el siguiente sábado y el siguiente domingo. Kenneth lo haría mucho mejor.

—Ea, mi bella señora —exclamó—. ¿Un poquito de conversación con mi mujercita? ¿Tenemos buenas nuevas esta resplandeciente mañana?

—No, querido Padre —dijo la señorita Mapp, luciendo todas las encías—. Al menos, yo no me he enterado de nada que tenga el más mínimo interés. Las únicas noticias que puedo darle se refieren a mi jardín. Tengo unas rosas nuevas preciosas que me han florecido justo hoy, ¡maravillosas!

La señora Plaistow había entrado ya en la papelería, así que el Padre y su esposa no pudieron detectar el perjurio.

Si por algo era conocido el Padre, era por su carácter diplomático. Y precisamente entonces quería dar la impresión de que nada de lo que pudiera ocurrir el siguiente fin de semana tenía el más mínimo interés para él. Sin embargo, había pasado casi toda la noche en vela preguntándose si, dadas determinadas circunstancias, sería adecuado hacer una reverencia al comienzo del sermón y otra al final; y si debería salir a recibir al visitante en el pórtico occidental, y si se lo debería comentar al alcalde, y si debería ensayar algún salmo especial.

—Bueno, mi bella dama —intervino de nuevo—, rumores hay de que el Príncipe de Gales va a visitar Ardingly el próximo domingo; y, naturalmente, supongo que pasará por Tilling el sábado por la tarde.

La señorita Mapp se puso el dedo índice en la frente, como si estuviera intentando acordarse de algo.

—Sí, ahora me parece recordar que algo me han dicho sobre eso. El mayor Flint, creo; pero cuando usted me ha preguntado si había noticias frescas pensé que se refería a algo verdaderamente interesante. ¿Y bien, Padre?

—Bueno, si viene a misa el domingo...

—Querido Padre, si viene y va a la iglesia, estoy segura de que escuchará un magnífico sermón. ¡Ah, ya entiendo lo que quiere decir! ¿Se refiere a si debería ensayar algún himno especial? Pobre de mí, a mí no me pregunte. Estoy segura de que la señora Poppit podrá aconsejarle mejor. Ella lo sabe todo acerca de la corte y el protocolo.

En ese mismo momento, Diva salió de la papelería.

—Agotados —anunció—. Todo el mundo quería los horarios de trenes esta mañana. Evie cogió el último. Tendré que ir a la estación.

—Iré contigo y así doy un paseo, querida Diva —dijo la señorita Mapp—. Tengo un paquete que... Adiós, querida Evie, *au reservoir* —se despidió, y le lanzó un beso con la mano a la señora Bartlett, y al Padre le dedicó una espléndida sonrisa, que pareció desprenderse aleteando desde su rostro.

Aquella tarde, la señorita Mapp decidió dedicarse plenamente a las florecillas de su jardín. Sin embargo, estaba tan ensimismada y sus pensamientos eran tan impenetrables que en realidad no se podía decir que estuviera realizando ninguna tarea. Estaba tan distraída que se quedó mirando, absorta, la damascena blanca que había arrancado de raíz cuando en realidad pretendía arrancar un hierbajo que había al lado. Y ni siquiera se le partió el corazón al privar de vida a una de sus flores más apreciadas. Había dos trenes

en los que podía llegar el Heredero: uno, a las 16.15, que le permitiría estar a tiempo en Ardingly para tomar el té; el otro, a las 18.45. Estaba absolutamente decidida a verle, y más inflexible que esa resolución era el postulado euclidiano de que nadie en Tilling debería sospechar ni por asomo que ella había dado algún paso en ese sentido o que había actuado en algún modo para favorecer que dicho encuentro tuviera lugar. De momento, había adormecido cualquier sospecha al adoptar aquella completa indiferencia respecto a lo que podría ocurrir el sábado o el domingo. Sin embargo, ella intuía —y sus intuiciones siempre eran acertadas pues se fundaban en rigurosas premisas— que todo el pueblo, a pesar de la actitud pública de Tilling en esas materias, estaba también decidido a ir a ver al Príncipe.

¿Cómo verlo y no ser vista? Esa era la cuestión que la mantenía absorta, y, aunque tal vez pudiera hacerse la contradicha en aquella esquina pronunciada que había a la entrada de la estación (por donde todos los coches debían reducir la velocidad) tras la llegada del tren de las 16.15, nunca podría arriesgarse a que la vieran otra vez allí a las 18.45 si el Heredero no escogía el primer tren. La señora Poppit, desvergonzada en su esnobismo, no dudaría en estar presente en la estación con su condecoración de la Orden a ambas horas. Mientras tanto, Isabel estaría triscando a su alrededor, o tras ella.

La señorita Mapp continuaba perdida en sus consideraciones. Desde luego, cavilaba, sería muy triste contemplar a todo Tilling esperando en la estación. Entonces, se le ocurrió una idea tan maravillosa que la devolvió al verde de su jardín al instante. En un acto que todavía tenía mucho de mecánico, colocó la damascena blanca arrancada de cuajo en la cesta de las hierbas, en vez de volverla a plantar, y se apresuró hacia la casa. Una vez dentro, subió al desván y desde allí emergió a los cielos —y realmente puede decirse que «emergió», tan repentina y sorprendente fue la acción— a través de una trampilla del tejado. Sí, desde allí podía observar el cuadro completo de la estación, y si el tren elegido por el Príncipe era el de las 16.15, desde luego habría un coche de Ardingly Park esperando un buen rato antes. De esta manera, la vigía tendría tiempo de bajar la cuesta y acercarse al establecimiento del carbonero, que estaba en aquella esquina de la estación, y preguntar, en tono ofendido, hasta cuándo tendría que estar esperando el carbón para su calefacción central. Ya tendría que haber llegado, y aunque sería muy desafortunado que llegara antes del sábado, resultaba muy fácil obviar sus modales altaneros y decir que Withers no se lo había comunicado. La señorita Mapp odiaba ese tipo de argucias, pero en algunos casos de fuerza mayor no le quedaba más remedio. ¿Y si no había ningún vehículo de Ardingly Park esperando al tren de las 16.15? Eso no le supondría ningún problema a la señorita Mapp, desde su nuevo puesto de observación no necesitaba arriesgarse a ser vista en las cercanías de la estación, sino que iría a hacerle las precisiones oportunas al carbonero pocos minutos antes de las 18.45. Desde luego, no había ningún otro tren en el que pudiera llegar.

A lo largo de los dos días siguientes no se produjeron hechos reseñables relacionados con ese asunto, pero el agudo sentido del olfato de la señorita Mapp le hizo saber que se estaban llevando a cabo maniobras clandestinas de algún tipo: le parecía oír lejanos pasos furtivos y llamadas con sordina en ciertas puertas. Por decirlo de algún modo, aquel silencio presagiaba algún comportamiento inesperado. Observó cómo en High Street,

arriba y abajo, se producían conversaciones y cuchicheos entre sus amigos y conocidos, que se interrumpían cuando ella se aproximaba. Aquello no hacía más que confirmar sus sospechas de que aquellos secretos coloquios estaban relacionados con lo que iba a acontecer el sábado por la tarde, pues tras la gélida postura que había adoptado al conocer la noticia no se podía esperar que se le confiara nada en relación con la visita principesca. Aunque le hubiera gustado saber qué pensaban hacer Diva, Irene y la querida Evie, el hecho de que ninguna de las tres se lo contara demostraba que todas eran perfectamente conscientes de que ella, en todo caso, era indiferente a todo aquel asunto. También sospechaba que el mayor Flint había caído víctima de aquella fiebre principesca tan impropia de Tilling y los tillinguenses. El viernes por la tarde, cuando pasó por delante de su puerta, que dio la casualidad de que se encontraba abierta, pudo verlo claramente en el vestíbulo, ante el espejo (colocado en la cabeza de uno de los tigres para asegurar una visión mejor de sí mismo), probándose un sombrero de copa de seda. En aquel momento, la señorita Mapp se dirigía al pañero, donde había comprado una cierta cantidad de una bonita tela azul pálido para unos pequeños arreglos domésticos, y algunas cintas del mismo color. A esa hora, un tanto inusual para las compras, High Street estaba prácticamente desierta, y, después de algunos casi imperceptibles titubeos y varias miradas nerviosas a un lado y a otro, entró en la juguetería y compró una encantadora banderita del Reino Unido con un pequeño palito a modo de mástil. Por supuesto, le dejó muy claro al señor Dabnet que era un regalito para su sobrino, y la escondió en el interior de la sombrilla, donde podía mantenerse lisa y nadie podría notar ningún bulto sospechoso.

La casualidad quiso que a las cuatro en punto del sábado por la tarde, la señorita Mapp recordara que, el invierno anterior, tras una tormenta, la humedad había producido una gotera en el techo de su habitación. No había pasado ni un minuto cuando informó a Withers de que iba a echar un vistazo para comprobar que no se hubiera movido ninguna teja. Con el fin de asegurar dicha comprobación, se llevó un par de prismáticos —con los cuales, casualmente, también podría identificar a cualquiera que pudiera estar en el aparcamiento abierto de la estación o en los alrededores—. En el preciso momento en el que asomó la cabeza por la trampilla del tejado, divisó a la señora Poppit y a su hija cruzando el patio de la estación y entrando en la sala de espera y en el despacho de billetes respectivamente. A la atenta observadora no dejaba de resultar sospechoso no encontrar a más vecinos en el patio de la estación, pero de inmediato disipó su duda al escuchar un claro «¡Qui-hi!» en la calle, justo debajo de su casa. Echando cautelosamente un vistazo por encima del alero, consiguió una admirable perspectiva del mayor vestido de etiqueta, con un sombrero de copa. La respuesta en forma de «¡Coo-ee!» no se hizo esperar, y acarreó consigo al capitán Puffin, con un traje nuevo (la señorita Mapp estaba segura de ello) y un sombrero panamá a juego. Ambos bajaron juntos la calle y doblaron la esquina, justo cuando apareció en ella la figura de la querida Diva.

Mientras esperaba que todos ellos reaparecieran en el patio de la estación, la señorita Mapp se afanó en avistar qué coches ya estaban aparcados allí. Ya eran las cuatro y diez y el vehículo de Ardingly ya debería haber llegado a esa hora, si es que iba a suceder «algo»

a las 16.15. Desde luego, el único coche que había allí era una camioneta abierta con un piano cubierto con una tela. Aparte de saberlo todo sobre aquel piano, porque la señora Poppit no había estado hablando de otra cosa más que de su piano Bluthner recién restaurado antes de su visita al Palacio de Buckingham, unos breves momentos de reflexión convencieron a la señorita Mapp de que aquella camioneta difícilmente podía ser un modo de transporte adecuado para cualquier invitado que... Permaneció observando con atención unos minutos más, pero como no aparecieron más tillinguenses en el patio de la estación, acabó concluyendo que andarían dando vueltas por las calles —pobrecitos—, y decidió que no se interesaría sobre su carbón en ese momento, quizás un poco después.

Los recientes acontecimientos —no acontecidos— habían brindado a la señorita Mapp casi dos horas de ventaja. Por eso, se sentó justo delante de la ventana del cenador para disfrutar de una taza de té mientras armaba un arreglo de flores. No había mujer (u hombre) en todo Tilling que pudiera sentirse más orgulloso de sí mismo; el aroma de té, junto a la satisfacción de ver pasar a muchos de los chafados monárquicos regresando cabizbajos a casa, eran insuperables en ese momento. No había necesidad de hacer nada que no fuera sonreír y dar unos golpecitos al cristal y lanzarles cariñosos besitos con la mano: todos ellos sabían ahora que *ella* había estado ocupada con sus flores y también eran conscientes de que la señorita Mapp sabía perfectamente qué habían estado haciendo *ellos*...

A las seis y media, los vecinos comenzaron a salir de sus casas de nuevo. Cuando la señorita Mapp comprobó que todos habían bajado la cuesta hacia la estación, se apresuró a subir al tejado para realizar una inspección final con sus binoculares de la ópera. La inspección resultó breve pero interesantísima, porque frente a la entrada de la estación había aparcado un coche. El aire estaba tan limpio y los prismáticos eran tan potentes que pudo distinguir, con total nitidez, el vulgar distintivo nobiliario en las puertas del automóvil. Mientras lo observaba, vio cruzar, a toda prisa, el aparcamiento de la estación a la señora Poppit y a Isabel. Fue entonces cuando, en cuestión de segundos, la señorita Mapp bajó, se puso el vestido arreglado con la tela azul, se ajustó el sombrero con la cinta azul y cogió la sombrilla con la bandera del Reino Unido dentro. El palito de la bandera sobresalía un poco; podría sacarla en cualquier momento.

La señorita Mapp había calculado —con la precisión y el tino que la caracterizaban— su aparición al detalle. Justo cuando dio la vuelta a la esquina de la estación, donde todos los coches estaban aparcados y donde se encontraba la tienda de su proveedor de carbón, escuchó detenerse el tren. Junto a las puertas del aparcamiento, se encontraban el mayor, ataviado con su sombrero de copa; el capitán con su panamá; Irene con una falda muy civilizada; Diva con su nuevo vestido de paseo y al Padre con «su mujercita». Puesto que todos ellos tenían su mirada clavada en la estación, la señorita Mapp entró en el establecimiento del carbonero sin que nadie lo advirtiera. Era muy raro, porque le habían enviado todo el carbón tres días antes, y por tanto no hubo necesidad de mostrarse iracunda y furiosa con el carbonero.

—Muy bien hecho, señor Wootten —le dijo—, y, dígame: ¿por qué está todo el mundo ahí esta tarde?

El señor Wootten le explicó la razón, y la señorita Mapp, aferrándose a la sombrilla, salió del establecimiento justo en el momento en que el vehículo de Ardingly salía de la estación. Decidió que había muchos conocidos allí como para atreverse a utilizar la banderita nacional, y, tras haber visto lo que había ido a ver, se escabulló sigilosamente y se alejó de la ridícula escena monárquica. El mayor sostenía el sombrero de copa en la mano haciendo una exagerada reverencia, y lo mismo hacían el capitán Puffin y el Padre. Mientras, Irene, Diva y Evie trataban de imitar, con muy poca fortuna, los *plongeurs* de los nadadores profesionales. La señorita Mapp estaba decidida a mostrarles a todos ellos, cuando llegara su momento, cómo se hacía una verdadera y adecuada reverencia.

El coche llegó a su altura y la señorita Mapp hizo una reverencia tan pronunciada que no pudo evitar que su trasero se precipitara a la acera. Al mismo tiempo, la sombrilla se le resbaló de las manos y la banderita salió de su escondite y fue a parar también a la acera. Forzosamente sentada sobre aquel bordillo, vio, en el coche, a un joven vestido de caqui mirando por la ventanilla con una amplia sonrisa, que no generosa —o eso pensó ella—, y de repente se le pasó por la cabeza que había algo, aparte de su actuación en aquel asunto, que no estaba funcionando como debería. Cuando volvió a mirar al coche, escuchó unas sonoras carcajadas en su interior.

El señor Wootten acudió en su ayuda, pero para entonces todo el grupo de sus amigos se había reunido a su alrededor, confiando en que no se hubiera hecho daño.

—No, querido mayor, querido Padre, en absoluto, gracias —dijo—. Qué tonta, me he torcido el tobillo. Ah, sí, la banderita... la compré para mi sobrino, que mañana cumple años. Gracias. Acababa de venir a preguntar por mi carbón. Pensaba que el Príncipe habría venido cuando todos ustedes bajaron a recibir el tren de las 16.15. ¡Y vengo, y me lo encuentro por casualidad! ¡Mira tú! ¡Tenía muy buen aspecto!

Consciente del patetismo de la escena, la señorita Mapp recibió la llegada de la señora Poppit como una distracción muy oportuna. La condecorada señora Poppit parecía bastante afligida.

—Confío en que pudiera verle bien, señora Poppit —dijo la señorita Mapp—, después de venir a recibir dos trenes y tomarse tantas molestias.

—¿Ver a quién? —dijo la señora Poppit con una deplorable falta de educación—. ¡Bueno! No pensará que ese era el Príncipe, ¿verdad, señorita Mapp? Llegó aquí a la una, eso me acaba de decir el jefe de estación, y ha estado jugando al golf toda la tarde.

El mayor miró al capitán y el capitán miró al mayor. Hacía meses y meses que no se perdían un partido de golf los sábados.

—Pero la persona que miraba por la ventanilla del coche era el Príncipe de Gales... —afirmó la señorita Mapp con firmeza—. Una sonrisa muy agradable. La habría reconocido en cualquier parte.

—Ese joven que iba en el coche era el Príncipe de Gales como usted es la reina de Inglaterra —dijo la señora Poppit con uno de sus gritillos—. Lo he tenido justo delante de mis narices cuando bajó del tren; le hice una reverencia antes de verlo.

De inmediato, la señorita Mapp cambió la táctica de su ataque; apenas podía

mantener la sonrisa en la cara de la rabia que la inundaba.

—Vaya ridículo que ha hecho, entonces —dijo—. ¡Se reirán mucho a su costa esta noche! ¡Delicioso!

De repente, el rostro de la señora Poppit adquirió la expresión de la más tierna compasión:

—Confío, señorita Mapp, en que no se haya hecho daño cuando se quedó sentada en mitad de la calle.

—En absoluto, muchas gracias —dijo la señorita Mapp, que podía oír los latidos de su corazón. Si hubiera tenido un cañón de quince pulgadas a mano y hubiera sabido cómo dispararlo, con toda seguridad y con un sentimiento del deber cumplido, le habría descerrajado un cañonazo a la condecoración de miembro de la Orden del Imperio Británico, y a cualquiera que hubiera estado a su alcance.

Aún quedaba el domingo, por supuesto. Aún podía aparecer el Heredero: todas las posibilidades permanecían intactas. En la iglesia, los asientos del coro auxiliar, que estaban situados en un lugar privilegiado, nunca habían estado tan llenos, pero como al final no sirvió de nada, el mayor y el capitán Puffin se marcharon durante el sermón para coger el tranvía de las 12.20 en dirección a los campos de golf. Aquel día, espléndido y delicioso, era natural que todo el mundo quisiera dar un agradable paseo junto a las marismas, y los golfistas pasaron un rato muy tenso e inquieto, puesto que las damas de Tilling no hacían más que aparecer por detrás de las dunas de arena y los búnkers, sin tener en cuenta a los jugadores, mientras estos ejecutaban sus golpes en todas direcciones.

Alrededor de la hora del té, la señorita Mapp regresó agotada a su casa. Allí, en la tranquilidad de su hogar, tuvo que escuchar a Withers comentar que el Príncipe había paseado más de una hora por todo el pueblo, y que se había detenido sus buenos cinco minutos en la esquina, junto a la ventana del cenador de su jardín. Es más, incluso se había sentado en los escalones de la casa de la señorita Mapp y se había fumado allí un cigarrillo. La señorita Mapp se preguntaba si aún seguiría allí la colilla; era espantoso encontrar colillas ensuciando los escalones de la entrada principal de la casa. No eran pocas las ocasiones en las que, cuando los dibujantes y artistas eran muy numerosos, había ordenado a la criada barrer aquellos desagradables rastros de fumador. La señorita Mapp buscó ansiosa la colilla, pero se vio obligada a admitir, a regañadientes, que en aquella ocasión no había nada que barrer.

Diva estaba sentada junto a la ventana abierta del salón de su casa, que daba a High Street, cortando con un par de tijeras afiladas las viejas cortinas de cretona que su criada le había dicho que ya no «valían para remendar». Así que como ya no «valían para remendar» las estaba preparando para que valieran, elegantemente, para otra cosa. El estampado era como de pequeños ramitos de rosas que se enredaban en una especie de celosía, y eran precisamente esos ramitos de rosas los que primero había comenzado a recortar. Aunque Tilling era famoso por el ingenio con el que sus damas más elegantes proporcionaban efectos novedosos y peculiares a los vestidos del modo más económico, Diva estaba segura —después de hacer un exhaustivo repaso memorístico— de que nadie había pensado en *eso* antes.

Hasta bien entrado el mes de septiembre, había hecho calor y no había indicios de que fuera a dejar de hacerlo, y sería agradable para ella, y penosamente doloroso para los demás, que justo al final del verano ella apareciera con un vestido completamente nuevo, antes de que llegaran los días de los jerséis y las camisas de franela, y las largas bufandas de lana. Así pues, estaba haciendo los preparativos para reinventar la ligera chaqueta blanca que solía llevar encima de la blusa, cubriendo su amplio cuello y sus puños con aquellas bonitas rosas. La cintura de la falda también la decoraría del mismo modo, y el dobladillo de la misma, si es que podía encontrar ramitos de rosas suficientes y adecuados. La chaqueta y la falda ya se encontraban en la tintorería y volverían dentro de un par de días, pero ya no serían blancas, sino de un vivo color púrpura. Para entonces, ya tendría cientos de esas rositas dispuestas para coserlas a las prendas. Tal vez un pedazo de cretona, con las rosas y la celosía y todo, también podría coserse sobre la cintura de la falda, pero estaba decidida a que solo hubiera pequeños ramitos de rosas en el cuello y en los puños de la chaqueta, y, si era posible, sobre el dobladillo y la cintura de la falda. Ya había probado y calculado cómo quedaría, y era de la opinión de que nadie podría ni siquiera sospechar cuál era el origen de aquellas rosas. Cuando las cosiera con cuidado, tendría el aspecto de un modelo completamente nuevo, salido directamente del taller de una de las modistas más reputadas.

A medida que las recortaba, la señora Plaistow iba dejando las rosas sobre el alféizar de la ventana y, de tanto en tanto, cuando se había formado un buen montón, las guardaba en una caja de cartas. Aunque trabajaba con celosa diligencia, era capaz de mantener un ojo avizor en lo que acontecía en el exterior: era la hora de los recados y había muchas cosas interesantes que observar. Por supuesto, Diva no tenía en absoluto el talento de la señorita Mapp para las conjeturas, pero su memoria era increíblemente buena. Según el ordenado inventario de acontecimientos que registraba su prodigiosa memoria, aquella era la tercera mañana consecutiva que Elizabeth Mapp iba a visitar al tendero. Resultaba de lo más extraño ir a la tienda tantos días seguidos: dos veces por semana era más que suficiente para cualquier habitante de Tilling. Desde su posición,

por encima del nivel de la calle, podía ver con precisión lo que llevaba Elizabeth en su cesta, y desde luego no se trataba de nada que hubiera adquirido allí; lo único que contenía era un pequeño frasco envuelto en papel blanco que... Diva no necesitaba que nadie se lo dijera: sin duda, era cera, la había comprado en la farmacia y sin duda estaba relacionada con un exceso de ciruelas.

La señorita Mapp cruzó la calle en dirección a la acera de la casa de Diva, y precisamente cuando estaba a punto de llegar, la criada de Diva abrió la puerta del salón para traer el segundo servicio de correos, o más bien para no traer el segundo servicio de correos, porque simplemente anunció que no había carta en el segundo servicio de correos. La apertura de la puerta provocó una corriente de aire, y todos los ramitos de rosas que reposaban en el alféizar de la ventana salieron volando primorosamente. Diva consiguió recuperar la mayoría de ellos antes de que salieran por la ventana, pero dos de ellos consiguieron escapar. Justo en ese momento —y no en ningún otro momento—, la señorita Mapp miró hacia arriba y uno de los ramitos recortados aterrizó en su cara; el otro cayó en su cesta. Sus habilidades sociales estaban, como siempre, alerta, y se guardó ambos ramitos en la manga de su guante para futuras consideraciones, sin detenerse a examinarlos en ese preciso instante. Solo sabía —aunque también sabía que toda información, por poco valiosa que pareciera, podía convertirse en decisiva en un momento dado— que eran unos recortes de cretona con pequeños ramilletes de rosas, y que habían volado de la ventana de Diva.

Elizabeth Mapp se detuvo en la acera, y recordó que Diva aún no había dado su brazo a torcer y no le había pedido disculpas por haberle arrebatado aquella pieza de tela de un tono rojo vivo, y que seguía utilizando sus «momentitos» con tanta frecuencia como siempre. De modo que Diva se merecía un castigo ejemplar y, felizmente, en aquel preciso momento se le ocurrió un asunto que podría hacerle sentir ciertamente incómoda. La calle estaba abarrotada, y sería gracioso llamarla a voces, en vez de llamar al timbre, con el fin de ahorrarle alguna molestia a la pobre Janet —por supuesto—, siempre hasta arriba de trabajo. (Diva solo tenía dos criadas, aunque, claro, la pobreza no era un crimen).

—¡Diva, querida! —cacareó la señorita Mapp con voz melosa.

La cabeza de Diva se asomó como la de un cuco en un reloj dispuesto a dar la hora.

—¡Hola! ¿Me llamabas? —contestó la señora Plaistow, como distraída.

—¿Puedo pasar un momentito, querida? Si no estás muy ocupada.

—Pasa —dijo Diva, que estaba completamente convencida de que la señorita Mapp pronunciaba «momentito» con unas grandes comillas, por así decirlo, con la intención de burlarse de ella, así que ella insistió con más ahínco que nunca—: Le diré a mi criada que baje *un momentito* y abra la puerta.

Mientras la doncella bajaba a abrir, Diva aprovechó para hacer un montón con sus cortinas de cretona y guardarlas en un armario, y metió los ramitos de rosas que había recortado en la caja de la costura, porque el secreto era esencial para la elaboración de aquellos adornos. Sin embargo, con el fin de aparentar estar ocupada en otros asuntos comunes —y de un abierto y público carácter—, sacó la gran bufanda de lana que estaba tejiendo para el otoño y el invierno, olvidando en aquel momento que la tela de color

rojo que estaba añadiendo en uno de sus extremos era la tela fatal que la señorita Mapp consideraba que ella le había robado del modo más innoble. Y ese era el típico asunto que la señorita Mapp no olvidaba jamás, ni siquiera cuando se encontraba rodeada de sus dulces florecillas. Su mirada se clavó en aquella tela en cuanto entró en la sala, y se aseguró de que los dos ramitos de rosas recortadas de cretona no se le salieran del guante.

—Pensé que podría pasarme por aquí un momentito tras ir a la frutería —dijo—. ¡Vaya, qué bufanda tan bonita, querida! Esa tela tiene un tono rojizo encantador. ¿Dónde he visto yo algo parecido antes?

Eso era, sin lugar a dudas, una ironía, y Diva no era una cobarde, debía responder al mismo nivel:

—No te sabría decir, la verdad.

Tras tan descarada respuesta, la señorita Mapp hizo como si acabara de recordar algo, y sonrió tan ampliamente que cualquiera que estuviera frente a ella podría contemplar sus perfectamente nacaradas muelas del juicio. (Algo de lo que Diva ya no podía presumir).

—Ya me acuerdo —dijo—. Era la pieza de tela que le encargué a Heynes y que luego te vendió a ti, y ya no quedó nada para mí.

—Ah, sí —dijo Diva—. Eso te incomodó un poquito. Como la tela estaba en la tienda, la compré.

—Sí, querida, ya veo que lo hiciste. Pero no es por eso por lo que he pasado *un momentito*. Es por la huelga de carbón, ya sabes^[10].

—Tengo la carbonera llena —dijo Diva.

—Diva, no habrás estado haciendo acopio ilegal de carbón, ¿verdad? —inquirió la señorita Mapp con gran angustia—. Pueden quitarte hasta el último átomo si lo has hecho, y ponerte una multa de no sé cuánto por cada quintal que hayas acumulado.

—¡Bah bah bah! —profirió Diva, disimulando bastante la forzada indiferencia de su vulgar exclamación.

—Sí, querida, bahbahbah y todo lo que quieras, si así estás más contenta —dijo la señorita Mapp—, pero me sentaría fatal si una mañana me enterara de que te han multado y te han dejado en una situación delicada y yo no te hubiera avisado.

Diva se sintió un poco menos despreciativa con el asunto del carbón.

—Pero ¿cuánto permiten tener guardado? —preguntó.

—Oh, muy poquito: lo suficiente para ir tirando. Pero me atrevería a decir que no te descubrirán. Solo me tomé la molestia de venir y avisarte.

Diva recordó entonces algo sobre el acopio ilegal; se habían producido unas horribles denuncias a personas demasiado *prudentes* que habían hecho acopio de carbón y otros productos por miedo a una huelga, y habían salido en los periódicos, y había resultado muy desagradable leerlo.

—Pero todo eso era antes, por lo de la guerra... —dijo.

—Sin duda estás en lo cierto, querida —dijo la señorita Mapp alegremente—. Puedo asegurarte que confío en que estés en lo cierto. Solo que si se produce otra huelga del carbón, creo que te encontrarás con que las normas contra el acopio ilegal serán tan severas como lo fueron entonces. Y de acopio ilegal de comida también. Twemlow (qué

hombre tan educado), cree que podremos disponer de toda la comida que queramos, o que, en cualquier caso, tendremos suficiente para todo el mundo durante mucho tiempo, siempre que no haya gente que haga acopio ilegal. ¿No estarás haciendo acopio ilegal de comida también, verdad, querida Diva? ¡Serás mala! ¡A que tienes la alacena grande llena de sardinas y galletas y Bovril^[11]!

—Nada de eso —se apresuró a negar Diva, indignada—. Ahora mismo lo vas a ver.

De repente, se acordó de que había guardado allí el hatillo con las cortinas de cretona y los pequeños ramitos de rosas, cuidadosamente recortadas, junto a un par de tijeras de uñas. Cuando un silencio incómodo se apoderó de la sala, la señorita Mapp se percató de que no había cortinas en la ventana. Desde luego, solía haber cortinas allí, y además combinaban con el forro de cretona del alféizar de la ventana, que estaba decorado con pequeños ramitos de rosas que sobresalían y daban la sensación de enredarse en una celosía. Aquella magnífica observación era para la señorita Mapp como un premio especial: hasta ese momento no había relacionado las cortinas de cretona con las pequeñas rosas de tela que habían salido volando, directamente hacia ella, y que se había guardado en la manga (del guante). El único objetivo de aquella visita había sido inculcar en Diva un estado de inquietud y ansiedad general a propósito de la escasez de carbón, de la huelga y de los peligros de estar bien surtido de combustible. Eso era lo que humildemente pretendía. Pero obtuvo mucho más.

—Ahora tengo que irme —anunció—. ¡Ay, qué charlita tan agradable! Pero... ¿qué les ha pasado a tus cortinas?

—Las he llevado a lavar —dijo Diva con firmeza.

«Embustera», pensó la señorita Mapp mientras bajaba las escaleras. «Si fuera así, habrías enviado a lavar también la funda del asiento del alféizar». «Embustera», volvió a pensar mientras le lanzaba un besito con la mano a Diva, que en aquel momento la estaba observando con gesto sombrío desde la ventana.

En cuanto la señorita Mapp llegó al cenador de su jardín, examinó los misteriosos tesoros que se había guardado en la manga de su guante izquierdo. No le cabía la más mínima duda de que Diva había quitado las cortinas (y gracias a Dios, también, porque eran tristemente andrajosas) y estaba recortando de allí los ramitos de rosas. Pero ¿para qué demonios quería aquellas rosas? ¿Para qué estrafalario propósito podía necesitar Diva aquellos ramos de rosas recortadas de una cortina de cretona?

La señorita Mapp había depositado en su regazo las dos muestras que providencialmente le habían caído del cielo, y quedaban muy bien allí, recortadas sobre el azul marino de su falda. Vaya, Diva era muy ingeniosa, utilizaba todo tipo de arripiezos y retales de un modo que desde luego justificaban sus limitadas condiciones de vida. Era capaz de adornar un sombrero con un cepillo de dientes y un plátano de un modo que resultara absolutamente parisino (hasta que uno analizaba con detenimiento sus componentes), y la mayor parte de su ingenio la condensaba en las prendas de vestir. La lástima era que poseía una figura tan esférica que su cinturilla siempre parecía la línea del Ecuador.

—¡Eureka! —exclamó la señorita Mapp en voz alta—, y, aunque el teléfono estaba sonando, y podía tratarse de uno de los amiguitos de las criadas (justo a la hora en la que habitualmente la señora se encontraba de compras en High Street), se dirigió rápidamente al gran armario que había bajo las escaleras y que estaba lleno de cachivaches que ninguna persona con dos dedos de frente osaría tirar a la basura: sillas de mimbre rotas, trozos de papel de estraza, cajas de cartón sin tapas, y tapas de cartón sin cajas, bolsas viejas y agujereadas, llaves sin candado y candados sin llave, y cubiertas ajadas... *de cretona*. Había una —que antaño había cubierto el sofá del cenador— con amapolas rojas (muy fáciles de recortar), y la señorita Mapp la liberó de su rincón polvoriento, provocando en el acto una perfecta catarata de tapas de cartón y picaportes viejos.

Withers había ido a coger el teléfono, y se acercó para comunicar a su señora que Twemlow, el tendero, lamentaba haber tenido solo dos grandes latas de carne de vaca en conserva, pero...

—Pues dile que me quedo también con la lengua, Withers —dijo la señorita Mapp—. Solo una lengua, y luego quiero que tú y Mary me ayudéis a recortar unas cosas.

Las tres se pusieron al trabajo con una febril energía, porque Diva ya les llevaba la delantera, y a partir de las cuatro en punto aquella tarde hubo suficientes amapolas para proveer, si hubieran tenido semillas, a toda una calle llena de tugurios de opio. El traje seleccionado para decorar tenía el color del maíz maduro (aparte de unos cuantos puntos mohosos) y resultaba increíblemente apropiado para septiembre. «Amapolas en el maíz», se decía una y otra vez la señorita Mapp, recordando unos bonitos versos que había leído en alguna ocasión, de Bernard Shaw o de Clement Shorter, o de alguien de ese tipo, sobre un jardín de ensueño que estaba en algún lugar de Norfolk^[12].

—Nadie trabaja con tantísima delicadeza como tú, Withers —dijo alegremente—, así que te pediré que me hagas lo más difícil. Quiero que me cosas mis preciosas amapolas en el cuello y en los puños de la chaqueta, espaciándolos un poquito y con una cierta encantadora irregularidad. Y luego Mary, ¿querrás, Mary?, hará lo mismo con la cinturilla mientras yo hago una cenefa de amapolas para el dobladillo de la falda, y entonces mi querido y viejo vestido parecerá completamente nuevo y encantador. Esta tarde no estoy para nadie, Withers, ni siquiera aunque venga el Príncipe de Gales en persona y vuelva a sentarse en la escalerilla de mi casa. Vamos a trabajar las tres en el jardín, ¿de acuerdo?, y tú y Mary debéis regañarme si veis que no estoy trabajando lo suficientemente duro. Estaremos maravillosamente en el jardín.

Gracias a este agradable plan, Withers y Mary no tuvieron muchas oportunidades de holgazanear.

Aproximadamente a la misma hora en que este armonioso grupo de mujeres comenzaba su labor, una pareja de hombres —no precisamente armoniosa— se esforzaba en su trabajo en el gran y amplio búnker que había frente al *tee*, para completar el último hoyo del campo de golf. Se trataba de un maravilloso búnker, formado por una gran ladera de hierba, una duna de arena inclinada que hacía de colina y quedaba firmemente

delimitada con troncos de madera. La Armada había estado en mejor forma todo el día, y después de una gran victoria sobre el Ejército por la mañana y un abono de media corona, el partido de la tarde, cuando solo faltaba el último hoyo, estaba empatado. Así que el capitán Puffin, teniendo el honor del turno, lanzó un *drive* bajo que golpeó la valla de madera del búnker, de modo que la bola fue a quedarse justo allí, medio escondida, bien protegida ante cualquier otro intento de golpearla y sacarla de allí.

—¡Buah, esto casi resuelve el partido! —profirió el mayor Flint con entusiasmo—. Mal sitio para dejar la bola. ¿Me concede el hoyo?

Aquella insolente pregunta no necesitaba siquiera contestación, y el mayor Flint se dispuso a golpear su bola, que salió despedida hacia el cielo hasta alcanzar una prodigiosa altura. Pero alguna vez tenía que regresar al suelo, y lo hizo como Lucifer, hijo del lucero de la mañana, en mitad del mismo búnker. Después de tres golpes y abundantes sudores, el Ejército consiguió salir de allí. Cuando llegó el turno de la Armada, este cuerpo militar tuvo que tumbarse sobre la quilla del navío, por encima de los bordes del búnker, con el fin de alcanzar la bola, y aun así falló dos veces.

—Será mejor que te rindas, viejo amigo —dijo el mayor Flint—. Eso no se puede jugar.

—Eso ya lo veremos —repuso el capitán Puffin, con un movimiento de sus mandíbulas que sugería que podría estar masticando algo.

—Vamos a perder el tranvía de vuelta —le advirtió el mayor, y con la intención de molestar aún más a su contrincante, se sentó en el búnker dándole la espalda y encendió un cigarrillo.

Tras tres intentos, no parecía que la situación fuera a dar un giro. En el cuarto, la bola voló hacia el vallado de madera, rebotó hacia el búnker y rodó por la empinada pendiente arenosa hasta golpear la bota del mayor.

—¡Ha tocado mi bola! ¡Ha tocado mi bola! —exclamó el capitán Puffin—. ¡Ja! ¡Así que el hoyo es para mí, mayor!

El mayor Flint sufrió un breve ataque de afasia. Abría y cerraba la boca y soltaba algo que parecían espumarajos. Cuando se repuso, sacó media corona de su bolsillo.

—Dale esto al capitán —le dijo a su *caddie*, y sin mirar atrás se alejó caminando en dirección a la parada del tranvía.

No se había alejado ni siquiera cien yardas cuando se oyó el pitido del tren, que siguió pitando y alejándose hacia el pueblo cada vez a más velocidad. Tras unos cuantos pasos dubitativos, temblando de furia como estaba y con semejante flojera, el mayor Flint supo que jamás podría llegar al pueblo a menos que tomara un fuerte reconstituyente, y no tuvo más remedio que regresar al club para conseguirlo. Siempre se sentía abatido y medio cojo cuando lo ganaban al golf, mientras que el capitán Puffin estaba cojo en cualquier circunstancia. Los dos, sin dirigirse la palabra, entraron en las instalaciones del club. El mayor Flint, invocando el último hálito de energía que le quedaba, gruñó para pedir un whisky, pero, según las normas del club, no se le podía servir dicha bebida hasta las seis. A cambio, podía tomar toda la limonada y cerveza de jengibre que le apeteciera. Sin duda, aquello era como ofrecerle un poco de pan con leche a un tigre que se comería a un hombre. Ni siquiera la amenaza de darse de baja como

socio a menos que le sirvieran el whisky produjo ningún efecto en el educado camarero, y tuvo que sentarse a recuperarse como pudo, con un viejo ejemplar del *Punch*, que no pareció hacerle mucho bien. Su obligada abstinencia le resultó aún más intolerable cuando el capitán Puffin, que había entrado en el salón inmediatamente después, sacó de su taquilla una gran petaca con el anhelado elixir, y procedió a suministrarse una larga y contundente cantidad de licor. Después de la grosería del mayor en la cuestión de la media corona, era imposible que ningún marinero con sangre en las venas diera el primer paso para la reconciliación.

Como es sabido, la sed es un gran promotor de la paz. Cuando el aliviado capitán Puffin ya había dado buena cuenta de la mitad de su vaso, al mayor le pareció que le iba a resultar imposible mantener el orgullo y la compostura durante mucho más tiempo. Odiaba decir «lo siento» más que nadie en el mundo, y no lo habría sentido en absoluto si le hubiera sido posible conseguir un trago por sí solo. Tras atusarse el bigote numerosas veces y aclararse la garganta otras tantas —aunque la garganta quería algo más que aclararse—, finalmente capituló:

—Maldita sea, Puffin, me avergüenza... bueno... no tomarme las derrotas mejor —dijo—. No es propio de un hombre alterarse así por un partido.

Puffin dejó escapar una carcajada como un cacareo de contralto.

—Oh, eso está muy bien, mayor. Ya sé lo espantosamente difícil que es perder como un caballero. —Dejó que aquello hiciera su efecto, y añadió—: ¿Quiere un trago, amigo?

El mayor Flint se puso en pie de un salto.

—Bueno, gracias, gracias... —dijo—. A ver, ¿dónde está esa soda que me acaba de ofrecer? —le dijo al camarero.

La prontitud con que se verificó aquella absoluta reconciliación no era de ningún modo llamativa, porque, cuando dos hombres discuten, siempre es normal que se arreglen de nuevo con la misma frecuencia, o de lo contrario no podrían volver a enfadarse más. Esta pelea había sido levemente más aguda que la mayoría de las que sostenían, así que la reconciliación amistosa fue también un poco más precipitada.

El mayor Flint, en su vehemencia, había metido más de lo debido su bigote en el recipiente con el líquido vital, y se lo tuvo que secar con el pañuelo.

—Después de todo, fue un incidente de lo más divertido —dijo—. Yo estaba allí, de espaldas, esperando que usted se rindiera, cuando esa jod... cuando esa maldita bola vino y me dio en el pie. —Hizo una breve pausa, como preparándose para grabar sus siguientes palabras—: Le pagaré con la misma moneda algún día, o al menos lo haría si pensara que es digno de un deportista que juega limpio... Bueno, bueno, ya es suficiente. Un whisky increíblemente bueno, este suyo.

El capitán Puffin se sirvió bastante más de la mitad de lo que aún quedaba en la petaca.

—Sírvase, mayor —le ofreció.

—Bueno, gracias, no voy a rechazarlo —aceptó, volcando la petaca en el vaso—. Estamos bien entrampados, porque el último tranvía se ha ido. ¡El tranvía trampa! Maldita sea, ni se me había pasado por la cabeza que podría llamar a un taxi.

Aquello, desde luego, era una indirecta directísima. Ya que el capitán Puffin había

ganado dos medias coronas aquel día, era evidente que él debía pagar el taxi. Aquel trago casual no constituía el habitual trago al que invitaba el ganador, y que se pagaba con dinero en efectivo encima de la mesa. Un trago (o dos) de una petaca no era lo mismo. Puffin, naturalmente, lo veía de otro modo. Él había comprado y pagado el whisky que se estaba bebiendo el mayor Flint, y le había abonado la factura al bodeguero. Y aquel era un dinero tan bueno y tan válido como un florín que se pusiera en la barra de un bar. Pero, como tampoco estaba muy contento consigo mismo y el modo en que había conseguido el último hoyo, pasó por alto los prejuicios de su habitual tacañería.

—Bueno, está bien, usted va hasta el teléfono a llamar a un taxi —dijo— y yo lo pago.

—Hecho.

Su camaradería volvía a ser la misma de siempre, y ambos se sentaron fuera, en el banco del club de golf, a esperar hasta que llegara aquel inusual recurso motorizado para volver a casa.

—¿Almorzamos mañana en casa de las Poppit? —preguntó el mayor Flint.

—Sí. ¿Nos vemos allí? Supongo que habrá *bridge* después.

—Seguro que sí. Ojalá pudiéramos tomar otro poco de aquella Locura de Grosellas. Una bebida estupenda, si no fuera por las grosellas. Si me hubieran puesto todo el brandy que me sirvieron en un vaso y todo el champán en otro, me habría gustado bastante más.

El capitán Puffin era un gran cínico en su modo de expresar su habitual misoginia.

—Las grosellas son el camuflaje para el bello sexo —dijo—. Así una mujer se puede empinar media botella de brandy, siempre que se le llame bizcocho borracho, y pedir más, mientras que si usted le ofrece un vasito de brandy con soda, se sentirá ofendida.

—Benditas mías, qué divertidas princesitas... —dijo el mayor.

—Bueno, lo que le digo es la verdad, mayor —dijo Puffin—. Ahí está nuestra Mapp. Dice que es abstemia, pero bebió como un contraamaestre de la Locura de Grosellas. Un poquillo piripi me pareció que estaba, cuando la acompañamos hasta su casa.

—Claro que lo estaba —dijo el mayor—, claro que lo estaba. Nos dijo adiós en la escalerilla de su casa como si se creyera una perfecta Venus Ana... Ana no sé qué^[13].

—*Anno Domini* —dijo Puffin entre risillas.

—Bueno, bueno, que todos tenemos ya nuestros años —dijo el mayor Flint con cierta compasión—. De todos modos, es una mujer con una buena figura todavía.

—¿Eh? —preguntó Puffin maliciosamente.

—Nada de comentarios marineros ahora, capitán —dijo el mayor, muy animado y de buen humor—. Yo estoy igual de casado que usted. A lo mejor me habría ido mejor si lo hubiera estado hace más años de lo que prefiero pensar. Vaya por Dios, esta herida mía me va a dar la murga esta noche.

—¿Y cómo lo va a solucionar? —preguntó Puffin.

—¿Solucionar? Pensando un poco en los viejos tiempos y escribiendo mis diarios.

—¿Va a dejar que el mundo les eche un vistazo algún día a esos diarios? —preguntó Puffin.

—No, señor, ni hablar —dijo el mayor Flint—. A lo mejor dentro de cien años, es la

fecha que he puesto en mi testamento como límite mínimo para su publicación. Para entonces puede que alguien las considere algo interesantes. Pero ahora todo eso no es más que tostar, poner mantequilla, asar y freír a los amigos, y darles de comer caliente a todos los gatos viejos para que maúllen. ¡Bah!

Puffin permaneció callado unos instantes, meditando aquellos nobles sentimientos.

—Pero ha trabajado usted mucho en esos diarios —dijo al final—. Muy a menudo, cuando subo a la cama, veo la luz todavía encendida en la ventana de su salón.

—Bueno, si vamos a eso —replicó el mayor—, yo puedo asegurarle que a veces me he despertado estando ya en la cama, y si me he levantado, y he levantado la persiana, ¿y qué he visto?, que ahí está su luz todavía encendida. Esos viejos romanos tuvieron que hacer unas calzadas larguísimas, capitán.

El hielo todavía no se había roto, pero comenzaba a resquebrajarse en todas direcciones bajo aquel insólito deshielo. Los dos habían confesado sus sospechas respecto a las costumbres que ambos tenían después de cenar. Nunca antes habían llegado tan lejos como entonces: siempre había surgido alguna querrela que había congelado la superficie de nuevo. Pero en aquellos momentos, con un importante desacuerdo a sus espaldas, y con el extraño lujo de un taxi justo delante de ellos, los vientos primaverales continuaban soplando con insólita calidez.

—Sí, eso es muy cierto —convino Puffin—. Hicieron unas calzadas larguísimas, y todo tipo de senderos, y le aseguro que si me quedara estudiándolas desde la cena hasta la medianoche o más todas las noches, ya estaría enterrado en polvo.

—A menos que limpie el polvo de vez en cuando.

—Precisamente. El trabajo intelectual es un proceso agotador; requiere ciertos estímulos —dijo Puffin—. Yo me quedo en mi sillón, ¿me entiende?, y a lo mejor me quedo un poco traspuesto después de la cena. Luego saco los mapas y los pongo al lado. Y luego, si hay algo interesante en el periódico vespertino, le echo un vistazo, y, válgame Dios, lo normal es que para entonces ya sean las diez y media o las once, y a esas horas ya es inútil intentar concentrarse en la arqueología. Poco después, ya estoy casi dormido. Aunque, al parecer, una especie de leyenda que corre entre las damas del pueblo cuenta que soy un gran estudioso de la topografía local y de las calzadas romanas, y de todo tipo de senderos, y me parece que es mejor dejarlo correr. Es aburridísimo empecinarse en largas explicaciones. De hecho —añadió Puffin en un ataque de confianza para con el mayor—, todo lo que he estudiado sobre las calzadas romanas en los últimos seis meses no llenaría ni una moneda de tres peniques.

El mayor Flint lanzó una resonante carcajada y se golpeó el muslo.

—¡Vaya, que me aspen si ese no es el mejor chiste que he oído desde hace mucho tiempo! —exclamó—. He vivido frente a su casa los dos últimos años, viendo su luz encendida hasta muy tarde todas las noches, y pensando: «¡Ahí está el amigo Puffin, de nuevo en la tarea! ¡Qué interesante ser un arqueólogo tan entusiasta! ¡Se le hace tan corto el trabajo durante esas largas noches solitarias, cuando está enterrado en sus libros y sus mapas (Mapp...as, ja, ja...), que al parecer ni se da cuenta de si son las doce o la una o las dos de la madrugada, tal vez!». Y resulta que durante todo ese tiempo ha estado usted ahí sentado dando cabezadas y roncando en su sillón, con un vaso de whisky a mano para

ir limpiando el polvo de las calzadas romanas.

Puffin añadió su risilla en falsete a aquellos regocijos.

—Y a menudo yo también me he dicho: «Ahí está mi amigo el mayor, en el estudio de enfrente, con todos sus diarios alrededor, tomando una nota aquí, copiando un extracto allí, y conferenciando con el virrey un día y reprendiendo al marajá de Bombeboo otro. Ahí está, pasando la noche en las playas coralinas de la India, ahí está, entablando feroces batallas y disparando contra los tigres y Dios bendito sabe qué».

Las carcajadas del mayor estallaron de nuevo.

—¡Pero si yo nunca he llevado un diario en toda mi vida! —exclamó—. Vaya, hay tanto humo en esta historia que me están dando ganas de toser. Usted y yo, ya ve, ¡los intelectuales de Tilling! Los intelectuales sesudos que comienzan su dura jornada de trabajo cuando todas las damiselas se han ido a la cama. Muchísimas veces, nuestra vieja amiga... quiero decir, nuestra encantadora amiga, la señorita Mapp, ¡me ha dicho que trabajo demasiado por la noche! Incluso llegó a recomendarme que me fuera pronto a la cama, ¡y que hiciera el trabajo entre las seis y las ocho de la mañana! ¡Entre las seis y las ocho de la mañana! ¡Menudas horas para recomendarle a un viejo soldado que se levante! Y me apuesto el sombrero que también se lo ha comentado a usted, y le ha hablado de lo de levantarse tarde y el cansancio y las facultades nerviosas.

El mayor Flint, con un ataque de tos que se confundía con la risa, y una risa que se confundía con la tos, aspiró el humo del tabaco hasta que se le puso la cara morada.

—Y usted en un lado de la calle —boqueó— fingiendo estar interesado en las calzadas romanas, y yo en el otro fingiendo estar concentrado en mis diarios, y ni uno ni otro conocemos las calzadas romanas ni los diarios ni por el nombre. Pongamos fin definitivamente a estas costumbres tan poco amistosas, viejo amigo; usted se traerá sus calzadas romanas y una botella para aclarar el polvo de la garganta una noche, y yo llevaré mis diarios y mis pretextos a su casa a la siguiente. Una de mis máximas en la vida es que uno nunca debe beber solo si puede encontrar a alguien con quien beber. Y ahí estaba usted, a pocas yardas de mí, solo consigo mismo; y ahí estaba yo, solo conmigo mismo, y cada uno pensando que el otro estaba entregado a sesudos estudios, ocupado en la labor de su vida. ¡Que me aspen si he conocido jamás a dos embusteros fraudulentos peores que usted y yo, capitán! ¡Qué gran hipocresía hay en el mundo, ya lo creo! —El entusiasmo del mayor no disminuía ni un ápice—. Sin ánimo de molestar, fíjese, yo soy tan malo como usted, y usted es tan malo como yo, y uno es tan malo como el otro. Pero ya no habrá más confinamiento solitario nocturno para Benjamin Flint, es decir, si está usted de acuerdo.

En ese momento, un empleado del club les anunció la llegada del taxi y, brazo sobre brazo, el mayor y el capitán, la Armada y el Ejército, bajaron juntos cojeando el camino hasta la carretera. A la izquierda dejaron el gran búnker, causa fundamental de aquella renovada amistad. Al pasar junto a la arena, el mayor le hizo un gesto con la mano:

—*Au reservoir* —dijo—. ¡Volveremos!

Ya era muy tarde aquella noche cuando la señorita Mapp presintió que era físicamente

incapaz de coser ni una sola amapola más en el dobladillo de su falda, y se acercó a la ventana del cenador, donde había estado trabajando, para cerrarla. Desde allí, aprovechó para echar un vistazo al último piso de su casa y vio que las luces de las habitaciones del servicio estaban apagadas; luego miró a la derecha y llegó a la conclusión de que el jardinero se había ido a la cama. Finalmente, dirigió su mirada calle abajo y vio, no sin sentir una punzada de placer, que las ventanas de la casa del mayor no mostraban ningún indicio de que estuviera trabajando. Aquello resultaba inmensamente gratificante, pues indicaba que su influencia había surtido efecto, pues, en respuesta a sus deseos —tan a menudo y tan delicadamente lo había apremiado para que se fuera a la cama pronto y no trabajara tanto por la noche—, allí estaba aquella ventana a oscuras, y desestimó como una menudencia las sospechas que había levantado la Locura de Grosellas. La ventana de su dormitorio también estaba a oscuras, seguramente había apagado la luz, y la señorita Mapp se apresuró a hacer sus pequeños preparativos de modo que no se pudiera decir que ella misma transgredía sus propios preceptos.

Sin embargo, la casa del capitán Puffin sí alertaba con sus luces al resto del vecindario —o como mínimo a la señorita Mapp, valiosa representante de sus vecinos—. Estaba claro que el capitán poseía una naturaleza menos razonable que el mayor y era, en muchos sentidos, bastante inferior. ¿De verdad podía encontrar las calzadas romanas tan extraordinariamente interesantes? La señorita Mapp deseaba, con todas sus fuerzas, que así fuera, y que no hubiera otros intereses menos limpios y menos inocentes que lo mantuvieran...

Mientras cerraba cuidadosamente la ventana, Elisabeth Mapp pensó que también había algo igual de desconcertante en las egocéntricas vigiliadas del mayor Flint, siempre concentrado en sus diarios. Tan desconcertante era aquel interés en sus diarios que se había preguntado en alguna ocasión si no habría algo más (apenas se atrevía a pensar qué) que lo mantenía en vela y con las luces encendidas hasta tan tarde. Pero ahora ya podía tacharlo a él (pobre hombre) y a sus costumbres noctámbulas de la lista de los enigmas que había que resolver en Tilling. Cualquiera que fuera la razón (los diarios o lo que fuera) que lo mantenía despierto hasta tan tarde, había conseguido romper la rutina ya, y el capitán Puffin no.

Después de tan necesarias conjeturas, la señorita Mapp se colocó la falda con las amapolas cosidas en el brazo y sonrió mientras se encaminaba hacia su alcoba. Ahora que las luces del mayor estaban apagadas y ya estaba metido en la cama, ya se podía preguntar con un poco más de concreción qué podría ser lo que mantendría al capitán Puffin despierto, cuál sería la razón de que se olvidara de la hora cuando estaba investigando las calzadas romanas. Cuánto se alegraba de que el mayor no fuera como él... «¡Benjamin Flint!», se dijo tras cerrar la ventana, mientras avanzaba por su habitación de puntillas — para no despertar a su durmiente vecino— hacia su gran cama blanca. «Buenas noches, mayor Benjy», susurró al apagar la luz.

No cabía suponer que Diva Plaistow fuera a actuar precipitadamente a partir de las alarmantes advertencias que la señorita Mapp le había hecho respecto al destino de los

acaparadores ilegales de carbón. Y tampoco cabía imaginar que tuviera intención de regalar, digamos, una tonelada de combustible al hospital, en lugar de su habitual contribución navideña, un poco más modesta. Antes de hacer nada semejante, llevaría a cabo algunas indagaciones por su cuenta sobre las responsabilidades legales de guardar — eso decía ella— tres toneladas de carbón en la carbonera. En cuanto la señorita Mapp se marchó de su casa aquella mañana, la señora Plaistow salió un momentito y fue a ver al señor Wootten, su proveedor de carbón. Regresó a casa en un estado de furia incontenible, porque no existía ningún tipo de regulación con respecto a la cantidad de carbón que cualquier propietario podía comprar o decidía acumular en su carbonera. De hecho, el señor Wootten la elogió por su prudencia al haber acumulado una cantidad suficiente, porque pensaba que era muy probable que, si tenía lugar otra huelga, en el plazo de un mes habría bastantes problemas para poder llenar de nuevo las carboneras.

—Pero hemos tenido un buen suministro de carbón durante todo el verano — añadió confiadamente el señor Wootten—, y todos mis clientes han tenido sus carboneras bien surtidas.

De inmediato, Diva recordó que la pérfida Elizabeth se encontraba entre sus clientes.

—Oh, pero... señor Wootten —dijo—, la señorita Mapp vino un momentito... pasó por casa para verme, hace un momento. Y me dijo que apenas le quedaba carbón.

Ante aquella afirmación, el señor Wootten abrió su libro de encargos y cuentas. No había ningún impedimento en que unos clientes supieran los encargos de otros, pero si había una cliente picajosa, una que nunca estuviera satisfecha ni con los precios ni con la calidad del carbón, esa era la señorita Mapp.

Una amplia sonrisa ocupó todo su rostro de carbonero.

—Bueno, señora, estese usted tranquila, si dentro de un mes ando escaso de carbón, hay amigos suyos en Tilling que pueden prestarle todo el que necesite —se atrevió a decir.

Sería inútil intentar recortar ramitos de rosas mientras su mano continuara temblando de furia, y por eso decidió pasear por High Street hasta conseguir la calma que requería una tarea tan delicada. Si no hubiera sido lo suficientemente prudente y no hubiera preguntado, era muy probable que hubiera enviado una tonelada de carbón al hospital aquel mismo día: esa era la consecuencia de que las pérfidas advertencias de Elizabeth hubieran inflamado su imaginación respecto al destino terrible de los acaparadores ilegales de carbón, y de la confirmación de que la carbonera de la propia Elizabeth estaba atestada y rebosante, aunque le había asegurado a Diva que casi no le quedaba combustible. En fin, seguramente tenía incluso más carbón que la propia Diva, porque el señor Wootten había sugerido claramente que, si le faltaba carbón, ¡la señorita Mapp podría prestárselo sin duda! Y todo por un condenado retal de tela roja.

Poco a poco, la señora Plaistow fue recuperando la calma, porque no tenía ningún sentido intentar planear una venganza en caliente. Debía tranquilizarse e idear algo con la cabeza fría. A medida que el proceso de enfriamiento avanzaba, comenzó a preguntarse si había sido solo aquella pieza de tela lo que había provocado las malvadas sugerencias de su amiga. Parecía más probable que el origen de aquella maldad fuera otro (un origen ladinamente *mappiano*). Lo más seguro es que Elizabeth estuviera convencida de que

estaba cometiendo un delito acaparando carbón e intentó distraer la atención sugiriendo a todo el mundo que su carbonera estaba prácticamente vacía. También había insistido mucho en que Diva no estuviera almacenando comida y se había mostrado especialmente severa con quien pudiera haber estado haciendo algo parecido, por si el transporte tuviera problemas y los suministros fallaran. Con un fogonazo de verdadera intuición, la mente de Diva echó chispas ante la sola idea de que Elizabeth también estuviera llenando su despensa de víveres.

La suerte siempre acude en auxilio de los pensadores más imaginativos y audaces: la manzana, por ejemplo, cayó del árbol precisamente cuando la mente de Newton estaba planteándose la ley de la gravedad, y cuando Diva se dirigió al tendero para comenzar la compra matutina (porque había estado ocupada con las rosas desde la hora del desayuno), el dependiente se encontraba en la trastienda hablando por teléfono. Profería ese tipo de gritos que uno solo es capaz de emitir cuando su interlocutor no se encuentra presente sino al otro lado de la línea:

—Solo tenemos dos latas grandes de carne de vaca en conserva —decía; y luego hubo un silencio, durante el cual un médico podría haber asegurado que las orejas de Diva se alargaban, crecían y se tornaban tan puntiagudas como las de un sátiro, para intentar escuchar lo que se decía en la trastienda. Pero apenas podía oír unos leves chasquidos que se escapaban del auricular.

—Lengua también. Muy bien. Se las mandaré enseguida —añadió el tendero, y salió al mostrador.

—Buenos días —lo saludó Diva. Su voz temblaba con el nerviosismo y el deseo de indagar—. ¿Tiene latas grandes de carne de vaca en conserva? De las de seis libras.

—Lo siento mucho, señora. Solo tenemos dos, y me las acaban de encargar.

—Bueno, pues deme un frasco pequeño de jengibre, por favor —le pidió Diva con inquietud—. ¿Va a salir ya a hacer el reparto?

—Sí, señora. El chico sale ya.

Eso sí que fue una suerte. Diva salió de la tienda y allí permaneció fingiendo que leía los titulares de los periódicos que había colocados en el exterior. Aquel era, sin duda, un lugar perfecto para la observación; parecía que una estaba informándose de los asuntos del día en la prensa y podía escrutar de reojo lo que de verdad le interesaba... No tuvo que esperar mucho, porque casi inmediatamente el chico de la tienda salió del establecimiento con una pesada cesta en brazos. En primer lugar, dejó el pequeño frasco de jengibre junto a la puerta de casa de Diva y siguió caminando calle arriba. Por desgracia, era un muchacho muy conocido y hablador, que siempre tenía mucho que contar a sus amigos, y el período de espera para ver si doblaría la empinada calle que iba hasta la casa de la señorita Mapp se hizo extraordinariamente largo. En la esquina, dejó la cesta en el suelo con toda tranquilidad y se encendió un cigarrillo. Diva jamás deploró con tanta acritud la expansión indiscriminada del hábito de fumar entre la población juvenil.

Después de un breve descanso, el chico se encaminó calle arriba. Pasó junto al pescadero y al frutero; no cogió la calle del dentista y del señor Wyse. Tampoco tenía ningún encargo ni para la casa del mayor ni para la del capitán. Luego, ay luego, llamó al

timbre de la puerta de servicio de la casa de la señorita Mapp. Diva había estado siguiéndole todo el rato, manteniendo la cabeza gacha para evitar la posibilidad de que la vieran desde la ventana del cenador, y caminando tan lentamente que el movimiento de sus pies ni siquiera recordaba a su habitual contoneo de muñequita andarina. Tras una breve pausa —en extremo dramática para la, en teoría, única espectadora de aquella escena—, Withers acudió a la puerta y tomó con sus manos no una, sino dos latas grandes de carne de vaca y el paquete con la lengua de buey. Liberado del peso, el muchacho se puso la cesta en la cabeza y volvió a bajar la calle, silbando ruidosamente. Si Diva hubiera tenido algo de cambio en el bolsillo, podría haberle ofrecido al chico una propina; pero sus despejados bolsillos hicieron que se metiera en casa a toda prisa, fuera a buscar sus tijeras y comenzara a cortar rosas con rápidos y certeros tajos, clic, clic, clic.

Ahora ya sabía por qué Elizabeth Mapp había visitado al tendero tres días seguidos (¡tres días seguidos, nada menos!), y, dado que sus compras en las otras ocasiones habían sido de la misma calaña que las de aquel día, era evidente que estaba haciendo acopio ilegal de comida. A partir de ese momento, Diva convirtió en un asunto de máximo interés averiguar dónde guardaba tantas provisiones la señorita Mapp. No podía mantenerlas en la carbonera, porque la carbonera ya estaba atestada de carbón, y Diva, que la había ayudado a elaborar una prodigiosa cantidad de mermelada ese año (¡sería ladina!), con fruta de su pródigo huerto, estaba segura de que los armarios de la cocina estaban tan repletos como la carbonera, antes de que aquellos acopios de bueyes muertos llegaran a su casa. Luego estaba el gran armario que había bajo las escaleras, pero ahí apenas podía guardarse nada, porque lo tenía lleno de cajas de zapatos, y cortinas, y alfombras y toda esa basura y trastos de los que Elizabeth era incapaz de desprenderse. También estaban los grandes armarios de su dormitorio y de las habitaciones de invitados; llenos a rebosar de ropa mohosa, pero con toda seguridad había otro armario que Diva desconocía en aquella casa... Y se estaba devanando los sesos y apretándose las sienes para dar con el lugar ignoto donde la señorita Mapp estaba guardando su acopio de comida ilegal.

La presión a la que estaba sometiendo sus mecanismos deductivos cesó cuando, de repente, Diva dio un brinco acompañado de un grito de alegría, cuando creyó haber dado con la solución. En su excitación, había apretado las tijeras con tal virulencia que partió en dos el ramito de rosas que estaba recortando en ese momento. Había otro armario. El mejor y más grande de todos, y el más secreto y el más discreto. Estaba empotrado en la pared del cenador, disimulado y oculto tras las estanterías de una falsa librería, en la que no descansaban más que simulacros de libros: libros con títulos que jamás aparecerían impresos en libros de verdad. Entre ellos se encontraban doce volúmenes de «Maravillas de la Naturaleza», una estantería llena de «Fragmentos escogidos» o libros con títulos tan simples como «Poemas», «Comentarios», «Viajes» o «Astronomía». Diva recordaba que la estantería inferior y la superior estaban atestadas de libros de «Música», y que solía haber una mesa de cartas justo delante de ese falso templo de la sabiduría.

Precisamente, aquella última semana, Diva, figoneando por la sala —cuando Elizabeth había ido a quitarse sus guantes de jardinería—, se había percatado de la

existencia de un diminuto picaporte en la obra de ebanistería de aquella estantería. Sin duda, pues, la estantería era la puerta del armario, y con un golpe de intuición, demasiado seguro como para denominarse suposición, Diva se convenció de que había averiguado con toda certeza y convencimiento el lugar donde se guardaba aquel indecente acopio de comida. Solo restaba verificar aquella deducción, y, si era posible, hacerla pública para vergüenza e ignominia de la acaparadora. No tenía prisa; podía tomarse su tiempo, consciente de que, con toda probabilidad, cada día que pasara, la revelación añadiría más dramatismo a sus maléficas intenciones. Algún día, en una de sus partidas de *bridge*, en alguna baza en la que fuera eliminada y Elizabeth estuviera alegremente jugando, secreta y *accidentalmente* Diva presionaría el picaporte que su perspicacia le había permitido descubrir.

Henchida de orgullo, Diva volvió al ataque contra las cortinas de cretona, pues ahora su gusto por las rosas había aumentado notablemente. Otra hora de trabajo y tendría suficientes ramitos de rosas para adornar su nuevo conjunto. Y, a menos que el tintorero fuera tan pérfido como Elizabeth, su nueva chaqueta púrpura y su falda estarían listas por la tarde. Dos días de arduo trabajo serían suficientes para que una hábil costurera como ella cosiera aquellos originales motivos decorativos al traje.

Entretanto, pues Diva nunca estaba ociosa, y se encontraba principalmente ocupada con la ropa, sacó una revista americana de moda. En ella figuraba la descripción de un traje de noche que había lucido la señora de Titus W. Trout y que Diva creía estar capacitada para reproducir. En todo caso, lo intentaría; y si resultaba que estaba más allá de sus posibilidades, podía confiar las partes más difíciles a aquella costurera que Elizabeth contratava de vez en cuando, y que desde luego era muy diestra y habilidosa. Pero el traje era de una naturaleza tan encantadora y espléndida que no le apetecía que nadie lo viera antes de que ella misma lo llevara puesto, y menos que fuera motivo de cotilleo (porque Tilling, aunque no lo parezca, era un lugar bastante chismoso). ¡Azul martín pescador! ¡Se le hacía la boca agua con solo pronunciar aquella expresión!

La señorita Mapp estuvo tan febrilmente atareada toda la mañana siguiente añadiendo las amapolas a la falda de color maíz maduro que prestó muy poca atención a los primeros ajetreos del día; ni los relacionados con el mundo en general ni, más en concreto, los que afectaban al mayor Benjy. Tras su temprano retiro de la noche anterior, el mayor se habría levantado con las gallinas aquella mañana. Cuando su sonoro «¡Qui-hi!» retumbó en la calle entre las diez y media y las once, y llegó a los oídos de la señorita Mapp a través de la ventana abierta de su casa, la conmoción que sufrió hizo que se distrajera durante unos segundos de sus labores florales. Desde luego, resultaba extrañísimo que, habiéndose ido a la cama a una hora tan respetable la noche anterior, estuviera pidiendo sus gachas de desayuno a esas horas. Sin embargo, por un ataque de inusual optimismo, la señorita Mapp se figuró que habría estado trabajando en sus diarios antes de desayunar y, absorto en esa ocupación, se le habría pasado la hora del desayuno. Esa, sin duda, era la explicación, aunque sería interesante confirmarla, si es que se daba la circunstancia de que semejante información llegaba a sus oídos. Mientras trabajaba con sus amapolas,

practicaba en silencio, y marcando exageradamente las sílabas con los labios, la expresión «Mayor Benjy». En ciertos momentos de especial deferencia galante, él la llamaba «señorita Elizabeth», y ella tenía pensado, cuando hubiera ensayado lo suficiente, decirle como por descuido «Mayor Benjy», y él, sin duda, le rogaría que mantuviera esa costumbre y ese desliz lingüístico. La lingüística la llevó a la lengua, y la lengua a la lengua de vaca, y la lengua de vaca le sugirió otros asuntos: al final abandonó la labor, y, apartando la mesa de cartas de la falsa estantería, presionó el oculto picaporte de la puerta y miró en su interior.

Hizo recuento de sus acopios alimenticios y comprobó que todavía había espacio para más provisiones contra la escasez alimentaria que probablemente se desataría ante la inminente huelga del carbón. Aunque la huelga se prolongara durante un largo periodo, ella no sufriría la escasez de productos de primera necesidad, pues el armario estaba pletórico con aquella prodigiosa cantidad de alimentos enlatados, y el molinero le acababa de enviar un saco de harina de un tamaño bastante respetable. Con un notable esfuerzo, consiguió subirlo a una balda alta del armario, en vez de dejarlo en el suelo, porque Withers le contó que había oído unos desagradables chillidos, seguramente de un ratón, y que Mary había visto al animalillo observando ensimismado la puerta del armario.

—Así nuestro ratoncito solo encontrará latas en el suelo —pensó la señorita Mapp en alto—. Si quiere, tendrá que hincarle los dientes a las latas.

También había té y café en abundancia, botes de mermelada atestaban las estanterías de la cocina, y si aquella mañana conseguía un moderado suministro de frutas secas, no había ninguna razón para afrontar el futuro más que con confianza y resolución. Iría a buscarlas en ese momento, pues, aunque estaba muy ocupada, no podía perderse el gran desfile de las compras diarias de Tilling. Se preguntó si Diva estaría junto a la ventana, recortando rosas de sus cortinas de cretona. Pobrecita, tan laboriosa y hacendosa. Quizá al día siguiente, Diva, al mirar por la ventana, vería que alguien había sido más rápida que ella en sus labores de costura. ¡Eso sí que sería divertido!

En casa del mayor, la ventana del comedor estaba abierta, y cuando la señorita Mapp pasó junto a ella, no pudo evitar oír en el interior ciertos alaridos y comentarios furiosos respecto a los huevos. Era evidente que todavía estaba desayunando. Pero si había estado trabajando en sus diarios desde primera hora de la mañana y se le había hecho tarde porque se había despistado, se suponía que no debería tener aquel temperamento oriental, dado que se había levantado pronto y se había retirado temprano la noche anterior. Solo un cambio en las costumbres, obviamente, produciría algún desajuste, y la señorita Mapp confiaba en que en un par de días el mayor se sentiría como un hombre completamente distinto. Más abajo, en la calle, se encontraba la pintoresca Irene, holgazaneando en la puerta de su nuevo estudio (una vieja cochera rehabilitada), fumando un cigarrillo y vestida como un jinete de carreras.

—¿Qué hay, Mapp? —la saludó—. Entra y échale un vistazo a mi nuevo estudio. No lo has visto todavía. Daré una fiesta de inauguración la semana que viene. ¡Con *bridge* y todo!

La señorita Mapp intentó recomponerse por enésima vez para fingir que no se había

enterado de que Irene se dirigía a ella cuando decía simplemente «Mapp» de aquel modo tan odioso. Pero nunca lograba reunir el coraje suficiente para ser grosera con Irene, más que nada porque temía las habilidades burlonas de la pintora.

—Buenos días, querida —dijo de un modo adulator y servil—. Bueno, echo una miradita un segundo.

La decoración del estudio era incluso más aterradora de lo que hubiera podido imaginar. Si de algo no carecía aquella estancia —por llamarla de alguna manera—, era de colores, pero no de una sucesión armónica de colores que transmitieran al visitante la sensación de un lugar cálido y acogedor, faltaría más. Una cocina alemana de porcelana rosa se apretaba en uno de los rincones. Las vigas y el techo estaban pintados de rojo escarlata, las paredes de color magenta al temple y el suelo era azul. En otro de los rincones, un enorme biombo de color naranja debía de ocultar algo que la señorita Mapp prefirió no desvelar en ese momento. Las paredes, colmadas de muestras del arte de Irene, ponían la guinda a una decoración que distaba mucho de requerir una presentación en sociedad. Entre sus lienzos, estaba el de una mujer gorda desnuda —era imposible no reconocer en aquel cuadro a Lucy—; varios estudios de piernas gordas y de exuberantes pechos, y en el caballete una pintura, evidentemente inacabada, que representaba a un hombre. La señorita Mapp apartó la vista de inmediato.

—Eva —dijo Irene, señalando a la pintura de Lucy.

La señorita Mapp, naturalmente, supuso que el caballero que estaba vestido prácticamente como Eva era Adán, y le dio la espalda.

—Y qué idea tan simpática poner el suelo azul, querida... —dijo—. Qué original eres. Y qué techo tan bonito, tan... rojo. Pero ¿no te parece que todos estos colores pueden distraerte cuando estás pintando?

—Nada de eso, estimulan el sentido del color.

La señorita Mapp se acercó al biombo.

—Qué biombo tan grande, es precioso —dijo.

—Sí, pero no mires detrás, Mapp —dijo Irene—, porque ahí está mi modelo y no lleva ropa.

La señorita Mapp retrocedió precipitadamente, como si allí hubiera un nido de avispas, y examinó algunos de los bocetos que había en la pared, pues era más que probable que el Adán del cuadro inacabado del caballete abandonara su escondrijo tras aquel encantador biombo. Aunque todo aquello era espantoso, Elizabeth sintió una incontenible curiosidad por saber quién era Adán. Era tremendo pensar que allí podía estar escondido un hombre de Tilling tan depravado como para esconderse tras el biombo, siendo observado con tan poca ropa.

Irene se deslizó junto a ella, observando los cuadros de las paredes.

—Son estudios de Lucy —dijo.

—Ya veo, querida —dijo Mapp—. ¡Qué interesante! ¡Piernas y eso! Pero cuando des la fiesta las taparás un poco, o les darás la vuelta, ¿no? De lo contrario, pasaríamos la velada mirando tus cuadros en vez de prestar atención al juego. Y si estás pensando invitar al Padre, date cuenta...

Se estaban aproximando a la esquina en la que se encontraba el biombo cuando un

movimiento, como si Adán lo hubiera golpeado con el codo, hizo que la señorita Mapp se volviera. Entonces, el biombo cayó de plano sobre el suelo y a menos de un metro de ella pudo ver al señor Hopkins, el propietario de la pescadería que había en esa misma calle, con unos minúsculos calzoncillos. Con muchísima frecuencia, Elizabeth había mantenido amables conversaciones con él, con la idea de conseguir que rebajara el precio de los rodaballos.

—¿Qué pasa, Hopkins, ya estás listo? —le preguntó Irene—. Conoces a la señorita Mapp, ¿no?

En ese instante, la señorita Mapp pensaba que ni el Tiempo ni la Eternidad unidas podrían albergar un momento tan embarazoso como aquel. No sabía hacia dónde mirar, pero dondequiera que mirara, no pensaba mirar a Hopkins. Y dondequiera que mirara no podía evitar darse cuenta de que Hopkins extendía su largo brazo desnudo y se tocaba el lugar donde supuestamente estaba su sombrero, si es que lo llevaba puesto.

—Buenos días, Hopkins —lo saludó Mapp—. Bueno, Irene, cariño, tengo que irme, y dejarte aquí con tu... —Apenas sabía cómo denominarlo—. Con tu trabajo.

Salió de aquella estancia, que parecía completamente llena de miembros desnudos, y más roja que una de las langostas cocidas del señor Hopkins, y bajó apresuradamente la calle. Jamás podría volver a mirar al pescadero a la cara, pero se vería obligada a ir al establecimiento de High Street donde compraba Irene cuando quisiera comprar pescado... Su cabeza era un torbellino ante la desvergüenza de la humanidad, y de la feminidad, sobre todo. ¿Qué había hecho Irene para llegar a esos extremos? Acaso le había dicho simplemente a Hopkins una mañana: «¿Por qué no te vienes un día a mi estudio y te quitas la ropa?». Si Irene no hubiera sido una bromista y una imitadora tan buena, la señorita Mapp se habría sentido en la obligación de acudir directamente al Padre y, echándose el velo a la cara, confesarle toda aquella triste historia. Pero bueno, tal y como eran las cosas, entró al establecimiento de Twemlow y pidió cuatro libras de albaricoques secos.

El propietario de la tintorería, como se temía Diva, resultó ser un individuo vil y pérfido, y hasta la mañana siguiente la dependienta no le llevó el paquete con la chaqueta y la falda del nuevo traje. A esa hora, la señora Plaistow ya había hecho todos los recados, así que no esperaba ninguna visita cuando estuviera cosiendo los ramitos de rosas rosadas, y confiaba en tener el traje acabado a tiempo para el té y la partida de *bridge* del día siguiente en casa de Elizabeth, cuya invitación prácticamente acababa de recibir. También había decidido tomar un almuerzo frío ese día, de modo que así tanto la cocinera como la criada podían dedicarse, en exclusiva, al trabajo de costura.

Ella misma se encargó de la decoración de la chaqueta, y estaba precisamente cosiendo la primera rosa en el cuello cuando miró por la ventana y lo que vio hizo que se le aflojara la mano hasta el punto que dejó caer la aguja al suelo. Caminando por la otra acera iba Elizabeth. Llevaba un traje, y, después de echarle un atento vistazo, Diva identificó claramente el tejido: eran aquella chaqueta y aquella falda de color maíz maduro que se había puesto tanto la primavera anterior. Pero el cuello, los puños, la cinturilla y el dobladillo presentaban una novedad: estaban cubiertos con brillantes amapolas. Un instante después, se acordó de la tela de cretona que antaño cubría el sofá de Elizabeth en el cenador de su jardín.

Diva no perdió el tiempo e hizo sonar la campanilla. Tenía que asegurarse.

—Janet —dijo—, ve sin falta a la calle y sigue de cerca a la señorita Mapp. Observa bien su traje; mira a ver si las amapolas son de cretona.

El gesto de Janet se tornó abatido.

—Pero, señora, si no se va a ir a ningún sitio y... —empezó.

—¡Rápido! —le exigió Diva con un grito susurrado.

Diva seguía observando por la ventana. Janet salió, miró a su objetivo, acechó a su presa y volvió a subir por High Street con la misma velocidad pedestre que su señora. Regresó sin resuello por el esfuerzo y la indignación.

—Sí, señora —le informó—. Son de cretona, segurísimo. Cosidas encima, también, igual que pensaba hacer usted. Oh, señora...

Janet era perfectamente consciente de la magnitud de la tragedia y su voz se quebró.

—¿Qué vamos a hacer, señora?

Diva no contestó al instante, pero permaneció con los ojos cerrados en profunda y concentrada meditación. No precisaba consideración alguna decidir que ya sería imposible presentarse al día siguiente con un traje que parecía imitar el vestido que todo Tilling había visto vestir a Elizabeth aquella mañana, y al principio pareció que no había nada que hacer ya con todos aquellos ramitos de rosas que con tanto trabajo habían recortado. Quedaba descartada la posibilidad de utilizarlos como decoración para ningún vestido, y era ridículo pensar en coserlos de nuevo a las cortinas, rajadas y recortadas. La

señora Plaistow miró desconsolada su falda y su chaqueta púrpura, que parecían suplicar las flores, y luego observó a Janet. Janet era una persona bajita y esférica; generalmente se decía con malicia que tenía casi la misma figura que su señora.

Entonces se encendió una bombilla, brillante y diabólica, y Diva se puso en pie de un brinco, cegada por su resplandor.

—Te regalo el traje, Janet —dijo—. Seguid con la labor vosotras. Apresuraos. Llenadla de rosas. Tenéis que tenerlo acabado esta noche. Y te lo pones mañana. Todo el día —concluyó, dejando escapar una cascada de carcajadas.

—Diosmíobendito, señora —dijo Janet asombrada—. ¡Esto es un rompecabezas! ¡Pero gracias, señora!

«Había rosas, rosas por todo el camino^[14]». Diva había calculado fatal la cantidad de rosas que necesitaba, y había suficientes, no solo para cubrir el cuello y las solapas de la chaqueta, los puños y el dobladillo de la falda, sino para hacer otra cenefa de seis pulgadas por encima del dobladillo. Aunque el traje quedaría original y magnífico, en realidad sería una especie de parodia del vestido de Elizabeth, que por cierto estaba llamando muchísimo la atención aquel día, entrando y saliendo de los comercios. Al día siguiente, Janet pasearía el traje de las rosas por todo Tilling y animaría a sus amigas (o muy equivocada estaba Diva) a que utilizaran recortes viejos de cretona e hicieran lo mismo con sus vestidos viejos. Era muy probable que los detalles decorativos de cretona pronto se convirtieran en una moda entre las criadas de Tilling. ¿Cómo había llegado a tener esa idea Elizabeth? Eso ahora no importaba nada; en todo caso iría bien servida. Era posible (naturalmente, cualquier cosa es posible) que se le hubiera ocurrido esa idea por su cuenta, pero Diva estaba poco predispuesta a conceder ese origen a semejante actuación. Era bastante más sensato dar por hecho que había oído algún pequeño comentario respecto a la invención de Diva, a través de algún cotilleo o mediante algún procedimiento de espionaje vil y turbio. Fuera lo que fuera, ya lo investigaría más adelante (y probablemente lo averiguaría). De momento, el asunto primordial de las rosas de Janet eclipsó cualquier otro interés.

Aquella mañana, las compras de la señorita Mapp fueron inusualmente prolijas. Resultaba de vital importancia que todas las mujeres de Tilling vieran las amapolas sobre el fondo de color maíz maduro, y supieran que ella había llevado ese traje con esos adornos antes de que Diva apareciera con algún triste remedo de su original vestido. Aunque el montante final de sus adquisiciones apenas alcanzó un chelín, entró y salió de un montón de tiendas, e hizo una prodigiosa serie de preguntas sobre el precio de distintos productos, que iban desde automóviles a lacre. En ocasiones, incluso entraba en una misma tienda dos veces porque (alegre y disculpándose entre sonrisas por su despiste) había olvidado lo que le habían dicho la primera vez.

A las doce de aquella misma mañana, cuando quedó convencida de que prácticamente todo el mundo la había visto —con una excepción—, y de que su traje había levantado una profunda sensación de envidia y de furiosa admiración. La labor que habían ejecutado ella, Withers y Mary era tan perfecta que estaba completamente segura de que nadie tenía ni la más remota idea de cómo se había confeccionado la decoración de las amapolas. Prueba de ello fue que Evie había andado dando vueltas a su alrededor

como un ratoncillo, murmurando para sí: «Qué idea más buena; ¿están cosidas a la tela, Elizabeth? Dios mío, me pregunto dónde podría conseguir algo como esto...», y la señora Poppit la había estado siguiendo por toda la calle, con los ojos clavados en el dobladillo de su falda, y con un rostro completamente desenchajado. «Pero ¿qué le vamos a hacer?», pensó Elizabeth, «no se puede tenerlo todo, aunque se pertenezca a la Orden del Imperio Británico». Respecto al mayor, se limitó a quedarse estupefacto cuando salió de su casa mientras ella pasaba por delante, y a decir algo muy galante y apropiado.

En el espectáculo de aquella mañana, ni siquiera la ausencia de aquel único habitante de Tilling —la querida Diva— pudo poner una nota discordante en medio de aquel coro triunfal, porque la señorita Mapp estaba plenamente convencida de que Diva estaba metida en casa, ocupada, dejándose las huellas dactilares mientras cosía los ramitos de rosas y, como era habitual, no se había equivocado lo más mínimo en su suposición. Quisiera o no, la querida Diva tendría que ver su nuevo traje la tarde siguiente, a mucho tardar, cuando acudiera a su casa a tomar el té y jugar al *bridge*. Tal vez eligiera aquella ocasión para estrenar el vestido de rosas y todo el mundo acabaría por compadecerla. Aquel era un pensamiento tan arrebatador que cuando la señorita Mapp, de regreso a casa tras sus interminables compras y con su cesta prácticamente vacía, pasó junto al establecimiento del señor Hopkins, que estaba apoyado en la puerta, le dedicó su habitual sonrisa, aunque sin mirarlo a los ojos, e intentó olvidar todo lo que le había visto el día anterior. Tal vez podría dirigirle la palabra en el futuro e ir recuperando poco a poco las relaciones de antaño, porque los precios en la otra pescadería eran tan altos como pobre su calidad. Se dijo que, en realidad, no había nada inmoral en la piel de los hombres, aunque desde luego resultaba extraordinariamente incómodo contemplarla.

Aunque su triunfo matutino había logrado mitigarla, la señorita Mapp había sufrido una cruel decepción la noche anterior: la ventana del mayor Benjy había estado iluminada hasta altísimas horas de la noche, así que estaba claro que no había podido evitar apartarse de su diarios —o lo que fuera— durante dos noches seguidas, y que le había sido imposible irse temprano a la cama, a una hora adecuada. El capitán Puffin, sin embargo, no se había quedado hasta muy tarde; de hecho, debió de acostarse a una hora inusualmente temprana, porque su ventana ya estaba a oscuras a las nueve y media.

A la noche siguiente, la situación se revirtió; esta vez parecía que el mayor Benjy era el «bueno» y el capitán Puffin el «malo». Al final, de todos modos, había algo por lo que dar gracias a Dios, y mientras añadía a sus prudentes reservas una lata de galletas y dos botes de Bovril, se mostró radicalmente escéptica respecto a las calzadas romanas. Los diarios, bueno, eran algo diferentes, porque el egocentrismo era una fuerza más potente que la arqueología, pero en lo que a ella concernía, estaba definitivamente persuadida de que las calzadas romanas escondían alguna forma de bebida. Lamentaba creerlo, pero era su deber creer algo de ese tipo, y de todos modos tampoco sabía qué otra cosa podía creer. No llegaba, desde luego, a acusarlo de ser un borracho, pero, considerando el modo en que había tragado la crema helada de grosellas en casa de la señora Poppit, estaba claro que no despreciaba el alcohol y que probablemente regaba las calzadas

romanas con él. Con su viva imaginación se lo representó...

La señorita Mapp se apartó de aquellas melancólicas reflexiones y levantó la mano justo a tiempo para evitar que se cayera el frasco de Bovril que había colocado en la estantería superior, junto al saco de harina, y que había estado a punto de estrellarse contra el suelo. Con aquellas últimas adquisiciones, se necesitaba mucho ingenio para acomodar todas aquellas latas y paquetes, y durante un instante apartó su mente de la bebida del capitán Puffin para pensar en su propia comida. Mediante un hábil sistema de ajustes y equilibrios, había conseguido almacenar aquella ingente cantidad de paquetes, botes y sacos con la suficiente economía de espacio para permitirle cerrar la puerta y volver a poner delante la mesa de cartas. Ya se había hecho tarde, y con una mirada enamorada a sus dulces florecillas, que ya dormían en el jardín a la luz de la luna, se fue a la cama. El salón del capitán Puffin aún delataba una luz encendida en su interior, y en el preciso instante en que estaba deplorando semejante conducta, la figura del caballero cruzó por delante de la ventana. Las sombras son una cosa muy curiosa —ella misma podía hacer la sombra del conejo en la pared, tras un hábil entrelazamiento de sus dedos—; y desde luego aquella sombra, al vislumbrarla durante unos instantes, parecía poseer un gran bigote. No podía sacar ninguna conclusión de aquello, salvo suponer que, igual que los entrelazamientos de dedos podían formar un conejo, una nariz podía convertirse en un bigote, porque era imposible que al capitán le hubiera crecido un bigote como el del mayor Flint desde que llegó de jugar el partido de golf.

A la mañana siguiente, la señorita Mapp salió temprano a hacer los recados. Quería comprar algunos dulces para acompañar el té en la sesión vespertina de cartas; tenía especial interés en adquirir unos pastelitos de chocolate que había descubierto últimamente y que parecían muy pequeños e inocentes, pero que en realidad eran de una naturaleza tan empalagosa y pesada que el que los probara, con cierta seguridad, sería incapaz de comer nada más. Naturalmente, aquel día estaba nerviosa y en tensión, porque era más que posible que el traje de Diva ya estuviera acabado y listo para su exhibición pública. ¿De qué color sería? No lo sabía, pero la cantidad de ramos de rosa que llevaría cosidos le permitirían identificarlo, de un solo vistazo, a una distancia razonable. Diva no estaba en su ventana aquella mañana, así que no tardarían en encontrarse en la calle.

Allá, a lo lejos, justo cruzando High Street, en el otro extremo de la calle, pudo vislumbrar una brillante mancha púrpura, y con el aspecto que estaba deseando ver. Era más que evidente que tenía un borde rosa alrededor de la falda y una cenefa del mismo color en el cuello. A su lado estaba la señora Bartlett, identificada por la señorita Mapp por sus nerviosos andares ratoniles, moviéndose de aquel modo tan extraño y fascinante. Entonces, la mancha púrpura desapareció al entrar en una tienda y la señorita Mapp, todo sonrisas y amapolas, siguió avanzando por la calle hasta que se topó con Evie, todo sonrisas también. La señora Bartlett parecía tener algo que decirle, pero no pudo pasar de un «¿Has visto...?», acompañado de un pequeño chillido nervioso, totalmente inexplicable, y se escabulló en alguna ratonera oscura. Un minuto después, la mancha

púrpura reapareció a la salida de una tienda y la señorita Mapp estuvo a punto de tropezar con ella. No se trataba de Diva, en absoluto, sino de ¡la Janet de Diva!

La conmoción fue de una violencia tan indescriptible que la sonrisa de la señorita Mapp se congeló, por así decirlo, como si su rostro se hubiera paralizado momentáneamente, y no pudo desprenderse de aquel gesto hasta que dobló la esquina al final de la calle. Allí se apoyó en la barandilla e inspiró profundamente por la nariz. Una ligera bruma otoñal difuminaba las extensas marismas, pero el sol ya estaba disipándola, prometiendo a los tillinguienses otro día maravilloso. La marea que subía por el río estaba alta, y las brillantes aguas lamían las bases de los diques cubiertos de césped que lo mantenían en su cauce. Al otro lado estaba la estación hacia la que en ese momento se dirigían el mayor Benjy y el capitán Puffin, apresurándose para coger el tranvía que los llevaría a los campos de golf. Se veía claramente el camino que cruzaba las marismas, y el puente del ferrocarril. Todas aquellas cosas permanecían implacablemente invariables, y la señorita Mapp las miró sin verlas, hasta que la rabia comenzó a reanimar la paralizada corriente de sus procesos mentales.

Si en los anales de la historia había algún ejemplo similar de una añagaza tan vil y traicionera como la que utilizó Diva en su plan de vestir a Janet con rosas de cretona, a la señorita Mapp le habría gustado que le dijeran clara y sencillamente cuál era. Podía rastrear los procedimientos básicos del pensamiento elemental de Diva con absoluta seguridad, y si todos los arcángeles de la jerarquía celestial le hubieran asegurado que Diva había planeado desde el principio recortar las rosas para Janet, ella podría haberlos acusado de ser unos viles perjuros. Diva había diseñado y preparado aquel traje *para sí misma*, pero como ella se le había adelantado con su prodigioso ingenio (inspirado por las dos rosas que habían salido volando desde la ventana de su amiga), había urdido aquella diabólica venganza. Era imposible recorrer High Street cubierta con amapolas de cretona cuando una criada iba vestida igual pero con rosas de cretona, y no tenía ni idea de qué iba a hacer con aquel traje confeccionado con tantas risas y malicia por Withers, Mary y ella misma. Podía dárselo a Withers, porque ella desde luego ya no se lo podía poner, o podía arrancar las amapolas del dobladillo e irlas esparciendo por High Street. El rostro de la señorita Mapp se congeló de nuevo, porque allí, trotando ágilmente hacia ella, venía la propia Diva.

Diva pareció no verla hasta que la tuvo muy cerca.

—Buenos días, Elizabeth —la saludó—. ¿Has visto a mi Janet por algún lado?

—No —mintió la señorita Mapp.

Janet (sin duda ejecutando instrucciones concretas) salió de una tienda, y vino a reunirse con su señora.

—Ah, aquí viene —dijo Diva—. Muy bien, Janet. Puedes ir a casa. Yo me ocuparé del resto.

—Qué día tan encantador —dijo la señorita Mapp, comenzando a reanimarse—. Deslumbrante.

—Sí, qué bonita cenefa de amapolas —dijo Diva—. La de Janet es de rosas.

Aquello ya era demasiado.

—Diva, no me lo esperaba de ti... —comenzó la señorita Mapp con la voz temblorosa—. Me viste ayer con el traje nuevo y te entró un ataque de malicia y envidia, Diva, solo porque yo pensé en sacar flores de una vieja tela de cretona, igual que tú, y lo acabé antes que tú. Habías pensado en ponerte ese vestido púrpura tú misma, aunque debo decir que a Janet le sienta perfectamente, y solo porque yo fui la primera... has hecho esto. Le diste a Janet tu traje para que todo el mundo viera que yo visto igual que tu criada: ¡tienes un corazón muy negro, Diva!

—Tonterías —dijo Diva con firmeza—. Tengo el corazón rojo, como todo el mundo, y no deberías hablar de corazones negros precisamente *tú*, Elizabeth. Tú sabías que yo estaba recortando rosas de mis cortinas de cretona.

La señorita Mapp dejó escapar una risa aguda.

—Bueno, si da la casualidad de que me doy cuenta de que has descolgado tus cortinas de cretona —dijo con tanta soberbia que mostró las muelas del juicio, de las cuales Diva solo conservaba tres, como máximo—, y unos ramos de rosas salen volando de tu ventana y caen en High Street, incluso mi pobre ingenio, aun siendo escaso, es capaz de extraer la conclusión de que estás recortando rosas de las cortinas. Tu afición por la costura, bien conocida, hizo el resto. Con tu permiso, Diva, tengo intención de extraer todas las conclusiones que me parezcan y siempre que me parezca, incluida esta vez.

—Oh, así es como me copiaste la idea, entonces —dijo Diva—. Sabía que me la habías fusilado.

—¿Fusilado? —preguntó la señorita Mapp, con una irónica ignorancia de lo que significaba aquella expresión tan vulgar y chabacana.

—Fusilado significa que me has plagiado y que has cogido lo que no es tuyo —dijo Diva—. Si al menos hubieras actuado con sinceridad y rectitud...

La señorita Mapp, negando con la cabeza como si sufriera perlesía, lamentó haber confesado cómo había llegado a la idea de las amapolas, pero en una disputa los arrepentimientos son inútiles, y no se calló.

—¿Y querría *usted* ser tan amable de explicarme cómo o cuándo he actuado yo de un modo que no fuera sincero y recto? —preguntó con artificiosa educación—. ¿O debo entender que gracias a un decreto del Parlamento usted tiene el monopolio del recorte de flores de cretona para adornos en vestidos hechos a mano?

—Tú sabías que yo tenía la intención de hacerme un vestido con rosas de cretona —dijo Diva—. Me robaste la idea. Trabajaste día y noche para ser la primera. Muy propio de ti. Una conducta indigna.

—Más indigno fue darle ese vestido a Janet —dijo la señorita Mapp.

—Puedes darle el tuyo a Withers —replicó Diva.

—Que le vaya bien, señora Plaistow —dijo la señorita Mapp.

Diva había observado cómo se alejaba Janet, y le pareció que, aunque la venganza había sido dulce, también le había resultado extraordinariamente cara, porque había sacrificado

en la pira funeraria del orgullo uno de los trajes más llamativos y mejor confeccionados que había hecho jamás. Ahora que su venganza se había consumado, se arrepentía de haberse librado del conjunto de chaqueta y falda. El corazón de la señorita Mapp sufría torturas similares: ella también se había vengado (una venganza general contra Diva, por existir), pero aquel espantoso contraataque le había anulado la posibilidad de disfrutar de aquel traje nunca más, porque no iba a ir vestida como una criada. De hecho, y tal y como estaban las cosas, cada una había arruinado las ilusiones de la otra. Se habían enfrentado como dos trenes a toda velocidad chocando de frente, y como la disputa había alcanzado unos límites inconcebibles, no quedaba ni un resquicio de gozo en aquella contienda; tan solo restaba la melancólica tarea de ir contando los cadáveres. Así que ambas se detuvieron, temblorosas, respirando agónicamente, mientras buscaban alguna salida. Además, la señorita Mapp daba un té con partida de cartas aquella misma tarde, y si ambas se despedían allí, en ese estado de tensión extrema, puede que Diva, comprensiblemente, decidiera no acudir, y eso arruinaría la velada, dado que la mesa de la anfitriona quedaría coja. Como es natural, ninguna de las dos pensaba que aquella disputa fuera a ser eterna; en Tilling nadie podía estar sin hablarse con otra persona más de un par de días, porque si no se dirigían la palabra, no podrían mantener nuevas disputas entre ellos (y nada sería más trágico). Puede haber canciones sin letra, tal y como ha demostrado Mendelssohn, pero no puede haber peleas sin palabras. Así pues, ¿mediante qué fórmula podría reconstruirse aquel mortal antagonismo sin demora?

Diva volvió la mirada hacia las marismas. Deseaba desesperadamente recuperar su traje de rosas, y sabía que Elizabeth se moría por poder seguir llevando sus amapolas. Tal vez aquellas amplias y sosegadas llanuras anegadas que tenía enfrente le inspiraron cierto desprecio por la mezquindad. Tampoco sería muy humillante, ni renunciaba a la dignidad, por hacerle a su enemiga una proposición que, estaba segura, aceptaría. Con ella, demostraría su espíritu cristiano, y sería un buen ejemplo para Elizabeth hacer el primer movimiento. Janet no importaba. Diva, como un ratoncillo sigiloso, avanzó los pocos pasos que la separaban de la señorita Mapp.

—Si estás en condiciones de escuchar y entrar en razón, Elizabeth... —comenzó.

Al escuchar aquella voz, la señorita Mapp dejó escapar un profundo suspiro de alivio. A Diva se le había ocurrido algo. Se tragó el insulto sin pestañear.

—Sí, querida —dijo.

—Tengo una idea. Le quitaré el traje a Janet y me lo pondré. Y así podrás ponerte el tuyo. Demasiado bonito para las criadas. ¿No?

Un resplandor celestial iluminó el rostro de la señorita Mapp.

—Oh, es maravilloso que se te haya ocurrido esa idea, Diva —dijo—. Pero ¿cómo le explicaremos esto a todo el mundo?

Diva se aferró a sus derechos. Puede que fuera cristiana, pero también era humana.

—Diles que a mí se me ocurrió coser las flores de cretona, y que te lo dije —concluyó.

—Sí, querida —dijo Elizabeth—. Eso está muy bien, de acuerdo. ¡Pero pobre Janet!

—Le daré alguna otra cosa vieja —dijo Diva—. Una buena chica, Janet. Me quiere bien.

—¿Y qué pasa si la han visto con el traje?

—Diremos que no se lo ha puesto jamás. Les diremos que están locos —sugirió Diva.

La señorita Mapp se sintió mejor al despedirse, antes de que comenzara a destilar los acíbares venenosos que afloraban en su fructífero cerebro. Por ejemplo, podría sugerir a la gente que nada era más probable que hubieran confundido a Diva con su criada.

—Bueno, pues entonces *au reservoir*, querida —le dijo cariñosamente—. ¿Nos vemos hacia las cuatro? ¿Vendrás con tu bonito traje de rositas?

Le dijo que sí, y Diva regresó a casa dispuesta a quitárselo a Janet.

La reconciliación, por supuesto, quedó estrictamente reducida a las cuestiones relativas a la cretona y no incluía discusiones y temas anejos como la huelga de carbón o la acaparación ilegal de alimentos. Desde los primeros y felices momentos de la amistad recompuesta, Diva comenzó a preguntarse ya si tendría ocasión, aquella misma tarde, de comprobar la verdad de sus suposiciones respecto al armario del cenador. Por mucho que se estrujó las meninges, no pudo pensar en otro escondrijo que pudiera albergar la inmensa cantidad de provisiones que Elizabeth probablemente había acumulado, y estaba ansiosa por dilucidar aquel misterio. Respecto a las latas de carne y lengua, Elizabeth seguramente las habría enterrado en el jardín, como un perro, pero no era probable que su acaparamiento se redujera a acumular alimentos enlatados. No, en algún lugar había un armario que seguramente estaría a punto de estallar con tal cantidad de comida.

Intencionadamente, Diva llegó un cuarto de hora antes de los márgenes prescritos para la puntualidad, y Withers la condujo hasta el cenador del jardín, donde ya estaban dispuestos la merienda y el té, y las dos mesas de cartas en perfecto orden. Naturalmente, era la primera invitada en llegar, y en cuanto Withers se retiró para decirle a su señora que había llegado, Diva se acercó, cautelosa, hasta el armario, de donde se había retirado la mesa de cartas, sintiendo la punzante emoción de algún cazatesoros romántico. Encontró el picaporte disimulado, lo presionó, tiró para abrir la puerta y toda la irrefutable profusión de provisiones se abrió ante sus ojos. Estante sobre estante, los alimentos se alineaban sin dejar un solo hueco libre; había latas de lengua y carne de vaca (aunque esto ya lo sabía), un saco de harina, paquetes de galletas Bath Oliver, botes de Bovril, el jugo condensado de mil vacas suizas, tarros de ciruelas... Todo esto era lo que había en primera fila, casi tocando la puerta, y quién sabe la profundidad que tendría aquel armario... Mientras su vista se deleitaba con aquel increíble almacenaje, un paquete de la última balda se tambaleó y se inclinó peligrosamente hacia fuera, y ella solo tuvo tiempo para volver a cerrar rápidamente la puerta con el fin de que esta lo contuviera e impedir así que cayera al suelo. Pero aquel movimiento impidió que la puerta pudiera cerrarse del todo, y por mucho que Diva empujó y apretó, no pudo conseguir que el pestillo volviera a encajar en la cerradura. La única consecuencia de su gasto de energía y esfuerzo fue que se produjera una amortiguada explosión en el interior, justo como si algo metido en una caja de cartón estallara. La imagen mental era tan viva que en su febril imaginación le pareció real. A aquello le siguieron unos leves golpecitos

contra los «Fragmentos escogidos» y «Astronomía».

Diva se puso muy colorada, y farfulló entre jadeos: «¡Maldita sea!». No se atrevía a volver a abrir la puerta para colocar las latas, por temor a que una incontrolable avalancha de «cosas» se derrumbara sobre ella. Era evidente que algún tipo de precario equilibrio se había desestabilizado en aquellas abarrotadas estanterías, y era imposible determinar, sin mirar, hasta qué punto y en qué medida se había producido el desastre. Con el fin de comprobarlo, entreabrió la estantería de libros... Por suerte, la presión contra la puerta no era lo suficientemente fuerte como para que esta se abriera más, así que lo mejor que podía hacer era dejarla así, mínimamente entornada. Diva estaba segura de que no se abriría del todo mientras se conservara aquella estabilidad en el interior. Ocupada en estas conjeturas mentales estaba cuando oyó los pasos de la señorita Mapp, y apenas tuvo tiempo más que para llegar a toda prisa a la ventana, haciendo uso del torbellino de sus pies. Allí se quedó mirando al exterior, simulando que no se había dado cuenta en absoluto de la entrada de su anfitriona.

—Diva, cariño, ¡qué encanto eres viniendo tan prontito! —dijo—. Así podemos cotillear un poquito antes de que lleguen los demás.

Diva se giró, como sorprendida.

—¡Ah, hola! —exclamó—. No te había oído llegar. Vengo con el traje de Janet, como ves.

«¿Por qué estará tan colorada Diva?», se preguntó la señorita Mapp.

—Ya veo, cariño —dijo—. Un encantador jardín de rosas. ¡Qué bien te sienta, querida! ¿Le importó mucho a Janet?

—No, le prometí un vestido nuevo para Navidad.

—Eso le gustará —afirmó Elizabeth con entusiasmo—. ¿Salimos «un momentito» al jardín, querida, hasta que lleguen los invitados?

Diva estaba encantada con la idea de salir «un momentito» al jardín y alejarse de aquel peligroso bullente armario. Aunque había planeado y previsto hacer público el acaparamiento abusivo de Elizabeth, no tenía previsto que se produjera —como probablemente ocurriría— un desastre de latas y estallidos de frascos de Bovril. Por el contrario, sí había previsto abrir la puerta casual e inocentemente cuando quedara eliminada en alguna partida, para que todo el mundo viera que se trataba de un hecho accidental, y andar hurgando en el armario en ausencia de Elizabeth era, por así decirlo, un borrón profesional en el habitual trabajo detectivesco de Tilling. De momento, la mecha estaba apagada, pero tarde o temprano se produciría la explosión. Cuando salieron a disfrutar de las flores de Elizabeth, Diva se preguntó en qué instante preciso se desataría el gran torrente alimenticio del armario. No se arrepentía de su investigación —todo lo contrario—, pero todas sus agradables previsiones se diluyeron prácticamente en el suspense.

La señorita Mapp había encontrado tales dificultades a la hora de reunir ocho jugadores para el *bridge* que había transgredido incluso sus principios y había invitado a la señora Poppit y a su hija Isabel. Ellas, junto a Diva, los dos Bartlett, y el mayor y el capitán, completaban el grupo. Cuando apareció la señora Poppit, Elizabeth la odió más que nunca, porque echó mano de sus gafas y empezó a dar consejos paternalistas sobre el

jardín, que no había visitado hasta entonces.

—Tiene un jardincito precioso, señorita Mapp —dijo—, aunque, desde luego, por lo que decía usted, me lo imaginaba bastante más grande. Dios mío, sus rosas no parecen estar muy bien. Seguramente serán rosales viejos y necesitarán renovarse. Tiene que enviar a mi casa a su jardinero... ¿tiene usted jardinero?, y yo le doy una docena de rosales buenos y vigorosos.

Por supuesto que tenía jardinero, y dos días por semana nada menos. La señorita Mapp se humedeció sus labios secos, como preparándose para el ataque:

—Es muy amable por su parte —dijo—, pero ese rosal es sagrado para mí, mi querida señora Poppit. Ni todos los vigorosos rosales del mundo podrían tentarme para arrancar estos. Es mi «Muro de la Amistad», mis amigos me han ido dando cada uno de estos rosales.

Tras una explicación —en apariencia— irrefutable, la señora Poppit pensó que algunos de los amigos de la señorita Mapp debían de ser nonagenarios y desvió su mirada hacia las wisterias que crecían y trepaban junto a los peldaños del cenador.

—Su wisteria no parece prosperar mucho —dijo—. Su jardinero no sabe nada de wisterias. Ese rincón está hecho para unas fucsias, diría yo. Debería hacerse con una docena de buenas fucsias.

La señorita Mapp se echó a reír.

—Oh, debe usted perdonarme —dijo, mientras observaba de reojo el brocado de seda de la señora Poppit—, pero es que no soporto las fucsias. Siempre me recuerdan a las mujeres que van muy emperifolladas. Ah, aquí llega el señor Bartlett. ¿Cómo nos encontramos hoy, Padre? ¡Ah, y nuestra querida Evie!

Nuestra querida Evie parecía hipnotizada por el vestido de Diva.

—Qué ramitos de rosas tan preciosos —murmuró—, y qué tono púrpura más encantador el de tu vestido. Y las amapolas de Elizabeth también, las dos. Pero creo que esta mañana, Diva, ¿no vi a la buena de Janet con un vestido exactamente igual? Recuerdo que pensé que me resultaba muy raro que...

—Si viste a Janet esta mañana —dijo Diva con firmeza absoluta—, la verías con su vestido estampado de algodón.

—Y aquí llega el mayor Benjy —las interrumpió la señorita Mapp, a la que se le había escapado su nombre de pila el día anterior y tenía intención de que se le siguiera escapando—. Y el capitán Puffin. Bueno, ¡qué bien! ¿Le parece si entramos en mi pequeño cobertizo del jardín, querida señora Poppit, y tomamos el té?

El mayor Flint conservaba cierta cojera, porque su partido de golf había tenido algo de jardinería aquel día —muchos agujeros en el césped al golpear la bola— y subió renqueando los peldaños del cenador tras las damas, con aquel loro marinero tras él diciéndole al Padre lo mal que había jugado y, sin embargo, la suerte que había tenido, porque había salido vencedor.

—La sala más encantadora de todo Tilling, siempre lo digo, señorita Elizabeth —exclamó el mayor, apartando sus pensamientos de un simple juego para entregarse a los coqueteos.

—Es mi adorado saloncito... —dijo la señorita Mapp, sabiendo que era mucho más

grande que cualquier estancia de la casa de la señorita Poppit—. ¡Es tan pequeñito!

—Oh, para nada, querida, no tiene mal tamaño la habitacioncita —dijo la señora Poppit, con deseo de agradar—. Tiene las mismas proporciones, a una escala diminuta, que la sala del trono del Palacio de Buckingham.

—¡Ah, la preciosa sala del trono...! —exclamó la señorita Mapp—. ¿Una taza de té, querida señora Poppit? Me temo que hoy no tengo de esa locuela crema de grosellas. ¿Un pastelito de chocolate?

Aquellos sustanciosos pastelitos de chocolate pronto hicieron su efecto y produjeron una pesadísima sensación de saciedad en todos los invitados de Elizabeth. Al final, unos y otros se apartaron de la mesa de la merienda hartos y ahítos de chocolate. Por fortuna, Diva recordó la consistencia de aquellos pastelillos a tiempo, y, en vez de probarlos, dio buena cuenta de una bandeja de variedades surtidas (que la anfitriona tenía pensada como acompañamiento para el postre de la cena de aquella noche). Su vecina aún estaba intensamente ocupada en aquellos dulces cuando se produjo la traslación generalizada hacia las mesas de juego. La señora Poppit, con las gafas puestas, y seguida por Isabel, estaba haciendo un recorrido de inspección por toda la estancia. Lo hacía por si no volvía a visitarla de nuevo —cosa que la señorita Mapp efectivamente ya había decidido—; examinaba la calidad de la alfombra, las cortinas y los respaldos de los sillones con el aire de un comprador indeciso.

—Y también una buena cantidad de libros, como veo —exclamó mientras se situaba justo enfrente del armario fatal—. Mira, Isabel, qué cantidad de libros. Pero son un poco raros. De todos modos, no creo que sean de verdad.

La curiosa señora Poppit extendió el brazo y tiró del lomo de uno de los ejemplares de «Fragmentos escogidos». Apenas habían transcurrido tres segundos de un silencio terrorífico —que solo habría advertido alguien que conociera la tragedia que se gestaba en el interior del armario; esto es: Diva— cuando la puerta se abrió lentamente y en el interior pudo oírse un estrépito de objetos cayendo, dando golpes y batacazos, y armando un fabuloso alboroto. A continuación, algo que debía de ser mullido y pesado se estampó contra el suelo, y al instante en el aire se elevó una nube de polvo de harina. Por si eso fuera poco, un frasco de Bovril se empotró en la harina del suelo sin sufrir daño alguno, y una lata de galletas Bath Oliver le hizo una marca a otra de carne enlatada. Innumerables albaricoques secos estallaron de su rebosante empaquetado y volaron como metralla, haciendo blanco en un montón de latas. Las ciruelas de un tarro, rompiéndose en su caída contra el suelo, rodaron alegremente hasta el centro de la sala.

El estrepito fue seguido de un absoluto silencio. El padre había dicho «Pero ¿qué demonios es...?» durante el tumulto, pero su voz se había perdido entre el estruendo y el ametrallamiento de los albaricoques. La representante de la Orden del Imperio Británico retrocedió como pudo entre las provisiones que la rodeaban y las examinó a través de los cristales de sus gafas. Diva se metió a presión la última galleta en la boca y se deshizo de ella con increíble rapidez. Era «el nacimiento de su vida», como diría la señorita Rossetti^[15].

—Querida Elizabeth... —exclamó—. ¡Qué desastre! Todas las provisiones que tenías acumuladas por si estallaba otra huelga del carbón... Déjame que te ayude a recoger todo

esto. Creo que no se ha roto nada. ¿No es una suerte?

Evie se apresuró a acercarse.

—¡Qué cantidad de cosas buenas! —dijo casi sin resuello—. Carne enlatada y Bovril y ciruelas, y cuantísimos albaricoques. Déjame que los coja. —Tomó un puñado de albaricoques secos y los sopló con suavidad para quitarles la harina—. Vaya, menudo armario tan grande, y qué cantidad de cosas ricas.

Desde luego, la señorita Mapp estaba sufriendo una gravísima sucesión de conmociones. La visión del señor Hopkins desnudo, el vestido de Janet, el descubrimiento de sus provisiones... ¡Parecía que la vida no consistía más que en una acumulación de situaciones espantosas! ¿Cómo demonios había saltado el pestillo del armario? No tenía ni idea, pero por mucho que le hubiera gustado sospechar del juego sucio de alguien, no tuvo más remedio que concluir que la señora Poppit lo había presionado accidentalmente con sus manazas entrometidas. A Diva, naturalmente, le encantaba romper una y otra vez el silencio con odiosas alusiones al acaparamiento de alimentos, y la señorita Mapp pensó con amargura que ojalá no hubiera sacado a colación ese asunto días antes; debió limitarse a llenar sus despensas sin más, y sin afirmar tan tajantemente que no estaba haciendo acopio de alimentos o carbón. Pero no era momento de vanas lamentaciones. Conteniéndose ante el impulso natural de arañar y golpear a la señora Poppit, dio muestras de una inventiva y una compostura admirables. Aunque sabía que no engañaría a nadie, todo el mundo fingiría creerla:

—Oh... vaya... mis regalitos de Navidad para sus parroquianos pobres, Padre... —dijo—. Los ha visto antes de lo que debía, y debe olvidarlos por completo. Y no ha pasado nada, apenas un par de albaricoques estropeados... Withers lo recogerá todo, así que nosotros empecemos a jugar al *bridge*.

Withers entró en la estancia en ese preciso momento para llevarse los platos y el té de la merienda, y la señorita Mapp tuvo que volver a explicarlo todo otra vez.

—Todos los regalitos para los pobres que teníamos guardados se han desparramado, Withers —dijo—. ¿Te importaría volver a meter en el armario todo lo que puedas y llevar el resto a casa? No pises los albaricoques.

Resultaba muy complicado sortear los albaricoques, porque estaban por todas partes, y su color, sobre la alfombra marrón quedaba perfectamente camuflado. La propia señorita Mapp ya había pisado dos, y era difícil librarse de su pegajosa y empalagosa manía de adherirse a los zapatos. De hecho, durante los siguientes minutos la pala del carbón fue un objeto muy requerido, pues servía para limpiarse la suela de los zapatos, y el guardafuego quedó perdido con los restos aplastados de los albaricoques. Los grupos de jugadores parecían muy pensativos cuando se repartieron entre las dos mesas, pues cada miembro trataba de asimilar la increíble idea de que la señorita Mapp hubiera llenado sus armarios con regalos de Navidad —a mediados de octubre— y en unas cantidades asombrosamente pasmosas. La proeza requería meditación, requería una credulidad tan infantil que estaría al borde de la imbecilidad. La conversación durante las partidas tuvo una extraña tendencia hacia las discusiones sobre la huelga de carbón. En cuanto salía el tema, los presentes pasaban a otro asunto de inmediato, como si hubiera una razón oculta para no hablar de algo tan natural. Aquello le concernía a todo el mundo, pero

todos eran justamente conscientes de que, sobre todo, le concernía a la señorita Mapp.

Era el turno del mayor; le tocaba recibir a su amigo en casa. Era una noche lluviosa de octubre, alrededor de las nueve y media, y él y Puffin se encontraban junto al fuego en el salón, mientras la lluvia se derramaba a torrentes sobre los cristales y, de vez en cuando, ocasionales vaharadas del humo de la chimenea regresaban a la estancia empujadas por el viento que soplabla y ululaba alrededor de la casa. Puffin, con el fin de mantener la farsa de las calzadas romanas, había llevado un mapa de la región, pero la parte más esencial de su equipamiento destinado a la intelectual velada nocturna era una botella de whisky. En un principio, habían dispuesto que fuera el anfitrión quien proporcionara whisky para él y para su invitado, pero ese acuerdo pronto presentó inconvenientes evidentes, porque el invitado siempre resultaba tener una sed descomunal, lo cual tentaba a su anfitrión a mantener el ritmo, mientras que si cada uno bebía lo que se llevara de casa, las cuestiones económicas y la moderación alcohólica adquirirían un tinte más propio y adecuado. Además, mientras el mayor se tomaba el whisky en dosis cortas y secas, y en vasos pequeños, Puffin se lo servía en vaso grande o en tazón, y le añadía limón y azúcar, y agua caliente a veces, de modo que nadie podía saber si la igualdad en la consumición estaba al mismo nivel que la fraternidad. Pero si cada cual se llevaba su botella...

Había sido un día duro, y el mayor estaba muy quebrado. Una tormenta torrencial los había sorprendido durante su partido de golf, precisamente cuando estaban muy lejos del club, y Puffin, que estaba tres arriba, había rechazado la sugerencia de su contrincante de abandonar el partido. Estaba deseando coger la media corona y marcharse a casa. Sin embargo, cuando el mayor Flint recordó que el juego de Puffin solía desbaratarse por completo cuando llovía, desestimó la propuesta con el desprecio que merecía. Además, habían tenido lugar otros incidentes desagradables. El *driver* del mayor, resbaladizo por la lluvia, había salido volando de sus manos al comienzo del hoyo doce, y tras describir un arco en el aire, «como una serpiente de luz en la mañana septentrional^[16]», había aterrizado en un charco de agua salobre que se había formado allí tras una marea inusualmente alta. La pelota había ido a parar a otro charco cercano al *tee* de salida. El terreno estaba resbaladizo y oleaginoso por la humedad, y tres hoyos más adelante Puffin se había caído de bruces en vez de dar su quinto golpe y meter la bola en el *green*, como pretendía. Los dos se habían molestado mutuamente y habían metido en el hoyo la bola de su contrincante por error; también habían discutido sobre el reglamento y qué hacer si la pelota se te metía en la hura de un conejo o caía en los raíles del tranvía. El mayor había perdido una bola nueva; había un champiñón en medio de uno de los *greens*, y coincidía que estaba entre la pelota de Puffin y el hoyo. Todos estos desagradables incidentes se habían ido acumulando durante todo el partido, y, desde el punto de vista del mayor, el peor de ellos había sido un incidente inesperado: Puffin, lejos de querer dejar el juego por la lluvia, y a pesar del champiñón y de haberse caído de bruces en la

hierba empapada, había jugado con una firmeza y un talento de los que habitualmente era incapaz.

En consecuencia, cuando se sentaron a disfrutar del whisky nocturno, el mayor Flint estaba muy cojo y la antigua herida le molestaba horrores. Al tiempo, Puffin, a pesar de sus obvios motivos para la alegría y la complacencia, estaba muy irritado con el mal humor de su compañero y se estaba quedando medio ciego por el humo de la chimenea, con lo cual no dejaba de secarse sus llorosos ojos.

—Debería usted llamar a un deshollinador para limpiar la chimenea —comentó.

El mayor Flint se había puesto el pañuelo en la cara para evitar que el humo le cegara. En ese momento, resopló con un exagerado e indignado bufido y el pañuelo salió volando.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Claro!

Puffin se quedó un poco sorprendido ante la violencia de aquellos exabruptos; los pronunció con un feroz sarcasmo.

—Oh, bueno... No quería ofender —dijo.

—Un hombre —dijo el mayor en tono impersonal— hace una observación ofensiva y luego dice: «No, si yo no quería ofender». Si su chimenea le parece mejor que la mía, capitán Puffin, lo único que puedo decirle es que está usted en su derecho de disfrutar de ella ahora mismo.

Aquello fue bastante desagradable: habían gozado de una buena brisa de popa aquella tarde, y era demasiado pronto para que se rompiera la calma de nuevo. Puffin arrancó y agitó una metafórica ramita de olivo.

—Aquí tiene su pañuelo —dijo, recogéndolo—. Y ahora mantengamos una de nuestras amables charlas. Una taza caliente con grog y una buena conversación junto al fuego: eso es lo mejor después de la tarde lluviosa que hemos tenido. Aceptaré una rodaja de limón, si es usted tan amable como para dármela, y un terrón de azúcar.

El mayor se levantó y fue cojeando hasta el armario. En ese momento se le ocurrió que Puffin siempre le gastaba demasiados limones y azúcar, porque siempre se los proporcionaba gratis, mientras que él, cuando era el invitado del capitán, solo le pedía en su casa un poco de agua caliente. Decidió que al día siguiente le pediría galletas.

—No sé si me quedan limones —gruñó—. A este paso, debería tener un almacén de limones. Y respecto al azúcar...

Puffin prefirió ignorar aquellas indirectas y cambiar de tema.

—Qué divertido lo que pasó el otro día —dijo muy alegremente—, cuando se abrió de repente la puerta del armario en casa de la señorita Mapp. A la buena señora no le sentó nada bien. Y no creo que los pobres de la parroquia caten jamás esa carne enlatada.

La actitud del mayor tomó un claro matiz digno.

—Perdóneme usted —dijo—. Cuando una querida y apreciada amiga como la señorita Elizabeth dice que ciertas provisiones están destinadas a los pobres de la parroquia, yo lo doy por cierto y seguro. Y espero que el resto de mis amigos, al menos mientras estén en mi presencia, hagan lo mismo. Tengo el honor de darle un limón, capitán Puffin, y una pizca de azúcar. Debería decir tal vez un terrón de azúcar. Por favor, le ruego que se sirva.

Aquel modo tan soberbio y altanero de hablar era con frecuencia una de las consecuencias de un desgraciado partido de golf. Generalmente, era la respuesta inmediata al menor estímulo. Puffin se llenó el vaso con el whisky de su botella y el agua caliente de la tetera, mientras que su amigo se volvía a poner el pañuelo en la cara.

—Bueno, me tomaré el grog y después me marcharé a dormir —observó, de acuerdo con su costumbre—. ¿Va a acompañarme usted, mayor?

—Desde luego, señor —dijo el mayor.

Puffin sacudió las cenizas consumidas de su pipa contra el borde de la pantalla de la chimenea. El mayor Flint, al parecer, estaba esperando que hiciera justo eso, porque se quitó el pañuelo de la cara para observar el proceso con atención. Una diminuta ascua de ceniza huyó de la pipa de Puffin y fue a caer en la alfombra de la chimenea. El capitán se puso en pie de un salto y la retiró muy cuidadosamente con el recogedor.

—¿Me permite, por favor? —dijo desdeñosamente el mayor.

—Desde luego, desde luego —aceptó Puffin—. Ahora coja su vaso, mayor. Se sentirá mejor en un par de minutos.

Al mayor Flint le habría gustado mantener aquella actitud soberbia y altanera, pero el aroma de la taza humeante de Puffin le bajó los humos y, después de observarlo detenidamente, se levantó y se acercó al armario a buscar su botella de whisky. Dejó escapar un grito de horror cuando la tuvo entre las manos.

—¡Pero si compré esta botella antes de ayer! —exclamó—. ¡Y no queda apenas ni para un trago!

—Bueno, ayer por la noche le atizó bastante —observó Puffin—. Esos vasos pequeños suyos, si se llenan con frecuencia, pueden vaciar una botella antes de que uno se dé cuenta.

Razones de educación evitaron que el mayor asumiera aquellas palabras con el rencor que merecían, y su rostro se relajó. Se resarciría de aquella constante petición de limones y terrones de azúcar.

—Bueno, tendrá que prestarme un poco de whisky del suyo esta noche —dijo con buen humor, mientras vertía lo que le quedaba de su botella en un vaso—. ¡Ah, qué bien, esto era lo que necesitaba! Un vaso de whisky mantiene al médico lejos.

La perspectiva de saquear el whisky de Puffin resultaba de lo más emocionante, y puso sus enormes pantuflas en el guardafuego.

—Sí, ya lo creo, lo del armario de la señorita Mapp fue un incidente extraordinariamente divertido —añadió el mayor—. ¿Y no se lanzó sobre ella la señora Plaistow con el cuchillo entre los dientes? Nuestras queridas y amables amigas, ya sabe, están deseando sacar a relucir sus pequeños fallos mutuamente. Apenas han acabado con una trifulca, y ya empiezan con otra. ¡Estas damiselas pendencieras! No pueden sentarse tranquilamente como dos viejos amigos, por decirlo así, y disfrutar y estar en paz con todo el mundo.

Se echó al gizonte el vaso de whisky de un trago y al mirarlo pareció sorprendido de verlo vacío.

—Tendré que pedirle prestado un traguillo, viejo amigo —dijo.

—Sírvase, mayor —dijo Puffin, con la mirada clavada en la botella al ver cuánto se

servía su amigo.

—Pues muy agradecido le estoy —dijo el mayor—. Me siento como si hubiera cogido frío esta tarde. La herida.

—Vigile que no vaya a más —le recomendó Puffin.

—Gracias por el consejo. Es este asqueroso clima, que despierta el dolor. Un invierno en Inglaterra añade un montón de años a la vida de un hombre, a menos que se cuide mucho. Cuídese, muchacho, cuídese. Póngase más azúcar.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, la mano del mayor se desplazaba de nuevo, avariciosa, lenta e instintivamente, hacia la botella de whisky de Puffin.

—Reconozco que esa taza grande que utiliza usted, Puffin —dijo— puede tener entre tres veces y media y cuatro la cantidad de mi pequeño vaso. Yo diría entre tres veces y media y cuatro. Podría equivocarme.

—Teniendo en cuenta *el agua*, me atrevería a decir que no anda usted muy lejos, mayor —dijo Puffin—. Y, según mis estimaciones, su mezcla de whisky y agua es alrededor de tres veces y media a cuatro más fuerte que la mezcla que me bebo yo.

—¡Oh, vamos, vamos...!

—Entre tres veces y media y cuatro, *diría yo* —repitió Puffin—. No andaré muy lejos.

El capitán volvió a llenar su gran taza y, en vez de poner de nuevo la botella sobre la mesa, como si no se diera cuenta, la dejó en el suelo, junto a su butaca, lejos del alcance del mayor. Este segundo tazón de grog habitualmente marcaba el momento más alegre de la velada, porque el primero se destinaba a cerrar las heridas de las infelices disputas que habían arruinado la paz del día y, una vez que se habían superado, ambos caballeros se dedicaban a decir tonterías sobre sus proezas y hazañas del pasado, y veían su juventud de color de rosa y se animaban considerando la fuerza con la que aún latían sus corazones. A veces comenzaban alabándose mutuamente: Puffin, aunque sabía que su amigo cumpliría pronto cincuenta y cuatro años, le decía que lo veía jovencísimo y se negaba de plano a creérselo (sin ofender) y, de hecho, hacía bien en no creérselo, porque el mayor realmente ya tenía cincuenta y seis. Por su parte, el mayor Flint a veces le decía a su amigo que tenía el aspecto de un muchacho de veinte años, lo cual provocaba que al final Puffin se sintiera un poco encogido y se paseara descuidadamente por delante del gran espejo que había entre las ventanas, y admitiera que aquel cumplido era mucho más fácil de creer que el relativo a la edad del mayor. Durante la siguiente media hora, por lo general, seguían hablando de sí mismos, envueltos en un aura de autocomplacencia y satisfacción. El mayor Flint, observando los distintos galardones y trofeos que adornaban la estancia, en ocasiones sugería proponer un desafío deportivo en *The Times*.

—¡Diantres, Puffin! —decía a veces—. Estoy pensando seriamente en hacerlo. «Mayor retirado de las Fuerzas Armadas de Su Majestad... el Rey, ¡que Dios le bendiga!». —Y echaba un buen trago—. A ver: «Mayor retirado, de cincuenta y cuatro años, reta a cualquier caballero de cincuenta años o más...».

—De cuarenta, de cuarenta —decía Puffin con aire zalamero, en prevención sobre lo que pudiera decir el mayor sobre él cuando el viejo acabara.

—Bueno, ahí está, digamos cuarenta y cinco, para complacerle a usted, Puffin...

Veamos, ¿dónde estábamos? «Mayor retirado reta a cualquier caballero de cuarenta y cinco o más a... a... a un concurso de tiro, seguido de media docena de asaltos de boxeo con guantes de cuatro onzas de peso, un partido de golf, dieciocho hoyos, después de comer, y una partida de billar después del té». Ja, ja, ja. No me preocuparía mucho el resultado.

—¡Por mi pata de palo! —exclamaba Puffin—. ¡Pues yo conozco a un capitán retirado del servicio de la Marina Mercante de Su Majestad... el Rey, que Dios le bendiga! De cincuenta años.

—¡Jo, jo, jo! Cincuenta, sí... —decía el mayor, pensando para sí que un viejo seco parecido a Puffin podía ser tan viejo como una momia egipcia. ¿Quién puede decir la edad de un arenque ahumado?

—Ni un día menos, mayor. «Capitán retirado, de cincuenta años, se enfrentará a todos aquellos que se presenten, de cuarenta y dos años o más, a una carrera de obstáculos, a un partido de golf, a una partida de billar, a una competición de salto de longitud, a un concurso gimnástico, a los bolos indios...». ¿Alguna objeción, caballeros? Entonces, adelante; nem. con^[17].

Las vaporosas exaltaciones atléticas, amorosas, o de otro tipo (las amorosas eran las peores) generalmente se disipaban lentamente, como la luz del sol de poniente o un pedazo de carbón agotado en la rejilla de la chimenea. Al final del segundo tazón de grog de Puffin, ambos caballeros ya estaban soñolientos, a punto de quedarse dormidos. De vez en cuando preparaban los fundamentos para el enfado y el enfrentamiento del día siguiente, aunque lo habitual era que lo dejaran porque tenían demasiado sueño como para ponerse a discutir en ese momento. Para entonces, el mayor Flint ya se habría bebido al menos cinco vasos de whisky (equivalentes, como había observado amargamente, a uno de los que tomaba en los lejanos días anteriores a la guerra), y mientras se servía el siguiente con extremo cuidado y con un movimiento ligeramente vacilante, anunciaría que aquel vaso de whisky era el *definitivo*, antes de irse a dormir (aunque cualquiera habría pensado que ya llevaba demasiados whiskies *definitivos*). Puffin, en consecuencia, también se servía el último dedal de whisky (aunque el dedal al parecer pertenecía a alguna de las mujeres de Anak^[18]), y después de otra media hora de repentinos ronquidos y de nuevos despertares, de pipas encendidas constantemente y apagadas casi al instante, el invitado, aún perfectamente capaz de articular un discurso coherente y de moverse conforme a su voluntad en la dirección deseada, cruzaría tambaleante la oscura calle empedrada hacia su casa, y las puertas se cerrarían con mucho cuidado por miedo a llamar la atención de la señora que en ese momento de la noche habitualmente era conocida como La Vieja Mappy.

Ambos eran plenamente conscientes del amable interés que La Vieja Mappy se tomaba por todo lo que les atañía. Que vigilaba sus sesiones nocturnas se evidenciaba por la frecuencia con la que uno de los extremos de la cortina de su ventana del cenador se apartaba ligeramente entre, digamos, las nueve y media y las once de la noche. En reiteradas ocasiones, los dos caballeros habían observado entre risillas el rayito de luz que se escapaba de allí, oscurecido en la parte baja por la silueta de la cabeza de La Vieja Mappy, y en ocasiones brindaban por aquel Ángel de la Guarda.

El Ángel de la Guarda, en respuesta a preguntas directas, había recibido la siguiente información del mayor Benjy: durante el último mes había estado trabajando en sus diarios tres noches a la semana y se iba pronto a la cama las otras tres. Para orgullo de la señorita Mapp, el mayor Benjy aseguraba que aquel método había mejorado enormemente su capacidad intelectual.

—¿Y la noche que sobra, mi querido mayor Benjy? —preguntaba la Vieja Mappy encarnando al Ángel de la Guarda—. ¿Qué hace usted la noche de los domingos?

—Creo que usted no conoció a mi adorada, mi reverenciada madre, señorita Elizabeth —dijo el mayor Benjy—. Paso la noche del domingo como... bueno, en fin...

Al domingo siguiente por la noche, atento como nunca, el Ángel de la Guarda oyó unos cánticos. No pudo entender lo que decían, y apenas pudo reconocer algunos fragmentos de una melodía que le recordaba a la de «La rosada aurora ya se había alejado^[19]». Desbordante de emoción, ella lo cantó suavemente para sí misma mientras se desvestía, y se arrepintió mucho de haber pensado que el querido mayor Benjy... Miró por su ventana después de apagar la luz, pero, afortunadamente, los cantos ya habían cesado.

Aquella noche, en cualquier caso, el momento del segundo gran tazón de Puffin no se vio acompañado por armoniosos acontecimientos. El mayor Benjy estaba decidido a aprovechar aquella oportunidad para beberse todo el whisky de su amigo, y aunque Puffin pusiera la botella en el suelo, fuera del alcance del mayor, o bajo la silla o encima de otra mesa, su amigo se levantaba, arrastrando las pantuflas y se acercaba sigilosamente a la botella, mientras intentaba embaucar al capitán con historias de amoríos o de cacerías de tigres, para distraer su atención. Cuando —equivocadamente— pensaba que lo había conseguido, se apresuraba a llenar otra vez su vaso, hasta el borde, por temor a no tener otra oportunidad. Por supuesto, ignoraba por completo la cortesía de pedirle permiso a Puffin para llevar a cabo semejantes intrusismos. Cuando esto ya había ocurrido cuatro o cinco veces, Puffin, actuando con el instinto del oso polar que se come a sus crías por temor a que algún otro oso pueda comérselas, subrepticamente volcó el resto de su botella en su tazón, y lo llenó hasta arriba con agua caliente. Sin duda, el resultado sería un combinado extraordinariamente fuerte.

Poco después, el mayor Flint volvió a deambular y a rodear la mesa. No estaba seguro de si Puffin había dejado la botella junto a la silla o tras el cubo del carbón, e ignoraba que, estuviera donde estuviera, se encontraba vacía. Aquella noche, los recuerdos amorosos del mayor Flint habían conformado el acompañamiento narrativo del segundo tazón de whisky.

—Aquella mujer era un verdadero demonio —relataba—, y aquella fue la última vez que un servidor, Benjamin Flint, la vio. A la mañana siguiente se fue a las montañas...

—Pero si me acaba de decir que la última vez que la vio fue en el muelle de P&O^[20] en Bombay —protestó Puffin—. ¿O se fue a las montañas desde el muelle de P&O? ¡Menuda historia!

—No, señor, esa era Helen, *la belle Hélène* —lo corrigió Benjamin Flint—. Fue a *la belle Hélène* a la que yo vi partir en el *Apollo Bunder*. No sé si le conté... Dios, he vuelto a darle una patada sin querer a la botella. No sabía que la había dejado ahí, espero que tenga puesto el tapón.

—No pasará nada aunque no lo tenga —dijo Puffin, empezando a dar cuenta de su tercer tazón de whisky. Le asombró lo fuerte que estaba.

—No me estará diciendo que está vacía... Hace un momento quedaba casi un cuarto de la botella —observó el mayor Flint.

—¿Tanto? —preguntó Puffin—. Me alegra saberlo.

—No queda ni gota. No me estará diciendo... Bueno, si se puede beber usted todo eso y luego decir «hipopótamo», yo diría que ese sería uno de sus grandes logros, para ser un hombre de cuatrocientos dos años. Perdón, de cuarenta y dos años. Es una suerte tener una cabeza fuerte, aunque si yo me bebiera lo que tiene usted en su tazón, estaría un poco piripi, señor mío.

Puffin se divirtió a su modo, con aquella irritante risilla en falsete.

—Lo bueno es que todo mi whisky no está ni en mi vaso ni en el suyo —dijo—. Y *permítameme* decirle, mayor, por si lo desconoce, que cuando me haya bebido hasta la última gota de este tazón y haya rechupeteado el limón, usted tendrá en su barriga bastante más whisky de mi botella que yo en la mía. Mis dos tragos de costumbre... y el último definitivo, como usted dice, es lo que siempre tomo, y yo no he bebido más que lo de siempre. Ocho campanadas^[21].

—Pero usted se ha puesto ahí una buena cantidad —dijo el mayor, un poco atolondrado—. No es lo habitual.

Mientras engullía aquella feroz combinación de whisky, Puffin comenzaba a percatarse de la realidad de aquella afirmación, pero nada del mundo impediría que se bebiera hasta la última gota. Para él estaba muy claro, aunque el humo de la chimenea quisiera impedirlo, que al día siguiente el mayor fallaría muchísimos golpes en el golf.

—¿Y de quién es el whisky? —preguntó, echándose al gatzate el ardiente líquido.

—Yo sé de quién va a ser —dijo el otro.

—Y yo sé de quién es ahora —replicó Puffin—. Y sé de quién era el whisky que le ha llenado la barriga hasta ponerle la piel *trante* como la de un tambor. Ti-ran-te como un tambor, quería decir —repitió muy cuidadosamente.

El mayor era consciente de que su mente estaba operando de un modo bastante extraño, y, cuando habló, también se percató de una especie de congestión y estrangulamiento de sus palabras. Le agradó pensar que se había bebido todo el whisky de su amigo, pero comprendía que debía enfadarse por lo que le había dicho.

—Eso *quequeque* ha dicho no tiene ningún sentido —apuntó—. Y si no fuera por las sagradas normas de la hospitalidad, le obligaría a darme una explicación de lo que me ha querido decir, y le haría comerse sus palabras. *Disclúpese*, señor mío, ¡ya!

Puffin se acabó el tazón de whisky caliente de un trago y se puso en pie.

—¡Al diablo las *disclupas!* ¡*Hitotópamo!*

—¿Me está usted llamando eso a mí? —preguntó el mayor Flint, con una tranquilidad impasible.

—Por supuesto, se lo estoy llamando a usted... ¡Hitop...! Bueno, el mismo animal de antes. Qué simpático, el viejo. Y por lo que a sus limones se refiere, bueno, pues ya no quiero más. ¡Estoy harto de ellos, amigo mío! Ya no quiero más.

Al mayor se le puso la cara de color magenta, caminó hacia la puerta con el mismo movimiento de un caballo de ajedrez (un paso largo en una dirección y dos cortos en ángulo recto respecto al primero) y la abrió. De este modo, la puerta le sirvió como recurso para abrir la sala y como un apoyo para sujetarse y no caerse. No dijo nada ni se expresó de ningún modo: su silencio hablaba por él de un modo más digno y altanero que si hubiera decidido decir algo.

Por otro lado, el capitán Puffin permaneció un momento allí de pie, envuelto en sonrisas, y jugueteando con la rodaja de limón. Se le pasó por la cabeza —provocándole una carcajada— arrojársela a su amigo a la cara. Sin embargo, aquella sonrisa acabó por desvanecerse, y por algún tipo de percepción telepática se dio cuenta de que resultaría mucho más decoroso decir (o, mejor, sugerir) «buenas noches» de un modo digno que arrojar rodajas de limón a la cara de un amigo. Caminó despacito, como si fuera escribiendo con los pies puntos y rayas, en una especie de código Morse, y al final salió de la estancia, dedicándole al mayor un saludo naval cuando pasó a su lado. Este le devolvió un saludo militar al tiempo que reprimía el hipo. No intercambiaron ni una palabra.

Cuando, sin mucha dificultad, el capitán Puffin encontró su sombrero y su abrigo en el vestíbulo, salió de la casa dando un portazo que hizo ecos por toda la calle y consiguió que la señorita Mapp soñara con tormentas. Logró llegar hasta su domicilio, y se derrumbó ante el fuego apagado, e intentó avivarlo de nuevo, sin mayor éxito que una buena cantidad de cenizas inundando sus pulmones.

En lugar de irse directamente a la cama, el capitán Puffin se sentó a la mesa y comenzó a pensar en lo ocurrido. Se dijo que él en absoluto estaba borracho, sino que había tomado una cantidad poco habitual de whisky, y que eso producía prácticamente el mismo efecto que una borrachera. Convencido de ello, se dio cuenta entonces de que estaba extraordinariamente furioso por algo, y también estaba muy seguro de que el mayor estaba enfadadísimo.

—¿*Pro qué* demonios ha pasado aquí? —se preguntó en voz alta—. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

Despertó de sus confusos razonamientos sobre aquel acertijo sin respuesta gracias al ruido que hizo la pestaña metálica del buzón de su jardín. O bien se trataba del primer servicio postal de la mañana, en cuyo caso era mucho más tarde de lo que creía —y misteriosamente aún era muy de noche—, o bien era el último servicio postal de la tarde, en cuyo caso era mucho más temprano de lo que estimaba. Pero, fuera lo que fuera, lo cierto era que había llegado una carta y que estaba en su buzón, así que fue a buscarla. Cuando la tuvo entre sus manos, comprobó que el pegamento del sobre aún estaba húmedo, lo cual evitaba las dificultades habituales para abrirlo. En el interior había una media cuartilla que apenas contenía unas pocas palabras. Aquella corta misiva decía lo siguiente:

A la atención del capitán Puffin.

Muy señor mío:

Mis padrinos le harán una visita a lo largo de la mañana.

Su seguro servidor,
Benjamin Flint

Puffin la leyó con la tranquilidad de una noche tropical, y con el valor que correspondía a un capitán. En algún lugar por debajo de su valor y de su tranquilidad había un increíble sentimiento de duda. Por fortuna, pudo sofocarlo.

—Muy propio —dijo en voz alta—. *Ablutamente* propio. Ofensas. Sangre. Los padrinos no tendrán que esperar ni un segundo^[22]. Lo mejor será que me vaya a dormir.

Semejante misiva había puesto fin a las ebrias disquisiciones del capitán Puffin, que subió a su dormitorio, se derrumbó en la cama y al momento comenzó a roncar.

Aún estaba oscuro cuando se despertó, pero el cuadrado que delimitaban las jambas de la ventana se distinguía recortado en la negrura de la habitación, y dio por supuesto que, aunque todavía no había amanecido, el sol estaba a punto de salir, lo cual era una lástima. Cuando se giró hacia un costado, la mano del capitán Puffin fue a dar con su chaqueta en vez de con la sábana, y se dio cuenta de que se había metido en la cama vestido. Entonces, con un estallido de platillos y un redoble de tambores en el cerebro, todos los acontecimientos de la noche anterior cobraron vida en su mente, se hicieron realidad y adquirieron significado. En unas horas había que disponerlo todo para un encuentro fatal. Ya no tenía furia, ya no tenía whisky y, sobre todo, ya no tenía valor. Resumió todo aquello con un quejumbroso lamento: «¡Oh, Dios mío!».

Hizo esfuerzos sobrehumanos para incorporarse y encendió una cerilla con la que encendió una vela. Buscó su reloj en la mesita de noche, pero no lo encontró. ¿Qué demonios había ocurrido? Entonces, la quejumbrosa mente del capitán Puffin recordó que estaba en el lugar de siempre, en el bolsillo de su chaleco. Una breve mirada y una rápida comprobación —llevandoselo a la oreja— revelaron que su reloj se había parado a las cinco y media. Con una lucidez que aumentaba por instantes, llegó a la conclusión de que el reloj se había parado debido a una razón muy concreta: no le había dado cuerda. Por tanto, eran más de las cinco y media, pero solo los Señores del Tiempo sabían lo tarde que sería. El tiempo, el Tiempo que lindaba con la Eternidad.

Pensó que no tenía ningún sentido preocuparse por la Eternidad en ese momento, pero que no debía perder Tiempo. Precisamente ahora, el tiempo era un bien muypreciado.

Desde algún lugar de la Conciencia Cósmica^[23] se le insufló una idea: el primer tren a Londres salía a las seis y media de la mañana. Aunque se trataba de un tren que paraba en todas las estaciones, llegaba a Londres, y en todo caso se alejaba de Tilling. No se molestó en absoluto en considerar cómo había llegado esa idea a su mente; lo importante era que había llegado. Al mismo tiempo, fue consciente de que no podía saber cuántos minutos habían transcurrido desde las cinco y media.

Bajo la cama, guardaba una bolsa de viaje Gladstone que había traído del club precisamente el día anterior, después del partido de golf. Aunque estaba llena de inconvenientes y calcetines mojados, ahora le recordaba la amable seguridad de los pacíficos y tranquilos días pasados en Tilling. Mientras comenzaba a meter rápidamente en la bolsa camisas dobladas, corbatas, cuellos y otros útiles indumentarios, pensó en lo poco que había valorado los dulces placeres de la vida, sus amables conversaciones y compañías, sus grandes golpes de golf, los champiñones y los incidentes inesperados. Ahora los percibía revestidos de un *glamour* y una belleza que parecían intrínsecamente unidos a la mismísima vida. Se moría por volver a disfrutarlos, porque mientras los tuvo a mano no supo cuán dulces eran.

Nadie se había levantado aún en la casa cuando, diez minutos después, bajó las escaleras con la bolsa de viaje en la mano. En la mesa del salón, donde pudiera verla la criada, dejó una hoja de papel en la que escribió: «He tenido que irme», y tembló mientras garabateaba las siguientes palabras: «No envíen cartas. Yo me pondré en contacto». Era una forma un tanto telegráfica, pero parecía la más adecuada para indicar la urgencia de la situación. Luego, callada y cautelosamente, abandonó su casa.

Al salir, no pudo evitar lanzar una aprensiva mirada a las ventanas de su viejo amigo... y su futuro asesino. Para su horror, observó que había luz tras la persiana de la habitación del mayor, y se lo imaginó escribiendo a sus padrinos y representantes —se preguntó quiénes serían sus padrinos— o sacando brillo a sus pistolas. Todos los rumores y pistas sobre los duelos del mayor y sus querellas de honor, de los que el capitán siempre se había burlado, porque no se los creía del todo, se le vinieron a la mente como un torrente sanguinario, y comprendió que ahora no tenía más remedio que creerlos a pie juntillas. ¿Cómo se le había ocurrido (y con tanta torpeza) llamar hipopótamo a aquel pendero?

La tormenta de la noche anterior había menguado notablemente, y solo una débil y gélida lluvia caía de aquel cielo plomizo mientras bajaba de puntillas la empinada calle. Una vez que dobló la esquina y perdió de vista la casa del duelista, echó a correr a toda velocidad, y aún aceleró más cuando escuchó el pitido de vapor de la locomotora del tren en la estación. Producía una tensión insoportable ignorar cuánto tiempo había transcurrido desde que se le parara el reloj hasta que él se despertó. Para colmo, el sonido de aquel pitido, seguido de varios bufidos de vapor, significaba, casi con total seguridad, que el tren de las seis y media con destino Londres ya había acomodado a sus tranquilos y despreocupados peregrinos, en viaje de placer o de trabajo. Corriendo y chapoteando entre los charcos, desequilibrado y ladeado por el peso de la bolsa de viaje, con los faldones de su impermeable empapándole las piernas, llegó por fin al santuario de la sala de espera de la estación y al despacho de billetes, que estaba iluminado por una lámpara

débil y agonizante, y de inmediato observó el turbio reloj de la sala.

Con un suspiro de alivio comprobó que había llegado a tiempo. De hecho, había llegado con tiempo de sobra, porque aún tendría que esperar un cuarto de hora. A continuación, tuvo que sufrir un agónico debate interno sobre si debería comprar o no un billete de ida y vuelta. El optimismo, es decir, la esperanza de poder volver a Tilling en paz (y sano y salvo) antes de seis meses —que era el tiempo de validez en los billetes de ida y vuelta— le inclinaban a hacer ese dispendio; pero en las inquietantes circunstancias en que se encontraba, resultaba difícil ser optimista. Finalmente, se decidió por comprar un billete de primera clase, solo de ida, pues en una mañana como aquella, y en un viaje como aquel, quería poder contar con toda la comodidad posible, junto a la ventanilla, con el asiento acolchado y con fotografías coloreadas de los lugares de interés que hubiera en el recorrido. No tenía ni idea de lo que podría depararle el futuro, un futuro que era un pozo oscuro y negro al que era peligroso incluso asomarse. No había luces brillantes en sus impenetrables profundidades, a menos que el mayor Flint muriera repentinamente sin revelar el reto que le había enviado la noche anterior. Con la celeridad con la que su destinatario había desaparecido, en vez de hacer frente a su pistola, no podía imaginarse ningún tipo de circunstancias que le permitieran volver a Tilling jamás. Dos angustiosas posibilidades se presentaban ante él: bien tendría que enfrentarse en duelo al mayor (cosa que no tenía ninguna intención de hacer) o bien tendría que soportar ser señalado por la calle entre burlas como el hombre que se había negado a enfrentarse en duelo, y esta posibilidad era tan inconcebible como la otra. Se arrepintió amargamente de haberse hecho amigo (y aún peor, haberse hecho enemigo) de un tipo tan obsoleto y antiguo como para querer batirse en duelo en la vida moderna. Si podía estar contento de algo, era de haber comprado un billete solo de ida.

Cuando apartó la mirada de las oscuridades del futuro, el acongojado capitán Puffin dejó que su mente se acomodara en el pasado, apenas menos turbio. Entonces, levantando las manos hacia el cielo, se cubrió el rostro con ellas y dejó escapar un profundo lamento. En un desgraciado descuido, ¡había olvidado el desafío en la repisa de la chimenea, donde, sin duda, la criada lo encontraría y lo leería! Eso explicaría su ausencia mucho mejor que las telegráficas instrucciones que había dejado sobre la mesa. No había ya tiempo para volver y coger la nota, aunque tuviera arrestos suficientes para hacer frente al riesgo de que lo viera el mayor. En un par de horas toda la historia correría como la pólvora por Tilling, vía Withers, Janet, etcétera.

Ya no tenía ningún sentido entretenerse en el futuro ni en el pasado, y con el fin de encontrar algún asidero en el mundo y preservar su cordura, prefirió concentrarse en el presente. Los minutos, aunque se demoraban espantosamente, seguían transcurriendo, y dado que aquel tren era bastante puntual, en cuanto cinco de aquellos perezosos minutos pasaran de largo, él conseguiría estar definitivamente a salvo. El chico de los periódicos quitó las contraventanas de su puesto, un mozo de cuerda apagó las luces y Puffin comenzó a escuchar el rumor del tren que se aproximaba. Se detendría tres minutos en la estación: unos minutos más y todo habría concluido.

Absorto en un horrible presente cuya fecha de caducidad coincidiría con la entrada en un vagón de primera clase, escuchó de fondo el ruido de unos pasos apresurados.

Seguramente se tratara de algún viajero rezagado, como él mismo, temeroso de perder el tren, y el capitán Puffin no le prestó mayor atención. La puerta de la sala se abrió de repente y, acompañado de un torrente de lluvia y jadeando sin resuello, apareció el mayor Flint. Puffin buscó, aterrorizado, un lugar por donde escapar a los andenes sin que lo viera, pero ya era demasiado tarde. Sus miradas se encontraron.

En aquel instante de supino terror, dos cosas se le pasaron por la mente a Puffin. La primera era que el mayor miraba la puerta abierta que tenía a sus espaldas como si estuviera pensando marcharse por donde había venido; la segunda era que llevaba una bolsa de viaje Gladstone. En ese momento, el mayor habló, si es que efectivamente aquellos ecos atronadores de burlesca indignación podían llamarse hablar.

—¡Ajajá! Estaba en lo cierto, ya lo creo —rugió—. Me lo imaginaba, señor mío, suponía que estaba pensando en huir, y yo... yo... he venido a comprobar que efectivamente se marcha. Estaba en lo cierto. ¡Es usted un cobarde, capitán Puffin! Tranquilícese, señor mío, el mayor Flint no se va a rebajar a luchar con un cobarde.

Puffin dejó escapar un suspiro de alivio y estalló en una sarcástica carcajada cacareante situándose ante su bolsa de viaje con la esperanza de que el mayor no la viera.

—¡Pues claro...! —dijo—. ¿Y por qué, mayor, era necesario que preparara usted el equipaje y viniera con la bolsa Gladstone para detenerme e impedir que huyera? Yo le diré lo que ha ocurrido: está usted huyendo, y usted lo sabe. Me imaginaba que lo haría. He venido a impedirselo, gallina huidiza. ¿Le molesta la herida, eh? ¿Es que teme tener pronto otra, eh?

Se produjo un espantoso silencio, solo roto por la entrada de un mozo de equipajes que esquivó al mayor Flint, trastabillándose con el peso de un enorme baúl de viaje.

—¡Pero si también se lleva un baúl! —observó Puffin atónito—. ¡Con el fin de detenerme! ¡Una curiosa manera de impedirme que me marche! ¡Es usted un cobarde, señor mío! Pero... váyase a casa. Está usted a salvo. Esta será una bonita historia para contar en las veladas vespertinas en torno a una taza de té.

Creyéndose —dialécticamente— victorioso, Puffin se volvió con gesto burlón, aún ocultando su bolsa de viaje. Por desgracia, el faldón de su impermeable la descubrió, precariamente colocada sobre el banco, y cayó al suelo.

—¿Qué es eso? —exclamó el mayor Flint.

La pregunta del mayor —quizás por simple— dejó estupefacto al capitán. Ambos se quedaron mirándose fijamente durante unos instantes y entonces, a la vez, estallaron en carcajadas. Al mismo tiempo, el tren hizo retumbar los cimientos de la estación al entrar en los andenes lentamente, pero ninguno de los dos le prestó la más mínima atención, pues no podían dejar de reírse, y solo se movieron cuando el jefe de estación les apremió para que fueran a ocupar sus asientos. El capitán Puffin solo pudo recuperar la seriedad ante la dificultad de conseguir que le devolvieran el precio del billete. Por la otra parte, únicamente la partida del tren, con el baúl de viaje, pudo conseguir que el mayor dejara de reírse.

Los acontecimientos de aquella noche y aquella mañana, como fácilmente pueden

imaginarse, no tardaron en proporcionarle al pueblo de Tilling uno de los más importantes misterios de los que jamás tuvo noticia. La criada de Puffin, durante la ausencia de su señor, encontró y leyó no solo la nota que estaba destinada a su lectura, sino también el desafío que había dejado en la repisa de la chimenea. Naturalmente, pensó que era su obligación bajar y enseñárselo a la señora Gashly, la cocinera. Mientras se imaginaban todo tipo de situaciones sangrientas, su conciliábulo se vio interrumpido por el regreso del capitán Puffin, sorprendentemente contento. Después de buscar en vano el desafío, el capitán se había dado por satisfecho, dado que su contenido ya no amenazaba con peligro y muerte, al suponer que seguramente lo habría roto. La señora Gashly, por tanto, después de preparar el desayuno para el capitán a una hora tan inusualmente temprana, cruzó la calle, hasta la puerta de servicio de la casa del mayor. Con la cuartilla del desafío en la mano, se disponía a pedir prestada un poco de nuez moscada, y —ya de paso— obtuvo la sorprendente información de que el patrón de la señora Dominic (pues no pensaba llamarlo «señor» jamás) había salido apresuradamente hacia la estación aquella mañana muy temprano, con una bolsa de viaje Gladstone y un baúl de viaje, y, aunque el mayor había vuelto, el baúl no. Entonces, la señora Gashly sacó el desafío y, habiendo visto que la señorita Mapp salía a High Street a las diez y media, Dominic y Gashly fueron juntas a su casa, para ver si Withers podía proporcionar alguna información relevante, o, si no, para que les diera un poco de nuez moscada. Se tuvieron que conformar con la nuez moscada, pero —generosas ellas— compartieron la información del desafío con Withers, y esta, como tenía que ir a hacer un recado a casa de Diva, se lo contó a Janet, que sin mayores ceremonias subió al piso de arriba y se lo contó a su señora. Apenas Diva escuchó tan jugosa historia, se lanzó a la calle y recorrió de cabo a rabo High Street, y, con sustanciales añadidos, se lo contó a la señorita Mapp, a Evie, a Irene y al Padre, con la promesa en todos los casos de que guardarían el más estricto secreto.

Diez minutos después, Irene le había pedido al indefenso señor Hopkins, que se encontraba de nuevo vestido —o desvestido— de Adán, que le contara lo que sabía al respecto, y Evie, con su modo de andar ratonil, que parecía tan rápido y era tan lento, tuvo la desgracia y el sufrimiento de ver a la señorita Mapp en la distancia y comprobar cómo entraba en la casa de las Poppit, precisamente cuando ella estaba a punto de ir. Con toda la razón, imaginó que después del asunto del armario repleto de comida del cenador, no podía haber nada tan trascendente como ese «duelo» que pudiera evitar que se hablara de la espantosa conducta de aquella señora. Finalmente, a las once y diez, el mayor Flint y el capitán Puffin fueron avistados, por una o dos personas afortunadas (la mañana había clareado ya) caminando juntos en dirección al tranvía, y, sin excepción, todo el mundo estuvo convencido de que iban a batirse en duelo en algún lugar oculto entre las dunas de la costa.

La señorita Mapp había ido directa a casa después de visitar a las Poppit, aproximadamente a las once de la mañana, y se acomodó en la ventana desde la que podía vigilar las casas de los duelistas. En su ansiedad por adelantarse a Evie y ser la primera en contárselo a las Poppit, no había esperado a escuchar que los dos caballeros *habían regresado*, y solo sabía lo del desafío y que habían ido a la estación. Ella ya se había

formado una fantástica idea respecto a la historia del duelo (pasado o futuro), y, embriagada por la emoción, se había alejado del mundo y sus cuitas para pensar solo en ello, y, como ya se ha contado, vigilar desde su ventana las casas de los dos duelistas. En ese preciso momento, acertó a pasar por allí el Padre, caminando con ritmo vivo cuesta arriba, y apenas tuvo tiempo de echar la cortina y volver a la mesa, donde su delicado crisantemo estaba suplicando agua, cuando Withers anunció su presencia. El señor Barlett lucía un gesto ceñudo y preocupado, y olvidó por completo hablar en su habitual modo escocés o isabelino. Unas breves palabras dejaron claro que ambos sabían de qué hablaban y conocían los principales titulares.

—Terrible. Una situación terrible —dijo el Padre—. Batirse en duelo es una contravención directa de todos los principios cristianos, y, según creo, de la ley civil. Disparar una pistola, sobre todo cuando se es inexperto, puede producir deplorables consecuencias. Y el mayor Flint, según he oído, es un experimentado duelista. Y eso, naturalmente, puede producir incluso consecuencias más deplorables.

Fue en ese preciso momento cuando el mayor Flint salió de su casa y saludó alegremente a Puffin con su «¡Qui-hi!» habitual. La señorita Mapp y el Padre, inmersos en sus sangrientas elucubraciones, ni los vieron ni los oyeron. Los dos amigos bajaron juntos la calle y avanzaron por High Street, ignorando que todos sus gestos y sus actos estaban siendo más comentados que una epístola a los hebreos. En el cenador, la señorita Mapp suspiró, y miró con emoción su crisantemo.

—Absolutamente terrible —exclamó—. ¡Y en Tilling, nuestro pacífico y tranquilo pueblecito!

—Tal vez el duelo ya haya tenido lugar y... hayan fallado —supuso el Padre—. Vieron a ambos regresar a sus casas a primera hora de esta mañana.

—¿Quién los vio? —preguntó la señorita Mapp comida por los celos. Eso no lo sabía ella.

—Hopkins —dijo—. Hopkins los vio volver a los dos.

—Yo no confiaría mucho en ese hombre —dijo la señorita Mapp—. Puede que Hopkins no esté diciendo la verdad. No tengo muy buena opinión de su moralidad.

—¿Y eso por qué?

No era el momento de discutir la desnudez de Hopkins y la señorita Mapp dejó la cuestión a un lado:

—Eso ahora no importa, querido Padre —dijo—. Solo digo que ojalá el duelo ya se haya producido y no haya que lamentar desgracias. Pero el baúl del mayor Benjy... quiero decir, del mayor Flint, no ha vuelto a su casa. De eso estoy segura. ¿Y si lo han enviado a un lugar donde no se le conoce, lleno de pistolas y cosas?

—Es posible. Terrible, pero posible —sentenció el Padre—. Espero que Dios me ayude a ver las cosas claras. No dudaría en... bueno, en hacer todo lo necesario para inducirlos a abandonar su criminal proyecto. ¿Y cuál cree usted que es la razón y el origen de esta pendencia?

—No le podría decir, desde luego... —dijo la señorita Mapp, e inclinó dulcemente la cabeza hacia su crisantemo.

—Las damas, que vuelven locos a los hombres, son con frecuencia la causa de

pendencias y querellas —dijo el Padre, en un tono de cierta galantería—. Ya me he dado cuenta de que ambos parecen admirar mucho a la señorita Irene.

Al escuchar aquel nombre, la señorita Mapp levantó la cabeza como si hubieran pulsado un resorte, y habló con gran excitación.

—Ah, nuestra querida y pintoresca Irene, estoy segura de que no tiene nada que ver con esto —dijo, y estaba perfectamente en lo cierto—. ¡Nada en absoluto!

No había ningún error en aquellas sinceras apreciaciones, y el Padre, tillinguiense hasta la médula, imaginó que la señorita Mapp sabía qué (o quién) era la causa de todo aquel singular altercado. Cuando su interlocutora volvió a inclinar la cabeza melancólicamente hacia el crisantemo, y se ruborizaron claramente sus mejillas, el párroco entendió que no debía hacer más preguntas en ese sentido, por delicadeza.

—¿Qué va a hacer usted, querido Padre? —preguntó en voz baja, ahogada por la emoción—. Lo que usted decida, bien estará, y será sabio y cristiano. ¡Oh, hombres violentos! ¡Y tan niños a la vez!

El Padre se moría de curiosidad, pero como su educación le impedía plantear las cuestiones que chisporroteaban como un sorbete en su lengua, se limitó a exponer su plan:

—Creo que mi deber es ir directamente a hablar con el mayor —dijo—, que parece ser el principal responsable de este asunto. Y decirle que lo sé todo... y que me imagino el resto —añadió.

—Nada que yo le haya dicho... —Lanzó la señorita Mapp, con gran turbación— debe tener nada que ver con sus suposiciones. Prométame eso, Padre.

Aquella fructífera y sincera conversación se vio interrumpida por el ruido de dos pares de pisadas en el exterior, pero antes de que Withers tuviera tiempo de decir «Ha llegado la señora Plaistow», Diva ya había entrado violentamente en el cenador.

—Han cogido los dos el tranvía de las once y veinte —dijo, y se derrumbó en la butaca que tenía más a mano.

—¿Juntos? —preguntó la señorita Mapp, sintiendo una repentina punzada de frustración ante la idea de que el duelo de pistolas se hubiera transformado en un duelo a golpes con palos de golf.

—Sí, pero es un subterfugio —aseguró Diva entre jadeos—. Iban hablando y riendo juntos. ¡Un vulgar subterfugio! ¡Está claro que va a haber un duelo entre las dunas!

—Padre, tiene usted la obligación de detenerlos —dijo la señorita Mapp débilmente, a punto del desmayo.

—Pero si las pistolas están en el baúl... —dijo pensativo el Padre.

—¿Qué baúl? —gritó Diva, que no sabía nada del baúl.

—Querida, luego te lo cuento —dijo la señorita Mapp—. Eso era solo una suposición mía, Padre. Pero no hay tiempo que perder.

—Pero no hay tranvías, no puedo ir... —dijo el Padre—. A estas horas ya habrá salido.

—¡Un taxi, entonces! ¡Oh, no pierda tiempo!

—¿Va usted a venir conmigo? —le preguntó a la señorita Mapp en voz baja—. Su presencia...

—Será mejor que no... —dijo ella—. Podría... Mejor no —repitió.

El Padre bajó de un salto los escalones del cenador y desde el mirador se le vio corriendo calle abajo.

—¿Qué es eso del baúl? —quiso saber Diva, codiciosa y avarienta de noticias.

El Padre dio comienzo a sus obligaciones cristianas con fuertes prevenciones, y si el sentimiento de aventura no le hubiera provocado, probablemente habría regresado a su casa a seguir con la redacción de su sermón, que era una tarea igual de cristiana. Para empezar, debía hacer un excesivo y gravoso gasto para coger un taxi que lo llevara hasta los campos de golf, pero no había otro medio para llegar a tiempo de evitar un enfrentamiento que podría resultar fatal. En su favor, debe decirse que, aunque aquel era un cometido que se debía claramente a su posición como cabeza espiritual de Tilling, se negó a cargar la factura del alquiler del taxi a los Gastos Eclesiásticos (cuando esa idea se le pasó por la cabeza). Y mientras se dirigía a toda velocidad hacia los campos de golf por la llana carretera de las marismas, lo que principalmente alentaba su ánimo contrito y templaba su valor era la naturaleza romántica de su misión. Gracias a lo que la señorita Mapp había dejado de decir claramente, ya no tenía la menor duda de que *ella* era la causa y la razón del duelo que iba a intentar evitar, y, en cierta medida, eso apenas podía llamarse conjetura o suposición. Durante años, había sido materia de conversaciones constantes y confidenciales en Tilling si la señorita Mapp se acabaría casando con el mayor Flint o con el capitán Puffin, y cuándo; así que resultaba vano y superfluo buscar otra explicación al duelo. Era verdad que ella, en términos coloquiales, estaba en condiciones de ser «elegida», pero de igual manera lo estaban los dos representantes de las Fuerzas Armadas de Su Majestad, y cuanto antes dos de los tres se «eligieran» permanentemente y para siempre, mejor. Sin duda, se había producido una crisis causada por la pasión del amor... Tenía intención de contarle todo aquello a su esposa en cuanto regresara.

¡En cuanto regresara! Aquellas palabras no pronunciadas consiguieron amilanar su corazón. ¿Y si no regresaba nunca? Porque estaba a punto de enfrentarse a una situación de sumo peligro. Su plan era llegar hasta al club y, después de pagar el taxi, dirigirse a pie directamente al lateral de los campos, donde se formaban las dunas de arena. Allí había hondonadas muy propicias —lo sabía—, alejadas y solitarias, a lo largo de la costa y un poco por encima de la playa, excelentes para acoger a los duelistas. El Padre podría descubrirlos en el preciso instante en que se dispararan, y él se encontraría a cierta altura por encima de ellos, asomando la cabeza sin ninguna protección. Si llegaba a tiempo, tendría que separar a los contendientes, y quién sabe si, en su violenta y comprensible furia por ser interrumpidos, decidirían volver sus armas contra él primero, para luego matarse entre ellos. Un asesinato más, ¿qué importancia podría tener para aquellos dos hombres desesperados? Otras conmociones, menos mortales pero extraordinariamente desconcertantes, podían estar acechándolo. Puede que llegara demasiado tarde y asomara la cabeza por encima de una de aquellas dunas solo para descubrir un escenario lleno de sangre, cuando no dos cuerpos agujereados. O puede que solo hubiera un cuerpo

agujereado, y el otro, sin agujerear, decidiera perseguirlo a él por todas las dunas de arena y, al final, decidiera perdonarle la vida a cambio de su silencio. Reflexionó dolorosamente que esa sería una difícil decisión. Gracias a Dios, el capitán Puffin (si resultaba que era el superviviente) era bastante cojo.

Con el rostro demacrado y con angustiosas plegarias en sus labios, comenzó una búsqueda sistemática entre las dunas de arena. Con frecuencia se sentía desfallecer, y se hundía en las antojadizas laderas arenosas antes de atreverse a asomarse a algunas hondonadas por las que había escalado a duras penas. Sus oídos se estremecían ante la simple idea de poder escuchar el sonido de los disparos, y en una ocasión el estallido del tubo de escape de un coche pasando por la carretera cercana le hizo dar un brinco espantoso. Las dunas eran muy empinadas y de tanto en tanto se le llenaban los zapatos con tanta arena que se veía obligado a detenerse para vaciarlos. Se tropezaba en las huras de los conejos, se enganchaba los zapatos —y en una ocasión los pantalones— en los alambres espinosos (restos de las defensas costeras que se habían colocado allí durante la Gran Guerra), se trastabillaba con cubos y teteras abandonadas... Pero con un rigor que hacía justicia tanto a su agilidad física como a su espíritu cristiano, examinó una milla de peligrosas dunas de cabo a rabo, y miró en las hondonadas que creía más propicias para albergar un crimen. Dos horas después, harto y agotado, y sudando a chorros, llegó al final de su investigación infructuosa, junto a la casona del club de golf.

Allí, tambaleante, dio la vuelta a la esquina del club, y enseguida se vio frente al hoyo dieciocho, donde había dos individuos, y uno de ellos se disponía a ejecutar un *putt*. Falló. Solo entonces pudo resolver la identidad de aquellos jugadores: se trataba del capitán Puffin, que acababa de fallar el golpe definitivo; y el mayor Flint, que ahora hacía gestos de comprensiva euforia.

—Mala suerte, muchacho —dijo—. Bueno, hemos disfrutado de un partido estupendo y hemos empatado. Vaya, ahí está el Padre. ¿Dando un paseo, Padre? ¡Venga a jugar con nosotros esta tarde! ¡Déjese de sermones!

Aquel mismo delicioso paisaje de las marismas que podía verse desde el final de High Street, y que había sido testigo, no mucho tiempo atrás, del enfrentamiento decisivo en la Guerra de las Rosas y el subsiguiente armisticio^[24], resultó especialmente atractivo aquella mañana, sobre todo para aquellos que sabían —¿y quién no lo sabía?— que los contendientes habían partido en el tranvía de las once y veinte con la idea de matarse entre las dunas y que el intrépido Padre había salido corriendo a buscarlos en un taxi. El taxi había vuelto vacío, y el conductor, al parecer, no sabía nada de nada, así que lo único que podía hacer todo el mundo era posponer el almuerzo y esperar la llegada del siguiente tranvía, que se produciría a las 13.37. En consecuencia, todas las puertas de Tilling se abrieron al unísono, como las de los relojes de cuco, diez minutos antes de esa hora, y aquel agradable paseo se cubrió de aquellos que, con profunda emoción, afirmaban haber salido a admirar los colores del otoño.

Desde ese mismo lugar, podía verse perfectamente la llegada del tranvía por la llanura de la marisma; así como el pequeño apeadero al otro lado del río, que era el punto final de la línea. Cuando el pequeño trenecillo de dos vagones se aproximó al final de su trayecto, la expectación alcanzó tal intensidad que rozaba lo desagradable. Habían transcurrido un par de horas desde que los tres habían partido hacia las dunas de arena, igual que los pescadores que partían hacia el oeste y no volvían a personarse —si esta expresión puede aplicarse a este caso— hasta que sus cadáveres aparecían tendidos en las brillantes arenas de la playa. Y, según el razonamiento de la Conciencia Cósmica de Tilling, un par de horas era tiempo más que suficiente para que se llevara a cabo el duelo, si el Padre no había tenido tiempo para evitarlo, y para que hubiera podido evitarlo si había llegado a tiempo. Los atareadísimos habitantes de Tilling no habían tenido noticia de que se hubiera requerido asistencia médica, pero la razón podía ser perfectamente que, ¡ay!, los conocimientos de un médico ya no sirvieran de nada para uno de los combatientes, cuando no para los dos. Pero si ese era el caso, resultaba al menos agradable confiar en que el Padre hubiera llegado a tiempo para proporcionar consuelo espiritual a cualquiera cuyos primeros auxilios y la exploración médica fueran de todo punto inútiles para salvarle la vida.

Aquel tranvía que se aproximaba —y que ya había dejado de disparar vapor al otoñal cielo de Tilling— podía proporcionar tal variedad de desenlaces que pensar en ello resultaba absolutamente abrumador. Todas las posibilidades giraban en la mente de la señorita Mapp como uno de aquellos torbellinos de hojas otoñales que tanto le gustaban, e intentaba en vano hacerse con ellas y, cuando lograba apresarlas, se le escapaban de las manos. Cada una de las posibilidades, además, proporcionaba conclusiones distintas y posibles. Por ejemplo, y por orden (y extendió el pulgar para su enumeración):

- I. Si en el tranvía no llegaba nadie que tuviera la más mínima importancia, podía ser

porque:

No había ocurrido nada, y estaban todos jugando al golf.

Había sucedido lo peor, y, como el Padre se temía, los duelistas le habían disparado primero a él y luego se habían matado entre ellos.

Había ocurrido lo siguiente en gravedad, y el Padre estaba encargándose del levantamiento de los cadáveres de:

- (i) El mayor Benjy.
- (ii) El capitán Puffin.
- (iii) Ambos.

La señorita Mapp prescindió de su pulgar y se tocó la frente con suavidad.

II. El Padre podía llegar solo.

En este caso, todo o nada podía haberle ocurrido a uno o a los dos los contendientes, y las distintas contingencias pendientes de su llegada eran tan numerosas que no había ni tiempo de poder especificarlas.

III. El Padre podía llegar con dos figuras que cojeaban, y a quienes había ayudado.

Aquí no podía olvidarse que el capitán Puffin siempre cojeaba, y el mayor, de vez en cuando. La señorita Mapp no lo olvidó.

IV. El Padre podía llegar con alguien en camilla. La cuestión era: ¿quién?

V. El Padre podía llegar con dos camillas.

VI. Podían llegar tres camillas procedentes de las dunas al pueblo, donde las mujeres estaban llorando y retorciéndose las manos de temor e impaciencia.

En este caso, la señorita Mapp se proyectó a sí misma ocupada consolando y dando fuerzas a la pobre Evie, que ahora andaba correteando como un ratoncillo de grupo en grupo, recogiendo miguitas de la Conciencia Cósmica de Tilling.

La señorita Mapp había llegado hasta la opción sexta, aunque era consciente de que no había agotado todas las posibilidades, cuando el tren se detuvo. Sin dilación, sacó furtivamente de su bolsillo los binoculares de ópera —los había enfocado previamente— con los que había estado observando el aparcamiento de la estación ferroviaria un día que, de todos modos, había sido mucho menos emocionante que este. Tras echar un vistazo, volvió a guardarlos, sintiéndose humillada y frustrada consigo misma, porque los prismáticos le habían revelado, sin ninguna posibilidad de error, una solución que en absoluto había entrado en sus valoraciones. Había visto salir del tranvía a tres personas y ni una sola camilla. Es cierto que una de las tres figuras cojeaba, pero de una manera tan natural que renunció a extraer ninguna conclusión de aquel vacilante modo de andar. Los tres personajes avanzaron, codo con codo, por el puente sobre el río en dirección al

pueblo.

No tiene ningún sentido negar que la Conciencia Cósmica de las damas de Tilling había sufrido un desagradable anticlímax respecto a sus muchas esperanzas y temores. Naturalmente, habían confiado en que ocurriera lo mejor, pero nunca hubieran esperado que lo mejor pudiera ser tan burdo como lo que finalmente había ocurrido. Lo mejor, para decirlo con toda franqueza, habría sido un brazo en cabestrillo, o algo de ese tipo. Entre los más irredentos optimistas, aún se confiaba en la posibilidad de que algo de ese tipo hubiera ocurrido, o de que algo de ese tipo se hubiera evitado, y que todo el asunto no fuera —en la emotiva expresión popular del Padre, y que había corrido como la pólvora por todo Tilling— «un desastre». Puede que las pistolas se hubieran disparado sin causar ninguna tragedia, porque eso era lo que parecía. Pero no gustaba.

La señorita Mapp fue la primera en recobrase del duro golpe, y le cogió la mano gordezuela a su amiga Diva.

—Diva, cariño —le dijo—. Qué profundamente agradecida le estoy a Dios. ¡Qué final tan maravilloso y precioso para nuestras angustias!

Existía un cierto resentimiento subconsciente con respecto a la angustia. La angustia era, por así decirlo, un querido y adorado amante que se había marchado. Y Diva no parecía muy segura de que aquel final fuera tan precioso y maravilloso. La señorita Mapp pensó que, como el abuelo de Diva había sido carnicero, ella probablemente había heredado una cierta indiferencia ante las carnicerías que permanecería latente en su sangre corrompida.

—Bueno, todavía queda lo del baúl... —dijo con cierta esperanza Diva Plaistow—. Las pistolas en el baúl. Eso fue lo que dijiste, Elizabeth.

—Ya, ya, querida... —convino Elizabeth—, pero demos gracias a Dios por haberme equivocado completamente respecto al baúl. El mozo de la estación me dijo que lo había vuelto a llevar a casa del mayor Benjy hace media hora. ¡Imagínate que no lo supiéramos! Estoy segura de que es un hombre en el que podemos confiar, porque acude a la catequesis de confirmación del Padre. Si hubiera habido pistolas en el baúl, el mayor Benjy y el capitán Puffin se habrían ido también en el tren. Estoy muy feliz de que no haya sido así. El baúl se fue y ha vuelto. Y ya está, no hay más que decir sobre el baúl.

La señorita Mapp hizo una pausa, como tratando de asimilar las palabras que acababa de pronunciar.

—Pero... si no había pistolas y armas en el baúl, ¿qué había? —se apresuró a añadir, como si hubiera olvidado que estaba hablando con Diva—. ¿Por qué llenó el baúl el mayor Benjy y lo llevó a la estación esta mañana? ¿Y de dónde ha regresado? ¿Y por qué se fue?

De repente, se dio cuenta de que estaba hablando demasiado, y se apretó la frente con la mano.

—¿Es posible que todo eso haya ocurrido esta mañana? —dijo—. ¡Qué mañana tan ajetreada, querida! ¡Las encantadoras hojas del otoño! Volveré a casa, almorzaré y descansaré un rato. *Au reservoir*, Diva.

Los constantes *reservoirs* de la señorita Mapp estaban empezando a poner de los nervios a Diva, y cuando se detuvo a pensar en ello un momento, se le ocurrió una

grandísima idea, que al menos temporalmente apaciguó la decepción que le habían proporcionado los duelistas. Elizabeth, como todo el mundo sabía, había acumulado un gran reservorio de provisiones tras la falsa estantería de libros que tenía en el cenador del jardín. Y Diva decidió que, si podía imaginar una contestación adecuada, la próxima vez que Elizabeth le dijera *au reservoir*, ella procedería a hacer una alusión a las reservas de carne enlatada, lengua, harina, Bovril, albaricoques secos y leche condensada. Tendría que imaginar una respuesta punzante que pudiera «pincharla» la próxima vez que utilizara aquella vieja y pesadísima expresión sin sentido. La respuesta tendría que ser corta, rápida y espontánea, y por tanto había que meditarla mucho y con mucho tiento. Tendría que contener también la palabra «momentito». «Espera un momentito; ahora que hablas de *reservoir*, confío en que tus reservas del cenador no hayan estallado de nuevo, querida». Ese fue el primer boceto que se le ocurrió, pero no era lo suficientemente conciso y concentrado. «Tienes que *reservoir* un momentito para mí», mejor. Y mejor si hiciera mención del traje color maíz maduro... ¿No había una cosa que comían los americanos que llamaban palomitas de maíz? «¿Tienes palomitas de maíz en tu *reservoir*? Bueno, no importa: se pueden hacer en un momentito». Eso sí que sería una mala pasada.

Pero ahora era incapaz de pensar en todo aquello, y la visión del Padre y los duelistas cruzando los campos que había abajo, mientras ella aún permanecía en lo alto de la colina, le devolvió la mente a la cuestión del duelo. Se habría considerado demasiado entrometido, incluso en Tilling, plantear preguntas directamente a los contendientes, y (aun esperando lo mejor) preguntarles a bocajarro: «¿Quién ganó?» o algo por el estilo. Sin embargo, hasta que consiguiera algún tipo de información, las insoportables punzadas de la curiosidad que debía soportar solo podían compararse con un cierto dolor de muelas de la mente que ningún dentista podría aliviar, porque nadie podía arrancar la fuente del problema. Elizabeth ya había sucumbido —sinceramente— a esas punzadas de las suposiciones y la emoción, y se había ido a casa a descansar. Y en su ausencia, el hecho de que durante la siguiente hora, o las dos horas siguientes, Diva no pudiera imaginar nada que arrojara luz sobre toda aquella asombrosa situación —salvo por algún detalle extraordinario obtenido a través del teléfono— inflamó su mente hasta los límites más agudos del ingenio. Sabía que tenía menos talento que Elizabeth en lo que tocaba a las reconstrucciones imaginativas y, aquel momento, mientras su vecina estaba recobrando energías para nuevos asaltos a lo desconocido, era la oportunidad de Diva. La única persona que —se suponía— sabía más que nadie era el Padre, pero mientras estuviera con los duelistas era imposible preguntarle qué había ocurrido o preguntar a los duelistas quién había ganado. Mientras la señorita Mapp descansaba, ella tenía que conseguir hablar con el Padre, sin que los duelistas estuvieran presentes.

Igual que Atenea creció y salió del cerebro de Zeus, así el plan de Diva se forjó y creció en su mente. Incluso resistió la tentación de ir a contemplar los matices del otoño con el fin de ver el aspecto de aquel apasionante trío de caballeros pasar cerca de donde ella se encontraba (como forzosamente debía ocurrir). Se apresuró a ir a casa, pero antes se detuvo en la tienda de ultramarinos para comprar —pagándolo— un gran centollo ya preparado, una delicia de la que el Padre era un ferviente devoto y a la que jamás se había

resistido. Aunque resultó carísimo, había un tono triunfal en la voz de Diva cuando, a su llegada a casa, llamó a gritos a Janet y le pidió que pusiera otro cubierto en la mesa del almuerzo. Después, obligándose a permanecer tranquila, esperó tres minutos de reloj con el fin de darle tiempo al Padre a llegar a casa. Y entonces lo llamó por teléfono y le recordó que le había prometido comer con ella aquel día. No tenía ningún sentido pedirle que comiera con ella de un modo que pudiera rechazar: Diva empleó, sin remordimientos, su implacable *force majeure*.

En efecto, Diva se las arregló a las mil maravillas para fijar la cita con el padre. No sin encontrar cierta resistencia que, como buena vecina de Tilling, supo contrarrestar al instante. El párroco aseguró que ni siquiera recordaba haber sido invitado (lo cual no era sorprendente), y alegó que él y su mujercita ya habían empezado a comer. Ante semejante excusa, Diva desenfundó su arma definitiva, y le dijo que había encargado un centollo preparado con motivo de aquel almuerzo. Aquello acalló cualquier ulterior negativa, y el Padre acabó prometiendo que él y su mujercita se presentarían en casa de Diva en un periquete, y colgó. Diva no tenía un especial interés en ver a «la mujercita», pero había centollo suficiente para todos.

Un cuarto de hora después, cuando el Padre le proporcionó un informe completo de su infructuosa búsqueda entre las dunas de arena, Diva pensó que jamás había gastado cuatro chelines con mejor propósito. Resultaba verdaderamente impresionante la convicción del Padre de haber emprendido aquella aventura, increíblemente agotadora y peligrosa, alentado por algún Poder externo a él. A Diva ni siquiera se le ocurrió pensar que aquel Poder externo podía haber estado gastándole una fabulosa broma, obligándolo a hacer unos esfuerzos considerables con ningún propósito en absoluto. El Padre ya había llegado hasta ese punto en su propia casa, cuando la llamada de Diva interrumpió el almuerzo con su mujercita, y aunque la mujercita también estaba en ascuas por saber qué había ocurrido después, soportó la repetición de los primeros acontecimientos con gran paciencia, haciendo solo algunos ruidillos ratoniles de impaciencia que nadie pudo oír. Por su parte, el Padre se había olvidado de hablar escocés o inglés isabelino: la concentración de sus espectadoras en la historia era tan evidente que no precisaba aditamentos suplementarios para captar su atención.

—Y entonces di la vuelta a la esquina de la casona del club de golf... —relataba—, y allí estaban el capitán Puffin y el mayor, acabando su partido en el hoyo dieciocho.

—Entonces no ha habido duelo ni nada —intervino Diva, rebañando el cascarón del centollo.

—Estoy seguro de ello. No habría habido tiempo para que se batieran en duelo y luego disputaran un partido de golf, aparte de que es imposible ponerse a jugar al golf inmediatamente después de un duelo. No están los nervios para eso. Además, tuve el acierto de preguntarle a uno de los *caddies*. Al parecer, habían llegado directamente del tranvía al club de golf, y del club se habían marchado directamente al primer hoyo. No estuvieron solos en ningún momento.

—Qué desastre —exclamó Diva, preguntándose si aquello valía los cuatro chelines que se había gastado en el centollo: tan insulsa era la conclusión.

La señora Bartlett dejó escapar un breve chillido, que habitualmente indicaba que iba

a hablar.

—Pero no entiendo por qué no puede haber un duelo todavía, Kenneth —dijo—. Porque si no se han batido esta mañana... Un centollo excelente, querida Diva, has sido muy amable al invitarnos, digo que no hay ninguna razón por la que no pudieran batirse en duelo, por ejemplo, esta tarde. Oh, Dios mío, y carne de fiambre también, no me quería atiborrar pero... Una diría que ningún hombre se toma la molestia de escribir un desafío y todo eso, a menos que pretenda llevarlo a cabo.

El Padre levantó la mano. Presentía que, poco a poco, él se estaba convirtiendo en el héroe de todo el asunto. Desde luego, había estado espiándolos desde innumerables hondonadas tras las dunas, con vivos temores de que una bala le pasara rozando la oreja en cada ocasión. Sin duda, le correspondía un papel principal.

—Querida mía —dijo—, en todo este asunto no hay ni una palabra que pueda remitir a un crimen. Que en las últimas veinticuatro horas hubiera la intención de entablar un duelo, no lo niego. Pero desde luego ha ocurrido algo que ha evitado esa deplorable calamidad definitivamente. La paz y la reconciliación son el resultado, y nunca en mi vida he visto dos hombres tan amigos y tan sinceramente amigos.

Diva se levantó y rodeó la mesa para servirle más vino al Padre. Estaba feliz por haber concebido tan fabulosa idea mientras la querida Elizabeth todavía estaba descansando. Atribuyó el éxito al centollo.

—Todos hemos seguido una pista falsa —dijo—. La paz y la reconciliación ocurrieron antes de que partieran hacia el club de golf, sin duda. Todo ocurrió en la estación. Se encontraron en la estación, ya saben. Está demostrado que el mayor Flint estuvo allí. El mayor no iba a enviar el baúl solo, sin ir él. Y está demostrado que el capitán Puffin también estuvo allí, porque la nota que encontró su criada en la mesa antes de descubrir la nota de desafío del mayor, que estaba en la repisa de la chimenea, decía que había tenido que marcharse urgentemente y de improviso. No; ambos fueron a coger el primer tren con el fin de marcharse antes de que nadie pudiera detenerlos, y así poder matarse los dos. Pero... ¿por qué no se marcharon al final? ¿Qué ocurrió? Y no crean que el mozo de cuerda dijo que estaban furiosos. Estoy perpleja. Casi desearía que Elizabeth estuviera aquí. Es muy buena haciendo conjeturas y suposiciones.

La mirada del Padre brilló. Era la reacción derivada de los peligros matutinos, el centollo y el vino, cuya mezcla le proporcionaba vigor y valor. Y volvía a hablar al modo antiguo.

—Ea, lindos licores de vino tenemos, pardiez, mi querida dama Plaistow —dijo—. Y no diría yo que anda usted muy errada al sospechar que la dama Mapp podría tener alguna ligerísima intuición o algo que decir sobre todo el caso, o algo tenía en mente.

—Estaba equivocada respecto al baúl —dijo—. Me confesó que se había equivocado.

—¡Pardiez! No estaba pensando yo ahora en el dichoso baúl —dijo el Padre.

—¿Y qué es lo que sabe la señorita Mapp entonces?

No cabía la menor duda de que el Padre contaba de nuevo con toda la atención y concentración de las dos damas. Y, de nuevo, no existía la necesidad de hablar como en la Edad Media.

—Empecemos por el principio —dijo—. ¿Cuál podemos sospechar que es la razón

de la disputa?

—Cualquier cosa —dijo Diva—. El golf, las pieles de tigre, la huelga del carbón, el horario de verano...

El Padre negó con la cabeza.

—Le admito que sobre esos asuntos se pueden tener discusiones graves —dijo—. Aquí, en Tilling, ya lo sabe usted, discutimos mucho y vivamente sobre el horario de verano, pero nos reconciamos al domingo siguiente, cuando el tiempo real, el tiempo de Dios, como me aventuro a llamarlo en mi sermón, vuelve de nuevo.

Diva tuvo que morderse la lengua para evitar dar un portazo violento a aquella perorata. Después de todo, había invertido el dinero del centollo para conocer todos los detalles sobre el duelo, no lo del horario de verano.

—¿Y bien? —dijo.

—Nosotros, aquí en Tilling, podemos tener unas palabras más altas que otras sobre ese asunto —dijo el Padre, retumbando con voz engolada, como si estuviera ya en el púlpito—, pero ninguno de nosotros (espero) iría tan lejos como para coger el primer tren cargado de pistolas, en defensa de nuestras convicciones sobre el horario de verano. No, señora Plaistow, si está usted en lo cierto pensando que ambos llegaron al extremo de ir a coger el primer tren de la mañana (y desde luego hay que reconocer que se puede admitir ese punto de vista) con la idea poder batirse en duelo sin que nadie los molestara, debe usted buscar una razón más sólida que esa.

Diva se devanó, en vano, los sesos tratando de encontrar algo que levantara más pasiones que aquello. Si hubieran sido ella y la señorita Mapp quienes hubieran estado liadas en aquel embrollo, el acaparamiento ilegal y los vestidos podrían haber sido un motivo. Pero, tal y como estaban las cosas, nadie en su sano juicio podía ni siquiera sospechar que el capitán o el mayor fueran rivales por razones indumentarias, a menos que se hubieran peleado por ver cuál de los dos vestía la ropa más vieja y vulgar.

—Me rindo —dijo al fin—. ¿Por qué discutieron?

—¡Pasión! —exclamó el Padre, con aquellos tonos engolados y profundos con los que al domingo siguiente aludiría al tiempo de Dios y al horario de verano—. No me refiero a la ira, sino a la llama que exalta al hombre y lo eleva al cielo... ¡O hace exactamente todo lo contrario!

—Pero ¿por quién? —preguntó Diva, completamente desorientada. Jamás se le podría haber ocurrido nada semejante, pues, por lo que ella sabía, la pasión no existía en Tilling (excepto en el sentido de la furia temperamental). Tilling era un lugar muy respetable.

El Padre meditó su respuesta durante unos instantes.

—Creo no estar traicionando ninguna confidencia —di-jo—, porque nadie me ha hecho ninguna confidencia. Pero desde luego hay una dama en el pueblo, y no me estoy refiriendo a la señorita Irene, que hace mucho goza de la estima del mayor. No quiero yo decir que sea reprobable...

La mujercita del párroco dio un chillido mucho más alto de lo habitual.

—Se refiere a la pobre Elizabeth —dijo con una vocecilla chillona y temblorosa—. ¿Cómo puede ser eso, Kenneth?

Unos breves segundos antes, Diva no había encontrado ninguna razón por la que el Padre tuviera derecho a beberse él solo el resto de la botella de vino, y por eso se había servido un poco para ella misma. La declaración de Evie resultó estremecedora. Diva intentó tragar el vino que tenía en la boca, pero ya era demasiado tarde, y un instante después todas las aberturas de su rostro se convirtieron en fuentes de aquel delicioso brebaje. Tosió y regurgitó, hasta que la última gota de vino abandonó su tráquea —con la persuasión de los palmetazos en la espalda que le daban los otros—, e inmediatamente después se entregó a unas carcajadas de risa áspera y violenta, entre las cuales se intercalaban las risillas y gritillos de la mujercita del párroco. Nada, aunque alguien se esté riendo de ti, es tan contagioso como una risa prolongada, y el Padre no pudo evitar unirse al jolgorio. Cuando alguno de ellos conseguía recobrase, se producía una recaída por culpa del contagio de los otros dos, y solo cuando los tres estuvieron agotados y exhaustos, aquel triple volcán de risa volvió a la calma de nuevo.

—Imagínate —dijo Evie débilmente—. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea, Kenneth?

La voz del párroco voz temblaba de risa cuando contestó:

—Bueno, todos hemos estado un poco nerviosos esta mañana —dijo—. La idea... realmente, no sé por qué nos hemos estado riendo.

—Yo sí —dijo Diva—. Continúe. Sobre la idea...

Una diabólica inspiración femenina llameó en la mente de la mujercita del párroco.

—La misma Elizabeth lo sugirió... —chilló.

Naturalmente, Diva no pudo evitar recordar que se había encontrado a la señorita Mapp y al Padre en animada conversación, cuando aquella misma mañana había irrumpido en el cenador con la noticia de que los duelistas habían cogido el tranvía de las 11.20 para ir a jugar al golf. Nadie podía tener tan corta memoria como para olvidar *eso*. En aquel momento, le había perdonado a Elizabeth cualquier maldad del pasado. Puede que hubiera que reconsiderar eso más adelante, pero en aquel momento se le olvidó todo para concentrarse en los pormenores del duelo.

—¿Lo sugirió ella? —preguntó.

El Padre se comportó como un hombre, y mintió como Ananías^[25].

—¡De ninguna de las maneras!

El fiasco habría sido notable si las dos señoras se hubieran creído aquella firme aseveración. Diva se imaginó una deliciosa conversación con Elizabeth, en la que ella, de repente, le espetara la enloquecida proposición que el Padre había hecho respecto a la razón y causa del duelo, y vería qué cara ponía entonces. Simplemente, ver qué cara pondría entonces: eso era todo. La inseguridad y la culpabilidad la harían palidecer.

Aquella mañana, después de disfrutar de los colores otoñales, la señorita Mapp había estado tentada de pedirle a Diva que la acompañara en el almuerzo, pero recordó a tiempo que le había dicho a su cocinera que abriera una de las latas de carne que ningún genio humano podría volver a acomodar en el armario. Seguramente, Diva no dejaría de comentar algo desagradable y malicioso, y resaltaría lo buena que estaba al tiempo que se

alegraba de que no fuera enviada a los pobres del hospital. Y si no decía nada al respecto —cosa que la señorita Mapp dudaba—, su silencio mientras se atiborraba de carne habría sido aún más ácido y desagradable. Pero a la señorita Mapp le habría gustado, especialmente cuando se fue a descansar después en el gran sofá del cenador, tener a alguien con quien charlar, porque su mente hervía con hipótesis y conjeturas respecto a lo que había ocurrido, estaba ocurriendo y ocurriría. Sin duda, la conversación era el mejor método de simplificar un problema, de centrarlo en los límites de lo probable, mientras que estando sola con sus propias imaginaciones las más fantásticas le parecían posibles. En cualquier caso, le había hecho una gloriosa sugerencia al Padre: él era el único que se había planteado la causa del duelo, y había resultado notablemente satisfactorio observar la comprensión y el respeto con que había asumido dichas insinuaciones. Por su parte, ella había sido extraordinariamente discreta al respecto; ni siquiera de lejos había asegurado que el desafío hubiera tenido ninguna relación con ella ni por lo más remoto. Lo único que había hecho era ser muy enfática al advertir que el duelo no estaba relacionado en absoluto con la querida Irene, pobrecita. Y luego se había limitado a cuidar sus delicadas florecillas. Eso había sido suficiente, y estaba plenamente convencida de que el Padre había deducido lo que ella quería que dedujera.

Los buitres de las conjeturas dejaron de picotear el cerebro de la señorita Mapp durante unos instantes, pero pronto continuó tirando del hilo dorado. Aunque confiaba en que el Padre fuera a ser discreto, también confiaba en que se le escapara —un descuido comprensible en la intimidad de un matrimonio tan bien avenido como el de los Barlett— y se lo comentara a su querida mujercita Evie en el transcurso de la animada conversación que seguramente mantendrían durante el almuerzo. En ese momento, le diría, tenía buenas razones para sospechar cuál había sido la causa que había conducido a aquel brutal desafío. Dicho lo cual, Evie, sin ninguna duda, empezaría a importunarle pidiéndole información, con grititos y preguntas. Solo cuando lo tuviera bien macerado (como en los animales, los vegetales y los minerales) la rigidez del párroco se ablandaría y su esposa llegaría a la hipótesis correcta también. Puede que se mostrara incrédula, pero la idea se quedaría anclada allí, en su cerebro; mientras que si no era así y pensaba que aquellos días, tan emocionantes, no eran propios para escepticismos, difícilmente podría dejar de estar interesada y conmovida. Antes de que transcurriera mucho tiempo, Evie iría «un momentito» a ver a Diva (felizmente para ella, la señorita Mapp no era consciente de la celeridad con que se habían desarrollado los acontecimientos). O, quizás, Diva iría «un momentito» a verla a ella, y Evie, mostrando una discreción similar a la del Padre y a la de la propia señorita Mapp, no tardaría en posibilitar que la querida Diva llegara a la hipótesis correcta también. Después de eso, todo transcurriría a la perfección, porque la querida Diva —nuestra querida cotilla— indudablemente le diría a todo el mundo en Tilling, bajo promesas de secreto absoluto (para tener así el placer de contárselo ella misma a todo el mundo), lo que había deducido o sospechado. Así pues, al final, todo Tilling sabría lo que Elizabeth *no* le había contado al Padre; concretamente, que el duelo que se había celebrado (o que no se había celebrado) tenía su origen y razón de ser en ella. Y lo mejor de todo era que, aunque todo el mundo lo sabría, aún seguiría siendo un gran y maravilloso secreto, que descansaría de modo inviolable en el pecho de

cada cual, si todo se desarrollaba como ella tenía previsto. No le preocupaba en absoluto que nadie pudiera plantear preguntas directas sobre los duelistas, pues si durante años los duelos habían sido un asunto que nadie con la más mínima educación se había atrevido a mencionar intencionadamente en presencia del mayor Benjy, ¿cómo no iban a permanecer callados después de aquella crítica mañana? ¿Cómo no iban a considerarlo un tema tabú? Desde luego, eso le resultaba del todo ventajoso, pues los duelistas, si se les preguntaba directamente, podrían ofrecer una explicación diferente, y resultaría más que inconveniente que hubiera dos historias contradictorias circulando por Tilling. Pero, tal y como estaban las cosas, nada podía ser más agradable: bajo promesa de secreto, toda la población de Tilling lo sabría, e incluso aunque bajo promesa de secreto unos le contaran el secreto a otros, nadie saldría perjudicado.

Después de aquella excursión a los Campos Elíseos, la pobre señorita Mapp tuvo que volver a sus hipótesis de nuevo, y la hora de descanso que se había concedido a sí misma como heroína del duelo se convirtió en un período de extraordinaria actividad cerebral. Desconcertada como estaba, no pudo imaginar ninguna solución para el asunto del baúl y el paseo hasta la estación de trenes a primera hora de la mañana. Al final, optó por levantarse mucho antes de que se cumpliera la hora, porque advirtió que cuanto más pensaba, más insuperables eran las contradicciones que se le presentaban ante cualquier conclusión a la que se aferraba como un naufrago. Cada vez que decidía atacar aquel misterio, la guarnición se defendía y no se rendía, sino que seguía ondeando su bandera al viento, y sus conjeturas caían penosamente vencidas por las fuerzas de las razones más elementales. Pero como la angustia del suspense sería francamente insoportable, si no había material nuevo al que aferrarse, decidió no concentrarse más en él y relegarlo al congelador de seguridad de su subconsciente. Solo cuando se sintiera fresca y con fuerzas renovadas, podría sacarlo y examinarlo de nuevo. Todo el asunto del desafío, los paseos a la estación y el baúl, resultaba más desconcertante —y en un grado superlativo— que cualquier otro que recordara y con el que se hubiera topado en tantos años de indagaciones sobre las vidas ajenas; pero también era el asunto más sublime, majestuoso y elevado de todos, pues no guardaba ninguna relación con el acaparamiento ilegal de comida, ni con las visitas del Príncipe de Gales, ni con vestidos cosidos con amapolas, sino con la vida y la muerte y disparos mortales de armas de fuego. Y... bueno, ¿debería añadirse el amor a esta augusta lista? Desde luego, ella no tenía mayor interés en añadirlo, aunque Tilling podía hacer lo que más le apeteciera. Y en realidad, Tilling siempre lo hacía.

Se acercó al mirador desde el que siempre había organizado tantas, tan emocionantes y tan exitosas investigaciones sociales. Sin embargo, aquel día la visión resultaba tan insípida y poco sugerente como el mundo para Hamlet, aunque en aquel momento la señora Poppit estuviera bajando la calle y desapareciera en la esquina donde vivían el dentista y el señor Wyse. Con una sensación de cansancio, la señorita Mapp recordó que había visto a la criada limpiando las ventanas del señor Wyse el día anterior («Niños, queridos, ¿fue ayer?»^[26]), y se había fijado en el interés que ponía. De ello extrajo la ineludible conclusión de que probablemente se esperaba el regreso del señor Wyse a casa. Habitualmente, volvía a Tilling alrededor de mediados de octubre, y dejaba caer algunas

perlas sobre sus encantadoras y maravillosas visitas a Escocia y sobre su *villeggiatura* (así le gustaba llamarlo) con su hermana, la Contessa di Faraglione en Capri. Aquella Contessa Faraglione era prácticamente un personaje mítico para la señorita Mapp: desde luego, no aparecía en la versión medieval del «Quién es quién», que era el único manual disponible en materia de personajes nobles y familias nobiliarias. Y aunque la señorita Mapp no podría haber jurado que semejante familia no existía, no vio ninguna razón para suponer que efectivamente existiera. Desde luego, la *contessa* nunca había estado en Tilling, lo cual resultaba bastante extraño, ya que su hermano vivía allí, y no había nada salvo las alusiones del señor Wyse que certificaran su existencia.

Ahora bien, respecto a la señora Poppit: ¿había ido a visitar al señor Wyse o había ido al dentista? Tenía que ser una cosa o la otra. Aparte de ellos, en aquella calle no vivía nadie relevante, y al final solo se alejaba y se perdía en el campo, un lugar que no ofrecía nada emocionante al inquieto Tilling. La señora Poppit iba vestida de punta en blanco —o al menos eso había pretendido al elegir su indumentaria aquella mañana—, y nunca iba a dar un paseo por el campo de aquella guisa. Así que, definitivamente, iría a ver al señor Wyse o al dentista, porque era la clase de mujer a la que le gustaba presentarse elegante en la consulta del dentista, para que el hombre tuviera mucho cuidado de no hacerle daño a una dama de semejante importancia. Por otro lado, la señora Poppit lucía una estupenda dentadura —casi demasiado buena para ser de verdad— y en alguna ocasión se había interesado por quién vivía en aquella preciosa casita de la esquina, ¡como si quisiera convencer de que no sabía ni dónde vivía el dentista! Tal vez había averiguado, por medio de algún artificioso subterfugio, que el señor Wyse había regresado, y había ido a visitarlo y a contarle las primeras noticias sobre el duelo, y a hablar de Escocia, claro. Aunque era muy probable que ninguno de los dos hubiera estado jamás en Escocia y conspiraban para decir que sí habían estado en Escocia y en realidad se quedaban en unos pabellones de caza (o más probablemente en las casas de servicio) con el fin de impresionar a Tilling con su magnificencia.

La señorita Mapp se sentó junto al radiador, bajo su ventana, y empezó a elaborar una de sus acostumbradas elucubraciones. Por una parte, si el señor Wyse había regresado, lo había hecho bastante después de lo habitual. Por el otro, quería distraer su reconstructiva mente de las dos casas que tenía enfrente; la del mayor Benjy en un lado y la del capitán Puffin en el otro. Sin duda —o al menos la señorita Mapp no tenía ninguna duda—, en aquellas casas residía la clave que resolvería el gran misterio irresoluble, la conjetura con la que daría con la respuesta que dejaría deslumbrado a todo Tilling (y que se le ocurriría a ella). En cualquier caso, el señor Wyse serviría como un dulce opiáceo, porque la señorita Mapp nunca había perdido un cierto ácido interés en él. Aunque pasaba ocho meses al año en Tilling, poco más o menos, nunca había sido, en absoluto, *de* Tilling. No es que fuera por el pueblo haciendo gala de un aire de condescendencia y superioridad —la señorita Mapp estaba en lo cierto aquí—, pero conseguía que los demás lo consideraran investido con esos rasgos, lo cual venía a ser más o menos lo mismo: estaba investido. Tampoco sacaba nunca en la conversación el hecho de que su hermana fuera la *contessa* Faraglione, pero si la conversación trataba de hermanas, y se le preguntaba por ello, siempre acababa confesando su título nobiliario. El

mismo fenómeno acontecía cuando se mencionaba el inocente condado de Hampshire, porque resultaba que conocía muy bien aquellos parajes, dado que era pariente de los Wyse de Whitchurch. Una no podía afirmar que siempre estuviera hablando de ello, pero el hombre conseguía que los demás sí lo hicieran, y desde luego que lo hacían. Era absolutamente inmune a la sátira en esos puntos, porque cuando en cierta ocasión la señorita Mapp —solo porque la provocaron hasta la exasperación— le dijo que ella pertenecía a los Mapp de Maidstone, él se limitó a hacerle una leve reverencia inclinando la cabeza y añadió: «Una familia de rancio abolengo, según creo». A partir de entonces, cuando la conversación derivaba hacia las familias nobles, con frecuencia señalaba a la señorita Mapp y hablaba de «nosotros, los que pertenecemos a familias de rancio abolengo». De modo que la pobre señorita Mapp lamentó siempre haber sido satírica con él.

A pesar del descaro con el que aquel hombre se dirigía a Elizabeth, y por alguna razón que ella nunca llegaría a comprender, Tilling nunca dejaba de halagar y ensalzar al señor Wyse. No había reunión de té o de partida de *bridge* (durante la época en la que mantenía su residencia en el pueblo) a la que no fuera invitado. Los anfitriones siempre empezaban con él, enviándole una nota con la indicación «Espérese contestación», escrita en la esquina superior izquierda, porque él había dejado bien claro en numerosas ocasiones que no consideraba el teléfono como un instrumento digno, y que solo servía para cuestiones domésticas, y lo había instalado en la cocina, como habían hecho todos los Wyse de Whitchurch. Ese detalle, aparte de las anticuadas ideas del señor Wyse sobre la materia, hacían que fuera imposible ponerse en contacto telefónico con él. Generalmente, era la cocinera quien contestaba las llamadas, y lo hacía, la mayoría de las veces, regañando al carnicero, sin el menor respeto y sin tener en cuenta quién fuera el que estuviera al otro lado. Cuando se le hacía saber que la persona que llamaba no era el carnicero, nunca pedía disculpas, sino que decía, entre gruñidos, que llamaría al señor Figgis, el ayuda de cámara del señor Wyse. El señor Figgis siempre tardaba una eternidad en ir a coger el teléfono, y cuando lo hacía, resoplaba de hastío o farfullaba algo desagradable y decía: «Sí, sí... ¿quién es?», de un modo muy irritante. Después de que se le dieran las explicaciones oportunas, aceptaba de mala gana decírselo a su señor, que se tomaba también mucho tiempo en contestar; pero ni siquiera entonces el señor Wyse se ponía al teléfono y, por lo demás, habitualmente declinaba la invitación. En una ocasión, la ocurrente señorita Mapp intentó que fuera Withers quien llamara a casa del señor Wyse, pero aquello no surtió efecto, porque Withers y la cocinera del señor Wyse discutieron tan acaloradamente antes de llegar al tema que el señor Figgis tuvo que tranquilizar a la cocinera y Withers presentó una protesta formal ante la señorita Mapp. Esta, en resumen, era la razón por la que Tilling le enviaba notas al señor Wyse. Y respecto a las conversaciones por teléfono, que es para lo que sirven fundamentalmente los teléfonos, eso ni se planteaba siquiera.

La señorita Mapp recobró un poco el ánimo tras este punzante análisis sobre el señor Wyse, y el calor del radiador de su calefacción central, en aquel desconcertante día de tintes otoñales, le pareció muy reconfortante. Nadie podía decir que el señor Wyse no fuera puntilloso en cuestiones de etiqueta social, pues aunque rechazaba tres cuartas

partes de las invitaciones que recibía, invariablemente devolvía el cumplido con una nota autógrafa en la que decía que confiaba en poder tener el placer de contar con usted para el almuerzo del jueves siguiente, porque siempre daba un pequeño almuerzo los jueves. Estas invitaciones siempre estaban redactadas en términos Chesterfield^[27]: el señor Wyse siempre decía que tenía un amigo mutuo que hacía unos momentos le había informado de que usted se encontraba en Tilling, y que «le había animado a que confiara en que usted podría concederle el placer de su compañía», etcétera. Era un lenguaje deslumbrante; presentaba la imagen del señor Wyse regresando a toda prisa a casa, emocionado por el casual encuentro con un amigo, y presa de la angustia y la melancolía ante la sola idea de que usted no le pudiera conceder el placer de su presencia... Se «le animaba a que confiara». Por si fuera poco, aquellas educadísimas expresiones estaban trazadas con una elegante y limpia caligrafía en un papel que, cuando acababa de regresar directamente de Italia, a menudo ostentaba una corona nobiliaria en la parte superior, con la leyenda «Villa Faraglione, Capri», arriba a mano derecha, y «Amelia», el nombre de su supuesta hermana, en cursivas doradas a la izquierda, ligeramente borrado (como si alguien, como por descuido, se hubiera afanado en rasparlo con una finísima cuchilla). Por supuesto, tenía todo el derecho a birlar unas cuantas hojas, pero eso arrojaba una luz poco halagüeña sobre la idea de que pertenecía a una gran familia.

El año anterior, precisamente, en un ataque de ira —porque el señor Wyse había rechazado seis invitaciones con la excusa de otros compromisos—, la señorita Mapp había encabezado un movimiento ciudadano con el fin de que Tilling no aceptara ninguna de las invitaciones del señor Wyse a menos que él aceptara las de los demás. Esta iniciativa había contado en un principio con la simpatía teórica de todo el pueblo; los Bartlett, Diva, Irene y las Poppit se habían mostrado de acuerdo y habían dicho —un tanto a regañadientes— que efectivamente hacer algo así estaría muy bien. Sin embargo, precisamente el jueves siguiente todos ellos, incluida la cabecilla, se encontraron a la puerta de la casa del señor Wyse para almorzar, y el movimiento ciudadano contra el señor Wyse se derrumbó para siempre en ese momento. Aunque todos protestaron y se rebelaron contra el abandono de aquella estrategia, lo cierto y desagradable siguió siendo que todo el mundo disfrutaba del brillante resplandor del señor Wyse siempre que este estaba dispuesto a derramarlo sobre ellos. Por mucho que desconfiaran de la información que el señor Wyse les ofrecía, les encantaba oír historias sobre la Villa Faraglione, y vestir sus más ostentosas indumentarias para acudir a sus almuerzos. Por otra parte, también suponía un gran reclamo la calidad del almuerzo en sí: a menudo servían caviar, y era imposible (aunque cuando se preguntaba si venía de Twemlow cualquiera pudiera temerse lo peor) no sentirse ligeramente emocionado al saber, cuando el señor Wyse le trasladaba la pregunta a Figgis, que el caviar había llegado de Odessa aquella misma mañana. La pata de corzo procedía de Perthshire; el vino, un tema sobre el que el mayor no podía quedarse callado, y que con frecuencia lo convertía en un hombre demasiado hablador, era de «los viñedos de mi cuñado». Y el señor Wyse lo degustaba con el aire de un verdadero *connoisseur*, y decía: «No es tan bueno como el del año pasado. Tengo que decírselo a la condes... quiero decir, a mi hermana».

Por otra parte, cuando el señor Wyse tenía a bien honrar con su presencia un té o

una velada con partida de cartas, Tilling se moría de vergüenza. La explicación estaba clara: la conducta de los vecinos en presencia de aquel caballero era totalmente diferente de la que habitualmente exhibían cuando él no estaba. La casualidad quería que, precisamente en la mesa del señor Wyse, nunca se produjera ningún alboroto. Ni su compañero ni sus contrincantes sentían la más mínima necesidad de dar un golpetazo en la mesa, levantar el tono de voz o lanzar sus naipes con el ímpetu de una burda insinuación de trampas. Además, las trifulcas que se organizaban en otras mesas se desarrollaban entre murmullos y susurros, para que el señor Wyse no pudiera oírlas. Diva nunca regateaba ni discutía sus ganancias o pérdidas cuando él estaba presente, el Padre nunca hablaba en aquella lengua medio escocesa o medio isabelina. Evie nunca lanzaba grititos como un ratón, ni tenían lugar recriminaciones ácidas o violentos sarcasmos entre los compañeros de partida, y si daba la casualidad de que se producía algún leve desencuentro sobre las normas, la decisión del señor Wyse, aunque no era mejor jugador que ninguno de los demás, era aceptaba sin rechistar. En los descansos, Diva no se llenaba la boca y las manos con pastas de turrón de chocolate; no había codazos ni carreras ni empujones, sino que las damas pasaban delante de los caballeros, que luego se servían con afectación. Y, sin embargo, el señor Wyse en ningún momento se impuso, ni los obligó a conducirse con educación sugiriendo la cortesía y los gentiles modales de los italianos; era Tilling la que por sí misma decidía comportarse de aquella manera tan rara en su presencia. A veces, y momentáneamente, Diva se olvidaba de la presencia del señor Wyse, y le soltaba algún impropio a su compañero de mesa, pero el compañero le contestaba en los términos más apropiados, y el discurso de Diva recobraba su habitual delicadeza. En realidad, si el señor Wyse acudía a dos o tres veladas seguidas, casi resultaba un alivio no encontrárselo en la siguiente, porque así todos podían volver a respirar tranquilamente, en una atmósfera menos enrarecida. Pero fuera o no a una de aquellas reuniones festivas, él siempre devolvía la invitación para el almuerzo de los jueves, y por tanto los círculos más notables de Tilling se encontraban todas las semanas en su casa.

La señorita Mapp concluyó aquella breve retrospectiva y decidió, una vez que creyó probado y demostrado que el señor Wyse había regresado al pueblo, invitarlo a tomar el té el martes. Eso significaría almorzar con él el jueves, y sería innecesario invitar a nadie más, a no ser que el señor Wyse aceptara. Si declinaba la invitación, no habría merienda ni té. Pero después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, la señorita Mapp no tenía mucho interés en aquellos planes y recuerdos, y su mirada se volvió indefectiblemente hacia la silueta de la casa del mayor Benjy.

—El baúl, el baúl... —repetía en un murmullo que guardaba un extraño parecido con los mantras que recitaba el gurú.

No; debía apartar su mente de ese asunto. Saldría a dar un paseo, y no por High Street, sino por las llanas marismas, lejos del tumulto y la pasión (en el sentido en que lo utilizaba el Padre) y las trifulcas (en su sentido propio). Un lugar donde pudiera mitigar la fiebre de su curiosidad y de su alma con la contemplación de las gaviotas y las blancas mariposas (si es que no habían perecido por la helada de la noche anterior), y los colores otoñales, inexistentes de todos modos en las marismas, pues por allí no había árboles.

Casualmente, el camino más corto para salir del pueblo era la calle en la que se encontraba la casa del señor Wyse. Quizá por eso, antes de salir del jardín practicó distintas muecas y aspavientos en el espejo que había frente a la puerta. Logrados o no, con aquellos gestos pretendía expresar de un modo muy convincente —si es que se encontraba con alguien que hubiera llegado a saber cuál había sido la causa del desafío— la desconcertada emoción que suponía ser la razón de un suceso tan indeseable como un duelo. Debía mostrar un asombro melancólico, debía expresar un cierto orgullo, debía sugerir los recuerdos de una emoción romántica, y debía dejar bien clara una ansiedad profundamente femenina. El gesto con la cabeza indicaría el orgullo; los ojos muy abiertos, el asombro melancólico; el amor y la profunda ansiedad femenina se esconderían en su trémula sonrisa; y un violentísimo rubor de las mejillas indicaría el nerviosismo y la timidez. En contestación a cualquier pregunta impertinente, si es que alguien se la planteaba, tenía pensado dar la callada por respuesta, como si no hubiera entendido lo que le decían. Así pertrechada, se lanzó a la calle.

Resultó bastante frustrante no encontrarse con nadie, pero cuando pasó frente al mirador del señor Wyse se ajustó el crisantemo que llevaba en la solapa y consiguió una perfecta panorámica de la silueta del señor Wyse y de la cabezota de la señora Poppit de espaldas. Parecían enfrascados en una sustanciosa conversación, y la señorita Mapp dedujo que aquella pesadísima mujer —si existiera un grado superior al superlativo, sería aplicable a este caso— estaba proporcionando un informe incompleto de lo que había ocurrido aquella mañana.

Tras su terapéutico paseo, la señorita Mapp regresó tarde a casa para tomar el té. Estaba pidiéndole disculpas a Withers por causarle tantas incomodidades cuando vio una nota sobre la mesa del vestíbulo. Una corona nobiliaria en la parte posterior adornaba el sobre, y la dirección tenía aquella caligrafía fina y puntillosa que clarísimamente delataba a su autor. Villa Faraglioni, Capri, una corona nobiliaria y el nombre de Amelia ocupando la parte superior de la hoja. La señorita Mapp leyó:

Querida señorita Mapp:

Es un inmenso placer encontrarme de nuevo en nuestro pequeño pueblecito de Tilling, y nuestra común amiga, la señora Poppit, MIB, me ha comunicado que se encuentra usted en su residencia, y me ha animado a confiar en que pueda convencerla a usted de que tenga a bien *déjeuner*^[28] conmigo el jueves, a la una del mediodía. Puedo asegurarle, con toda la gentileza posible, que no se encontrará aquí a nadie cuya presencia pueda causarle el más ligerísimo embarazo.

Le ruego excuse la premura de tiempo con que le envío esta nota. Figgis esperará la respuesta si se encuentra usted en casa.

Sincerísimamente suyo,
Algernon Wyse

Si Withers no hubiera estado en casa, pues podría haber malinterpretado la acción, la señorita Mapp habría besado la carta. No pudiéndolo hacer, le perdonó a la señora Poppit el descaro de ser Miembro del Imperio Británico.

—Ay, qué mujer... —dijo en un suspiro—. Lo ha oído, y se lo ha contado. Por supuesto, ya no necesitaba invitar al señor Wyse a tomar el té.

Las blancas heladas que se sucedieron durante tres días seguidos y el terrible ennegrecimiento de las dalias, cuya reputación se había evaporado por la mañana^[29], probablemente habrían convencido a las damas de Tilling de que era el momento de poner la ropa de verano en alcanfor y sacar la ropa de invierno al patio para que se aireara, incluso si el Padre no hubiera pronunciado aquel notable sermón el domingo sobre el horario de verano y el Tiempo de Dios. Era muy llamativo que, ese día, la señorita Mapp se olvidara por completo de tomar nota de los errores gramaticales del Padre y escuchara embelesada el discurso.

El sermón rezaba: «Él hizo el verano y el invierno...», y después de repetir aquellas palabras de un modo muy emocionante, para que no cupiera la menor duda del origen de las estaciones, el Padre cambió de asunto radicalmente. Pasó, digamos, a las desgraciadas divisiones que existían en las comunidades cristianas. Aquello no distrajo a la avispada señorita Mapp, que entendió claramente lo que estaba tratando de ocultar el Padre con sus artimañas oratorias. Lo sabía...

Desde que se había impuesto hacía algunos años el horario de verano, por esas fechas se producía una de las crónicas disensiones en Tilling. La señorita Mapp, Diva y el Padre se negaban en redondo a reconocer y aceptar el horario de verano, excepto cuando tenían que coger el tren o el tranvía —en cuyo caso los principios se desmoronaban—, o de lo contrario nunca habrían podido ir a ninguna parte. (La señorita Mapp, con un halo de martirio rodeándole la cabeza, había llegado una vez a una fiesta estival una hora tarde, con el fin de convertirse en Testigo de la Verdad, y, en consecuencia, no tuvo más remedio que tomar los posos del té y las últimas fresas pochadas que quedaban). El mayor Flint y el capitán Puffin tomaban el tranvía tan a menudo que habían caído en la degradante costumbre de dislocar sus relojes y sus carillones el primero de mayo, y los volvían a cambiar también en otoño, cuando se veían forzados a mantener la uniformidad con la gente vulgar. Irene era muy frívola en este tema, y se limitaba a decir que cualquier tiempo pasado fue mejor. Las Poppit aceptaban la convención general, y la señora Poppit, al señalar la hora de una fiesta a la que estaban invitados los empedernidos, escribía «a las 16.30 (sus 15.30)». El rey, al fin y al cabo, la había invitado a Palacio y la había condecorado a una hora concreta del horario de verano. Lo que el Rey consideraba bueno, la señora Poppit lo consideraba buenísimo.

Desde luego, el sermón de aquel domingo fue absolutamente intransigente. Había verano e invierno, porque así lo había ordenado Dios, pero en las Escrituras nada se decía del horario de verano y del horario de invierno. Solo había un Tiempo, y aunque la Vida solo tiznara brevemente el blanco resplandor de la Eternidad^[30], como justamente señaló el avisado poeta —y, ay, también infiel—, igual lo hacía con el Tiempo. Pero efímero como era el Tiempo, de la Biblia claramente se deducía que el mediodía tenía que ser a las doce en punto, y no a la una en punto: y mediodía significaba «medio-día», y no

remitía a una media tarde de calor asfixiante. La hora sexta, del mismo modo, era el modo romano de decir las doce. El horario de invierno, en fin, era el horario de Dios, y aunque no había nada de malo en adoptar costumbres novedosas (por supuesto), sin embargo, los sencillos, los inocentes debían aferrarse a aquella sagrada tradición que habían recibido de sus padres y de sus abuelos en las rodillas de sus madres. El sermón continuó con un elocuente pasaje que recapituló los párrafos iniciales sobre las desgraciadas divisiones entre los cristianos, y añadió varias frases, entrando en consideraciones sobre los extremos a los que podían llegar tales disensiones, lo cual se podía aplicar —qué casualidad— a los duelos con armas de fuego. Luego el Padre volvió a recapitular la recapitulación, por si alguno no lo había entendido, y la coda, el colofón en sí, en pleno mediodía de sol invernal, estuvo lleno de gozo ante la reconciliación de aquellas desgraciadas disensiones. Y entonces... La lluvia que tintineaba contra las ventanas puso música a la Doxología.

La doctrina conjugaba tan bien con sus propias ideas que la señorita Mapp dio un chelín en el ofertorio, en vez de sus habituales seis peniques, destinados al organista y a los fondos del coro. El Padre, es cierto, había cambiado la hora de los servicios religiosos para ajustarse a la herejía de la mayoría, y aquello por un momento hizo que su mano dudara. Pero después de aquel convincente sermón, la esperanza de que el año siguiente los servicios matutinos se celebraran a la hora falsamente llamada «doce» la empujaron a no retirar aquella generosa contribución.

Las heladas, las dalias muertas y los sermones resultaron abrumadoramente convincentes en conjunto, y cuando la señorita Mapp salió el lunes por la mañana a hacer la compra, llevaba ya su traje de chaqueta de *tweed* y una larga bufanda de lana rodeaba su cuello con el fin de marcar el fin del verano. La señora Poppit, sola en su asquerosa ostentación, al parecer había pensado, dos días antes, que ya hacía suficiente frío como para sacar las pieles, y presentaba un aspecto verdaderamente ridículo con su enorme abrigo de martas cibelinas, bajo cuyo peso apenas conseguía desenvolverse y andar, y permanecía clavada en un mismo sitio cuando salía de su Rolls Royce. A los demás, el caminar aprisa y las grandes bufandas de lana les bastaba para escapar del frío y, a la vez, les permitía moverse. Aquella mañana, High Street estaba deslumbrante con el rápido movimiento de los brillantes colores de las chalinas. Un numeroso grupo de bufandas se había congregado en la esquina, donde la calle de la señorita Mapp desembocaba en High Street. Allí, una inmensa tela naranja ribeteada en rosa cubría el cuello de Irene (probablemente hacía demasiado frío para el señor Hopkins aquella mañana); la sufragista lucía —o deslucía— más pintoresca que nunca con sus pantalones de pana y sus calcetines malva. Diva, embutida en una combinación tan asombrosa de rojos y azules de Cambridge, estaba allí para recordarle a la señorita Mapp cuántas cosas hay en el mundo más importantes que un pedazo de tela roja. También estaba allí Evie, vestida de un provocativo color verde con bordes púrpuras; el Padre llevaba un jersey de punto color magenta, y la señora Poppit su gran abrigo de martas cibelinas. Todos estaban hablando a la vez, muy animadamente, cuando vieron llegar de repente a la señorita Mapp, y, aunque la conversación pareció diluirse mientras se acercaba, todos ellos le mostraron, tras sus bufandas, unas amplias y agradables sonrisas. La señorita

Mapp les correspondió con la suya, tan buena como la de todos los demás.

—Buenos días a todos, queridos —los saludó—. ¡Qué guapos estáis, igual que un parterre de flores! ¡Qué colores tan bonitos! Mis pobres dalias han muerto todas.

La pintoresca Irene profirió una risa ácida y, balanceando su cesta de la compra, se alejó rápidamente. A veces hacía cosas bruscas de ese tipo. La señorita Mapp se volvió hacia el Padre.

—Querido Padre, ¡qué sermón tan encantador el de ayer! —dijo—. ¡Me alegro mucho de haberle oído! ¡Una advertencia muy propia contra toda clase de divisiones!

El Padre tuvo que recomponer el rostro antes de responder a todos aquellos cumplidos:

—Es un halago, bella dama —contestó finalmente— que mi modesto discurso fuera de su agrado. Vamos, querida mujercita, tenemos que marcharnos ya.

En cuestión de unos segundos otoñales, todo el grupo, con excepción de la señora Poppit, se dispersó. La mujercita del párroco dejó escapar un gritillo bastante alto, como si quisiera decir algo, pero su marido tiró firmemente de ella, mientras Diva, moviendo sus piececillos a toda velocidad, salió disparada como una flecha hacia High Street.

—¡Qué mañana tan encantadora! —le dijo la señorita Mapp a la señora Poppit, cuando ya no quedó allí nadie más con quien hablar—. Y todo el mundo parece tan contento y feliz, y todos tan apresurados, ocupados como abejas, a hacer sus pequeños recaditos... Sí.

Dicho esto, la señora Poppit comenzó a alejarse lentamente, con el premioso movimiento de tortuga al que le obligaba su abrigo de pieles. A la señorita Mapp no se le escapó que ella también había intentado formar parte de la desbandada general del grupo, pero le había resultado imposible separarse tan rápido como los demás por culpa del abrigo.

—¡Qué abrigo de pieles tan bonito! —exclamó la señorita Mapp en un tono lamentablemente adulador—. ¡Menudas pieles tan... grandes! ¿Y qué hay de nuevo por aquí esta mañana? ¿Algún pajarito ha estado susurrando algo?

—Nada —dijo la señorita Poppit con firmeza, y como ya tenía suficiente hueco como para maniobrar, comenzó a subir la calle por la que la señorita Mapp acababa de bajar, dejándola completamente sola con su cesta de la compra y su bufanda.

Con su infalible capacidad de adivinación —fruto natural de muchos años de incesantes conjeturas y suposiciones—, la señorita Mapp pronto sospechó lo peor. Toda aquella animada conversación que su presencia había interrumpido, todas aquellas sonrisas que su presencia había evitado ser más amplias e hilarantes, desde luego, tenían que ver con *ella*. Por supuesto, no podían estar hablando todavía del estallido del armario lleno de vituallas del cenador, porque el duelo entre el capitán y el mayor había silenciado completamente los ecos de aquel asunto. Alguien había estado cotilleando (¡ah, cómo odiaba los cotilleos!); alguien había puesto voz a lo que ella había estado evitando decir con tanto cuidado. Hasta ese momento, hasta el momento en que había visto que un grupo de amigos se dispersaba rápidamente entre risas y bufandas, la señorita Mapp había albergado la esperanza de que alguien hubiera comentado el hecho, y que todo el mundo (bajo promesa de secreto) conociera la indisputable soberanía de su posición, el

sobrecogedor y emocionante papel que las violentas pasiones de los hombres le habían destinado. Ni siquiera ella se había creído que aquella invención fuera cierta. No lo creía cuando aquel arrebatado de coquetería se había apoderado de ella y había decidido inclinarse sobre sus dulces crisantemos; pero la respetuosa recepción del Padre le había sugerido la esperanza de que todo el mundo pudiera creer aquella sugerencia. Sin embargo, el tipo de sonrisas que engalanaban los otoñales rostros de sus queridos amigos no parecían poder dar pábulo a semejante esperanza. Había sonrisas y sonrisas, sonrisas respetuosas, sonrisas compasivas, envidiosas, admirativas, pero también había sonrisas de mofa y de burlesca incredulidad. Llegó a la conclusión de que tenía que enfrentarse con las sonrisas de esta última sucia categoría.

«Tengo que hacer algo», pensó la señorita Mapp, mientras permanecía absolutamente sola en High Street y mientras la señora Poppit subía trabajosamente la empinada calle y Diva ya era solo un punto rojizo en la distancia.

Solo faltaba saber qué tenía que hacer. El enfado con el querido Padre por haber sugerido precisamente lo que ella quería dar a entender, lo que había pretendido y planeado que él sugiriera, era quizá la emoción que pugnaba más fuerte en su interior; la ira para con todos los demás por no creer en absoluto lo que ella tampoco se creía también era notable.

—¿Qué voy a hacer? —se dijo la señorita Mapp en voz alta, y tuvo que explicarle al señor Hopkins, que en esta ocasión llevaba toda la ropa puesta, que no estaba hablando con él.

Entonces, a lo lejos, vio de nuevo el abrigo de martas cibelinas de la señora Poppit, que se alejaba calle arriba y que apenas había avanzado desde el momento en que aquel relámpago intuitivo la había deslumbrado. Aún tambaleándose por la conmoción, recordó que, casi con total seguridad, la señora Poppit era la causante de que el señor Wyse le hubiera enviado aquella exquisita nota para que fuera a almorzar el jueves. Sin duda, taponar todas las fuentes de habladurías de Tilling que estaban derramando tantas risas y cotilleos a su costa requeriría un esfuerzo hercúleo, pero algo había que hacer antes de que pudiera tomar una decisión final. Una pequeña carrerilla fue suficiente para alcanzar las pieles cibelinas.

—Mi querida señora Poppit... —le dijo—, si va usted en dirección a mi casa, ¿querría prestarme su atención un par de minutos? Y... oh, qué tonta, olvidarme justo ahora... ¿Quiere venir el miércoles después de cenar para una partidita? Ahora que los días comienzan a acortarse; una quiere aprovechar las horas de luz todo lo posible, y creo que es hora de dar comienzo a nuestras agradables veladas de otoño.

Aquello era un soborno, y la señora Poppit lo aceptó de inmediato. Como consecuencia, dos minutos después estaba en el cenador y había dejado el abrigo de martas cibelinas en el sofá. «Se ha tambaleado el cenador con su peso», se dijo la señorita Mapp mientras maquinaba un plan en su mente.

Allí, la anfitriona se quedó mirando por la ventana durante unos instantes, retorciéndose por dentro, por la humillación que iba a suponer pedirle un favor a la representante de la Orden del Imperio Británico. Trató de recordar el nombre de pila de la señora Poppit —definitivamente no era Marta, aunque no le hubiera ido nada mal—,

y estaba incluso dispuesta a utilizarlo, pero no pudo dar con él y así evitó coronar su humillación con el colmo de la ignominia.

—Ha ocurrido algo muy desagradable —comenzó la señorita Mapp, aunque las palabras parecían formar burbujas en sus labios—. Y usted, mi querida señora Poppit, como mujer de mundo, podría aconsejarme y decirme qué podría hacer. El hecho es que de un modo u otro, no sé por qué, la gente está diciendo que el duelo de la semana pasada, que por cierto se pudo evitar felizmente, tuvo algo que ver conmigo. ¡Pobrecita de mí! ¡Qué absurdo! Pero ya sabe cómo son los cotilleos en nuestro querido Tilling.

La señora Poppit se volvió hacia ella con un rostro abatido y decepcionado.

—Ah, ¿entonces no? —dijo—. Vaya, ahora que todo el mundo se estaba riendo por eso —«Así que yo estaba en lo cierto», pensó la señorita Mapp. «Y qué mujer, ¡qué poco tacto...!»—. Yo lo di por cierto y se lo dije al señor Wyse.

La señorita Mapp maldijo aquella sinceridad, pero pudo obviar eso también, y no perder a aquella extraña partidaria (¡y Dios sabe lo extraña que era!).

—Estoy en una situación muy delicada —añadió la atribulada Mapp—. Creo que debería dar a entender que no hay ninguna verdad en absoluto, por mucha verdad que pueda haber. Y creo que nuestro querido señor Wyse cree... De hecho, yo sé que debe haberlo creído, porque me escribió... Oh, qué nota tan delicada y comprensiva. Él, en cualquier caso, no ha hecho alusión a todo lo que se está diciendo y propalando.

En aquel momento, la señorita Mapp se dio cuenta de que estaba queriendo decir precisamente lo contrario de lo que decía. El querido señor Wyse efectivamente *sí* se había dado cuenta y *sí* había hecho alusión, muy respetuosamente, a todo lo que se estaba diciendo y propalando, ¡Dios bendito! Pero bastó una mirada de reojo al rostro abotargado y curioso de la señora Poppit para saber que la discrepancia oral ni siquiera había sido captada, y que el lujurante sabor del romance amoroso ahogaba la percepción de cualquier otra cosa. Sacó un pañuelo y se cubrió los ojos en un momento dado, frotándoselos con un leve movimiento, que la señora Poppit no notó, aunque a Diva no se le habría escapado.

—Mis labios están sellados —añadió, abriendo mucho los ojos—. No puedo decir nada, excepto que quiero que ese rumor se detenga. Me atrevo a decir que aquellos que lo propalaron pensaban que era verdad, pero, verdadero o falso, yo no debo decir nada. Yo siempre he llevado una vida tranquila, aquí en mi casita, con mis dulces florecillas por única compañía, y si hay alguna cosa que verdaderamente me disgusta, más que cualquier otra cosa del mundo, es que mis asuntos privados puedan ser pasto del cotilleo público. A nadie he hecho daño, y quiero bien a todo el mundo, y nada... nada me induciría a abrir la boca sobre este asunto. No lo haré... —gritó la señorita Mapp—, no diré ni una sola palabra para defenderme o justificarme. La verdad prevalecerá. Lo dice la Biblia.

La señora Poppit estaba interesadísima en lo que estaba diciendo como para preocuparse de dónde venían escritas aquellas palabras.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Negarlo, querida; negar el rumor. Negar que yo haya tenido algo que ver con los terribles acontecimientos que pudieron ocurrir la semana pasada. Puedes decir, con mi autorización, que eso es así. Tiemblo al pensar... —Y realmente se puso a temblar en ese

momento—. Al pensar qué podría ocurrir si toda esa historia llegara a oídos del mayor Benjy, y descubriera quién ha estado difundiéndola. No debemos tener más duelos en Tilling. De solo pensarlo, creí que me moría esa mañana.

—Voy a ir a casa del señor Wyse y se lo voy a decir ahora mismo, querida —dijo la señora Poppit.

La astucia de la señorita Mapp sabía que eso no funcionaría. Los «verdaderos creyentes» eran tan escasos que resultaba retorcido pensar en hacer tambalear su fe.

—¡Pobre señor Wyse! —dijo la señorita Mapp con una magnánima sonrisa—. No creo, querida, que deba importunarlo con estos pequeños asuntos sin importancia. No va a participar en estas nimias habladurías. Pero si pudiera hacerles saber a la querida Diva, y a la pintoresca Irene, y a la dulce Evie y al bueno del Padre que me río de todas estas tonterías...

—Pero ellos también se ríen... —contraatacó la señora Poppit.

Aquello habría sido desconcertante para cualquiera que se dejara desconcertar, pero eso no estaba en los planes de la señorita Mapp.

—¡Oh, y qué amargas risas! —dijo—. Me dolió oírlas. Eran risas de envidia, querida, de mofa, amargas risas. ¡Las oí! No puedo soportar que mis amigos piensen eso. Dígales que son unos majaderos y unos necios creyendo cosas de ese tipo. Confíe en mí, estoy muy segura de ello. Me lavo las manos en esa insensatez.

La señorita Mapp era perfectamente consciente de que había representado un ridículo espectáculo con todo aquello, y, después de secarse los ojos con un pañuelo imaginario, dejó escapar una luminosa sonrisa por los ojos, que se había restregado como si hubiera llorado.

—Bueno, ya basta —dijo—, disfrutaremos de nuestra pequeña reunión el miércoles para demostrar a todo el mundo que volvemos a ser amigos. Y luego nos encontraremos para almorzar en casa de nuestro querido señor Wyse al día siguiente. ¿Vale? Se cansará de la pobre de mí si me ve dos días seguidos, así que a él no lo invitaré. Procuraré que solo haya dos mesas, y nadie le replicará a nuestra querida Diva, por muchos chelines que diga que haya ganado. Antes le daría todas mis ganancias al *bridge* que tener más desgraciadas disensiones. Les dirá usted todo esto antes del miércoles, ¿verdad, querida?

Como solo eran cuatro las visitas que debía hacer, la señora Poppit pensó que podría arreglárselas, y pasó una tarde de lo más interesante. Llevaba dos años intentando romper el hielo con la señorita Mapp, quien, al fin y al cabo, era el centro del círculo social de Tilling, y quien, por mucho que se hiciera para sacarla del centro del círculo, siempre volvía a gravitar hacia allí. Y ahora, con este importantísimo encargo, la señora Poppit se había convertido en la embajadora oficial de la señorita Mapp, y todo el terrible asunto del estallido del armario repleto de comida y su condecoración como miembro de la Orden del Imperio Británico había quedado completamente perdonado y olvidado. Había que caminar tanto para ir de casa en casa que era de todo punto imposible ir con el abrigo de pieles de marta cibelina, a menos que cogiera el Rolls Royce.

Las consecuencias de sus conversaciones habrían sorprendido a cualquiera que no conociera Tilling. Una sociedad más sutil, cuando una fuente autorizada y de primera mano asegurara que una noticia que había sido completamente refutada tenía que

considerarse falsa, se habría enorgullecido de su perspicacia. Es más, se habría reído de lo tonta que les parecía la idea, en cuanto lo hubieran sabido, porque lo consideraban palpable incierto (¡solo había que ver a la señorita Mapp!). Pero Tilling no era así. Precisamente el hecho de que la interesada lo negara categóricamente —aunque fuera por boca de su excelsa embajadora— era suficiente para que Tilling comenzara a preguntarse si no habría algo de verdad en el asunto. Y de empezar a preguntarse si no habría algo de verdad en el asunto pasó a extraer la conclusión de que, de todas todas, lo había.

En el instante en que Diva recibió la noticia de que Elizabeth (pues la señora Poppit recordaba el nombre de pila de la señorita Mapp perfectamente) negaba completa la información y se burlaba de ella, se quedó muy pensativa.

—¿Dice usted que no hay nada...? —comentó Diva—. No lo entiendo.

En ese momento, sonó el teléfono y ella misma se apresuró a ir a cogerlo.

—Partida de cartas el miércoles en casa de Elizabeth —dijo al regresar—. Si me vio riéndome, ¿por qué me invita?

La señora Poppit se consideraba dignataria de una sagrada misión.

—Para demostrarte lo poco que le importa que te rías —sugirió.

—Como si no fuera verdad, entonces. Parece que sí. Quiere que pensemos que no es verdad.

—Estaba muy nerviosa y compungida por todo —dijo la embajadora.

Diva se puso en pie y pisó los faldones de piel del abrigo de la señora Poppit cuando fue a tocar la campanilla.

—Lo siento —dijo—. Dejemos eso y charlemos un rato. Ya está aquí el té. ¡Hay magdalenas!

—Oh, no, gracias —rehusó la señora Poppit—, tengo que hacer muchísimas visitas todavía.

—¿Qué? ¿Visitas como esta? —preguntó Diva—. Espere diez minutos. Janet, té, por favor. Rápido.

Diva dio un par de vueltas por la sala, adornando su paseo con gestos de perplejidad, con principios entrecortados de frases telegráficas, jamás concluidos:

—Dice que no es verdad... se ríe solo con la idea de... y el señor Wyse lo cree... y el Padre lo cree. Después de todo, el mayor... y ese pequeño loro marinero, el capitán Puffin... Y por otro lado, ¿qué piensa usted...? No hay otra explicación, ¿no cree...? Podría haber sido un asunto sangriento...

Solo cesó sus torpes y entrecortadas elucubraciones para clavar los dientes en una gran magdalena.

—Creo que hay algo de verdad en todo eso —decidió al final.

Observó que su invitada ni había tomado el té ni había cogido una magdalena.

—Sírvase —dijo—. Quiero meditar esto.

—Elizabeth lo niega absolutamente —dijo la señora Poppit—. Tenía los ojos llenos de...

—Oh, bah, bobadas... Se los frota. O usa pimienta si está comiendo. Eso no prueba nada.

—Pero su solemne palabra de... —empezó la señora Poppit, sintiendo que estaba

fracasando estrepitosamente como embajadora, que no estaba demostrando convicción ninguna.

—¡Sacarina! —exclamó Diva, cogiendo el pequeño dispensador—. No tengo más azúcar que para mis propias necesidades. Supongo que Elizabeth tendrá muchísima. Bueno, eso ahora no importa. ¿No lo entiende? Si no fuera verdad, intentaría convencernos de que sí lo era. Visto así, parece absurdo. Pero si intenta convencernos de que no es verdad... bueno, es que hay algo ahí.

Ahí estaba el quid de la cuestión, y la señora Poppit se dirigió después a casa del Padre, donde le ofrecieron más magdalenas e incredulidad. Nadie parecía creer la afirmación de Elizabeth de que «no había nada» de lo que se decía. Evie iba de un lado a otro de la estancia lanzando chillidos de nerviosismo, el Padre asentía con gesto severo, confirmando la respuesta de burlona incredulidad que había recibido en la comida del centollo, cuando dejó escapar el rumor por primera vez. La pintoresca Irene, esforzándose en la rodilla izquierda del señor Hopkins (estando el modelo ausente), solo dijo:

—Ay, la buena de Mapp... Mejor tarde que nunca.

La embajadora solo pudo asistir a escenas de absoluta incredulidad en todas sus visitas. Y todos los escépticos iban a ir a casa de Elizabeth el miércoles.

La señora Poppit había solicitado el Rolls Royce tras la última visita y subía tambaleante la calle junto a la casa de Elizabeth. Extrañamente, justo cuando pasaba por delante del cenador, el mirador estaba abierto.

—¿Una tacita de té, querida Susan? —dijo Elizabeth. Había encontrado una antigua nota de la señora Poppit entre el papel que se utilizaba para encender la cocina, con la firma y el nombre de pila.

—Solo dos minutos, Elizabeth —respondió enseguida.

La noticia de que en Tilling nadie la creía dejó a la señorita Mapp más que tranquila, es decir, en la parte más alegre de la tranquilidad. Tuvo unas cuantas frases benevolentes y de compromiso para las criaturitas que se iban a ver privadas de unos cuantos cotilleos, pero Susan, de todos modos, no tuvo la impresión de que aquella alegre magnanimidad fuera el fruto de un gran esfuerzo. A Elizabeth, en realidad, no parecía importarle: estaba demasiado contenta. Luego, cambiando hábilmente de tema, lamentó tristemente que sus dalías hubieran muerto.

Aunque Tilling, con toda su perspicacia, no podía haberlo sabido, el intuitivo lector naturalmente ya se habrá dado cuenta de que la reunión en casa de la señorita Mapp para el miércoles por la noche tenía, por decirlo así, muchos asuntos pendientes. En principio, había sido concebida por la señorita Mapp como un soborno a Susan Poppit, con el fin de inducirla a difundir por todas partes que aquel ridículo rumor había sido inmediatamente desmentido por la persona a la que más concernía. Además, servía a un segundo propósito al mostrar que la señorita Mapp estaba muy por encima de aquellos lodos escandalosos, aunque resultaran muy atractivos para otros, como para preocuparse de saber o interesarse por quién podía haber estado difundiéndo los, y por esta razón le

preguntaba a todo el mundo quién lo había hecho. Tal nobleza de espíritu le había proporcionado una asombrosa ventaja, porque había inducido a aquellos que ocupaban la tribuna de los burlones a abandonarla apresuradamente, y unirse a las escasas pero inquebrantables huestes de los fieles creyentes, que hasta entonces solo comprendían a Susan y al señor Wyse. Francamente, una resolución tan favorable jamás se le había ocurrido: era una de aquellas inesperadas recompensas que caen como ciruelas maduras en el regazo del justo. Desmintiendo un rumor había conseguido que todo el mundo lo creyera, y cuando el miércoles por la mañana salió a comprar las pastas de chocolate que tan útiles le habían resultado para saciar el apetito de sus invitados, ya no se encontró con conversaciones interrumpidas y sonrisas maliciosas, sino con miradas de reojo y una respetuosa envidia.

Pero lo que Tilling no sabía —y no podía saber— era que aquella velada nocturna, la primera de las veladas otoñales de *bridge*, estaba destinada a la presentación en sociedad del famoso vestido de color azul marino pescador, tal y como lo había diseñado la señora Trout. Sin duda, otras damas se habrían apresurado a confeccionar sus nuevos vestidos, o al menos habrían modificado los viejos, en honor de aquella inauguración anual, pero la señorita Mapp no tenía ningún temor de ser eclipsada. Y, una vez más, sintió que la suerte acudía en auxilio de quien más lo merecía; cuando se visitó aquella noche, descubrió que no se había percatado hasta entonces de que la luz artificial podía derramar algunos reflejos pálidos (aunque no excesivos) sobre el vibrante azul de su modelo. Esos reflejos recordaban a los ecos de la luz que brilla sobre los rostros de aquellos que se inclinan sobre el ardiente brandy y las pasas en los juegos navideños^[31]. Sin duda, aquel emocionante fulgor parecía muy propio y muy revelador de todo lo que estaba pasando. La señorita Mapp no parecía enferma, estaba muy contenta respecto a eso; tenía un aspecto magnífico y algo pálido.

Las mesas de *bridge* no se colocaron en el cenador, porque llegar hasta allí implicaba pasar por la húmeda gravilla en aquella noche ventosa y oscura, sino en un pequeño saloncito cuadrado que estaba encima de su comedor. En los pocos momentos que tenía libres mientras recibía a los distintos invitados, Withers fue subiendo bandejas de sándwiches y pastelitos de chocolate. En el descanso sirvió sopa caliente, whisky con sifones, y un zumo de copa preparado según una ancestral y económica receta que le había dado a la señorita Mapp innumerables problemas. Una única botella de vino blanco, con los adecuados añadidos de jengibre, nuez moscada, hierbas y soda, era la base de un galón de bebida que parecía arder con abrasadores y probablemente espirituosos ingredientes. Los invitados tuvieron mucho cuidado al servirse, porque parecía, acaso, demasiado estimulante.

La señorita Mapp estaba leyendo un libro de jardinería —al revés— cuando llegaron las Poppit, y se puso en pie con un pequeño grito al verse, tan inesperada pero deliciosamente, sorprendida.

—¡Susan! ¡Isabel! —exclamó—. ¡Qué encantadoras sois al obsequiarme con el placer de venir! Estaba leyendo un libro sobre flores, ya sabéis, planes para el año que viene.

Al instante, se dio cuenta de que los cuatro ojos de las Poppit se clavaban en su vestido. Susan parecía bastante andrajosa en comparación, e Isabel no parecía nada en

absoluto.

—Pero... querida... ¡es precioso! —dijo la señora Poppit con una pausa que pretendía conferir autoridad a sus palabras.

La señorita Mapp miró alegremente a su alrededor, como si se preguntara qué era lo que le parecía precioso. Al final, pareció darse cuenta.

—Oh, ¿mi nuevo vestido? —dijo—. ¿Te gusta, querida? Qué encanto eres. Es una pequeña tontería que le encargué a la encantadora señorita Greele, en High Street. Nos pusimos a pensar las dos, y se nos ocurrió una cosita muy baratita y sencilla. Ah, aquí están ya Evie y el querido Padre. Muchas gracias por venir.

Otros cuatro ojos más se clavaron en el vestido.

—Usted mire solo una vez, Padre —dijo la señorita Mapp, zalamera—. Qué maravillosos son todos viniendo a pasar la velada aquí. Y aquí están el mayor Benjy y el capitán Puffin. ¡Bueno, esto es maravilloso!

La señorita Mapp desplegabá unos asombrosos y formidables modales. Allí estaba, recibiendo sin el menor rebozo ni acritud a los dos hombres que, si el duelo no se hubiera evitado, habrían puesto en peligro sus vidas por una discusión en la que ella era el principal motivo. Todos los demás, naturalmente, estaban bastante tensos en aquella situación, tan profundamente teñida de dramatismo. Si alguno de los dos gladiadores hubiera sabido que fue el Padre quien —sin ningún lugar a dudas— había difundido el rumor concerniente a la anfitriona... La señora Poppit temía que, si eso hubiera ocurrido, ni siquiera la indumentaria sacerdotal podría haberle protegido. Pero semejante calamidad no ocurrió, y otros cuatro ojos más se detuvieron en el vestido azul martín pescador.

—Diantres —dijo el mayor—, en mi vida he visto nada más bonito que ese vestido, señorita Elizabeth. Directo de París, ¿eh? Está clarísimo que es de París, se ve a la legua.

—Oh, mayor Benjy —dijo Elizabeth—. Se está usted burlando de mí y de mi pobre vestidito. Me voy a avergonzar. Solo una pequeña tontería que me he hecho, pero es usted muy amable diciendo que le gusta. Me pregunto dónde estará Diva. Tendremos que regañarla por llegar tarde. Ah... no habrá que regañarla. Diva, querid...

La palabra se congeló en los labios de la señorita Mapp y se puso blanca como la nieve. En el umbral de la puerta, con la misma furia y el mismo horror, estaba Diva, adornada exactamente con el mismo vestido, deslumbrante y encantador, que la anfitriona. ¿Habían estado también pensando Diva y la señorita Greele un modelo y se les había ocurrido aquel? ¿Cómo era posible que Diva tuviera también aquella cosita sencilla y barata?

La señorita Mapp fue la primera en recobrar se y se humedeció los labios.

—Me alegra mucho que hayas venido, querida —dijo—. ¿Repartimos las mesas?

Naturalmente, la malicia de las cartas decretó que la señorita Mapp y Diva tuvieran que sentarse juntas como adversarias en la misma mesa, y el efecto conjunto de los dos vestidos de color azul martín pescador era cegador. Lo único que se podía hacer de acuerdo con una diplomacia correcta era, naturalmente, mantener un estricto silencio en cuanto a los trajes e indumentarias se refería, y no mencionar nada relacionado con las telas ni remotamente; pero el mayor Benjy no era diplomático, solo galante.

—En mi vida había visto unos vestidos tan asombrosos, ¿eh, Padre? —dijo—. Madre mía, se parecen mucho, ¿no? Vaya par de hermanitas más elegantes.

Sería difícil decir cuál de las dos vecinas se puso más furiosa con aquellas palabras. Aunque Diva era cuatro años más joven que la señorita Mapp, esta era cuatro pulgadas más alta que Diva. La señorita Mapp cortó las cartas a su hermanita con una mano que temblaba tanto que tuvo que hacerlo otra vez, y Diva apenas tuvo serenidad para repartir la mano en condiciones.

Al día siguiente, a la una en punto, Elizabeth se presentó en casa del señor Wyse y se sorprendió al comprobar que era la primera en llegar. El anfitrión confesó que, francamente, había sido muy egoísta.

—Me he dado un capricho, querida señorita Mapp —dijo—. Le había pedido a tres fascinantes damas que compartieran mi humilde condumio conmigo, y ha resultado (¿no le parece asombroso?), que no ha venido nadie más. Le ruego que perdone, querida señora, mi egoísmo.

Ahora bien, lo había hecho admirablemente. Elizabeth sabía muy bien por qué dos de los tres caballeros del grupo no habían sido invitados (la razón era muy satisfactoria, por cierto), y con el engolado refinamiento que poseía el señor Wyse, allí estaba, culpándose con las palabras más hermosas. La señorita Mapp le regaló su más amplia sonrisa.

—Oh, señor Wyse —dijo—. Nos pelearemos todas por tener su atención.

Hasta que no pronunció aquellas palabras, no se percató de la sutilidad de su propia frase. Sin querer, la señorita Mapp pareció sugerir que el señor Wyse y ella estaban en una misma situación. Todos los hombres (bueno, dos de tres, en cualquier caso) se habían estado peleando por ella, y ahora parecía que se planteaba la agradable perspectiva inversa: que tres de las mujeres de Tilling se pelearían por el señor Wyse.

Sin resultar en absoluto afeminado, el señor Wyse aquella mañana tenía más bien la facha de un trovador moderno. Llevaba una chaqueta aterciopelada, una corbata suave, ahuecada y sentimental que parecía estar hecha con amapolas silvestres, unos pantalones bombachos muy pulcros, unos calcetines marrones con topos, como el fruto del plátano, con unas borlas colgando, y unos zapatitos de ante con una cascadilla de piel que cubría los cordones. Podría decirse que estaba listo para ir a jugar al golf y a embocar los hoyos con un laúd.

Ante el halago de la señorita Mapp, el señor Wyse hizo un gesto de educado y gentil rechazo, no contradiciendo a la dama, sino más bien dando a entender que era un honor que apenas se atrevía a aceptar, como el rey cuando entra en la ciudad de Londres y toca la espada del lord alcalde y le dice que la guarde.

—¡Qué agradable es volver a estar en Tilling! —dijo—. Confío en que tengamos un invierno divertido y entretenido. Usted, señorita Mapp, lo sé, siempre anda atareada.

—El día nunca es lo suficientemente largo para mí —dijo Elizabeth con entusiasmo—. Con las obligaciones domésticas por la mañana, y con el jardín, y con nuestras pequeñas reuniones, la hora de irse a la cama siempre le parece a una demasiado

temprana. También quiero leer mucho este invierno.

El noble y espontáneo palique de los dos miembros de rancio abolengo se vio interrumpido por la llegada de Diva, en cuya presencia Elizabeth tenía que hacer grandes esfuerzos para mantener el control. La acompañaba la señora Poppit; el grupo ya estaba completo. Elizabeth habría apostado que, a pesar de la calidez de aquella mañana, Susan se presentaría con su abrigo de pieles, y aunque técnicamente habría perdido, habría ganado moralmente, porque los repetidos discursos del señor Wyse sobre su egoísmo apenas habían salido de sus labios cuando la mujer se dio cuenta de que se había olvidado el pañuelo en el bolsillo de su abrigo de pieles... ¡que había dejado en el respaldo de un llamativo sillón del vestíbulo! Figgis, finalmente, entró en aquel momento para informar de que el almuerzo estaba preparado. Susan los hizo esperar mucho por culpa de la búsqueda infructuosa del pañuelo. Figgis, con un visible esfuerzo, estuvo sujetando en alto el abrigo de pieles, que así pudo mostrarse en todo su esplendor. Y entonces, vaya por Dios, Susan descubrió que el pañuelo... ¡había estado en el manguito de piel todo el tiempo!

Las tres damas estaban en ascuas y nerviosas, por ver cuál de ellas se sentaría a la derecha del señor Wyse, quién a su izquierda y quién ocuparía el lugar entre las otras dos mujeres. Pero el tacto del señor Wyse era inigualable.

—Señorita Mapp —dijo—, ¿querría usted hacerme el honor de oficiar como anfitriona por mí? Lo único que hay que hacer es quitar este jarrón de flores, Figgis; ya miraré las flores cuando la señorita Mapp no esté aquí. Y ahora, ¿qué tenemos para desayunar? ¿O almorzar, debería decir?

Los *macaroni* que el señor Wyse había traído de Nápoles —naturalmente— condujeron a temas italianos, y el escepticismo general sobre la existencia real de la *contessa* de Faraglione tuvo que soportar otro duro revés.

—Mi hermana —comenzó a decir el señor Wyse (y con un rápido movimiento de succión, Diva se metió en la boca varios espagueti con la idea de poder escuchar sin distraerse)—, mi hermana, eso espero, vendrá a Inglaterra este invierno, y pasará varias semanas conmigo.

(Conmoción absoluta).

—¿Y el conde? —preguntó Diva, que ya se había tragado los espagueti.

—Me temo que no; Cecco... Francesco, ya saben, es un hombre muy casero. Amelia está deseando volver a ver Tilling. Tiene intención de pasar una larga temporada aquí antes de ir a visitar a nuestros familiares en Whitchurch.

Elizabeth consideró que lo más adecuado sería «suspender el juicio» de momento. Creería en la *contessa* Faraglione cuando la viera y tuviera pruebas razonables de su identidad.

—¡Delicioso! —exclamó, abandonando con pena el tenedor y la infructuosa persecución de los últimos espagueti de su plato—. ¡Qué fantástica incorporación para nuestra sociedad! Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos por mimarla. ¿Para cuándo la espera?

—Para principios de diciembre. Deben ser muy amables con ella, queridas señoras. Es una jugadora insaciable de *bridge*. Ha oído hablar mucho de las grandes jugadoras con

las que se va a encontrar aquí.

Aquello animó a la señora Poppit. Se apuntaría a unas clases por correspondencia dirigidas por «Little Slam», de la revista *Cosy Corner*. Little Slam, por la suma de dos guineas, pagaderas de antemano, se comprometía a convertir en jugador de *bridge* de primera categoría a cualquiera con una inteligencia normal. El pensamiento de Diva, por el contrario, voló hacia el tema del vestido, y el recuerdo de la espantosa tragedia acaecida con él, unida al amargor de la ensalada de endivias, le hizo torcer la boca en una mueca violenta durante unos instantes.

—Yo, como ustedes saben —añadió el señor Wyse—, no tengo mano para el *bridge*.

—Oh, señor Wyse, usted juega maravillosamente —terció Elizabeth.

—Es usted una aduladora, señorita Mapp. Pero Amelia y Cecco no están de acuerdo con usted. Nunca me dejan jugar cuando estoy en Villa Faraglione, a no ser que necesiten un punto para completar una mesa, y entonces sí. Pero estoy seguro de que aquí veremos grandes partidas.

Las codornices y los higos eran de Capri, y la señorita Mapp, engulléndolos con ansia y sin rebozo, estaba tan furiosa por el tipo de información que les proporcionaba el anfitrión, que —aunque se unió al *lobgesang*^[32] generalizado de la mesa—, estuvo tentada a preguntar si el hielo lo habían traído del Polo Sur mediante alguna expedición antártica. Al contrario que la pobre Diva, su mente no estaba ocupada con el vestido de color martín pescador, porque ya había decidido qué era lo que iba a hacer al respecto. Naturalmente, era impensable mantener otras reuniones como la de la noche anterior, pero otro vestido, de un rojo vivísimo llamado «Lago Carmesí», el color que había llevado la señora Trout durante la segunda velada de la visita del duque de Hampshire, tal y como había informado el *Vogue*, había fascinado completamente a la ciudad de Newport con su esplendor. Ya había consultado a la señorita Greele al respecto, y esta le había dicho que si el azul martín pescador se blanqueaba previamente con lejía, el rojo del Lago Carmesí quedaría brillante y purísimo. La idea de que así fuera, y la promesa de que los labios de la señorita Greele quedarían profesionalmente sellados al respecto, permitieron que la señorita Mapp pudiera coger del brazo a Diva cuando salieron al jardín poco después. El modo en que tanto Diva como Susan habían procurado ganarse el favor del señor Wyse durante el almuerzo había resultado realmente patético. Aunque aquello no sorprendió mucho a la señorita Mapp, pues suponía que sus cabezas se habían trastornado ante la perspectiva de poder jugar a las cartas con una condesa. Afortunadamente, no esperaba mucho más de ellas, así que su conducta de ningún modo le resultó triste o decepcionante.

A esas alturas de la reunión, la señorita Mapp se temía mucho que la compañía de Diva fuera a ser la única que pudiera disfrutar; porque la adhesiva y pegajosa Susan, tambaleante entre sus pieles, se aferró al anfitrión y fingió un torpe interés en los crisantemos; y ante cualquier cosa que hicieran las otras dos. Maniobraba de tal modo que conseguía interponerse entre ellas y el señor Wyse. Colocada en esa estratégica posición y operando desde posiciones privilegiadas, conseguía cortar cualquier avance de las asaltantes. Más deprimente aún —y eso arrojaba una luz bastante lamentable sobre su personalidad— era que el señor Wyse parecía apreciar más que lamentar semejante

apropiación de su persona, y en vez de buscar una salida entre aquella muralla de martas cibelinas, se alejaba de Diva y Elizabeth —que adoraban las fucsias y sabían mucho de todas las flores— y se acercaba con Susan a un triste lecho de flores en una parte alejada del jardín. Allí, ella le explicaba cuál era el mejor tratamiento para el anémico estado de sus plantas. Aunque resultaba agradable y era muy decoroso que el señor Wyse le dedicara tan poca atención a las otras, era amargo como una ensalada de endivias para ambas que el caballero pudiera tolerar, si no disfrutar, la compañía a la que lo obligaba Susan. Y mientras ellos miraban con ojos soñadores las fucsias, el fuego se avivaba y Elizabeth daba rienda suelta a su lengua.

—Qué aspecto tan vulgar tiene hoy Susan —dijo—. Y qué color de cara tiene, aunque desde luego yo lo atribuyo más a la cantidad de comida que ha engullido y a lo mucho que ha bebido, que a cualquier otra cosa. Carmesí. ¡Oh, pobres fucsias! Yo las tiraría.

La común enemistad que le dispensaban a la señora Poppit, pensó Diva, había conseguido que ella y Elizabeth se trataran del modo más cordial. En aquel momento, no es que sintiera una especial simpatía ni entusiasmo por Elizabeth, porque aún recordaba el episodio del vestido de color martín pescador... ¿Qué demonios, entre paréntesis, tenía que ver ella con Elizabeth? No le podía dar el traje a Janet para que se paseara por High Street con un vestido elegante de color martín pescador solo para molestar a Elizabeth.

—Parece que el señor Wyse le ha cogido cariño —comentó Diva—. ¿Cómo puede...? Menuda esnob. Miembro de la Orden del Imperio Británico nada menos. Siempre está viniendo por aquí. Ayer la vi rondando la esquina de la calle.

—¿A qué hora, querida? —preguntó Elizabeth, olisqueando el perfume del cotilleo.

—A media mañana.

—Y yo la vi por la tarde —añadió Elizabeth—. Ese trasto viejo, ese Rolls Royce enorme, pasó tambaleándose y resbalando por la esquina, bajo mi mirador.

—¿Y ella iba dentro? —preguntó Diva.

A Elizabeth le pareció que aquello era una burla contra la fiabilidad de sus observaciones.

—No, querida, iba sentada en el techo —dijo, dejando caer al final del sarcasmo una risilla, por si Diva no había pretendido ser crítica. Diva extrajo la conclusión de que Elizabeth, efectivamente, la había visto en el interior del vehículo.

—¿Crees que va en serio? —preguntó—. ¿Crees que se casará con ella?

La idea, por supuesto, aunque odiosa y repelente, ya se le había pasado a Elizabeth por la cabeza, así que la negó de inmediato.

—Oh, eres una pequeña casamentera —dijo alegremente—. Jamás se me hubiera ocurrido una cosa así. No deberías burlarte así de nuestra querida Susan. Vamos, querida, ya no soporto más estas fucsias. Tengo que irme a casa y debemos despedirnos... (*au reservoir*, desde luego), del señor Wyse, si es que Susan me permite decirle algo, claro.

Susan pareció encantada al permitir que la señorita Mapp le dijera adiós al señor Wyse, y después de un breve discurso de despedida del anfitrión, en el que dijo que de

ningún modo permitiría que se fueran tan pronto, inmediatamente les estrechó las manos con mucho cariño y les dijo que esperaba que el *reservoir* fuera muy pequeño; así que las dos se vieron forzadas a dejar a la arpía de Susan en posesión de la fortaleza.

Todo aquello tenía un pésimo aspecto. Ni siquiera la fértil imaginación de la señorita Mapp pudo profetizar qué sería de Tilling si Susan lograba convertirse en la señora Wyse y su cuñada fuera una condesa.

Cuando llegó a casa, aliviada por haber evitado una derrota demoledora con una retirada a tiempo, la señorita Mapp avanzó hacia su trinchera, en el cenador del jardín, y cerró los ojos durante unos minutos, con el fin de concentrar todas sus energías en imaginarse la situación. ¡Qué gente tan espantosa eran esos trepas oportunistas! ¡Qué ladinamente se habían enredado y habían ido ascendiendo en la escala social con sus Rolls Royce y sus cremas de grosellas y sus pieles de martas cibelinas! Solo unas semanas antes, ni siquiera había invitado a Susan a su casa, y la primera vez que fue, abrió las compuertas del armario de reservas. Ahora, debido a la necesidad de contar con su ayuda para detener aquel malicioso rumor relativo a la causa del duelo —que ella con tanto mimo había conseguido poner en marcha—, se había visto obligada a adularla y a «susanearla». Y si la odiosa suposición de Diva resultaba estar bien fundada, Susan se alzaría a una posición en la que podría mangonearlos a todos ellos, y hablar de condes y condesas con el mismo aire de despreocupación que el señor Wyse. La invitarían a Villa Faraglione y jugaría al *bridge* con Cecco y Amelia, y visitaría a los Wyse de Whitchurch. Y eso, naturalmente, no lo podía consentir la señorita Mapp.

¿Qué podía hacer? Podía encabezar otro movimiento ciudadano para poner al señor Wyse en su sitio; y, si tenía éxito, el resultado sería muy agradable porque conseguiría que Susan descendiera un par de peldaños en su deseo de lograr sus designios. Pero el fracaso de su última intentona y la importancia del señor Wyse no auguraban muy buenos resultados en una maniobra de ese tipo. Tal vez podría emponzoñar el corazón del señor Wyse respecto a Susan. ¿O estaba poniéndose nerviosa sin razón? O...

La curiosidad barría el espíritu de la señorita Mapp como un tornado, arrancando cualesquiera otras raíces y plantas, zarandeándola con la necesidad de saber qué estaban haciendo en aquel momento aquellas dos personas a las que se había visto obligada a dejar en el jardín. Y, armada con sus binoculares de ópera, subió las escaleras y salió al tejado por la trampilla. No recordaba si desde su torre vigía podía ver el jardín del señor Wyse o alguna parte de él, pero había una posibilidad.

No, no veía nada de nada. El jardín quedaba oculto tras el muro de ladrillos rojos que lo rodeaba, y no se podía ver ni un crisantemo ni una fucsia. Pero se le congeló la sangre cuando, sin necesidad de utilizar los prismáticos, dirigió su mirada hacia otra parte de la casa que se elevaba por encima del muro del jardín. A través de la ventana del salón, en la primera planta, vio dos figuras sentadas. Susan se había quitado las pieles. Era como si tuviera la intención de quedarse allí para siempre, o al menos para el té.

La disputa del hipopótamo y el whisky entre el mayor Flint y el capitán Puffin, que culminó en el desafío y todas sus emocionantes secuelas, había tenido excelentes consecuencias: las Fuerzas Armadas británicas estaban más unidas que nunca. Ambos sabían que si *los dos* no hubieran huido para evitar el enfrentamiento, y no se hubieran encontrado tan providencialmente en la estación, podrían haberse derivado gravísimas consecuencias. Si no hubieran sido *los dos* —sino solo uno de ellos—, si ambos no hubieran evitado poner en riesgo su vida, el otro seguramente se habría quedado en Tilling y habría difundido rumores espantosos sobre la cobardía del huido. Por otro lado, si ninguno de los dos hubiera tenido escrúpulos de poner en peligro la sacrosanta existencia humana, podría haber un cadáver —si no dos— tendido en las resplandecientes arenas de la playa. Naturalmente, el hecho de que ambos hubieran aprovechado la menor oportunidad para evitar el enfrentamiento —y huir— hacía improbable que cualquier futura disputa se enconara tanto como para llegar a extremos violentos. Pero era mucho más seguro no correr riesgos, y no permitir que los desencuentros verbales alcanzaran de nuevo el «nivel hipopótamo». En consecuencia, cuando había algún peligro real o se exacerbaba la violencia hasta el punto de que pudiera derivarse un envío de desafíos, ambos se apresuraban, mediante mutuas concesiones, a descender de esas peligrosas alturas, donde era muy probable perder el equilibrio y caer. Pues ¿cuál de ellos podía estar absolutamente seguro de que la próxima vez el otro no era capaz de reunir los suficientes redaños como para quedarse en Tilling?

Una tarde de noviembre, el mayor Flint y el capitán Puffin subían desde la estación del tranvía, ambos despoticando y desbarrando, y el mayor venía extraordinariamente cojo, más cojo aún que Puffin.

El traqueteo del tranvía había impedido la discusión durante el trayecto desde el campo de golf, pero durante ese período de silencio forzoso ambos habían estado urdiendo varias réplicas ingeniosas, suponiendo que el otro hiciera observaciones que pudieran dar lugar a proferirlas, y cuando llegaron a la estación de Tilling continuaron la discusión exactamente en el lugar en el que la habían interrumpido cuando montaron en el tranvía en los campos de golf.

—Bueno, por supuesto, *creo* que puedo asumir una derrota con un espíritu tan perfectamente inglés como cualquier otro —dijo el mayor.

Ahí tuvo suerte el capitán Puffin: había pensado que probablemente su amigo diría eso, y tenía preparada una respuesta más ácida para él.

—Y le preocupa que tales creencias puedan estar condenadas al fracaso —respondió de inmediato, como si su capacidad de improvisación fuera más afinada que su *swing*.

El pie del mayor Flint tropezó en un charco que le congeló el pie, pero no su ánimo.

—Una observación de lo más ofensiva —dijo—. ¡A ver si cree que me llamaban Benjy el Deportista por nada! Pero eso ahora da igual. Un capullo de gusano...

—No era un capullo de gusano —dijo Puffin—. Era una cagarruta de oveja.

Aquí la suerte cayó del otro lado; el mayor estaba seguro de que Puffin insistiría en esa opinión absolutamente falsa.

—No voy a decir que sea un especialista en cagarrutas de oveja, como usted... —advirtió—, pero debe concederme al menos la suficiente capacidad de observación para saber qué es un capullo de gusano cuando lo veo. Y era un capullo de gusano, señor mío, un capullo de gusano, y usted no tenía derecho a quitarlo del *green*. ¿O quiere que consultemos las reglas del golf?

—Oh, le concedo que usted está más especializado en las reglas del golf que en la práctica del mismo, mayor —dijo Puffin alegremente.

De repente, Benjy el Deportista vio que las señales rojas de peligro se encendían ante ellos, y aunque el odioso Puffin se había apuntado dos tantos por uno suyo, reunió todas sus fuerzas para dominarse, porque si su amigo había alcanzado los niveles de exasperación a los que había llegado él, la brisa del desencuentro podía acabar convirtiéndose en un huracán. En aquel momento, estaba cruzando la puerta batiente que conducía por un pequeño pasaje a la ciudad, pero antes de que pudiera dominarse, la empujó con furia hacia atrás, golpeando a Puffin, que iba tras él, en la rodilla. Entonces recordó que era un caballero deportista cristiano, y no un duelista.

—Le ruego que me perdone, mi querido amigo... —dijo, con la mayor solicitud—. Seré estúpido... Se me escapó la puerta. Espero no haberle hecho daño.

Puffin acababa de llegar a la misma conclusión que el mayor Flint: la magnanimidad era mejor que ir a coger trenes a primera hora de la mañana, e incluso mucho mejor que las balas. En realidad, no había comparación.

—No, no ha sido nada, gracias, mayor —dijo, esforzándose por disimular la mueca de dolor que le había producido la violencia del golpe, y, maldiciendo en silencio a su amigo porque estaba seguro de que no había sido un accidente, y cojeando después con las dos piernas—: Ni me tocó. ¡Ja! Qué puesta de sol tan maravillosa. La ciudad tiene un aspecto increíblemente pintoresco hoy.

—Ya lo creo —dijo el mayor—. Un paisaje portentoso para la señorita Mapp.

Puffin avanzaba arrastrando los pies.

—Todavía anda la gente hablando mucho sobre nuestro duelo —observó—. Todas esas princesitas tuyas están que no viven por saber qué fue lo que ocurrió. Y estoy seguro de que todas ellas piensan que había una mujer por medio. En fin, la vanidad femenina. Si dos hombres mantienen una disputa, creen que la única causa posible son sus caras bonitas.

Habitualmente, la galantería del mayor habría protestado contra ese punto de vista, pero la reconciliación con Puffin era demasiado reciente como para arriesgarse en ese momento.

—Pobrecitas —dijo—. Así se entretienen. Me pregunto quién creerán que es. No creo que pudiera nombrar a una sola mujer de Tilling que mereciera que madrugara tanto para coger un tren.

—Pues hay varias que se sorprenderían de oírle decir eso, mayor —dijo Puffin con malicia.

—Bueno, bueno... —dijo el otro, pavoneándose e hinchándose, y caminando ya sin ningún signo de cojera.

Habían llegado al punto en que sus casas se enfrentaban la una a la otra, en la empinada calle empedrada, con el mirador del cenador de la señorita Mapp justo enfrente. Dio la casualidad de que ella estaba allí en la ventana, y el mayor le hizo una gran reverencia con floritura incluida con la gorra, y se llevó la mano al corazón.

—Y ahí está una de ellas —observó Puffin, cuando la señorita Mapp admitió aquellos floridos saludos agitando la mano y apartándose de la ventana.

—¿Me está tomando el pelo? —dijo el mayor—. A lo mejor fue ella la causa de nuestra disputa, ¿eh? Bueno, paso a su casa alrededor de las nueve y media, ¿de acuerdo?, y me llevo mis diarios.

—Le espero. Me encontrará enfrascado en mis calzadas romanas.

Siempre se reían con aquella broma, y se despidieron con abundantes carcajadas y risas.

No debe suponerse que el duelo, las perplejidades respecto al baúl o las maquinaciones de Susan habían apartado de la cabeza de la señorita Mapp su cariñoso interés por controlar la hora a la que el mayor Benjy se iba a la cama. Durante algún tiempo, se había conformado con creer, por informaciones directas del interesado, que se iba a la cama pronto y que trabajaba en sus diarios en noches alternas, pero una reflexión más detenida había conducido a la dama a preguntarse si el caballero estaba siendo tan sincero como debería serlo un galante soldado. Porque, aunque en noches alternas su casa estuviera totalmente a oscuras a las nueve y media de la noche, transcurrían doce horas o más hasta que se le oía dar el grito («¡Qui-hi!») con el que exigía su desayuno, y a menos que estuviera en un estadio incipiente de encefalitis letárgica, tal cantidad de horas eran más que suficientes para un niño pequeño, pero se podían considerar excesivas para un hombre de mediana edad. Tenía abundantes pruebas para demostrar que en las noches que dedicaba a sus diarios (los cuales, entre paréntesis, debían de ser extraordinarios y monumentales), estos le ocupaban las primeras horas de la madrugada, e irse a la cama una noche a las nueve y media y después de la una a la noche siguiente implicaba una complicada clase de regularidad que estaba clamando un análisis riguroso. Si al menos desayunara muy temprano las mañanas posteriores a las noches en las que se iba pronto a la cama, al menos podría habersele creído un poco, pero nunca gritaba pidiendo el desayuno antes de las nueve y media, y la señorita Mapp no podía sino pensar que creer ciegamente que esos hábitos pudieran ser verdad era un triunfo más de la necedad que de la fe. «La gente no hace eso», se decía la señorita Mapp a sí misma, mientras su atención se negaba a concentrarse en el periódico; «nunca he oído nada parecido».

Había pasado la tarde sola. La convicción de que su tarta de manzana fría había sufrido una disminución de al menos una rebanada no le preocupó en exceso, porque había comido buena parte de ella caliente a la hora del almuerzo. Pero el asunto de las noches del mayor se había presentado con tal clamorosa insistencia que había acallado todas las demás voces. Después de cenar, había regresado a su pequeña fortaleza del jardín, y allí había intentado enfrascarse en un libro, en un periódico vespertino, en el problema del baúl, en un puzle, y en los solitarios, pero nada de todo aquello le había

proporcionado estímulos suficientes para apartar su mente de las veladas nocturnas del mayor Benjy. Y tampoco habían servido como narcótico para adormecer su insomne deseo de resolver un problema que se estaba convirtiendo, a pasos torpes y agigantados, en uno de los grandes misterios de la temporada.

El radiador servía de asiento junto a la ventana y estaba agradablemente calentito. Una rendija entre las cortinas le proporcionaba una visión privilegiada de la ventana del mayor, que estaba encendida. Precisamente cuando estaba mirando, se apagó la luz. Ella ya se lo esperaba, porque había estado con sus diarios hasta muy tarde la noche anterior —hasta unas horas indecorosamente tardías—, así que aquella noche dormiría como un bebé durante doce horas seguidas, al menos.

Cuando la señorita Mapp se disponía a relajar su infatigable mente, observó que una terrorífica franja de luz se abría en la puerta principal del mayor, e inmediatamente se ampliaba y se convertía en un gran rectángulo, que acabó por apagarse por completo. «Ha abierto la puerta y ha apagado la luz del vestíbulo», susurró la señorita Mapp para sí misma. «Ha salido y ha cerrado la puerta. (A lo mejor va a echar una carta...). Ha entrado en casa del capitán Puffin sin llamar. Así que lo esperaba...».

Al principio, la señorita Mapp no sospechó que tuviera en su mano la clave del misterio. Por supuesto, aquella era la noche en la que el mayor Benjy se iba a la cama pronto y... Entonces, una violenta iluminación le estalló en el cerebro. Si no hubiera observado por sí misma y en aquel momento, tan providencialmente, al mayor cruzar la calle, inconfundible a la luz del farol, y se hubiera apartado de la ventana después de que la luz del mayor se apagara, seguramente podría haber asegurado que el bueno del mayor Benjy se había ido a la cama. Pero el bueno del mayor Benjy, conforme a las pruebas oculares, no había hecho nada de eso: había cruzado la calle para ir a ver al capitán Puffin... El bueno del mayor Benjy no era nada bueno.

Comprendió entonces la situación en toda su odiosa amplitud. La habían engañado y burlado. El mayor Benjy nunca se iba a la cama temprano, en absoluto: en noches alternas, pasaba la velada en casa del capitán Puffin. Y el capitán Puffin —aunque no podía afirmarlo con seguridad— pasaba a casa del mayor en noches alternas también, en las otras, porque no había escapado a su observación que cuando el mayor parecía estar levantado, el capitán parecía haberse ido a la cama. De repente, con la mayor convicción, sospechó que se daban a la orgía. Faltaba comprobar (y se quedaría levantada para verlo) hasta qué hora duraban esas indecentes orgías.

Alrededor de las once, una ligera bruma había reducido la visibilidad de la calle casi por completo. Sin embargo, los expertos ojos de la señorita Mapp aún podían vislumbrar una titilante luz tras las rojas cortinas del capitán Puffin. Y la neblina no era tan espesa como para impedir que viera la figura del mayor Flint cuando pasaba por delante de la lámpara de gas en el interior de la casa. Menuda figura. ¿Así que trabajaba en sus diarios todas las noches? Y, por decirlo vulgarmente, ¿para qué demonios sirven las calzadas romanas?

A cada momento, su sensación de haber sido engañada era más cierta y desoladora, y a cada momento su curiosidad respecto a lo que podían estar haciendo era más insoportable. Tras una ráfaga de iluminación estratégica, regresó de puntillas a la casa

desde el cenador, y, cogiendo un sobre —porque así podría, si la veían, decir que iba abajo, a la esquina, a echar una carta en el buzón para que la cogiera el primer servicio de correos—, quitó los cerrojos de la puerta y salió. Cruzó la calle y avanzó de puntillas por la acera hasta donde estaba la luz roja de la ventana del capitán Puffin, brillando como una turbia señal de peligro en medio de la niebla.

En el interior, se oía un dueto de voces reconocibles; por momentos, hablaban en ordenados turnos; otras veces sus voces se agolpaban devolviendo una maraña de sonidos que la señorita Mapp era incapaz de descifrar. Trató de convencerse de que en realidad se alegraba de no poder entender lo que decían, porque eso habría sido como escuchar una conversación a escondidas (¡Dios la librara!). Parecía que estaban enfadados. ¿Estarían a punto de lanzarse otro desafío? ¿Y cuál sería el motivo esta vez?

De repente, sin previo aviso, la puerta se abrió de par en par y los dos hombres, gritando más que nunca, salieron a la calle en tromba. La señorita Mapp estaba tan cerca que tuvo que saltar de la acera hasta el centro de la calle, donde permaneció inmóvil para no perder baza. El mayor Benjy salió trastabillando hasta el quicio de la puerta, y bajó dando tumbos los dos escalones que bajaban hasta la acera.

—¡Le digo que era un capullo de gusano! —berreó—. ¿Es que piensa que no sé distinguir un capullo de gusano cuando veo un capullo de gusano?

De repente, su tono cambió; aquello estaba acercándose demasiado a una pendencia.

—Bueno, pues buenas noches, viejo amigo —dijo—. Una velada estupenda.

Entonces se giró y vio, velada y casi indistinguible en la niebla, una figura femenina en mitad de la calle. La imperecedera coquetería, como tan finamente reseñó el señor Stevenson^[33], despertó, pues el tema que había precedido a la discusión del capullo de gusano habían sido «las mujeres».

—Que me aspen —cacareó el mayor— si no hay una dama desprotegida y *totalmente* sola ahí en medio de la oscuridad, y perdida en la niebla. *Premítame que lacompañe* a casa, señora. *Éjeme* presentarme a mí mismo y a mi amigo... el mayor Flint, ese soy yo, y mi amigo el capitán Puffin. —Entonces, se tapó la boca como si fuera a decir un secreto y le susurró a la señorita Mapp—: Revolucionó la teoría de la navegación.

El mayor Benjy, desde luego, estaba muy alegre y bastante borroso, pero su educada galantería no dejaba de resultar atractiva. Fue una maldad muy fea por su parte haber dicho que se iba a la cama pronto en noches alternas, pero en realidad... Lo mejor sería apartarse y no ser reconocida, y, pensando que sería agradable escabullirse y desaparecer en la niebla, cometió un error táctico al escabullirse, porque se escabulló por donde no debía y se puso justo delante de la luz que salía de la puerta abierta en la que aguardaba el capitán Puffin.

El capitán lanzó una risilla chirriante.

—Vaya, si es la señorita Mapp —dijo con un agudo falsete—. Que me lleven los *diemonios* si no es nuestra común amiga la señorita Mapp. *Quéstraodrinaria* coincidencia.

La señorita Mapp ofreció su sonrisa más halagüeña. Mantener la dignidad y al mismo tiempo resultar agradable era el modo adecuado de enfrentarse a aquella nublada situación, que desde luego ella no había provocado. A veces, los caballeros se tomaban una taza de grog cuando pensaban que las damas ya se habían ido a dormir. De

momento, esa fue la explicación que prefirió escoger.

—Buenas noches. Acababa de bajar al buzón para echar una carta —dijo, y mostró el sobre. Pero se le cayó de la mano, y el mayor lo recogió.

—Yo la echaré por usted —dijo muy educadamente—. No se preocupe por nada. Insisto. ¡Vaya, si no tiene sello! ¡Vaya, si no tiene dirección! Ya te digo, Puffie, ¡tengo aquí una carta sin dirección! ¿Olvidó la dirección, señorita Mapp? ¿Cree que la sabrán en la oficina de correos? Bueno, esta es una de las cosas más divertidas que he visto en mi vida. Una... una... *unanónima*, una carta *unanónima*, ¿eh?

La brisa nocturna comenzaba a causar efectos desagradabilísimos en Puffin. Cuando salió a la calle, habría sido totalmente desafortunado haberlo descrito como un individuo borracho. No estaba más que un poco achispado y dispuesto a irse a la cama. Ahora se había puesto de un solemne imponente, mientras la gélida niebla comenzaba a hacer su trabajo mortal.

—¡Una carta! —dijo con voz aterradora—. ¡Sin dirección! ¡Eso es muy peligroso! ¡Hip! ¡Vaya a saber en qué manos puede caer! Prefiero andar con una pistola cargada que con una carta sin dirección. Deposítela en el banco, por su seguridad. Llame a la policía. Siga mi consejo y llame a la policía. ¡Policía, policía!

La penetrante perspicacia de la señorita Mapp permitió que percibiera de inmediato que aquel terrible capitán Puffin estaba como una cuba, y se prometió que todo Tilling se despertaría al día siguiente con la historia de sus excesos. Pero el mayor Benjy, a quien —si no se equivocaba— el capitán Puffin había estado provocando para que bebiera y fuera por mal camino —quizá con algún éxito—, aún se comportaba como un galante caballero, y se le ocurrió la brillante y enloquecida mala idea de arrojarle bajo su protección.

—Mayor Benjy —dijo—, ¿le puedo pedir que me lleve a casa? El capitán Puffin ha bebido mucho...

—¿Pero qué dice? —bufó el capitán Puffin, con un aire de gran preocupación.

La señorita Mapp abandonó toda dignidad y amabilidad, y perdió los nervios.

—¡Digo que está borracho! —exclamó con gran claridad—. Mayor Benjy, ¿querrá usted...?

El capitán Puffin bajó con cuidado los dos peldaños de su puerta, hasta la acera.

—Un momento ahí —dijo—. Todo esto precisa una *explicación*. Ha dicho que estoy borracho, ¿no es así? Bueno, pues yo digo que la borracha es usted, saliendo así en medio de la noche para enviar una carta sin dirección ni nada. Vergüenza le tendría que dar, una mujer de mediana edad como usted, salir a medianoche por Tilling. Una cosa sorprendente. ¿Qué le parece a usted, mayor?

El mayor Benjy se enderezó todo lo posible, y se puso el sombrero con el fin de quitárselo para la señorita Mapp.

—Mi *amigüo*, el capitán Puffin —dijo—, es un hombre de costumbres estrictamente marineras. Los muchachos juntos. Muy grave esto de llamar borracho a un hombre del carácter de mi *amigüo*. Si usted le dice que está borracho, ¿por qué no va a decirle él a usted que está borracha? Un hombre con un carácter así no se va a callar.

—Abso... —empezó el capitán Puffin. Entonces se detuvo y se tranquilizó—.

Abolutramente —dijo de un tirón.

—Tilling sabrá todo esto mañana —amenazó la señorita Mapp, temblando de furia y de frío por la niebla marina.

El capitán Puffin se acercó un paso.

—Muy bien, voy a decirle una cosa, señorita Mapp —dijo—. Si se atreve usted a decir por ahí que yo estaba borracho, el mayor y yo, mi *amigüo* el mayor y yo diremos que usted estaba también borracha. A lo mejor piensa que mi *amigüo* el mayor *istá* borracho también. Pero como que estoy vivo que diremos que estábamos hablando un poco por la noche y nos la encontramos a usted intentando enviar una carta sin dirección, y que no pudo encontrar la ranura del buzón para enviarla. Pero si usted no dice nada, yo no diré nada. Más amable no puedo ser. Condiciones generosas. Sociedad de Protección Mutua. Sus labios sellados, nuestros labios sellados. Un asunto estrictamente privado. Todos los infractores serán perseguidos por la ley. Por orden de la autorid... ¡hip!

A la señorita Mapp le pareció que el mayor Benjy debería haber desafiado inmediatamente a aquel amigo indigno a otro duelo por aquella insolente sugerencia. Sin embargo, el mayor no hizo nada de eso, y su silencio, que tenía la odiosa apariencia de consentirlo todo, le heló el pensamiento en el preciso momento en que la bruma marina, que para entonces ya era densa y gélida, le aseguró que se le estaba poniendo la nariz roja. Aún estaba hirviendo de rabia, pero su mente se enfrió con espantosos temores: era como un pudín helado en salsa hirviendo. Allí se quedaron los tres, envueltos en una nebulosa, recortados en la luz roja que se derramaba por la puerta abierta del beodo Puffin, pasando más frío a cada momento.

—¿*Siono?* —preguntó Puffin, castañeteando los dientes.

Por muy amargo que resultara aceptar aquellas intolerables condiciones, sin el apoyo del mayor no había posibilidad de negarse.

—Sí —dijo la señorita Mapp.

Puffin lanzó un sonoro cacareo de risas.

—Tenemos la conformidad, mayor —dijo—. Bueno, pues ya somos todos *amigüos* otra vez. *Nasnoches* a todos.

La señorita Mapp regresó a su casa en un estado de insufrible agonía. Apenas podía comprender cómo su pequeña aventura callejera, ejecutada con tanta curiosidad y vehemencia solo un cuarto de hora antes, había acabado en una sensación tan deplorable y abrumadora. Había salido a la calle obedeciendo a un deseo inocente y loable, desde luego, de comprobar cómo pasaba las noches el mayor Benjy, porque la había engañado y le había hecho creer que, gracias a la benéfica influencia femenina, se iba muy pronto a la cama. Al final se había encontrado con que se quedaba despierto hasta muy tarde. Y, además, se había comprometido a no abrir el pico ni decir ni una sola palabra sobre la depravación alcohólica del capitán Puffin, bajo pena de que ella misma fuera acusada — por dos testigos nada menos— de ser también una depravada. Más doloroso fue aún el papel desempeñado por su querido mayor Benjy en aquellas odiosas negociaciones: era

incluso posible que hubiera dado más valor a su amistad con aquel tipejo infame que a la caballeridad. ¿Y qué implicaba aquel silencio del mayor? Probablemente era defensivo; seguramente sospechó que él mismo estaría incluido en las historias que la señorita Mapp sembraría a lo largo y ancho del fructífero reino de las habladurías de Tilling. Y, naturalmente, cuando Elizabeth se acordó de sus alaridos a propósito de los capullos de gusano, la incoherencia general de su discurso y su inestabilidad corporal, se dijo que el hombre tenía abundantes razones para formularse dicha suposición. Cuando las luces se apagaban en su casa, el mayor pasaba a casa del vecino, se convertía en un cómplice, en un cooperador e incluso tal vez se unía al capitán Puffin en sus libertinas ingestas de alcohol. Cuando su ventana estaba encendida, a noches alternas, sin duda el capitán Puffin desempeñaba un papel similar. Aquello había estado ocurriendo durante semanas enteras, ante sus mismísimas narices, sin que ella tuviera la más mínima sospecha.

Humillada por todo lo que había ocurrido, y un tanto abatida por el sentimiento de haber permanecido tan ciega, se adentró en la cocina de su casa y encendió uno de los fogones para prepararse un cacao caliente, que al menos mitigara sus castañeteos dentales. Había una carta para Withers, a medio meter en su sobre, sobre la mesa de la cocina, y mecánicamente la abrió y la leyó junto a la azulada llama del quemador. Siempre había sospechado que Withers tenía un admirador, y allí estaba la prueba. ¡Pero que fuera el señor Hopkins, el de la pescadería!

Por todos es sabido que la ciencia médica utiliza un procedimiento conocido como «contrairritante». Si el paciente sufre de dolor y reuma en las articulaciones, se le aconseja ponerse una compresa muy caliente sobre la piel. El escozor será tan angustioso que al paciente se le olvidará el dolor de las articulaciones. Metafóricamente, el señor Hopkins era un termógeno para el ultrajado y dolorido espíritu de la señorita Mapp, y el escozor de saber que Withers debía de haber dado esperanzas al señor Hopkins (o de lo contrario difícilmente este hombre podía haber escrito una carta tan familiar y tan amorosa), y de hecho estar contemplando el matrimonio, alivió la dolorosa humillación de todo lo que había ocurrido en medio de la bruma marina. Aquella carta arrojaba una nueva y morbosa luz sobre Withers, y conseguía que su señora sintiera como si hubiera estado alimentando a una serpiente en su regazo, al pensar que Withers estaba contemplando un acto de egoísmo tan odioso como el matrimonio. Tendría que buscar una nueva criada, y todos los problemas relacionados con ese engorro no compensarían ni de lejos la lejana posibilidad de poder comprar pescado a un precio más bajo. Eso era lo menos que Withers podía hacer por ella: insistir para que el señor Hopkins le dejara los lenguados y los rodaballos a buen precio (por no decir; excepcionalmente baratos). Además, tal vez debería contarle a Withers que había visto al señor Hopkins... No, eso era imposible: si decidía comunicárselo, debía ser por escrito. Y desde luego, solo lo haría porque apreciaba mucho a Withers.

La señorita Mapp dio vueltas y más vueltas en su lecho de inquietud, y su mente regresaba siempre al mayor y al capitán, y al fiasco entre la niebla. Por supuesto, estaba en su perfecto derecho a contarle a todo el mundo en Tilling lo que había ocurrido, dado que la promesa se había hecho bajo amenazas. A partir de entonces, solo cabía confiar en la caballeridad de los hombres para que no cumplieran su amenaza, pero, observando

el asunto con un absoluto desapasionamiento, llegó a la conclusión de que no sería muy prudente confiar demasiado en la caballeridad de aquellos dos hombres. Sin embargo, aunque ellos se atrevieran a llevar a cabo su amenaza, impropia de caballeros, nadie en Tilling creería seriamente que ella había estado borracha. Pero sí podrían burlarse desagradablemente y a sus anchas fingiendo que sí, y la simple perspectiva la aterrorizaba. Poco importaba que Tilling lo creyera o no —ella lo sabía—, unos restos de ridículo siempre se le quedarían adheridos, y su reputación de haber sido tal vez la causa de la disputa —que felizmente no acabó en duelo— se perdería para siempre. Su anticipadora mente podía imaginarse, con todo detalle, aquella terrible escena: cuando oyera la historia, Evie prorrumpiría en aquellos molestos chillidos de ratón; mientras que la pintoresca Irene estallaría en aquellas desagradables carcajadas. Era un verdadero engorro que la honestidad tuviera que ser el modo de proceder más conveniente.

Su imaginación, aún virulentamente activa, se apagó durante unos instantes para abordar el eterno problema del baúl. Se preguntaba, por enésima vez, por qué, si el baúl contenía los mortales aparejos del duelo, los querellantes no se embarcaron en el tren con él. Y si no... (Esa era la única alternativa posible). Cruzó su mente una idea tan brillante que la habitación casi se iluminó. La carta de desafío decía claramente que los padrinos del mayor Benjy irían a visitar al capitán Puffin a lo largo de la mañana. ¿Con qué objeto, pues, el primero había ido la estación para coger el primer tren que pasara? Solo podía ser con un objeto, concretamente, largarse de Tilling tan rápidamente como le fuera posible y alejarse de la peligrosa cercanía del retado capitán. ¿Y por qué el capitán Puffin dejó aquella nota en la mesa diciendo que tenía que irse sin falta y urgentemente, sino para escapar de la feroz vecindad de su retador?

—¡Serán cobardes! —exclamó la señorita Mapp—. ¡Estaban huyendo el uno del otro! ¡Qué ciega he estado!

El velo se había rasgado. Obnubilados por la idea de un duelo ente las dunas de arena, los ciudadanos de Tilling habían pasado por alto la importancia del tren. La señorita Mapp estaba segura de haber, al fin, resuelto el misterio, y se entregó a una deliciosa consideración sobre cómo podía hacer uso de aquel precioso tesoro. Todos los lamentos por la imposibilidad de arruinar la reputación del capitán Puffin y su tendencia a empinar el codo desaparecieron por completo, porque ahora tenía un infundio aún más negro y mortal en la manga. Por su cabeza no pasó la más mínima duda respecto a arruinar la reputación del mayor Benjy, pero sí se regodeó en esa posibilidad. Aquel pusilánime no solo la había engañado sobre lo que hacía a altas horas de la noche en días alternos, sino que había mostrado una infame predisposición a respaldar las mentiras del capitán Puffin, olvidando por completo cualquier impulso caballeresco. Durante semanas, aquel par de hombres lamentables habían disfrutado de los falsos esplendores de ser considerados caballeros de honor y valor, cuando en realidad habían hecho todo lo posible por coger el primer tren que saliera de Tilling y hacer las maletas a hurtadillas con el fin de huir de los acalorados arrebatos de una pelea que, tal y como lo veía ahora, probablemente derivaba del vaciamiento constante de botellas de whisky. Aquellos misteriosos gritos sobre los capullos de gusano no eran más que otra disputa de borrachos. Y, para colmo de toda la deducción de la señorita Mapp, su propia posición

como causa y razón del proyectado duelo era totalmente irrefutable. Si mantenía el silencio sobre la bebida, nadie sospecharía que todo aquello había sido una pelea de borrachos: ella aún se mantendría como la heroína de la historia, aunque los héroes fueran terriblemente desacreditados. Desde luego, habría sido mucho mejor si su ardor por ella hubiera sido tal que uno de ellos —al menos— hubiera estado dispuesto al sacrificio, en vez de no estar dispuestos a luchar en absoluto. Pero incluso así, estaba contenta con el resultado. «Me valen las dos opciones», se dijo la señorita Mapp, interrumpiéndose con un estornudo, pues había estado sentada en la cama durante un tiempo considerable.

Para una persona con la reconocida experiencia de la señorita Mapp, el primer paso de su nueva y deliciosa campaña estratégica era obvio. A la mañana siguiente, después de desayunar, pasó muy poco tiempo en el mirador del cenador y, por el contrario, salió a la calle con su cesta de la compra a una hora inusualmente temprana. Al pasar entre las dos puertas de los sinvergüenzas de sus vecinos, sintió un escalofrío, pues el frío de la niebla de la pasada noche y sus espantosos recuerdos aún seguían allí. No obstante, la tarea hacia la que se encaminaba calentó su alma igual que aquel tibio día de noviembre reconfortó su cuerpo. En aquel momento, no había ni el menor signo de vida en las moradas de aquellos bebedores, ningún grito indicaba que se requería un desayuno, y ella aplicó su ironía más feroz a la idea de que las fuerzas armadas dormirían hasta tarde después de su prolongado trabajo de la noche anterior en los diarios y las calzadas romanas. Por una natural repulsión, violenta en proporción a la intensidad de su anterior preocupación por el mayor Benjy, la señorita Mapp se aferró más a la perspectiva de desenmascararlo a él en vez de al otro. Había disfrutado con ciertas ensoñaciones relativas al mayor Benjy, y la transformación de esas ensoñaciones en pesadillas transformó su debilidad para con él en algo parecido a una piedra al rojo vivo, confiriendo a la venganza una dulzura concentrada, como de sacarina frente a los habituales terrones de azúcar. Aquella dulzura era una cualidad tan poderosa que momentáneamente se olvidó del contenido de la carta que Withers había olvidado en la mesa de la cocina, y se dirigió hacia el señor Hopkins dedicándole una sonrisa inconsciente.

—Buenos días, señor Hopkins —lo saludó—. Me pregunto si tendría usted un lenguadito para mi cena de hoy. ¿Sí? ¿Me lo puede llevar a casa entonces? ¡Qué mañana tan deliciosa, como si fuera mayo!

El movimiento de apertura, por supuesto, era contarle a Diva la revelación que había tenido la noche anterior. Diva era, sin discusión, la mejor diseminadora de rumores: caminaba muy deprisa y su modo de hablar, tan telegráfico, era rápido y directo. ¡Lengua lacónica y pies veloces! ¡Menuda cotilla profesional!

—Diva, cariño, tengo que entrar un momento —le dijo Elizabeth, dándole afectuosamente dos simulacros de besos en ambas mejillas—. ¡Unas cositas que quería decirte!

—Ah, sí, la condesa de Faradiddleony^[34] —dijo Diva sarcásticamente—. Ya me enteré ayer. Ha suspendido el viaje.

La señorita Mapp apenas si consiguió sofocar la alegría ante aquella noticia, pero se contuvo porque su emoción habría revelado que no sabía nada al respecto.

—No, querida, no es eso —dijo—. No creía que lo supieras. Qué pena, ¿verdad?, ¡precisamente ahora que todos empezábamos a creer que realmente había una Contessa di Faradiddleony! ¡Qué nombre tan bonito! Por mi parte, creeré en ella cuando la vea. ¡Pobre señor Wyse!

—Entonces, ¿qué noticias son? —preguntó Diva.

—Querida mía, se me representó todo como en un fogonazo —dijo Elizabeth—. Tengo toda la explicación de lo del baúl y del tren de primera hora de la mañana y el duelo.

Diva pareció decepcionada. Ella pensaba que eran noticias de verdad, no algo que se le hubiera ocurrido a la ocurrente Elizabeth.

—A ver, dime —dijo, como si ya supiera que la respuesta no iba a entusiasmarla.

—Huyeron el uno del otro —dijo Elizabeth, articulando exageradamente las palabras, pero apenas sin pronunciar ningún sonido, como si estuviera hablando con una persona totalmente sorda que solo entendiera a través de la lectura de los labios—. La causa del duelo no tiene ninguna importancia... —Y entonces bajó castamente la mirada—. No la tiene porque el mayor, en cuanto envió el desafío, se puso a llenar el baúl de viaje. Huía, querida Diva, y se encontró con el capitán Puffin en la estación, que también estaba huyendo.

—Pero entonces... —titubeó Diva.

—Sí, querida; la nota del capitán Puffin, la que dejó encima de la mesa para su criada, decía que había tenido que irse rápida y urgentemente. ¿Y por qué? ¡Cobardía, querida! ¡Qué infame es todo esto! ¡Y todos nosotros pensando lo valientes y lo maravillosos que eran! Huían el uno del otro, y regresaron juntos y se pusieron a jugar al golf. Nunca consideré que fuera un juego de hombres. ¡Y las dunas de arena, donde se suponía que estaban batiéndose en duelo! Puede que perdieran alguna pelota por allí, pero eso sería lo máximo que perderían. La vida no, desde luego. ¡Pobre Padre! Yendo a detener un duelo y encontrándose solo con un partidito de golf. Pero ahora entiendo mejor la naturaleza de los hombres. ¡Este asunto me ha abierto los ojos, ya lo creo!

Diva, para entonces, ya estaba dando vueltas por la estancia, y deseando salir a la calle para contárselo a todo el mundo. No pudo encontrar ni una fisura en las suposiciones de Elizabeth. Su argumento estaba tan sólidamente fundado como una proposición euclidiana.

—¿Y se te ha pasado por la cabeza que estuvieran borrachos? —preguntó—. ¿Tú te crees lo de las calzadas romanas y los diarios? Yo no.

La señorita Mapp se puso en pie de un brinco. Banderas de peligro comenzaron a ondear ante sus ojos y enrojecieron su rostro. ¿Y si a Diva se le ocurría ir por todo el pueblo, sugiriendo que además de ser unos cobardes aquellos hombres eran unos borrachines? —Sin duda, ese hubiera sido el término escogido por la señora Plaistow—. En cuanto les llegara el más mínimo rumor, ellos supondrían que había sido ella quien había desatado toda la historia, y entonces...

—No, Diva, cariño... —dijo—, no se te ocurra pensar eso ni por un momento. Es muy peligroso dar por sentado nada semejante. Cobardes, sí, eso sí, y lo son de verdad, pero jamás he visto yo nada que me haga suponer que beben. Tenemos que ser justos con

ellos, y concentrarnos en lo que sabemos; no debemos lanzar acusaciones sin ton ni son sobre otros asuntos, solo porque sepamos a ciencia cierta que son unos viles cobardes. Un cobarde no tiene por qué ser un borracho, ¡gracias a Dios! Todo esto es muy triste y lamentable, ¿verdad?

Habiendo evitado ese peligro, la señorita Mapp, con el rostro radiante y emocionado, parecía estar soportando aquella desgracia con mucho valor, y como Diva ya no podía aguantarse más y necesitaba salir ya a hacer los recados, ambas se lanzaron juntas a la corriente de High Street, yendo y viniendo entre los torbellinos de sus aguas con la solución del asunto del baúl y del tren de primera hora como único salvavidas.

Pocas compras se hicieron aquella mañana, pues en las aceras se formaban sucesivas permutaciones y combinaciones de los miembros de la sociedad de Tilling (con excepción de los susodichos cobardes, naturalmente) para desarrollar las más variadas conversaciones posibles. Diva, como cualquiera podría imaginar, dio pruebas de su acostumbrada perfidia antes de que transcurriera mucho tiempo, y desde luego le dio a entender al Padre que la sucesión de razonamientos deductivos era de su propia cosecha, y Elizabeth tuvo que apresurarse a sacarlo del error. Pero el descubrimiento en sí mismo era tan fabuloso que algunas pequeñas divergencias como esa no podían arruinar la gloriosa calidad del mismo. Incluso el señor Wyse abandonó su habitual neutralidad con respecto a la política social del municipio y olvidó su elegante bastón en la botica, tan interesado y entusiasmado estaba en el asunto, para salir a ver a la señorita Mapp en la acera y obtener algún detalle más de la historia.

Alrededor de las once, aquella misma mañana, los dos duelistas ya eran conocidos en todo el pueblo como «los cobardes». Solo el Padre mostró alguna reticencia, aunque fue abrumadoramente vencido por los demás. Él sostenía (aferrándose a la dignidad de la hombría) que el mayor había sido muy valiente enviando un desafío a su amigo (cualquiera que fuera la causa), y aunque no hubiera podido mantener ese elevado nivel de valor, había demostrado un extraordinario coraje, pues, por lo que él sabía, el capitán Puffin podría haberlo aceptado. La señorita Mapp fue la portavoz de Tilling ante este juicio, a todas luces demasiado indulgente.

—Querido Padre —le dijo—, es usted demasiado generoso. Ambos huyeron: no puede obviar ese hecho. Aparte, debe usted recordar que cuando el mayor envió su nota de desafío, conocía al capitán Puffin, oh, y tanto, y estaba seguro de que saldría huyendo.

—¿Y entonces por qué iba a huir él? —preguntó el Padre.

Fue una pregunta un tanto desconcertante, pero la señorita Mapp enseguida dio con una explicación.

—Oh, para asegurarse —dijo, y Tilling aplaudió su fina ironía y su agilidad mental.

Y entonces, aquella altruista donación de información alcanzó el clímax de la emoción sensacionalista cuando, alrededor de las once y diez, los dos cobardes aparecieron en High Street de camino a la estación del tranvía, para ir a los campos de golf y disputar su indoloro partidito de golf. El día amenazaba lluvia, y ambos llevaban bolsas con ropa para cambiarse. Justo en la esquina de High Street se encontraba el grupo que había aplaudido la agilidad mental de la señorita Mapp, y los cobardes se abrieron paso entre ellos. Al ver que la señorita Mapp era la más preeminente entre los que

interrumpían el paso, se echaron una mirada, pero ya era muy tarde para ir por otro lado, y saludaron conforme a las normas habituales.

—Buenos días —dijo Diva, con la voz temblorosa—. ¿Ya van a coger el primer tren... quiero decir, el tranvía?

—Buenos días, capitán Puffin —dijo la señorita Mapp con una extraordinaria amabilidad—. ¡Qué preciosidad de bolsa de viaje! ¡Oh, y el mayor también tiene una! Umm...

Un cierto abatimiento se dibujó en la mirada del mayor Flint, y el capitán Puffin se quedó con la boca abierta, y olvidó cerrarla.

—Sí, es para cambiarnos de ropa —dijo el mayor—. Parece que la mañana amenaza con llover.

—Amenaza, amenaza mucho —dijo la señorita Mapp—. Espero que no hagan ustedes nada peligroso o temerario.

Tras un momento de silencio en el que ambos escrutaron de uno en uno los rostros de aquel grupo, a ninguno se le pasó por alto que todos ellos lucían, inexplicablemente, unas sonrisas inmutables.

—Se estará bien allí, por las dunas... —dijo el Padre, y su mujer dejó escapar un chillido de ratón.

—Bueno, vamos a perder el tranvía —apremió el mayor—. *Au... au reservoir*, señoras.

Nadie osó responder a tan adulterada respuesta, en absoluto, y ellos se apresuraron a bajar la calle, con las bolsas chocando entre ellas e incomodándose mutuamente.

—Algo está pasando, mayor —sugirió Puffin, con la perspicacia de un verdadero tilinguense, en cuanto estuvieron demasiado lejos como para que los vecinos pudieran oírle.

Y exactamente en ese mismo momento la señorita Mapp lanzó una pequeña risa de gallina.

—Bueno, y ahora tengo que darme prisa y hacer mis recaditos, Padre —dijo, y lanzó besitos a todos con la mano. El telón había caído de repente para ofrecer a todo el pueblo una espectacular escena dramática. Cualquier conversación, justo entonces, habría sido anticlimática.

El capitán Puffin no encontró más que a un abatido diarista cuando pasó a casa del mayor Flint aquella noche para estudiar las calzadas romanas; y en realidad, también él tenía el aspecto de un arqueólogo abatido. Habían estado comentando y pensando durante todo el día el extraño recibimiento que le habían dispensado los vecinos en High Street aquella mañana; y las extrañas alusiones a las bolsas, las dunas de arena y los trenes de primera hora. Cuantas más vueltas le daban, más fuerza cobraba la hipótesis de que, en efecto, sus queridos vecinos estuvieran tejiendo las redes de una de sus insolentes conspiraciones. Aunque de idéntico vigor era la idea de que, con respecto al duelo, ya estaba todo hablado. Durante semanas, las damas de Tilling los habían mirado con un sentimiento cercano a la veneración, pero les pareció que se escondía poquísima veneración tras los comentarios de aquella mañana. Dado que todo había ocurrido inmediatamente después de su deplorable encuentro con la señorita Mapp la noche anterior, aquella actitud irreverente probablemente se debía a alguna maniobra irreligiosa de Elizabeth. Al menos, esa era la opinión del mayor, y cuando mantenía una opinión, habitualmente la expresaba: muy propio de Benjy el Deportista.

—Pues nada, muchas gracias, Puffin —dijo—. Diantres, me avergüenzo de ti por haberle dicho a la señorita Mapp lo que le dijiste ayer. Qué falta absoluta de cualquier mínimo sentimiento caballeroso, decirle que si ella decía que estábamos borrachos, tú dirías que ella también. Ella estaba tan sobria y lúcida ayer por la noche como esta mañana. Y estaba diabólicamente lúcida, a mi juicio, esta mañana.

—Lo que fue una vergüenza fue que no interviniera usted ayer por la noche —dijo Puffin—. Ayer pensaba que era una idea muy ingeniosa por mi parte atarle la lengua a la señora.

—Hay cosas más importantes y delicadas en este mundo que el ingenio, señor mío —dijo el mayor—. ¿A qué nos ha conducido su ingenio? Al ridículo público. Puede que a usted no le importe... puede que esté usted acostumbrado, pero un hombre debería tener en consideración las consecuencias de sus actos respecto a los demás. Mi estatus en Tilling ha cambiado radicalmente. Y ha cambiado a peor, señor mío.

Puffin se adornó con su desagradable y aflautada risa.

—Si su estatus en Tilling dependía de su reputación como valiente sanguinario —dijo—, cuanto antes cambie, mejor. Estamos en el mismo barco. No puedo decir que me guste el barco, pero ahí estamos. Eche un trago y se sentirá mejor. No se preocupe tanto por su estatus.

—Me preocupo como para pensar en no volver a beber jamás —dijo el mayor, sirviéndose uno de sus pequeños vasos de whisky—, si la bebida conduce a este tipo de cosas.

—Pero no es así —dijo Puffin—. ¿Cómo ha podido correr la noticia? Yo no lo sé, y para el caso, usted tampoco. Si no hubiera sido por mí ayer noche, todo el mundo en

Tilling habría sabido que, además, usted y yo estábamos borrachos. Eso no habría mejorado nuestro estatus, a mi entender.

—Todo ha sido una consecuencia de lo que usted le dijo a Mapp... —comenzó el mayor.

—Pero, Dios bendito, ¿cuál es la relación? —preguntó Puffin—. ¡Dígame cuál es la relación! ¡Veamos cuál es la relación! ¡No hay ninguna relación! El duelo ni siquiera se mencionó ayer por la noche.

El mayor Flint pensó en ello sumido en su sombrío silencio, dando sorbitos a su whisky.

—La partida de *bridge* en casa de la señora Poppit de pasado mañana... —dijo—. No creo que pueda afrontarlo. Imagine que todos empiezan con alusiones al duelo y a los trenes de primera hora y todo eso. No sería capaz de concentrarme en las cartas por temor a que empezaran con eso. Ningún hombre con sangre en las venas podría soportarlo.

Puffin hizo un ruido que sonó como si dijera: «¡Bobadas!».

—¿Perdone, qué dice? —dijo el mayor con soberbia.

—Estoy de acuerdo con lo que dice, de todas todas —dijo Puffin—. Pero no veo por qué se está preocupando tanto. No salimos peor parados que si hubiéramos tenido una reputación por ser tragasables. Ser tragasables es una ruina, eso es todo. La cosa duró lo que duró, y fue agradable, y ahora estamos donde estamos.

—Pero es que no es así —dijo el mayor—. ¡Somos mentira! Y eso no es lo mismo que ser unos mentirosos: son cosas muy distintas. ¿Y quién nos lo va a restregar por la cara, amigo mío? ¿Quién ha estado dándole al pico todo lo que ha querido? La señorita Mapp, con quien, si me permite decírselo sin que se ofenda, se portó usted ayer por la noche como un perro.

—Y había otro perro mirando y moviendo el rabo —replicó Puffin.

La discusión continuó hasta los límites que consideraron seguros, y Puffin se apresuró a decir algo agradable sobre la alfombra de la chimenea, a lo cual su amigo hizo una réplica adecuada. Pero después de tratar el asunto de la noche anterior, y de las siniestras sugerencias que se habían dicho en High Street aquella mañana, había poca alegría o connivencia en la presente velada. El desvergonzado optimismo de Puffin no era más que el leve tintineo de un platillo, y el mayor ni siquiera tenía platillo en el que tintinear. No hacía más que resoplar y bufar, dándole vueltas a la cabeza y pensando en cómo reconciliarse con la señorita Mapp. Si podía aliarse con ella, si se la pudiera ganar para su causa, podría enfrentarse al resto de Tilling con total indiferencia, porque los suyos eran los dardos más penetrantes y las cortesías más punzantes. También tenía mucho más que perder que Puffin, según creía, porque hasta el asunto del duelo su colega nunca había tenido fama de haber llevado a cabo hazañas de sanguinaria galantería caballeresca, mientras que él había gozado desde siempre de una sólida reputación en lances amorosos y de honor. El matrimonio, sin duda, arreglaría el asunto muy satisfactoriamente, pero su vida de soltero, plena de golf y diarios, no podía cambiarse a la ligera por lo desconocido. Antes que eso...

En esos razonamientos estaba el mayor cuando se le encendió una luz que le puso en

pie de un brinco y, siguiendo el fulgor de su mente, salió cojeando del malestar en que se encontraba.

—Le diré lo que vamos a hacer, Puffin —dijo—. Usted y yo, sobre todo usted, le debe a esa apreciadísima dama unas sinceras disculpas por lo que sucedió ayer por la noche. Debe usted retractarse de cada palabra que pronunció, y de cada palabra que yo no dije, ya de paso.

—Eso no puede ser —dijo Puffin, rotundo—. Eso sería dar mi brazo a torcer y rendirme delante de su amiga. Seríamos conocidos en todo el pueblo como un par de borrachos antes de que pudiera usted parpadear. Y eso es peor que lo otro.

—Nada de eso. Si ha sido la señorita Mapp (y estoy seguro de que es así) la que ha ido difundiendo todo esto... Todos estos malditos rumores sobre nuestro duelo, es porque se ha sentido humillada y ofendida, y muy justamente, por su conducta de ayer por la noche, Puffin. Y por la mía también, si quiere usted. Unas disculpas en toda regla, señor mío; esa es la solución.

—Esa es la disolución —dijo Puffin—. No, gracias.

—Esa expresión es un poco desafortunada —dijo el mayor Flint—. Pero haga lo que quiera. Y, con su permiso, yo haré también lo que más me convenga. Yo me disculparé por mi participación en aquella lamentable representación, en la cual, gracias a Dios, solo tuve un papel menor. Esa es mi opinión, y si no le gusta, pues que no le guste.

Puffin bostezó.

—Mapp es un gato —dijo—. Dele un manotazo a un gato y le arañará. Tírele un canto a un gato y le mirará con desprecio y se escabullirá. Es usted una compañía muy mala esta noche, mayor, con todas esas dudas.

—Entonces, señor mío, puede usted librarse de mi compañía yéndose a su casa —sentenció el mayor.

—Eso era lo que estaba a punto de hacer. Buenas noches, muchacho. A la misma hora mañana para ir a coger el tranvía, a no ser que esté usted demasiado maltrecho.

La señorita Mapp, sentada en el radiador del cenador, olisqueó por la ventana para ver cómo estaba la noche. Aunque aún no eran ni las diez y media, los salones de sus dos acoquinados vecinos estaban a oscuras, y se preguntó qué habría ocurrido exactamente. No había partida de *bridge* aquella noche en ninguna casa, y al parecer tampoco había trabajo con los diarios ni con las calzadas romanas. ¿A qué se debería aquella sobria y escarmentada oscuridad?

A la mañana siguiente, el mayor dio su alarido habitual («¡qui-hi!») para exigir el desayuno a una hora inusualmente temprana. La decisión de aplacar, si podía, la hostilidad de la señorita Mapp no le había permitido —igual que ocurrió con el desafío— pegar ojo durante toda la noche. Se había puesto su levita, utilizada la última vez con motivo de la visita del Príncipe de Gales (cuando no llegó en el tren de las 18.45); y ninguna mujer, por muy furiosa que estuviera, podría evitar reconocer esa indumentaria como un cumplido ejecutado con toda formalidad. Así vestido, con una chistera y unos zapatos de charol, alguien desde el mirador del cenador lo vio salir de su casa en el mismo momento en que el capitán Puffin dejaba la esponja en el alféizar de su cuarto de baño. Probablemente el capitán también lo vio salir, porque sus dedos soltaron demasiado

pronto la esponja y esta se precipitó a la calle. Insospechadas suposiciones revolotearon en la hiperactiva imaginación de la señorita Mapp; la hipótesis más probable era que el mayor Benjy iba a proponerle matrimonio a la señora Poppit, porque si se había vestido así porque tenía que viajar a Londres con motivo de algún acontecimiento especial, se habría dirigido calle abajo en vez de subir la cuesta. Y entonces observó cómo el dedo nervioso de aquel caballero presionaba el timbre... ¡de su puerta! Así que no iba a proponerle nada a la señora Poppit.

Desprevenida, la señorita Mapp salió corriendo del cenador y se apresuró en los breves escalones del jardín que daban a la casa justo a tiempo para interceptar a Withers, aunque en esta ocasión no tenía ninguna intención de ordenarle que le dijera a la visita que había salido. Entonces, Withers, de acuerdo con las instrucciones recibidas, esperó hasta que la señorita Mapp acabó de subir de puntillas hasta el piso superior, y después, tras abrir la puerta y recibir al mayor, lo condujo al cenador, prometiéndole anunciar su presencia a su señora. El mayor, nervioso, apretó media corona en el puño, pensando que era un florín. No podía justificar exactamente el porqué de ese impulso, pero en el fondo subyacía la idea de que aquello le procuraría suerte.

Entretanto, la señorita Mapp se había sentado en el borde de la cama, y rechazó con toda firmeza la idea de que aquella visita tuviera algo que ver con el matrimonio. Durante todos aquellos años de amistad, el mayor nunca había llegado hasta esos extremos y, fuera lo que fuera lo que pudiera reservar el futuro, no era muy probable que el mayor comenzara una aventura precisamente en esos momentos, cuando ella lo estaba castigando con extrema ferocidad por su comportamiento escasamente caballeresco. Pero, entonces, ¿qué significaba aquella levita? (La criada del capitán Puffin había bajado a coger la esponja. Ojalá se le hubiera llenado de barro). Un justísimo añadido al castigo que le estaba infligiendo sería decirle a Withers que no pensaba verle, pero en ese caso las consecuencias también serían insoportables para ella, porque no podría tener un momento de paz si no averiguaba cuál era la naturaleza y el objeto de la visita del mayor Flint. Tal vez se dirigía a casa del Padre para entregarle una nota de desafío por haber mencionado de aquel modo ofensivo las dunas de arena el día anterior. Tal vez había pasado para avisarla, y que así ella pudiera detener otro duelo. No, no parecía muy probable. Incapaz de soportar la intriga, mantuvo su rostro en el espejo hasta conseguir la expresión de gélida dignidad con la que se presentaría ante el mayor. Se echó sobre los hombros la capa ribeteada en azul que se había puesto con ocasión de la visita del Príncipe, y con la que se había quedado sentada en mitad de la calle al no conseguir mantener el equilibrio de sus bien contorneadas posaderas. La prodigiosa mente de la señorita Mapp recordaba que combinaba con la levita del mayor.

Con su capa azul y su rostro gélido, la señorita Mapp bajó tarareando una cancioncilla y subió los pocos escalones del cenador. Luego se detuvo allí, justo después de abrir la puerta. No le ofreció estrechar la mano.

—¿Deseaba verme, mayor Flint? —dijo, con una voz parecida a la que los icebergs utilizan para saludar a otros icebergs cuando se cruzan de noche en los mares árticos.

Desde luego, no parecía que el mayor Flint deseara verla; más bien parecía que detestaba tener que verla, porque retrocedió hasta una esquina de la estancia y allí se

quitó el sombrero.

—Buenos días, señorita Mapp —la saludó—. Ha sido usted muy amable. Yo... he venido...

Obviamente, tenía dificultades para decir lo que había ido a decir, pero si pensaba que ella estaba dispuesta a proporcionarle la menor ayuda, estaba en un error.

—Sí, ha venido —dijo—. Por favor, siéntese.

Él se sentó; ella permaneció de pie; él se levantó de nuevo.

—He venido —continuó el mayor—, he venido para expresarle mis más profundas y sinceras disculpas por mi desafortunado comportamiento de la otra noche, o, más bien, por no tomar un papel más activo... Y permitir, efectivamente, que un amigo mío le hablara a usted de un modo que desacredita de igual modo...

La señorita Mapp inclinó la cabeza, como si intentara recordar algún hecho trivial y sin importancia.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y qué fue?

—El capitán Puffin... —titubeó el mayor.

Entonces, la señorita Mapp pareció recordarlo todo.

—Espero, mayor Flint —dijo—, que no considere usted necesario mencionarme al capitán Puffin. No le deseo nada malo, pero él y todo lo suyo no son de mi incumbencia. Voy a tener la caridad de suponer que estaba completamente borracho en la ocasión a la que supongo alude usted. Solo una intoxicación etílica podría excusar lo que soltó por aquella senil boca. Dejemos al capitán Puffin fuera de nuestra conversación y dígame lo que haya venido a decir.

Una buena jugada. Aquello impelía al mayor a comenzar de nuevo.

—He venido solo y solo hablo por mí... —dijo.

—Ya, entiendo —dijo la señorita Mapp, trayendo a colación de nuevo, y sin perder uno solo de los deliciosos segundos otoñales, al capitán Puffin—. El capitán Puffin, que supongo ya estará sobrio, no tiene intención de disculparse por lo que dijo cuando estaba, digamos, alejado de la cordura, embriagado por no sé qué espíritu espirituoso. Entiendo perfectamente, y no esperaba de él ni más ni menos. Sí. Perdone, me parece que le he interrumpido.

El mayor Flint arrojó a su amigo por la borda como el lastre de un globo aerostático.

—Yo solo hablo por mí —insistió—. Me he comportado... señorita Mapp, como un... eeh... gusano. Una dama indefensa, un borracho insolente... Me refiero al capitán Puf... Lo siento, siento verdaderamente mi comportamiento.

Hasta ese momento, la señorita Mapp no había decidido si iba a perdonarle o no; pero en ese instante comprendió el terrible castigo que podría infligir a Puffin si perdonaba al mayor con su deslavazado y posiblemente verdadero arrepentimiento. El hombre ya había hablado con dureza respecto a la ofensa de su amigo, y ella podía conseguir que ambos tuvieran la vida más asquerosa imaginable —sobre todo Puffin— si conseguía que el mayor aceptara que no podía volver a dirigirle la palabra al capitán (si es que lo sentía de verdad). Ya no habría más golf, ni más diarios. Además, si la veían a ella manteniendo de nuevo buenas relaciones con el mayor y cortando con el capitán Puffin, la interpretación natural sería que ella había averiguado que en la disputa original del

duelo, el mayor la había defendido de alguna ofensa, hasta el punto de desafiar a su amigo, aunque después todo se hubiera subsanado. Tilling era una sociedad suficientemente inteligente como para hacer esas deducciones sin que ella tuviera que intervenir con alguna de sus benignas sugerencias. Pero si no perdonaba a ninguno de los dos, probablemente continuarían con sus partiditos de golf y con sus orgías a horas intempestivas, diciendo cosas absolutamente espantosas sobre ella, y no tendría ya ninguna relevancia si los había perdonado o no. Tomó una decisión, y esbozó una levísima sonrisa.

—Oh, mayor Flint —dijo—, me duele horriblemente que se quedara usted allí y oyera cómo ese hombre (si es que es un hombre) me decía todas aquellas cosas espantosas y falsas y no se pusiera usted de mi parte. Me hizo sentir muy sola. Yo siempre he sido muy buena amiga suya, y usted me paga de este modo. No sé lo que he hecho para merecer semejante trato. No he podido pegar ojo desde entonces.

Aquello resultó muy conmovedor, y el mayor empezó a frotar violentamente y del peor modo posible la pelusilla de su chistera. Entonces, la señorita Mapp le ofreció su más brillante sonrisa.

—¡Oh, me alegro muchísimo de que haya venido a presentarme sus sinceras disculpas! Mi querido mayor Benjy, ya somos otra vez amigos —exclamó, y se llevó el pañuelo a los ojos por la emoción—. ¡Oh, qué tonta soy! —añadió—. Ahora, siéntese en mi sillón más cómodo y fúmesese un cigarrillo.

El mayor Flint hizo el gesto de besarle la mano que ella le tendía, y se aclaró la garganta para resaltar cuán emocionado estaba. Realmente era un alivio pensar que no iba a hacer horribles alusiones a duelos en mitad de las partidas de *bridge*.

—Y claro, pensando lo que piensa usted del capitán Puffin —continuó la señorita Mapp—, por supuesto no volverá a verlo jamás. Supongo que en eso estaremos plenamente de acuerdo usted y yo, ¿no? Se ha separado de él absolutamente. Es la consecuencia de venir a pedir perdón.

Entonces, al mayor le resultó evidente que aquella condición era un imperativo de su perdón, aunque ese hecho, tan obvio para la señorita Mapp, a él no se le había pasado por la cabeza antes. Sin embargo, no le quedaba más remedio que aceptarlo, o volver a quedarse muerto y sin extremaunción. Ya se lo explicaría a Puffin, al resguardo de la noche, o quizá con lenguaje de signos desde su ventana.

—Un comportamiento infame, imperdonable —exclamó el mayor Flint—. ¡Bah!

—Me alegra mucho que piense así —dijo la señorita Mapp, sonriendo hasta que el mayor pudo ver toda la hilera de sus elegantes dientes—. Y, oh, ¿puedo decirle una cosita más? Creo una cosa, creo que la espantosa conmoción que sentí al ser insultada de aquel modo fue en realidad una maravillosa bendición, ahora que las verdaderas consecuencias se han revelado y usted ha puesto fin a su relación con él. Nunca me gustó esa relación, y me gustó menos que nunca la otra noche. No le conviene como amigo. ¡Oh, qué feliz y que agradecida estoy!

El mayor Flint comprendió que, de momento, estaba completamente comprometido por esa cláusula en el tratado de paz. No podía afrontar el hecho de ver cómo se rompía la alianza si —como ocurriría con toda seguridad— no aceptaba el compromiso en toda

su extensión. Y, desde luego, tampoco podía abandonar aquella estancia con la sospecha de que podrían recrudecerse las hostilidades. Tal y como estaban las cosas, iba a perderse el partido de golf de ese día, pues aparte del hecho de que apenas tendría tiempo para cambiarse de ropa (la idea de jugar al golf con levita y sombrero de copa era inconcebible), y aparte de que ya no podría coger el tranvía de las 11.20, no podía correr el riesgo de que lo vieran en compañía del capitán Puffin, en absoluto. Y, en realidad, en el futuro, a no ser que pudiera convencer al capitán para que le pidiera disculpas a la señorita Mapp, era evidente que si quería jugar al golf alguna vez más con su amigo, sería necesaria una interminable cantidad de mentiras y embustes y subterfugios con el fin de evitar que nadie los viera. Uno de ellos tendría que marchar diez minutos antes que el otro, e ir a coger el tranvía por caminos raros y fuera de la ruta habitual; tendrían que jugar de un modo clandestino y furtivo, despidiéndose antes de llegar al club de golf; incluso puede que fueran necesarios los disfraces. Tenían por delante una enorme cantidad de dificultades, pero ya estudiaría todo eso más adelante; en ese momento debía concentrarse en la bendición del perdón que le había concedido la misericordiosa señorita Mapp.

—Es muy generoso por su parte, señorita Elizabeth —di-jo—. Y respecto a ese... bueno, no quería aludir a ese hombre otra vez.

La señorita Mapp dejó escapar una risilla feliz, y, habiendo pergeñado otro plan, cambió completamente de tema y abandonó el asunto de los capitanes y los insultos.

—¡Mire! —exclamó—. Aún tengo estos pequeñitos capullitos de rosa, aunque ya estamos a finales de noviembre. Qué cositas más adorables, ¿no le parece? ¿Una para el ojal de su solapa, mayor Benjy? Y ahora, tengo que ir a hacer mis recaditos o Withers me reñirá. Withers es muy severa conmigo, ¿casi no me puedo ni mover! Si va usted a hacer algo por el pueblo, ¿me lleva con usted? Me pondré el sombrero.

El mayor Flint había comprendido que, de momento, las sugerencias eran órdenes. Dos minutos después, salían juntos por la puerta. La suerte, como siempre, fue compañera de la laboriosidad, porque el capitán Puffin estaba en su puerta, picado por la tardanza del mayor (si no se daba prisa, perderían el tranvía). Y ¡hete aquí!, allí venía con la señorita Mapp, ataviada con su capa ribeteada en azul, y el mayor ataviado como si fuera a casarse... con su chistera, su levita y su flor en el ojal. Ella no miró al capitán ni le dirigió la palabra; no parecía haberlo visto en absoluto (aunque las apariencias engañan), tan interesante y tan agradable parecía ser la conversación con su acompañante. El mayor, o eso pensó Puffin, intentó hacerle una seña o lanzarle una mirada a hurtadillas; pero ni siquiera pudo estar seguro de ello, porque de inmediato se transformó en un alegre interés por lo que la señorita Mapp estaba diciendo. Puffin se quedó alelado, con la boca abierta, viéndolos marchar, porque eran terribles como un ejército con sus banderas. Entonces, Diva, saliendo a toda velocidad de la pescadería, se detuvo en seco —dentro de sus posibilidades—, observando aquel fenómeno absolutamente inexplicable.

—Buenos días, Diva, cariño —dijo la señorita Mapp—. El mayor Benjy y yo vamos a hacer nuestros recaditos juntos. Es muy amable por su parte, ¿no te parece? Y yo soy muy mala por hacerle perder el tiempo conmigo. Le he dicho que debería ir a jugar al

golf. ¡Hace un día tan encantador! *Au reservoir*, preciosa. Oh, mayor Benjy, aquí viene el Padre. ¡Qué de prisa viene! Sí, ya nos ha visto. Y aquí viene la señora Poppit; todo el mundo disfrutando de este solecito. Qué maravilloso abrigo de piel, aunque yo diría que le resulta un poco pesado y demasiado caluroso. ¡Buenos días, querida Susan! ¿Haciendo la compra, también, como el mayor Benjy y yo? ¿Cómo está tu querida Isabel?

Desde luego, no se podía decir que la señorita Mapp no aprovechara excepcionalmente aquella mañana; la magnanimidad de su perdón pronto le granjeó increíbles dividendos. Se pasó la mañana calle arriba y calle abajo, con el mayor Benjy de criado, comprando en los ultramarinos, en la papelería, guantes, agua de Colonia, cordones de zapatos, el suplemento literario de *The Times*, flores de camomila secas, y, en fin, todo aquello que le resultaba indispensable y de primera necesidad para subsistir la semana siguiente. Incluso le permitió —tal era su firmeza en «mimarlos»— que le llevara la cesta de la compra, y cuando esta estuvo llena, lo engalanó como a un carnero sacrificial con pequeños paquetitos que colgaban por todas partes con lacitos y cordeles. A veces lo arrastraba a una tienda, como si lo llevara con una correa, si se daba el caso de que alguien no lo había visto todavía. Otras veces, lo dejaba en la acera, si preveía que estaba a punto de pasar por allí alguien que todavía no había tenido el honor de ver a su fiel compañero de aquella mañana. Así era como la señorita Mapp marcaba constantemente, igual que si fuera un termómetro médico, la febril curiosidad que ardía en las venas de Tilling.

El día anterior, sin ir más lejos, había estado difundiendo rumores sobre su cobardía por todo el pueblo; hoy su acompañante era el hombre más afectuoso y más agradable que pudiera encontrarse en su encantador pueblecito. Y allí estaba el hombre, cargando con la cesta de la compra, con su levita y su chistera, y con un montón de paquetes colgando, como un árbol de Navidad, perdiendo toda la mañana con ella en vez de estar jugando al golf con Puffin. La señorita Mapp se estremeció cuando intentó imaginarse cuál habría sido su estado mental si ella lo hubiera visto así con Diva. Elizabeth Mapp habría sospechado (justamente y con toda probabilidad) alguna detestable intriga contra su persona. Y lo más jugoso era que hasta que ella no lo decidiera, nadie podría descubrir cuál era la razón de aquella metamorfosis, hasta el punto de paralizar todos los intelectos inquisitivos de Tilling, pues el mayor Benjy —con toda seguridad— jamás le contaría a nadie que aquello era una reconciliación, consecuencia de sus disculpas por su torpeza cuando se había quedado mirando y sin hacer nada y había permitido que el degenerado beodo de Puffin sugiriera que iba a difundir espantosos rumores sobre ella. Tilling —pobre Tilling— se volvería loco con la intriga y el suspense, devanándose los sesos, tratando de averiguar qué significaría todo aquello. ¡Ni la historia contemporánea ni la prehistoria de Tilling contaban en sus anales con un día de compras como aquel!

Ya era casi la hora del almuerzo cuando, a la puerta de la señorita Mapp, el mayor Flint finalmente pudo desembarazarse de todos los paquetes que llevaba y de la compañía de aquella mujer. Regresó tambaleando a casa, sudando profusamente y cojeando por haber estado trotando durante tanto rato por las aceras con aquellos zapatos de charol tan

tiosos. Estaba agotado y con los pies doloridos; no había podido ir a jugar al golf y, aunque perdonado, estaba hundido y amargado. Aquella mujer había conseguido que hiciera el ridículo durante toda la mañana con su levita y su sombrero de copa, cargado de paquetes por el pueblo. Si el perdón acarrearía más pesadillas de ese tipo y sacrificios de la amistad, sabía que le resultaría imposible soportar los agotadores compromisos de una vida nueva y regenerada. Al entrar, colgó la chistera en una percha y se secó la frente sudorosa y palpitante; se quitó los zapatos y se liberó de la levita, y gritó furiosamente para exigir que su criada le llevara un whisky con soda y el almuerzo.

Su restauración física se tradujo en un inmediato abatimiento ante las perspectivas generales de su vida. ¿Qué sentido tenía la vida —por decirlo brevemente—, aunque hubiera que soportar indirectas sobre el asunto de los duelos, si no podía disfrutar del solaz del golf, de las peleas con su amigo y de los diarios y las calzadas romanas en compañía del capitán Puffin? Odiaba a Puffin —al que más—, pero de ningún modo podía vivir sin él, y era precisamente por culpa de Puffin por quien había pasado aquella espantosa mañana. Puffin, persiguiendo el silencio de la señorita Mapp con su chantaje etílico, había sido la causa principal de su desgracia. Y ahora, por temor a que el ojo de la señorita Mapp —que todo lo veía— pudiera observarlo, ni siquiera se atrevía a cruzar la calle y pasar a la casa del imperdonable capitán mariner, y mediante un sensato recuerdo de los juramentos a los que el capitán estaba vinculado por su profesión, obligarlo a pedirle perdón inmediatamente a la señorita Mapp. Tendría que esperar a que cayera la noche.

—¡Esto es una esclavitud! —gritó con furia.

Unos golpecitos en la puerta del salón interrumpieron aquellas melancólicas reflexiones, y a la concesión malhumorada del permiso para entrar le sucedió la presencia del mismísimo Puffin. El mayor dio un brinco en su asiento.

—Dios mío, no debería usted estar aquí... —dijo en voz baja, como si temiera que alguien pudiera escucharlo—. La señorita Mapp podría haberle visto entrar.

Puffin se rio de buena gana.

—Bueno, por supuesto que me habrá visto... —admitió alegremente—. Ahí estaba, mirando por la ventana. Yo la llamaría la representante del «derecho ventanal^[35]». ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Tiene que irse, tiene que irse... —dijo el mayor, muy nervioso—. Ella tiene que ver que se ha ido de mi casa. No puedo explicárselo ahora. Pero yo pasaré a su casa después de cenar, cuando sea de noche. Váyase; vamos, vamos, no se entretenga.

El mayor sacó a empujones de su casa al desconcertado capitán Puffin, y el rostro de la señorita Mapp, que se había tornado tenso y serio, y que reflejaba serias dudas y sospechas cuando lo vio entrar en la casa del mayor Benjy, se relajó con unos hoyuelos de satisfacción cuando lo vio regresar a su domicilio, entre luminosas sonrisas. «Mi querido mayor Benjy se ha negado a recibirlo», murmuró para sí, y cortó el cordel de la gran caja que acababa de llegar de la tintorería con las más agradables perspectivas de futuro.

Aquello era realmente maravilloso, y la señorita Greele estaba totalmente en lo cierto, porque no quedaba ni el más mínimo rastro de que aquel vestido hubiera sido azul martín pescador. Casi no daba crédito a lo brillante y roja que era la prenda; parecía casi

como si derramara un fulgor rojizo sobre el techo de la estancia. Y el detalle de que la gasa naranja que cubría el cuello y las mangas se hubiera teñido de negro (siguiendo el gusto exquisito de la señora de Titus Trout) no hacía sino resaltar el esplendor del conjunto y conferirle un resplandor deslumbrante. El azul martín pescador parecía, en comparación, una cosa espectral y cadavérica al lado de aquel nuevo vestido. Aunque — la señorita Mapp estaba convencida— aquello sería doloroso para Diva, también sería, como todas las personas de buena voluntad desearían, una lección para que no se volviera a atrever con semejantes lujos. Y aprendería esa lección (Dios mediante), pensó la señorita Mapp, al día siguiente en la partida de *bridge* que se celebraría en casa de Susan. También el capitán Puffin aprendería una lección, porque uno nunca es demasiado viejo para aprender una lección o, para el caso, darla.

Aunque aquella noche se había presentado inoportunísimamente oscura y sin luna, una brillante farola de gas se compinchaba con la señorita Mapp junto a la puerta del mayor. Aquel estratega, ocultando sus bártulos de diarista —que curiosamente parecían una botella bajo su chaqueta—, salió a eso de las nueve y media para ojear un canalón que estaba vertiendo agua en su patio trasero. Curiosamente, dicha tarea le llevó a salir por la puerta de atrás dando vuelta por la esquina. Desde allí, el insumiso avanzó hasta la tienda del pescadero, cruzó la calle, y volvió a girar para subir por la acera del capitán Puffin, que no estaba tan iluminada como la suya, aunque tuvo la precaución de ir caminando agachado y arrimado a la pared. Puffin ya estaba sentado junto al fuego y entregado a las calzadas romanas, y dispuesto a bromear a sus anchas respecto a la mañana de compras del mayor.

—Pero, mayor, ¿por qué se puso la levita y la chistera? —le preguntó—. ¿Otra visita del Príncipe de Gales, me pregunté, o el Verbo que exhaló su aliento en el Edén? Tome un trago de mi whisky, tome. Le debo un whisky por el buen rato que me ha hecho pasar.

Si no hubiera sido por este acto de generosidad y la necesidad de estar a bien con Puffin, el mayor Flint habría protestado airadamente ante semejante comentario, tan poco delicado, pero aquella doble consideración le obligó a tomárselo con un insólito buen humor. En realidad, cuando intentó reír solo le salió un pequeño gruñido profundo, pero ese era el modo en que solía expresar su alegría.

—Bueno, admito que debe de haber sido divertido —dijo—. El hecho es que yo pensaba que la agridulce damisela apreciaría que le diera un aire de ceremonia a mi visita para pedir disculpas, y, no sé muy bien cómo, me vi yendo de compras antes de poder largarme de allí y cambiarme.

—¿Besitos y amiguitos de nuevo, entonces? —preguntó Puffin.

El mayor dio un pequeño respingo ante aquella insinuación.

—No hemos llegado a tanta familiaridad... —dijo—. Pero aceptó mis disculpas con... eeh... la más benévola generosidad. Una mujer con un espíritu delicado, señor mío; y a usted le parecerá lo mismo.

—Podría ser, si es que tuviera la intención de pedirle disculpas —dijo Puffin—.

¿Pero por qué iba a querer hacerlo? Usted lo ha hecho y eso impide que se ponga a hablar de duelos y de trenes tempraneros. No puede burlarse de mí, gracias a usted. Y ya puede pasarme la botella si se ha servido.

El mayor obedeció de mala gana.

—Haga lo que quiera, muchacho —dijo—. Es asunto suyo; jamás nadie ha podido siquiera insinuar que el mayor Benjy se haya metido en los asuntos de otro hombre. Pero confío en que actúe como el hombre de bien por el que le tengo. Y también confío en que usted valore en su justa medida nuestras diversiones, en el golf y en nuestras agradables veladas nocturnas.

—¿Eh? ¿Qué dice? —preguntó Puffin—. ¿También va a dejar de hablarme usted?

El mayor se sentó y apoyó su enorme pie en el guardafuego. «Tacto y diplomacia, Benjy, muchacho, tacto y diplomacia», se dijo a sí mismo.

—¡Ajajá...! Esto es lo que me gusta a mí... —dijo—. Un buen fuego y un amigo, y el resto del mundo puede irse al infierno. Dejar de hablarnos, eso ni se mienta, viejo amigo. No necesito decirle que... bueno, tenemos que mantener una de nuestras agradables conversaciones. Por ejemplo, yo le eché de mi casa sin contemplaciones a la hora del almuerzo y le debo una explicación. Se lo diré en pocas palabras: la señorita Mapp le vio entrar. No me ha visto entrar aquí esta noche. ¡Ja, ja, ja! Y esa es la razón por la que estoy tan tranquilo y feliz. Pero si ella supiera...

Puffin podía imaginárselo.

—Lo que ha ocurrido, mayor, es que usted me ha abandonado por su señorita Mapp —apuntó.

—De eso nada, señor mío —se defendió el mayor con énfasis—. ¿Estaría sentado aquí, bebiéndome su whisky si así fuera? Pero esta mañana, después de que esa dama hubiera aceptado mis disculpas por mi participación en lo que ocurrió la otra noche, dio por sentado que como yo condené mi propia conducta sin reservas, igualmente debía condenar la de mi amigo Puffin. Fue realmente una jugada maestra, una condenada urdimbre tramposa. Lo planteó todo antes de que yo ni siquiera pudiera darme cuenta. Y antes de que pudiera decir «Espere un momento...», ya estaba yendo arriba y abajo por todo High Street, cargando con tantas mercancías como una caravana de camellos. Dios, señor mío, lo que he sufrido esta mañana; no parece darse cuenta usted de lo que he sufrido. No podría soportar otra mañana como esta; no tengo tanta energía.

—Una mujer con carácter —dijo Puffin pensativamente.

—Ya lo creo —confirmó el mayor Flint—. Es una manera delicada de decirlo. Una mujer con carácter, sí, con una lengua con carácter, y capaz de tener un carácter endemoniado, y si ve que usted y yo seguimos siendo amigos, acabará con los dos, con usted y conmigo, a no ser que se decida a congraciarse con ella.

—Umm... sí. Pero es más que probable que me envíe a mí y a mis disculpas al infierno.

—Inténtelo, hombre —dijo el mayor, tratando de animar a su amigo.

Puffin miró su botella de whisky, como esperando que le brindara una respuesta.

—Sírvase, mayor —dijo finalmente—. Creo que tendrá que ayudarme, ya sabe. Ir y tener una conversación, ver si hay posibilidades de que me escuche.

—De eso nada, señor mío —rehusó el mayor con firmeza—. No pienso correr el riesgo de pasarme otra mañana de compras por High Street.

—No será necesario. Vaya a verla cuando regrese de las compras mañana.

Resultaba más que evidente que al mayor Benjy no le gustaba nada esa perspectiva, pero Puffin se mostró cada vez más inflexible en su absoluta negación a presentar abiertamente disculpas, y al final llegaron a un acuerdo: el mayor iría a visitar a la señorita Mapp en calidad de embajador a la mañana siguiente. Una vez que todo quedó decidido, el asunto —aún discutible— del capullo de gusano alcanzó de nuevo unos altos niveles de trifulca, hasta que se dieron cuenta de que la ventana estaba abierta, y que sus voces fácilmente podrían haberse oído en el cenador de la señorita Mapp. Entonces, siguieron haciéndose sus maliciosos comentarios entre susurros, pero era imposible seguir discutiendo a gusto de un modo tan confidencial y callado, y la trifulca quedó aplazada para otra ocasión más propicia. Ya era tarde cuando el mayor se marchó, y después de apagar la luz del vestíbulo de Puffin, para que no se pudiera ver su silueta recortada en la claridad, el mayor se escabulló en la oscuridad y alcanzó su puerta con un sutil rodeo.

A la mañana siguiente, cuando recibió la segunda visita del mayor Benjy y supo cuál era su objeto, la señorita Mapp mantuvo un acalorado debate interno con ella misma. Si ella, en el estilo del señor Wyse, «tuviera a bien considerar que podría» aceptar las disculpas de Puffin, se vería obligada a abandonar cualquier ulterior castigo sobre el capitán, y permitirle andar con su amigo de nuevo. Era difícil renunciar al placer de su castigo, pero, por otra parte, resultaba bastante posible que el mayor pudiera largarse y, le gustara a ella o no (y no le gustaría), se negara a renunciar para siempre a la compañía de su fiel escudero. Eso sería bastante desconcertante, porque ella había desfilado delante de todo el mundo y había mostrado públicamente su reconciliación con él. Lo que finalmente la inclinó a la clemencia fue que aquella misma noche su brillante vestido rojo carmesí derramaría su fulgor sobre todos los participantes en la velada de la señora Poppit, y Diva no querría volver a escuchar las palabras «martín pescador» en toda su vida. Aquello era más que suficiente para poner de buen humor a cualquiera. De modo que el diplomático regresó junto al bellaco capitán con la grata noticia de que la señorita Mapp escucharía sus súplicas con ánimo favorable, y ella ocupó una posición prominente en su cenador, lugar que escogió como sala de audiencias, junto a la campanilla para poder llamar a Withers si era necesario.

La misericordia de la señorita Mapp se equilibraba y templaba con la justicia, y, a pesar de la benevolencia de que finalmente haría gala, se propuso darle a Puffin una severa reprimenda antes. No tuvo para con él, como no lo había tenido con el mayor Benjy, esa debilidad femenina que convertiría en un tremendo gozo el perdonarle. Jamás había considerado a Puffin siquiera como un verdadero y respetable capitán, y mucho menos había osado concederle unas palabras cariñosas ni por casualidad; así que el gozo infinito que presentía se refería sobre todo al hecho de administrar una buena cantidad de severas bofetadas al desvergonzado capitán Bebistrajós. La señorita Mapp había fijado para las doce y media la hora del castigo del capitán, así que se quedaría otra vez sin golf.

Cuando lo vio aparecer, apartó a un lado el libro que estaba leyendo —esta vez también del revés—, y le lanzó una pétrea y fija mirada. El capitán avanzó cojeando hasta el centro de la estancia, preguntándose si aquel silencio no significaba un perdón, aunque no lo parecía, y si aquella mujer no lo habría recibido con otras intenciones, falsas y perversas.

—Buenos días —dijo el capitán.

La señorita Mapp inclinó la cabeza. El silencio era oro.

—El mayor Flint me ha dado a entender... —empezó Puffin.

Puede que sus palabras también fueran oro, porque se las ahorró.

—Si... —comenzó la señorita Mapp—, si ha venido usted a hablarme del mayor Flint, pierde usted su tiempo. ¡Y el mío!

«Qué distinto es al mayor Benjy», pensó. «¡Menudo camarón enano!».

El camarón dejó escapar un leve suspiro. Había que hacerlo, y cuanto antes estuviera fuera del alcance de aquella mujer «de carácter», tanto mejor.

—Siento muchísimo lo que le dije la otra noche —murmuró.

—Me alegro de que lo sienta —dijo la señorita Mapp.

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas por lo que le dije —añadió Puffin.

El látigo silbó en el aire.

—Cuando usted se dirigió a mí en la ocasión a la que se refiere —dijo la señorita Mapp—, entendí, por supuesto, que usted no estaba en condiciones de hablarme, ni a mí, ni a nadie. Le perdoné por eso de inmediato, porque yo perdono y soy justa con todo el mundo. No le presté más atención a lo que usted dijo que la que le hubiera prestado a cualquier vagabundo borracho de los arrabales. Me atrevo a decir que será difícil incluso que usted se acuerde de lo que dijo, así que antes de escuchar sus disculpas, se lo recordaré. Usted me amenazó con decir que yo estaba piripi, a menos que yo prometiera no decirle a nadie en qué lamentable estado se encontraba usted. ¡Elizabeth Mapp piripi! Eso es lo que usted dijo, capitán Puffin.

El capitán Puffin se puso increíblemente colorado. «Bueno, ahora el camarón cocido», pensó la señorita Mapp.

—No puedo hacer otra cosa sino disculparme —dijo el capitán. No sabía si estaba más furioso con su embajador o con ella.

—¿Dice usted que no puede hacer... *más*? —preguntó la señorita Mapp con un gesto de gran interés—. ¡Qué curioso! Yo habría dicho que no podría hacer usted *menos*.

—Bien, ¿y qué más puedo hacer? —preguntó el capitán.

—Si cree usted que me dolió su conducta de la otra noche, está usted enormemente equivocado —dijo la señorita Mapp—. Y si piensa usted que no puede hacer más que disculparse, le enseñaré lo que puede hacer. Puede hacer usted el esfuerzo, capitán Puffin, de evitar definitivamente sus deplorables costumbres, e intentar recuperar un poco del respeto que ha perdido por sí mismo, si es que lo ha tenido alguna vez. Y puede usted dejar de arrastrar (tan infructuosamente) al mayor Benjy a su nivel. Eso es lo que puede hacer.

La señorita Mapp hizo una pausa para que aquellas fulminantes palabras lo asolaran, solo entonces continuó:

—Acepto sus disculpas —dijo—. Y confío en que se porte mejor en el futuro, capitán Puffin, y estaré muy atenta a cualquier indicio de mejora. Nuestra relación será cordial y amistosa cuando nos encontremos, y haré todo lo posible por borrar de mi memoria cualquier recuerdo de sus alcohólicas impertinencias. Y usted también debería hacer todo lo posible. Ya no es joven, y es difícil librarse de ciertas costumbres arraigadas. Pero no desespere, capitán Puffin. Y ahora, llamaré a Withers para que le muestre por dónde se sale de esta decente casa.

Hizo sonar la campanilla, y le regaló al capitán una lección sobre el arte de ignorar la presencia de una persona en la misma estancia.

—Por cierto, nos veremos esta noche en casa de las Poppit, ¿no es cierto? —preguntó, esquivando los ojos del capitán y apuntando los suyos medio metro por encima de su coronilla—. Qué veladas tan agradables se disfrutaban siempre allí; espero que no llueva, aunque el barómetro empieza a indicar lo contrario. Oh, Withers, el capitán Puffin ya se marcha. Buenos días, capitán Puffin. ¡Ha sido un placer!

La señorita Mapp tarareó una alegre cancioncilla mientras lo veía alejarse cojeando calle abajo.

—¡Toma! —dijo, y, como premio, se tomó un buen vaso de Borgoña en el almuerzo.

La noticia de que el señor Wyse iba a participar en la partida aquella noche en casa de las Poppit y que iba a cenar allí antes, *en famille* (como dejó caer casualmente con la idea de airear su francés), causó una desagradable impresión en Tilling aquella tarde. No era normal. Cuando uno estaba invitado a participar en una de las partidas otoñales de *bridge*, bastaba con tomar cualquier cosilla («en una bandejita») antes de salir de casa. A juicio de la señorita Mapp, de aquella cena previa a la partida se desprendía una deplorable tendencia a la ostentación. Aun así, si Susan estaba decidida a ser una estrafalaria, podría haber invitado también a la señorita Mapp, a la que le dolió esa falta absoluta de hospitalidad. Tampoco le gustaba aquel trabajo de tapadillo *en famille* con el señor Wyse; indicaba una familiaridad muy agresiva. Era de esperar que el noble tillinguense acabara abriendo los ojos.

Y eso no era todo, por si fueran pocos los pormenores que la señorita Mapp debía atender, el grupo estaría formado por diez personas. Y si, como era seguro, iba a haber dos mesas de *bridge*, eso parecía implicar que dos personas tendrían que quedarse fuera. Generalmente, en las veladas de *bridge* de la señora Poppit había nueve personas (daba la impresión de que era incapaz de contar), pero en esas ocasiones la madre solía librar a Isabel del juego, porque como a ella no le gustaba el *bridge*... De modo que así nadie se quedaba fuera, e Isabel se conformaba con un agradable librito. ¿Pero qué iban a hacer con diez? Era inútil confiar en que Susan se quedara fuera. Como anfitriona, la señora Poppit siempre consideró que una parte de sus obligaciones era jugar ininterrumpidamente, durante toda la noche, y no osaba a despegar su redondeado pandero de la silla de la mesa de cartas. Aun así, si el corte de las cartas ordenaba, de forma maliciosa, que la señorita Mapp se quedara fuera, era simplemente razonable esperar que, tras su magnanimidad con las Fuerzas Armadas británicas, tanto el mayor Benjy como el capitán Puffin fueran tan inflexibles en su insistencia de que ella debía jugar en vez de uno de ellos que una dama no pudiera negarse.

Así pues, Elizabeth Mapp no se concedió ni un minuto para nublar el placer que anticipaba a costa de la depresión de la querida Diva, que seguramente aparecería con su vestido azul martín pescador, y se vería ensombrecida y apagada por el deslumbrante rojo carmesí, que era el color del segundo vestido de la señora Trout. La señorita Mapp se demoró gozosamente en la idea de presentarse en el momento más espectacular, haciendo su entrada enfundada en su nuevo y deslumbrante traje cuando el resto de los invitados ya hubiera llegado y se comenzaran a preguntar qué ineludible e importantísimo asunto la había podido retrasar. Se arriesgaría, es cierto, a quedarse fuera de la partida durante unos minutos, porque el *bridge* podría haber comenzado ya cuando ella llegara, pero el juego se detendría durante un minuto, con saludos y bienvenidas muy efusivos y sinceros, cuando ella entrara. Entonces, ella le rogaría a todo el mundo que no se molestara; y se sentaría muy muy muy cerca de Diva, y admiraría abiertamente su

bonito vestido «como uno que yo tenía hace tiempo...».

Así pues, no faltaba mucho para las diez de la noche cuando, después de haber esperado bastante a la puerta de la señora Poppit, Boon la hizo pasar con gesto siniestro, pero ni siquiera le respondió cuando la señorita Mapp le hizo una tímida pregunta: «¿Llego muy tarde, Boon?». La puerta del salón estaba entreabierta, y cuando se quitó la capa que ocultaba el esplendor del vestido carmesí, su agudo oído escuchó el murmullo de la conversación, que indicaba que la partida de *bridge* aún no había comenzado. Al mismo tiempo, su agudo olfato detectó el débil pero inconfundible olor del urogallo asado, que indicaba bien a las claras lo que Susan le había dado de cenar al señor Wyse, probablemente diciéndole que los urogallos eran un regalo que le habían enviado del pabellón de caza donde había pasado las vacaciones de verano. Luego, después de echarse un vistazo en el espejo, y poner su mejor sonrisa, Boon se le adelantó, encogiendo ligeramente los hombros, y se dirigieron hacia la puerta del salón. El mayordomo la abrió, y gruñó —un gruñido ciertamente desganado— su nombre en voz alta, que era su manera de anunciar a un invitado. La señorita Mapp se adelantó, casi corriendo un poquito, para expresar cuánto lamentaba llegar tan tarde, y allí, justo delante de ella, estaba Diva, vestida no de color azul martín pescador, sino con el rojo carmesí de la segunda *toilet* de la señora Trout. ¡La pérfida Diva también había llevado su traje al tinte!

El valor de la señorita Mapp estuvo a la altura las circunstancias. Otra gente, como los mayores y los capitanes (por poner un ejemplo al azar), reaccionaría del modo más cobarde, pero ella no. En dos ocasiones (dejando aparte el asunto de la Guerra de las Rosas), Diva había vestido su odiosa figurilla esférica con un esplendor idéntico al de la señorita Mapp, y lo había conseguido mediante alguna argucia que... ¡era imposible no sospechar algún origen diabólico! Pero en ese momento, sin vacilar ni un instante, incluso cuando oyó a Evie lanzar sus grititos ratoniles, se volvió hacia la anfitriona, que llevaba en su monumental pecho la orden de Miembro del Imperio Británico, y le hizo los cumplidos de rigor y la saludó con una voz perfectamente tranquila.

—Querida Susan, no me regañes por llegar tan tarde —le dijo, llevándose la palma de la mano al pecho—. Aunque sé que me lo merezco. ¡Qué encanto eres! Isabel, querida... ¡Ah, y la querida Evie! ¡Oh, aquí está el señor Wyse! ¡Y nuestra dulce Irene! Mayor Benjy, capitán Puffin. ¿Han tenido un buen partido de golf? Y el Padre...

Dudó un instante preguntándose si podría, sin gritar y sin arañar, reconocer la presencia de Diva. Entonces se recobró, y se dirigió a ella, deslumbrante y ardiente como una llama.

—¡Diva, cariño! —dijo, y se inclinó y la besó: incluso San Esteban en el momento de su martirio perdonó y rogó por aquellos que lo apedreaban. Eran uña y carne, pero ya no se soportaban más, así que la señorita Mapp se volvió hacia el señor Wyse, recordando que Diva le había dicho que la visita de la Contessa Faradiddleony se posponía.

—Y entonces su hermana ha suspendido su viaje, he oído —dijo—. ¡Qué disgusto! ¿Cree que la veremos en Tilling alguna vez?

El señor Wyse pareció sorprendido.

—Mi querida señora —dijo—, es usted la segunda persona que me dice eso. La señora Plaistow acaba de decirme ahora mismo...

—Sí, fue ella quien me lo dijo —dijo la señorita Mapp a toda prisa, por si había alguna metedura de pata de la que ella no fuera consciente—. ¿No es cierto?

—Por supuesto que no. Yo le dije a mi ama de llaves que la dama de compañía de la *contessa* estaba enferma, y que esperaría, pero ese es el único fundamento que se me ocurre para que se haya propalado ese rumor. Amelia *me anima a confiar* en que estará aquí la semana que viene.

—Oh, claro, sin duda ninguna —dijo la señorita Mapp en un aparte en el que Diva pudiera oírla—. Nuestra querida Diva siempre dando pábulo a la peor información. Seguro que ha estado cotilleando con los criados. Me alegro de que esté equivocada, respecto a su hermana.

El señor Wyse hizo una de sus profundas reverencias, inclinando muchísimo la cabeza.

—Amelia lamenta mucho no estar aquí esta noche —di-jo—, para compartir mesa con todos estos grandes jugadores de *bridge*.

—Oh, señor Wyse —dijo Elizabeth Mapp—, me temo que todos seremos humildes aprendices en comparación con la *contessa*.

—En absoluto —dijo el señor Wyse—. Pero... qué idea tan deliciosa, la suya y la de la señora Plaistow, de venir ataviadas igual, con esos encantadores vestidos. Son totalmente como hermanas.

La señorita Mapp no confiaba en que su serenidad pudiera soportar durante mucho tiempo que se hablara de ese tema, y se limitó a mostrar todos sus dientes, sin gruñir, sino haciendo gala de su más deliciosa sonrisa. No tuvo ocasión de contestar, de todos modos, porque el capitán Puffin se unió a ellos con un ánimo muy servicial.

—Qué sorpresa tan encantadora nos han dado usted y la señora Plaistow, señorita Mapp —dijo—, al aparecer otra vez con los mismos vestidos. Son ustedes igualitas.

La señorita Mapp ya no pudo soportar oír que ella y Diva eran igualitas, y se dio media vuelta, lamentando profundamente haber perdonado al capitán Puffin. Esa maniobra la puso frente a frente con el mayor.

—Diantres, señorita Mapp —dijo—, tiene usted un aspecto magnífico esta noche. —A pesar de ser un hombre, el mayor percibió los destellos de furia en sus ojos y sospechó de qué se trataba. Así que se inclinó hacia ella y le habló en un susurro con suprema diplomacia—: Pero..., ¡por Júpiter!, alguien debería decirle a nuestra buena señora Plaistow que algunas mujeres pueden lucir un maravilloso vestido y otras... ¡en fin!

—Querido mayor Benjy —dijo—. No sea cruel con la pobre Diva.

Pero enseguida aquella leve alegría se oscureció de nuevo, porque el Padre tuvo una idea muy desafortunada.

—¡Vaya!, ¿quién está aquí?, la encantadora señora Plaistow —dijo, mirando con alegría a la señorita Mapp—. ¡Oh, mea culpa, mea culpa! Qué fallo. Es la encantadora Mapp. Pero empecemos ya con las cartas. Nuestra anfitriona nos ruega que nos sentemos ya a las mesas.

Contrariamente a su costumbre, la señora Poppit no insistió en sentarse a la mesa y jugar a toda costa. Tampoco le dijo a Isabel que como no le gustaba el *bridge*... Bien al

contrario, la anfitriona le rogó a todo el mundo que ocupara sus asientos, e informó de que ella y el señor Wyse habían acordado, durante su cena privada, que ellos preferían mirar y aprender a jugar. Con la idea de disfrutar aquel increíble trato tanto como les fuera posible, ambos se sentaron juntos en un sofá en un extremo de la sala, desde donde no podían ver nada ni aprender nada, y se entregaron a una conversación privada. Diva y Elizabeth, como podía inferirse a partir de la maléfica influencia que emanaba de sus atuendos, coincidieron en la misma mesa y les correspondió ser compañeras, así que tenían, a pesar del mortal antagonismo de sus idénticos disfraces de señora de Titus W. Trout, un interés económico en común. Además, un nuevo asunto había comenzado a preocupar a ambas tras las palabras de la señora Poppit, y afinaron sus oídos para escuchar cualquier cosa que la anfitriona y el señor Wyse se pudieran estar diciendo.

La señorita Mapp y Diva estaban prácticamente igual de ocupadas cuando eran eliminadas que cuando estaban jugando. En el fondo de sus corazones, sentían un odio cerval la una hacia la otra, un odio de un rojo encendido como sus vestidos, y no cesaban de preguntarse, con negra desesperación, qué demonios podrían hacer ahora con aquellos funestos andrajos del orgullo. La señorita Mapp estaba dispuesta a convertir su vestido en un perfecto camaleón con tal de que ni se pareciera al color que llevara Diva, pero ¿y si, tras cambiar al púrpura, digamos, Diva también lo hacía? No podría soportar una tercera coincidencia. Además, dudaba mucho que cualquier vestido que hubiera sido alguna vez de un rojo carmesí tan intenso pudiera teñirse con fortuna de otro tono, salvo quizás el negro. Si Diva moría, tal vez podría consultar a la señorita Greele si podía teñírsele de negro. Por otro lado, si Diva moría, no había razón para no vestir de aquel rojo carmesí siempre, dado que sería de una hipocresía absoluta —de la cual humildemente la señorita Mapp pensaba que sería incapaz— guardar luto por Diva solo porque se hubiera muerto.

Delante de este tenebroso trasfondo de desesperación, frente a la señorita Mapp, se movían las figuras que habrían acaparado toda su atención y habrían despertado todos los sentimientos de desagrado y conmisericordia de los que era capaz... si Diva se hubiera quedado con su vestido azul martín pescador. Y allí estaban los otros, sentados en el sofá, hablando en un tono tan bajo que era imposible escuchar nada. Y si alguna vez una mujer quiso ganarse el favor de un hombre, y si alguna vez un hombre estuvo enfangado en artificios triviales, esos eran «ellos», pensó la señorita Mapp. Ya no cabía la menor duda de que Susan estaba haciendo todo lo posible por inducir al señor Wyse a pedirle matrimonio. Ningún otro motivo, ni la educación, ni el encanto de la conversación, ni el asiento bajo y cómodo junto al fuego podrían haber sido suficientes para mantener a Susan alejada toda la noche de las mesas de juego. Aquella cena *en famille*, pensaba sarcásticamente la señorita Mapp, ¿y si aquella era la primera de cientos de cenas *en famille*? Tal vez, cuando estuvieran ya casados, Susan la invitaría a una de aquellas cenas familiares, con vasos llenos de aquel espumarajo que ella llamaba champán, y con una pierna de un cuervo, que ella llamaba venado y aseguraba que procedía de cierto pabellón de caza... No tenía ningún sentido negar que el señor Wyse parecía estar tragándose todas las carantoñas —y otras formas de anzuelo— tan rápidamente como se le presentaban delante de las narices. Nunca había estado tan receptivo desde el día —hacía ya dos años— en el que la propia señorita Mapp había acabado describiéndolo como

«incapturable». Pero en ese momento, ataviada con aquel espantoso vestido de un violento color carmesí, parecía al menos sensato considerar la idea de que aquel hombre estaba cayendo en las redes que se habían tendido para pescarlo. Susan, cuñada de una *contessa*. Susan, la mujer del hombre cuya urbanidad conseguía que todos los ciudadanos de Tilling se comportaran educadamente unos con otros. Susan, ¡una Wyse de Whitchurch! Todo aquello conseguía que la señorita Mapp sintiera asco por el mundo.

Tampoco era eso lo único que ocupaba la actividad mental de la señorita Mapp cuando quedaba eliminada y la partida seguía su curso en manos de Diva. Además de la rabia, la desesperación y el asco que todos aquellos asuntos le producían, tenía que vigilar de cerca el juego de su compañera, con el fin de evitar con su talento todos los errores que, al final, cometía la otra. Además, con gruñidos y resoplidos, y exclamaciones sordas y movimientos de cabeza y con descartes y robos, y con increíbles afirmaciones de que no había hecho renuncio, tuvo que discutir a brazo partido para convencer a los demás de que no se había quedado con dos triunfos que debería haber echado. Era imposible contar las bazas que hacía, porque tenía la costumbre de poner el codo encima de las cartas después de cogerlas del tapete, como si tuviera miedo de que sus adversarios pudieran cogérselas cuando no estuviera mirando. Y la señorita Mapp, distraída con otras preocupaciones, olvidó que había dicho que no tenía triunfos y pensó que iba a corazones, de los que Diva jugó varios después de que las manos de sus adversarios se quedaran sin ellos. A menudo hacía eso «para estar segura».

—Tres bazas —dijo con aire triunfal a la conclusión, contando las cartas que tenía a buen recaudo bajo el codo.

La señorita Mapp dejó escapar un largo suspiro, pero recordó que el señor Wyse estaba presente.

—Podías haber cogido dos más —dijo la señorita Mapp—, si no hubieras jugado esos corazones, querida. Te habrías quedado con el trébol del mayor Benjy y con el diamante del Padre, y nos habríamos salido. No importa, has jugado muy bien, por otra parte.

—No puedo echar triunfos si no hay triunfos —le reprochó Diva, olvidando que el señor Wyse estaba presente—. Menuda bobada. Tres bazas. Nos salimos. ¿Qué crees, que había corazones? Pues no.

La señorita Mapp, naturalmente, no podía rebajarse a considerar siquiera lo que estaba diciendo.

—¿Le toca repartir, mayor Benjy? —preguntó—. ¿Corto yo?

Diva había recordado, justo después del áspero —pero necesario— discurso a su compañera, que el señor Wyse estaba presente, y miró hacia el sofá para ver si había en su rostro algún signo de desagrado o sorpresa que pudiera indicar que la había oído. Pero lo que vio allí —o más precisamente, lo que no vio allí— la obligó a soltar una exclamación que hizo que la señorita Mapp mirara aterrorizada a su alrededor y hacia donde los ojos saltones de Diva estaban apuntando en ese momento. No había duda ninguna al respecto: la señora Poppit y el señor Wyse ya no estaban allí. A menos que estuvieran bajo el sofá, era evidente que se habían ido de la estancia juntos, y solos. ¿Se habría puesto ella su abrigo de martas cibelinas una noche tan calurosa? ¿Estaría el señor Wyse

tambaleándose bajo su peso mientras intentaba que ella se metiera dentro del abrigo? La señorita Mapp rechazó la suposición; se habrían ido a otra sala para conversar más privadamente. Aquello tenía muy mala pinta, y comprobó el reloj con el fin de confirmar, cuando vinieran, cuánto tiempo habían estado fuera.

La partida continuó al modo clásico, agresivo y violento, dado que ya no contaban con la benéfica y restrictiva influencia del señor Wyse, y cuando, treinta y nueve minutos después, llegó a su conclusión, ni la anfitriona ni el señor Wyse habían regresado. La señorita Mapp se dio el gusto de dejar que Diva se metiera en un embrollo enloquecido, contando los puntos con los dedos y saltando de una columna a otra hasta el punto que tuvo que volver a sumar todos los puntos de su compañera. Con toda seguridad, necesitarían un repaso.

—¿Ya se ha marchado el señor Wyse, Isabel, querida? —preguntó—. ¡Qué pronto!

—Y cuatro, nueve... —murmuró Diva, llegando hasta el meñique.

Isabel estaba eliminada, y tenía tiempo para conversaciones.

—Creo que solo ha salido con mamá al invernadero —dijo. («¿Ya no hay más diamantes, compañero?»)—. Creo que iba a aconsejar a mamá algo sobre las orquídeas.

Bueno, el invernadero era lo que la señorita Mapp consideraba un cobertizo lleno de trastos con un techo de cristal, y la orquídea era una *odontoglossum* anémica. Allí apenas habría sitio para nada que no fueran el propio señor Wyse y —abrigo de martas cibelinas mediante— la señora Poppit. El cobertizo de las macetas se veía desde la ventana del comedor, cuyas cortinas estaban echadas.

—¡Qué noche tan encantadora! —exclamó la señorita Mapp—. Mientras Diva comprueba los puntos, ¿puedo contemplar un poquito las estrellas, querida? Siempre he estado enamorada de las dulces estrellas.

Sin esperar a que Isabel respondiera, la señorita Mapp se acercó revoloteando a la ventana y echó una miradita a las dulces estrellas. (Era plenamente consciente de que Diva también estaba deseando revolotear hasta allí, pero no tenía más remedio que quedarse discutiendo el tanteo del mayor). La luz del salón iluminó de lleno el interior del cobertizo, pero allí no había nadie. La señorita Mapp estaba totalmente segura de ello.

Diva había oído lo de las dulces estrellitas, y por primera vez en su vida no hizo ninguna objeción al cálculo de puntos que proponían sus adversarios.

—Tiene usted razón, mayor Flint, dieciocho peniques —di-jo—. Qué tonta estoy, me he dejado el pañuelo en el abrigo de mi capa. Dejo la mesa un momentito y lo cojo. Vuelvo en un minutito. Corten otra vez.

La señora Plaistow fue dando trompicones hasta la puerta y salió por allí antes de que la señorita Mapp tuviera ni la más mínima oportunidad de interceptar su avance. Aquello resultó desagradable, porque el salón se abría al vestíbulo, y también a un pequeño armario con ventana que la querida Susan llamaba *su* saloncito privado o *boudoir*. Diva era muy capaz de asomar el hocico en todas partes. De hecho, si los ausentes se encontraban allí, ya no tenía sentido preocuparse por las dulces estrellitas, y Diva al final habría conseguido...

También había una encantadora luna, y justo cuando la chasqueada señorita Mapp

se estaba dando la vuelta para volver a la mesa, vio algo que consiguió que su nariz quedara pegada al frío cristal de la ventana. Haciendo gala de su astucia, la experimentada Elizabeth tiró un poco de la cortina para que su silueta no fuera visible desde el exterior. ¡Allí estaban! Bajando por el camino del jardín venían los dos ausentes, Susan con su abrigo de martas cibelinas y el señor Wyse muy cerca de ella, con el cuello del abrigo subido. El gigantesco perfil de Susan con su abrigo, coronado por una minúscula cabeza, recordaba a una locomotora con su chimenea. A su lado, el señor Wyse parecía el jefe de estación en el andén. Los muy pérfidos habían dicho que iban a ver las orquídeas. ¿Es que las orquídeas crecen en la hierba? «Mi primera noticia», pensó la señorita Mapp.

Entonces, la pareja de disidentes del *bridge* se detuvo allí fuera, y el señor Wyse claramente señaló a algún objeto celeste, la luna o alguna estrella, y ambos permanecieron mirando al firmamento. La visión de aquellas dos personas de mediana edad comportándose de aquel modo consiguió que la señorita Mapp se descompusiera, pero, de todos modos, continuó mirando heroicamente unos minutos más desde su improvisado puesto de vigilancia. Su heroísmo fue recompensado, pues inmediatamente después de la inspección del objeto celeste, ambos se volvieron y se inspeccionaron mutuamente. Y el señor Wyse ¡la besó!

La señorita Mapp se escabulló como un alacrán detrás de la cortina para que no la vieran.

—¡Aldebarán! —dijo—. ¡Qué preciosidad!

En ese preciso momento, Diva volvió a entrar con su pañuelo, frustrada y disgustada, porque naturalmente no había encontrado a nadie ni en el *boudoir* ni en el comedor. Pero allí estaba dispuesta una mesa de cena, y como Boon no estaba allí, había aprovechado para zamparse un *marron glacé*.

La señorita Mapp estaba encendida con los nervios y el asco, y casi se le había olvidado el vestido de Diva.

—¿Encontraste el pañuelito, querida? —le preguntó—. Entonces ¿continuamos la partida con nuevos compañeros? Usted y yo, mayor Benjy. No me riña si juego mal.

La señorita Mapp se las arregló para conseguir una silla desde la que tenía una visión completa y total de la puerta, pues lo siguiente sería ver qué aspecto tenía «la joven pareja» (así los había etiquetado en su sarcástica mente) cuando regresaran de su amorosa excursión al jardín de orquídeas que crecía en el césped. Por desgracia, los tortolitos regresaron cuando ella estaba en medio de una mano complicada, y su mente abandonó de tal modo la partida que perdió completamente el hilo de lo que estaba haciendo, y desperdició dos bazas en las prácticamente lo único que tenía que hacer era recoger las cartas del tapete. Pero ahora permanecían en custodia bajo el codo de Diva. Lo peor de todo es que no había ni un ápice de emoción en sus rostros. Ni un enrojecimiento, ni un gesto coqueto ni una mirada tímida y esquiva sugería ni por lo más remoto lo que había sucedido en el jardín. Con una sinvergonzonería descarada, Susan informó a su hija de que el señor Wyse pensaba que la orquídea prosperaría con un poco de mantillo.

«¡Será embustera!», pensó la señorita Mapp, y arrojó con gesto épico el último triunfo y su mejor carta. Luego se preparó para dar lo mejor de sí.

—Hemos perdido tres, me temo, mayor Benjy —dijo—. ¿No cree que ha apostado un poquito por encima de sus posibilidades teniendo en cuenta la mano que llevaba?

—No estoy muy seguro de eso, señorita Elizabeth —dijo el mayor—. Si no hubiera echado a perder esas picas, y no hubiera arruinado mi mejor carta de corazones con su triunfo...

—Oh, pero si yo hubiera cogido las picas —dijo ella rápidamente—, habría tenido que dejar los diamantes de Diva, y entonces nos habrían dado una paliza, y yo no habría podido volver a seguir su mano otra vez. Luego, al final, si no hubiera matado su corazón con mi triunfo, habría tenido que seguir la espada baja y Diva habría conseguido llevarse la baza, y tendríamos que haber seguido sus diamantes y se nos habrían ido dos bazas más. Si me entiende usted lo que digo, creo que estará de acuerdo conmigo en que estuve acertada al hacer lo que hice. Pero, en fin, todos los buenos jugadores apuestan de más algunas veces, mayor Benjy. ¡Qué divertido!

La cena fue inusualmente ostentosa, pero la señorita Mapp comprendió que había razones para ello; era evidente que Susan quería impresionar al pobre señor Wyse con su riqueza (aunque probablemente, cuando hicieran los acuerdos matrimoniales, el hombre se llevaría algunas sorpresas muy desagradables). Sin embargo, no se puede decir que no existieran pequeñas circunstancias entretenidas para templar el disgusto de Elizabeth ante aquella extravagante exhibición. Tenía hambre, y cuando Diva tenía hambre, siempre regalaba una repugnante escena. En esa ocasión, tampoco defraudó a su público; allí estaba ella, derramando una abundante cantidad de chocolate caliente sobre su vestido rojo carmesí. Aquellas manchas, si no se podían quitar, proporcionarían una solución al problema de qué hacer con su propio vestido. También estuvo vigilando de reojo al capitán Puffin, para ver si mostraba signos de mejora en la dirección que ella le había indicado durante la conversación matutina, y se regocijó al ver que una de aquellas miradas fue evidentemente la causa de su rechazo a un segundo vaso de vino. Ya había quitado el tapón del decantador cuando sus miradas se encontraron... Y el capitán volvió a ponerlo en su lugar. ¡Ya estaba mejorando!

Todo lo demás (salvo la preocupación de si el chocolate en el tejido rojo lo destruiría para siempre) se mantenía en un segundo plano, casi difuminado, mientras los manejos de Susan y el pobre señor Wyse ocupaban en primerísimo término los pensamientos de la señorita Mapp. Aunque la conducta de Susan debió de haber sido ladina y torticera para engatusar al señor Wyse cuando otras habían fracasado a la hora de conseguir su afecto, la señorita Mapp consideraba que sería prudente seguir manteniendo unas buenas relaciones con ella. Como futura cuñada de una condesa y esposa del hombre cuya mera presencia podía conseguir que Tilling se comportase adecuadamente, sin duda no vacilaría en jugarle alguna mala pasada a la señorita Mapp como represalia si la ocasión se presentaba. Era terrible pensar que aquella audaz trepa iba a formar parte de los Wyse de Whitchurch tan pronto, pero como la luz de la luna había revelado que tal era la intención del señor Wyse, era mejor estar a bien y ser amiga del Mammón^[36] del Imperio Británico. Era bastante probable que el núcleo Poppit-cum-Wyse fuera a convertirse en el centro social más importante de Tilling, cuando no de Escocia, de Whitchurch o Capri, y la señorita Mapp sabiamente decidió que ni siquiera el anuncio

del compromiso debería inducirla a comentar los evidentes sentimientos que le suscitaba aquella relación y que no lograba evitar.

Después de todo lo que ella había hecho por Susan, abriéndole la puerta de la vida de la alta sociedad de Tilling —cuando seguramente ella no podría haberla abierto jamás—, parecía natural que, si mantenía buenas relaciones con ella a partir de entonces, Susan insistiera en que su querida Elizabeth fuera la primera en conocer el compromiso. Aquello hizo que se refrenara antes de adoptar el procedimiento habitual y normal después de desayunar al día siguiente, esto es, bajar a la calle y contarle a todos sus amigos, bajo promesa de secreto, lo que había visto a la luz de la luna la noche anterior. Por muy emocionante que fuera aquel anuncio para la señorita Mapp, lo sería muchísimo más si Susan tenía el suficiente sentido de la decencia como para comentarle el compromiso antes que a nadie, y entonces sí que podría salir corriendo y contárselo a todos los demás, e informarles de que ella ya lo sabía desde aquella noche, cuando disfrutaron de aquella histórica velada de *bridge*.

Así pues, era importante estar en casa siempre que hubiera la más mínima posibilidad de que Susan la visitara con su noticia. Por tanto, la señorita Mapp se pasó toda aquella primera mañana sentada junto a la ventana, para no perderse el momento, y apenas prestó atención al espectáculo vital que se desarrollaba en el radio de su observación. Su corazón comenzó a latir violentamente cuando, a media mañana, el señor Wyse apareció por la esquina del dentista. Bien podía ser que la tímida Susan le hubiera enviado a comunicar la buena noticia, pero, si era así, él también era muy tímido, porque se dirigió andando a su casa sin pausa. Parecía bastante preocupado, pensó Elizabeth (y tenía razones para estarlo), y tras pasar por delante del mirador desapareció al otro lado de la esquina de la iglesia, evidentemente en dirección a la casa de su prometida. Llevaba un paquete cuadrado en la mano, más o menos tan grande como un estuche de joyas que contuviera una tiara. Media hora después, sin embargo, el señor Wyse regresó, todavía con el paquete de la tiara en la mano. A Elizabeth se le ocurrió que podría haberse roto el compromiso. Sin embargo, un poco después, otra vez con el pulso acelerado, la señorita Mapp avistó el Rolls Royce de la señora Plaistow bamboleándose y girando por la esquina de la iglesia. Al detenerse frente a su casa, pudo ver durante unos segundos las martas cibelinas en el interior. Esta vez estaba segura de que Susan iba a bajarse y a llamar a su puerta para comunicarle las preciosas noticias, y esperó a que Withers, tras salir a abrir la puerta, viniera a preguntar, sin duda, si quería ver o no a la señora Poppit. Pero ¡vaya!, un minuto después el Rolls Royce siguió su camino bamboleante, con el peso adicional del número especial de Navidad del *Punch*, que la señorita Mapp le había pedido prestado la noche anterior y que, naturalmente, aún no había tenido tiempo de hojear.

Supuestamente, la anticipación del placer es mucho más placentera que el placer en sí mismo, por muy agradable que sea; y si esto es cierto, durante el siguiente par de días, la señorita Mapp experimentó más gozo y placer que si hubiera recibido la noticia de cincuenta compromisos. Cada vez que, desde el cenador, oía el sonido de la aldaba en la puerta principal, Elizabeth daba un salto con la seguridad de que era Susan, pero nunca lo era. Sin embargo, por muy gozosa y placentera que pudiera ser la expectativa, a ella le

parecía estar sufriendo las peores torturas del suspense y la intriga. Poco a poco, entre tortura y tortura, comenzó a filtrarse en su mente una idea, dolorosa y repugnante hasta el extremo. Al parecer, existía una tremenda posibilidad de que fuera necesaria una reconsideración de la hipótesis, sobre todo porque la semana fue pasando sin ninguna confirmación de aquel beso. Después de todo, ¿quién sabía algo sobre el carácter y los antecedentes de Susan? Y por lo que tocaba al señor Wyse, ¿no era un constante visitante del silvestre y veleidoso Sur, donde, como todo el mundo sabe, la moralidad no existe en absoluto? ¿Y si todo aquello era cierto, cómo podría tratar Tilling esta situación sin precedentes? Era terrible tener que contemplar aquella degradación moral, que podría derivar también en una degradación social. Una y otra vez, mientras la señorita Mapp esperaba la noticia en vano, estaba en un tris de comunicarle sus sospechas al Padre. Él debería saberlo, pues la Navidad (que cayó, como casi siempre, en diciembre) estaba cada vez más cerca.

A mediados de ese mes, Tilling se vio sorprendido por una tarde oscura y nefasta; la lluvia estuvo cayendo durante horas torrencialmente, gris y turbia, y unos nubarrones colgaban tan negros en el cielo que a las tres de la tarde la señorita Mapp ya fue incapaz —hasta que encendieron el farol de la esquina— de ocuparse de una obligación menor: mantener una cierta vigilancia sobre las casas del capitán Puffin y el mayor Benjy. El Rolls Royce ya había pasado cabeceando pesadamente por delante de su casa a la hora de comer, pero la oscuridad era tan abrumadora que, aunque aguzó la vista todo lo que pudo, se perdió en la oscuridad antes de que llegara siquiera a la esquina del dentista. Y la señorita Mapp tuvo que hacer frente al hecho de que ella, en realidad, no sabía si aquel trasto había girado en la calle donde vivía el amante de Susan o había seguido recto. Lo más fácil era imaginar lo peor, y ella ya se había imaginado un encuentro clandestino; bajo el manto de la oscuridad, los pérfidos amantes se ocultarían vergonzosamente a cualquier mirada que pudiera observarlos bajo un paraguas en la trampilla del tejado de la señorita Mapp. Desde allí, nada salvo un poderoso telescopio podría revelar qué estaba ocurriendo en el salón de la casa del señor Wyse. Y, aparte del hecho de que la señorita Mapp no tenía un poderoso telescopio, era tremendamente improbable que nada demasiado íntimo estuviera ocurriendo allí. Aunque pérfidos, la señorita Mapp no los creía tan ineptos como para haber escogido un salón con aquel ventanal. Elizabeth barajó la posibilidad de ir a visitar al señor Wyse y pedirle que le prestara un libro, porque así podría ver si el abrigo de martas cibelinas descansaba en la madriguera, ¡ay!: en el vestíbulo, pero puede que ni siquiera eso fuera de mucha utilidad. Cuando se encontraba embelesada en estas zoológicas reflexiones, una bruma marina comenzó a subir calle arriba y en unos pocos minutos todo quedó blanco y sin visibilidad ninguna. No se veía nada, ni se oía nada, salvo el susurro de la implacable lluvia que lo envolvía todo.

De repente, en el exterior, pero muy cerca, se oyó el sonido de la aldaba, que alguien hacía sonar imperiosamente, y no podía ser otra aldaba que la aldaba de la señorita Mapp. Solo un telegrama o algún recado urgente podría obligar a alguien a salir a la calle un día como aquel, e, incapaz de resistir el suspense de esperar a que Withers se decidiera a abrir la puerta, se apresuró a entrar en casa y a abrirla ella misma. ¿Sería por fin la noticia del compromiso? Aunque era muy tarde, lo recibiría de muy buena gana

entonces, pues eso compensaría, al menos en cierta medida... Era Diva.

—¡Diva, querida! —exclamó la señorita Mapp con entusiasmo, porque Withers ya había llegado al vestíbulo—. Qué encanto eres, pasándote por aquí. ¿Algo especial?

—Sí —dijo Diva, abriendo mucho los ojos, y derramando una lluvia de rocío al sacudirse el impermeable—. Ha venido.

Aquello no podía referirse a Susan...

—¿Quién? —preguntó la señorita Mapp, tratando de disimular su impaciencia sin mucho éxito.

—Faradiddleony —dijo Diva.

—¡No! —exclamó la señorita Mapp casi a gritos, tan interesada que prácticamente olvidó lamentarse de que fuera Diva la primera en conocer semejante noticia—. Vamos a tomar un té calentito en el cenador. Withers, té.

La señorita Mapp encendió unas velas, porque, sumida en la meditación, había estado allí a oscuras, y con incansable hospitalidad removi6 el fuego para que volviera a arder.

—Cuéntamelo todo —dijo. Aquello sería una golosina para Diva, que era una cotilla impenitente.

—Acabo de llegar de la estación —dijo Diva—. Quería un horario nuevo. Y el Rolls Royce acababa de bajar. El señor Wyse y Susan, en el andén.

—¿Llevaba las martas cibelinas? —preguntó la señorita Mapp perentoriamente, para completar la imagen.

—Embutida en ellas. Hablé con ellos. Vino el tren. La mujer salió. Besó al señor Wyse. Le dio la mano a Susan. Las dos manos. Mientras sacaban el equipaje.

—¿Mucho? —preguntó la señorita Mapp con apremio.

—Cientos de maletas y baúles. Todos con la corona y las efes de Faradiddleony. Dos taxis.

La mente de la señorita Mapp, echando humo, regresó a la anterior serie telegráfica.

—¿Dices que le estrechó las dos manos a Susan, querida? —preguntó—. A lo mejor es una moda italiana.

—Puede ser. Y luego, ¿qué crees que hizo? ¡Le dio dos besos a Susan! El señor Wyse y ella deben de estar comprometidos. No puedo explicármelo de otro modo. Él debió de escribir a su hermana para contárselo. No puede habérselo dicho en la estación. Deben de haberse comprometido hace días y nosotras sin saberlo. Fueron a ver las orquídeas. ¿Te acuerdas? Fue entonces.

Era muy amargo, sin duda, pero la amargura pudo transformarse en una increíble dulzura.

—Bueno, entonces ahora ya puedo hablar —dijo la señorita Mapp con un suspiro de gran alivio—. Oh, ha sido muy duro guardar silencio, pero me parecía que eso era lo que debía hacer. Yo lo he sabido todo este tiempo, Diva, querida, todo, todo este tiempo.

—¿Cómo...? —preguntó Diva con un gesto de abatida decepción.

La señorita Mapp se rio alegremente.

—Miré por la ventana, querida, mientras tú ibas a por tu pañuelo y curioseabas en el comedor y en el *boudoir*, ¿recuerdas? Ellos estaban en el césped, y se besaron. Así que me

dije: «¡Nuestra querida Susan ya lo ha cazado! ¡La perseverancia recompensada!».

—Umm... vaya. Solo es una suposición tuya. ¿O te lo ha contado Susan?

—No, querida, ella no ha dicho nada. Pero Susan siempre ha sido muy proclive a los secretos.

—Pero puede que no estén comprometidos en absoluto —dijo Diva con la mirada inquisitiva y brillante—. ¡Los hombres no siempre se casan con las mujeres a las que besan!

Diva había traicionado su bajeza intelectual en ese momento, poniendo en duda lo que durante días la señorita Mapp había estado rumiando y que al final había dado casi como algo cierto. Expulsó el aire de sus pulmones con un siseo, como si le doliera.

—Querida, qué sugerencia tan espantosa... —dijo—. Jamás se me hubiera ocurrido una idea semejante a mí. Que Susan sea proclive a los secretos, bueno, puede ser; pero inmoral... ¡nunca! Voy a olvidar que has pensado una cosa así. Hablemos de algo menos doloroso. A lo mejor te gustaría contarme algo más sobre la *contessa*.

Diva tuvo la elegancia de mostrarse un tanto avergonzada por lo que había dicho, y aprovechó para acogerse al nuevo tema que tan consideradamente se le proponía.

—No pude verla claramente —dijo—. Estaba todo muy oscuro. Pero alta y delgada. Estornudó.

—Eso le puede pasar a todo el mundo, querida —dijo la señorita Mapp—, sean altos o bajos. ¿Nada más?

—Monóculo —dijo Diva después de pensar un rato.

—¿Monóculo? —preguntó la señorita Mapp—. ¿Con una cadena? Qué cosa más rara, en una mujer...

Aquello tenía toda la pinta de ser el último átomo informativo de Diva, y aunque la señorita Mapp intentó practicar subrepticamente en ella los principios del psicoanálisis para desenterrar algo que hubiera olvidado, el catecismo psicologista no condujo a ningún tipo de resultados. Pero Diva, evidentemente, tenía algo más que decir, porque después de acabar el té comenzó a deambular de un lado a otro, de la ventana a la chimenea, con pequeños gruñidos y silbidos, como era su costumbre cada vez que se debatía por decir algo que se estaba guardando. Mucho rato antes de que lo soltara, naturalmente, la señorita Mapp sabía de qué se trataba. No era extraño que Diva encontrara dificultades a la hora de hablar de un asunto en el que se había comportado deplorablemente.

—Respecto a ese condenado vestido... —dijo al final—, me lo manché de chocolate la primera vez que me lo puse. Y ni yo ni Janet hemos podido quitar la mancha.

(«¡Hurra!», pensó la señorita Mapp).

—Tengo que volver a teñirlo —continuó Diva—. Pensé que lo mejor sería decírtelo. O de lo contrario podría pasar que tiñeras el tuyo del mismo color que yo otra vez. Azul martín pescador o rojo carmesí. Todo lo saqué del *Vogue* y de la señora Trout. Muy gracioso, ya sabes, pero caro. Deberías haber visto la cara que pusiste, Elizabeth, cuando entraste en casa de Susan la otra noche.

—¿Ah, sí, querida? —dijo la señorita Mapp, temblando violentamente.

—Sí, no habría vuelto a casa contigo por un sitio oscuro por nada del mundo.

Asesinato.

—Pero Diva, querida... —dijo la señorita Mapp muy nerviosa—, tienes una imaginación... Te gusta imaginarte lo peor en todos los casos. Si el señor Wyse besa a su prometida, piensas cosas que son demasiado terribles ni para decirlas; si me sorprende, piensas que estoy llena de odio y malicia. Sé más generosa, querida. No pienses mal de todo lo que veas.

—¡Ya! —dijo Diva, en una expresión con un mundo de significados.

—No sé lo que pretendes decir con «ya» —dijo la señorita Mapp—, y no intentaré averiguarlo. Pero sé más amable, querida, y eso te hará más feliz. ¡No pienses mal^[37], ya sabes! ¡Caridad!

Diva consideró que su amiga había alcanzado el límite de lo tolerable cuando Elizabeth empezó a darle lecciones sobre la caridad, y sin duda ella le habría explicado clara e inequívocamente el significado exacto de la palabra «ya» si Withers no hubiera entrado oportunamente para llevarse el té. Además, traía una nota que le entregó a la señorita Mapp. «Me animan a confiar...» fueron las primeras palabras que leyó. La señora Poppit había estado animándolo a confiar, otra vez.

—Para cenar en casa del señor Wyse mañana —dijo—. Sin duda harán el anuncio mañana. Probablemente escribió esta nota antes de ir a la estación. Sí, unos cuantos amigos. ¿Tú vas, querida?

Diva se levantó de inmediato.

—Tengo que ir corriendo a casa y mirar a ver... —dijo—. Por cierto, Elizabeth, ¿qué hacemos con los vestidos, si voy? ¿Tú o yo?

—Si el tuyo está lleno de chocolate, yo diría que no te va a agradar ponértelo —dijo la señorita Mapp.

—Podría ocultarlo —dijo Diva—, aunque solo fuera una vez. Poniendo flores. Y luego lo mando a teñir. No querrás verlo otra vez. El rojo carmesí, digo.

La señorita Mapp hizo acopio de toda su magnanimidad. Ya la había puesto a prueba y estaba agotada, pero aún era capaz de un esfuerzo más.

—Llévalo tú entonces —dijo—. Será una gran ocasión para ti. Pero si no te han invitado, dímelo. Me atrevería a decir que el señor Wyse quiere reservar la noticia para unos pocos. Adiós, querida; me temo que te vas a mojar un poco de camino a casa.

La bruma marina y la lluvia se mantuvieron perennes y sin interrupción durante toda la mañana siguiente, y la jornada de compras —con tantos paraguas e impermeables— resultó más animada de lo habitual. El ansioso deseo de ver a la *contessa* lo antes posible había corrido como la pólvora que no había estallado en las pistolas del mayor Flint y el capitán Puffin unos días antes. Tal vez, las brumosas condiciones del día conferían aún más emoción a la situación, los fantasmales habitantes de Tilling, que no podían ver a más de unas cuantas yardas de sus fantasmales narices, podrían toparse con el fantasma de la condesa en cualquier momento. Las impresiones de Diva, aunque escasas y ridículas, habían circulado ampliamente por el pueblo y no había una sola persona que no anduviera buscando a la noble visitante entre la niebla.

Finalmente, la mañana transcurrió sin novedades, y las damas de Tilling regresaron a casa empapadas para cambiarse de ropa y tomar un poco de quinina con tintura de amonio, como precaución tras una larga y fría mañana a la intemperie, sin que ni una sola de ellas hubiera podido ver el monóculo. Resultaba frustrante, pero la frustración era soportable porque el señor Wyse, lejos de desear que su fiesta se celebrara en la intimidad de unos pocos y afortunados elegidos, *se había animado a confiar* —a instancias de la señora Poppit— en que estaría presente «todo el mundo» de Tilling, con una excepción. Confiaba contar con la presencia del mayor y del capitán, y del Padre y su mujercita, y con Irene y la señorita Mapp, y por supuesto con Isabel. Pero, al parecer, no *se había animado a confiar* en que apareciera Diva.

De modo que solo ella estuvo ausente en aquella larga y húmeda mañana de compras, porque se quedó encerrada en casa, con la pluma en la mano, para responder afirmativamente a una invitación que hasta el momento no había llegado. Debido a la espesura de la niebla, su ausencia en las calles pasó inadvertida, porque todo el mundo dio por supuesto que todos los demás la habían visto, mientras que ella, comiéndose las uñas en casa, esperaba y esperaba y esperaba. Y luego siguió esperando. Alrededor de la una y cuarto, se dio por vencida y telefoneó tristonamente y abatida, según lo prometido, a Janet y Withers, a la señorita Mapp para decirle que el señor Wyse no se había «animado a confiar». Era muy desagradable que Janet y Withers se enteraran, pero si fuera ella misma la que llamara y fuera la propia Elizabeth quien contestara —y eso era probable, porque siempre iba corriendo a coger el teléfono—, Diva sabía que era muy posible que se ahogara antes de decir lo que tenía que decir. Así que Janet telefoneó y Withers dijo que se lo contaría a su señora. Y así lo hizo.

La señorita Mapp estaba sumida en agradabilísimas conjeturas. Lo más probable es que la *contessa* hubiera visto, a través de su monóculo, a aquella entrometidilla oronda en la estación y le hubiera cogido manía de inmediato. O puede que hubiera cazado a la pobre Diva inspeccionando inquisitivamente su equipaje con las coronas nobiliarias y las efes del apellido, y hubiera sabido, con desagrado, que aquella era una de las mujeres de

Tilling. «Algernon», le habría dicho a su hermano (se dijo a sí misma la señorita Mapp), «¿quién es esa mujercilla tan rara? ¿Me va a robar algo del equipaje?». Y entonces Algernon le habría dicho que aquella era la pobre Diva, una pobrecita criatura muy amable. Pero cuando Algernon tuvo que seleccionar a sus invitados para la cena en honor de su prometida y de la llegada de su hermana a Tilling, sin duda la condesa habría dicho: «Algernon, te ruego...». O si Diva —¡pobre Diva!— estaba en lo cierto en sus conjeturas y las invitaciones se habían redactado antes de la llegada del tren, era evidente que Algernon había roto la que iba a enviarse a Diva cuando la *contessa* se enteró de a quién se iba a encontrar la noche siguiente en la mesa... O puede que Susan hubiera insinuado que ya tenían dos mesas completas para la partida de *bridge* tras la cena, dos mesas muy arregladitas, y que no convenía incluir a Diva, que siempre se equivocaba y siempre andaba armando trifulcas con las puntuaciones. Cualquiera de aquellas explicaciones era totalmente satisfactoria, y como Diva no iba a estar presente, la señorita Mapp —naturalmente— se pondría el vestido de deslumbrante rojo carmesí. Ya podía saborear el éxito; todos ellos verían el gran efecto del rojo carmesí cuando lo viste una mujer adecuada y no hay una parodia de la misma al otro lado de la mesa de cartas. Qué cierto era, como el querido mayor Benjy había advertido, que una mujer puede llevar con tanta elegancia lo que otras no... Y si había una mujer que no podía lucir aquel resplandeciente rojo carmesí, esa era Diva. O tal vez al señor Wyse le diera vergüenza que su hermana pudiera ver a Diva ataviada con aquel vestido rojo brillante. Era muy propio del señor Wyse mostrarse tan considerado con Diva y no permitirle que hiciera el ridículo delante de la aristocracia italiana. Sin duda, la invitaría a almorzar algún otro día, más discretamente. O puede que... La señorita Mapp resplandecía con maravillosas hipótesis, como los valles alpinos cuando están rebosantes de flores gracias a la primavera, y disfrutó de su almuerzo muchísimo, de verdad.

La ansiedad y los nervios de la mañana, en vez de aliviarse, habían desembocado en una indecible amargura y le provocaron a Diva un fuerte dolor de cabeza. Pronto, la señora Plaistow adoptó uno de sus habituales métodos, muy vigorosos, para librarse de él. Así, en vez de tomar una aspirina y tumbarse en la cama, salió a dar un paseíto después de almorzar. Corrió y chapoteó por todos los caminos enfangados de los alrededores, indiferente a si se metía en los charcos o no, y sin importarle lo mucho o poco que se pudiera mojar. Se enfrentó al hecho de que la hubieran ignorado para la fiesta de aquella noche y decidió que no le importaba un rábano, y que estaba deseando pasar una velada tranquila en su casa en vez de salir, con lo mucho que llovía y lo empapado que estaba todo. Y nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, le preguntaría a ninguno de los invitados si lo habían pasado bien, ni cómo dio la noticia de su compromiso el señor Wyse, ni cómo jugaba al *bridge* la Faradiddleony. (Pronunció aquel nombre burlesco en voz alta, arrojándolo a los charcos y contra los setos empapados). Jamás demostraría el menor interés en todo aquello; lo cubriría todo con toneladas de olvido, y la próxima vez que se encontrara con el señor Wyse, sin importar lo que pudiera sentir o pensar, se comportaría con él exactamente igual que siempre. Se adornó con aquella digna decisión, y caminó tan deprisa que los setos se tornaron casi transparentes. Eso era lo que había que hacer; la habían despreciado groseramente y,

como una verdadera dama, ignoraría aquel desprecio, mientras que la pobre Elizabeth, en tales circunstancias, habría ideado mil planes y argucias para amargarle la vida al señor Wyse. Pero si... *si* (ella solo dijo *si*), si encontraba una razón para creer que Susan estaba detrás de todo aquello, entonces probablemente pensaría en algo que seguramente no sería digno de una verdadera dama, aunque sería digno de una verdadera mujer. Sin hacer ningún tipo de preguntas, podría obtener la información que le permitiera identificar a Susan como la verdadera culpable, y entonces actuaría de algún modo que asombraría a la propia Susan. ¿Cómo sería la venganza? Eso ahora no tenía importancia, así que se pasó todo el camino pensando en ella.

Sintiéndose mejor y prácticamente ya sin dolor de cabeza, Diva regresó al casco urbano de Tilling empapada hasta los huesos. Ya había pasado la hora del té, así que prescindió totalmente de la merienda y se dispuso a consolarse por su exclusión desde la alegría, con «una buena comilona» en forma de cena formal, en vez de la habitual magdalena vespertina y la «bandejita» nocturna. Para añadir dignidad a su banquete, se puso por última vez el vestido rojo carmesí (aunque seguiría siendo el mismo vestido después de volverlo a teñir), porque a la mañana siguiente lo enviaría a la tintorería para convertirlo en un monumento de luto perpetuo por sus pasadas glorias. Había pensado enviarlo ese mismo día, pero con todas las desgracias y las ansiedades que había padecido, se le había olvidado.

Una vez ataviada con el expirante traje, y para gran asombro de Janet, Diva se dispuso a jugar al solitario, para distraer su mente y sacudirse los problemas de encima. Como recompensa a su obstinada fortaleza, la malignidad habitual de las cartas se aplacó un tanto y consiguió resolver tres partidas bastante intrincadas. El reloj de la repisa de la chimenea dio el cuarto para las ocho y ella se sorprendió por lo tarde que era, y recordó, con una punzada de dolor que era la hora de cenar en casa del señor Wyse. En ese momento, alrededor de siete pares de lustrosos zapatos se estarían acercando a su puerta. Bueno, también ella iba a cenar a las ocho menos cuarto; Janet no tardaría en entrar para decirle que su propio banquete ya estaba dispuesto y preparado, y, recogiendo las cartas, pasó un agradable y pesaroso minuto mirándose a sí misma, ataviada con el vestido rojo carmesí, por última vez, en un espejo de cuerpo entero. El aterrador paseo bajo la lluvia había conseguido que tuviera la cara casi tan colorada como el traje. Escuchó los pasos de Janet en la escalera y se apartó del espejo. Janet entró.

—¿Ya está la cena? —preguntó Diva.

—No, señora. Es el teléfono —dijo Janet—. El señor Wyse está al teléfono y quiere hablar con usted sin falta.

—¿El señor Wyse, en persona? —preguntó Diva, que apenas podía creer lo que estaba oyendo, pues sabía cuál era la opinión del señor Wyse sobre los teléfonos.

—Sí, señora.

Diva caminó despacio, pero pensó deprisa. Lo que debía de haber ocurrido era que alguien se había puesto enfermo en el último momento —¿sería Elizabeth?— y ahora quería rellenar el hueco. Diva se debatía entre dos respuestas. Aunque deseaba con todas sus fuerzas ir a cenar a casa del señor Wyse, no veía cómo podía compaginar una respuesta afirmativa con la más mínima dignidad. Él solo había mirado por sus intereses

y su conveniencia; no tenía ningún sentido que ahora «se animara a confiar» en que Diva asistiera a la fiesta. No; el señor Wyse la llamaba porque la necesitaba. Diva estaba decidida a decirle que tenía amigos a cenar; eso sería muy propio de una verdadera dama.

Cogió el auricular y dijo:

—¿Aló?

Con toda certeza, se trataba de la voz del señor Wyse la que se dirigía a ella, y parecía temblar de ansiedad y nerviosismo.

—Mi querida señora —comenzó—, ha ocurrido una cosa espantosa y terrible.

(«A ver si Elizabeth está muy enferma», pensó Diva).

—Absolutamente terrible... —dijo el señor Wyse—. ¿Me oye?

—Sí —dijo Diva, endureciendo su corazón.

—Por un calamitoso error, la invitación que le escribí ayer no se envió. Figgis la acaba de encontrar en el bolsillo de su abrigo. Por supuesto, lo despediré de inmediato a no ser que usted interceda por él. ¿Me oye?

—Sí —dijo Diva muy nerviosa.

—En esa nota le decía que se me había animado a confiar en que usted viniera a cenar con nosotros esta noche. Hubo tal respuesta favorable a todas mis invitaciones que yo, del modo más inconsciente y descuidado, mi querida señora, pensé que todo el mundo había aceptado. ¿Me oye?

—¡Por supuesto, claro! —gritó Diva.

—Bueno, me postro de rodillas ante usted. ¿Podrá usted perdonar esta conjunción de estupidez de Figgis y mía, y honrarme con su presencia después de todo? Retrasaremos la cena, por supuesto. ¿A qué hora (en caso de que usted fuera tan amable e indulgente como para complacernos con su presencia) cree que podríamos cenar? No me rompa el alma rechazándome, mi querida señora. Sus... la señora Poppit le enviará el coche, desde luego.

—Ya estaba vestida para cenar... —dijo Diva orgullosamente—. Estaría encantada si me viniera a recoger de inmediato.

—Oh, es usted muy amable, es usted angelical —dijo el señor Wyse—. El coche sale ahora mismo; está en mi puerta.

—De acuerdo —dijo Diva.

—Muy agradecido... es usted muy amable... —murmuró el señor Wyse—. Figgis... ¿qué hago ahora con esto?

Diva colgó el auricular.

—Polvos —se dijo en voz alta, recordando lo que había visto en el espejo, y subió rápidamente las escaleras. El pescado de su cena tendría que rebajarse hasta convertirse en un plato de pescado desmenuzado con huevos y arroz, aunque la platija habría servido igual que el lenguado para eso. Habría que recalentar las chuletas de ternera otra vez, y tal vez no había empezado a batirse el merengue de manzana, y podía detenerse la preparación del postre.

—Janet —gritó—, ¡salgo a cenar! Deja el merengue.

La señora Plaistow se espolvoreó una llamativa palidez en la cara al tiempo que oía el rugido del Rolls Royce, y, tras bajar las escaleras, entró en aquella lujosa calidez, pues la

luz eléctrica estaba encendida. En el coche estaban las martas cibelinas de Susan —muy considerado por parte de Susan cedérselas, pero era demasiado ostentoso—, y había también una manta de viaje, que Diva estaba convencida de que era nueva, y muy probablemente un regalo del señor Wyse. No tardó en aparecer la luz que se derramaba desde la puerta abierta de la casa del señor Wyse, y el propio señor Wyse se encontraba en el vestíbulo para recibirla, saludarla, darle las gracias y bendecirla por su generosidad. Ella intercedió por el contrito Figgis, y fue conducida en triunfo al salón, donde todo Tilling la estaba esperando. La acompañaron entonces hasta la *contessa*, con quien estaba hablando apasionadamente la señorita Mapp, envuelta en adulatoras sonrisas.

Los dos vestidos de vivo color carmesí...

Se produjeron ciertos momentos embarazosos durante la cena. La *contessa*, un tanto confusa tras haberle presentado a tanta gente de una vez, no se aprendió bien los nombres, y se dirigía a los dos caballeros que tenía a su lado como el capitán Flint y el mayor Puffin, y pensaba que Diva era la señora Mapp. Parecía muy avispada y alegre: se le cayó el monóculo en la sopa, hablaba con la boca llena, y bebió una notable cantidad de vino, lo cual era muy mal ejemplo para el capitán Puffin. También se produjeron muchos silencios repentinos en la conversación, porque las noticias de los besos que se habían dispensado la señora Poppit y la *contessa* habían corrido como la pólvora a través de la niebla aquella mañana, debido a las habilidades comunicativas de la señorita Mapp. Ahora, cada vez que el señor Wyse elevaba la voz, aunque solo fuera un poquito, todo el mundo dejaba de hablar, con la esperanza de que la noticia que se esperaba con tanta ansiedad se anunciara por fin. Además, de vez en cuando la *contessa* se dirigía a su hermano para hacerle alguna observación, a gritos y con un dudoso italiano, lo cual naturalmente confirmaba la pobre impresión de sus modales en la mesa, ya adelantados por su costumbre de hablar con la boca llena. Hablar en italiano era, más o menos, como hablar al oído o susurrando, porque nadie podía entender lo que decían. Asimismo, la sensación de estar cenando con una condesa producía una ligera tensión, lo cual, añadido al correcto comportamiento que siempre inducía la presencia del señor Wyse, casi congelaba la compostura y la convertía en rigidez. Pero a medida que avanzaba la cena, la evidente relajación y alegría de la condesa se hizo sentir, y a sus excentricidades, aunque cuidadosamente observadas y anotadas por la señorita Mapp, ya no les siguieron silencios y destempladas irrupciones de conversaciones entrecortadas.

—¿Y su señoría se va a quedar mucho en Tilling? —preguntó el mayor (el verdadero mayor), para tapar la pausa que se había producido cuando el señor Wyse quiso comentarle algo a Isabel, que estaba al otro lado de la mesa.

Ella dejó caer el monóculo en la salsa de la carne, salpicando el mantel, y luego lo sacó de allí tirando de la cadenita, como si estuviera sacando un pescado de un lago, y lo rechupeteó.

—Pues eso depende de ustedes, caballeros —dijo con más audacia de la que se acostumbraba en Tilling—. Si usted y el mayor Puffin y ese encantador sacerdote escocés se enamoran de mí, y se enfrentan en duelo por mí, creo que me quedaré para siempre.

El mayor se recobró del golpe antes que cualquiera de los demás.

—Su señoría puede darlo por seguro —dijo con galantería, y enseguida se elevó un continuo runrún en la mesa para tratar de evitar ese asunto tan controvertido.

La condesa le puso la mano en el brazo al mayor.

—Y no me llame señoría, capitán Flint —dijo—. Eso solo lo hacen los criados. *Contessa*, si quiere. Y tiene que quitar esta niebla del pueblo. No he visto más que montones de algodón por la ventana. Y dígame una cosa: ¿por qué esas señoras van vestidas igual? ¿Son hermanas? La señora Mapp, la bajita y gorda, y su hermana, la grande y gorda, ¿son hermanas?

El mayor lanzó una mirada aprensiva a la señorita Mapp, que estaba sentada justo enfrente, y cuya agudeza auditiva era uno de los terrores de Tilling. Sus escrúpulos estaban muy bien fundados. Desde ese momento, la señorita Mapp odió y despreció a la *contessa* para siempre.

—No, no son hermanas... —dijo el mayor—. Y su señoría..., y ha cometido usted un pequeño error con los nombres. La que tiene enfrente es la señorita Mapp; la otra es la señora Plaistow.

La *contessa* moderó su voz.

—Ya veo. Parece un poco resentida. Su señorita Mapp. Creo que debe de haberme oído. Bueno, luego seré muy amable con ella. ¿Por qué no se casa uno de ustedes con ella? Ya veo que tendré que arreglar eso. ¿Qué me dice de ese pastorcillo escocés? A los hombres pequeñitos les gustan las mujeres grandes. ¡Ah! ¿Ya está casado con la ratoncilla? Bueno, entonces tendrá que ser usted, capitán Flint. Tenemos que celebrar muchas bodas en Tilling.

La señorita Mapp no pudo evitar encañonar su mirada a la *contessa* cuando hizo aquella llamativa observación. Aquello debía de ser el pie de entrada (eso pensó ella) para que se produjera por fin el anuncio que ella ya conocía desde hacía tanto tiempo. En un parpadeo, la inteligente *contessa* comprendió que había captado su atención, y habló en un tono bastante alto al mayor:

—Su señorita Mapp me ha robado totalmente el corazón —dijo—. Tengo celos de usted, capitán Flint. Esa dama va a ser mi mejor amiga aquí, en Tilling, y si usted se casa con ella, le odiaré a usted tremendamente, porque eso significará que a ella le gusta más usted que yo.

La señorita Mapp no odió en ese momento a nadie en el mundo, ni siquiera a Diva, de cuya cara empezaban a desprenderse costras de polvo de maquillaje, dejando a la vista pequeñas marcas rojas en su rostro, como estrellas en una agradable noche. La cena concluyó con castañas asadas que la condesa había traído de Capri.

—Siempre regaño a Amelia por la cantidad de equipaje que trae —le contaba el señor Wyse a Diva—. Amelia, querida, eres mi anfitriona esta noche... —Nadie pasó por alto cómo miraba a la señora Poppit—. Y debes prestar atención a... alguien.

—Le prestaré atención a la señorita Mapp —dijo Amelia, y todas las damas presentes se levantaron como si un secreto mecanismo las hubiera movido a todas a la vez. Hubo una gran acumulación de damas titubeando al salir por la puerta del salón, pero la *contessa* puso fin al barullo.

—Las mayores primero —dijo.

En ese momento, adelantándose ella misma, la condesa consiguió que la señorita Mapp, Diva y la rata se sintieran considerablemente jóvenes. Puede que se le cayera el monóculo y hablara con la boca llena, pero realmente tenía una elegancia... Todos ellos decidieron que adoptarían ese truco en el futuro. La decepción por el anuncio del compromiso quedó notablemente aplacada y la señorita Mapp y Susan, en su ansiedad por ser más jóvenes que la *contessa*, y sin embargo pasar delante de todas las demás, casi se quedan atascadas en la puerta. Rebotaron la una contra la otra, y Diva consiguió entrar zigzagueando entre ellas. La pintoresca Irene pasó en el lugar correcto: la última. Por muy pintoresca que fuera Irene, no tenía ningún sentido fingir que no era la más joven.

A pesar de que —al parecer— Amelia había perdido sin remedio el corazón por la señorita Mapp, no le dedicó excesiva atención en el salón; al revés, rápidamente se sentó a una mesa, cogió un mazo de cartas y procedió a jugar a una modalidad complejísima de solitario y a chupetear cigarrillos sin parar, para pasar el tiempo hasta que los caballeros se unieran a las damas^[38]. Aunque las damas de Tilling tenían muchas cosas sobre las que chismorrear, todos sus chismorreos se referían a la visitante, y no convenía hacer semejantes comentarios delante de la propia *contessa*. A menos que, como ella, hablaran en una lengua desconocida para quien era la protagonista indiscutible de su conversación, no podían decir nada en absoluto. Las amordazadas damas no tuvieron más opción que reunirse en torno a la mesa de la condesa, y observar la velocidad relampagueante con la que Amelia reunía las sotas negras sobre las reinas rojas en distintos montones y las sotas rojas sobre las reinas negras en otros. Se había quitado todos los anillos con el fin de procurarse una mayor libertad de movimientos en los dedos, y su monóculo se le seguía cayendo, esta vez sobre el brillante montón de preciosas gemas de sus anillos. La rapidez de sus movimientos solo se podía equiparar al veloz y sorprendente monólogo que salía de sus labios.

—Vaya, qué rey más asqueroso, siempre en medio —decía—. Igual que los hombres, que siempre meten las narices donde no los llaman. *Bacco!* No, eso no: voy a coger un cigarrillo. Me han dicho que son ustedes, señoras mías, unas excelentes jugadoras de *bridge*. Ahora vamos a echar una partida, ¡y me enfrentaré a su aterradora Camorra! *Dio!* Otro rey, y aquí está su reina, de quien no quiere nada de nada. Es muy amoroso con la reina negra, que está cubierta, y le gustaría que ella se pusiera encima. Susan, querida mía... —Ah, eso era interesante, pero ya lo sabían todas—. Ten la amabilidad de hacer sonar la campana para el café. Fenezco si no me tomo mi café de inmediato. Y un mondadientes, también. Cuénteme todos los escándalos de Tilling, señorita Mapp, mientras sigo jugando. Todas esas historias espantosas de ese mayor y ese capitán. Tiene un aire imponente el capitán... No, es el mayor, el que no cojea. ¿Cuál de todas ustedes, mis queridas damas, está más loquita por él? Es la señorita Mapp, me parece a mí... Por eso no me responde. Ah, aquí está ya el café, y el otro rey: tres terrones de azúcar, querida Susan, y luego remuévelo bien, y pónmelo en la boca, así puedo tomármelo sin dejar de jugar. Ah, ¡el as! ¿Es el último o el primero? ¿Es el guía del rey? Sería precioso contar en Tilling con un guía que les contara a todas ustedes qué amoríos están en marcha. Susan, tienes que conseguirme un guía: tú serás mi guía. Ah, y aquí vienen ya los caballeros...

Menudos sinvergüenzas, han preferido quedarse bebiendo vino que acompañar a las mujeres. Y ahora jugaremos al *bridge*, y si alguien me regaña, lloraré, señorita Mapp, y el capitán Flint me cogerá la mano y me consolará.

Recogió en un montón todas las cartas y los anillos, lo dejó todo en el suelo, y repartió parejas y asientos con las cartas que quedaban.

Sin dudarle, la señorita Mapp fue muy benevolente con la *contessa*, que era su compañera, y apuntó los fallos de Amelia y de sus adversarios con la sonrisa más encantadora; y explicó con la mayor cortesía y claridad lo que pensaba. Luego ocurrió que Elizabeth Mapp cometió un renuncio escandaloso, y la *contessa*, muy lejos de enfadarse con ella, estalló en un incontenible repique de risas. Este modo de tomarse un renuncio era una cosa novedosísima en Tilling, porque lo normal y lo justo era que el compañero del que había hecho el renuncio se enfurruñara y fuera sarcástico durante al menos los veinte minutos siguientes. Las carcajadas de la *contessa* continuaron estallando de vez en cuando durante el resto de la partida, y todo resultó muy agradable. Pero al final dijo que no estaba en absoluto a la altura de los jugadores de Tilling y se negó a jugar más. La señorita Mapp hizo gala de su recién adquirida amistad y, con el mayor de sus afectos, le rogó que no desesperara y...

—De verdad, querida *contessa* —dijo—, es usted toda una estrategia en el *bridge*. Tal vez ha apostado un poquito más de lo que debía con la mano que llevaba, ¿no cree?, pero ese es un pecado que todos cometemos. A veces, incluso yo apuesto por encima de mi mano. Solo una partidita más. Me encantaría ser su compañera de nuevo, desde luego. Tiene usted que venir a mi casa alguna tarde y jugaremos una partida. Tomaremos té pronto, y luego jugaremos dos horas. No hay nada como practicar.

La velada había concluido sin el anuncio de la noticia que todo el mundo esperaba. A la mañana siguiente, la señorita Mapp, sentada en su puesto de observación del cenador, repasaba los acontecimientos de la noche y le pareció que todas las pruebas eran tan abrumadoras que ya no valía la pena entregarse a conjeturas sobre el asunto, aunque resultaran fructíferas y provechosas. Con esa templanza, se entretuvo con los agradables recuerdos de la velada y diseñó nuevos proyectos de futuro. Desde luego, había sido distinguida por la llamativa consideración que la *contessa* había tenido hacia ella, y su opinión respecto a su encanto y sus habilidades en el juego era de lo más alta. Sin duda, su extraña observación sobre el duelo, durante la cena, había sido intencionadamente humorística, pero muchas verdades se dicen entre bromas, y la *contessa* —una mujer perspicaz— había sabido ver enseguida que el mayor Benjy y el capitán Puffin eran precisamente el tipo de hombres que podrían llegar a enfrentarse en un duelo (o, en todo caso, a desafiarse) por una mujer. Y su pregunta sobre cuál de las damas estaba más enamorada del mayor... ¡Y su manera de decir que creía que era la señorita Mapp! Elizabeth se había puesto casi tan roja como la pobre Diva cuando la condesa largó aquel agudo comentario, tan a la ligera.

¡Diva! Desde luego, había sido una espantosa bofetada descubrir que Diva había estado invitada a la fiesta del señor Wyse desde el principio; y la bofetada había sido aún

más violenta cuando Diva se presentó con su vestido rojo carmesí... Y fue agasajada con semejante retahíla de disculpas por parte del señor Wyse. Afortunadamente, ya no lo volvería a ver jamás, porque Diva había prometido —siempre que uno creyera que podía confiar en Diva— que pensaba enviar el vestido a la tintorería. Aunque no dejó de resultar desconcertante saber que Diva lo llevaba puesto cuando en realidad iba a pasar la noche sola, en su casa. ¿Por qué se lo pondría? Alrededor de las ocho debería estar ya a punto de cenar lo que tuviera en su bandejita, y vestida con algún trapo viejo. Sin embargo, tres minutos después de que la llamaran ya estaba entrando por la puerta con el vestido rojo Lago Carmesí, y engullendo con tanta fruición que era imposible imaginar que ya había cenado, por muy ansiosa que fuera. Pero, a pesar del imprevisible y sorprendente triunfo de la señora Plaistow, el principal sentimiento en el espíritu de la señorita Mapp hacia ella era de lástima. Tenía un aspecto tan ridículo con aquel vestido, y con aquella masa de polvos en su cara colorada, desprendiéndose poco a poco... No es extraño que la querida *contessa* se sorprendiera al verla entrar.

Otra de las materias que tenía que abordar la señorita Mapp aquella mañana era la velada de *bridge* que iba a ofrecer a la *contessa*. Seguramente estaría menos nerviosa si había solo una mesa: eso resultaría más cómodo y acogedor para su invitada, y al mismo tiempo proporcionaría motivos a los que se quedarán fuera para la ira, la envidia y la indignación. Diva, desde luego, no iba a estar de ninguna manera, y la *contessa* no jugaría con el señor Wyse. Y luego estaba el mayor Benjy, que naturalmente sería invitado, porque era evidente que a la *contessa* le encantaba.

En estas cábalas estaba ocupada la señorita Mapp cuando, de repente, empezó a no sentirse tan segura de que debiera incluir al mayor Benjy en el grupo. La *contessa*, aunque era encantadora, le había soltado muchos comentarios tropicales e italianos. Le había dicho que se quedaría en el pueblo para siempre si los hombres de Tilling se batían en duelo por ella. Le había llamado «mi querido cariñito» en la partida de *bridge*, cuando, siendo su adversario, él había fallado al echar un triunfo sobre la carta más baja. Y le había pedido que la invitara a tomar el té un día («sin nadie más, porque tengo un montón de cosas que decirle a usted»), cuando tuvo lugar la tradicional y general *macédoine* de pieles, *au reservoirs* y agradecimientos por aquella maravillosa velada en el vestíbulo. En definitiva, cuando se detuvo a pensarlo bien, la señorita Mapp no estuvo segura de que la *contessa* fuera una buena compañía para el mayor Benjy. Ni por un momento consideró posible que el mayor pudiera invitar a la *contessa* a tomar el té a solas; la misma sugerencia no era sino una demostración de que aquello debía de ser una expresión de la extravagancia sureña de la *contessa*. Pero, por otra parte, pensó la señorita Mapp mientras exprimía la idea, sus otras expresiones extravagantes tenían un fondo de verdad. Así pues, las posibilidades del mayor de ser invitado a la selecta partida de *bridge* comenzaron a disminuir a pasos agigantados hasta desvanecerse por completo.

Ya era la hora de salir a hacer los recados matutinos (en realidad, ya era demasiado tarde), y la señorita Mapp había decidido no llevarse la gran cesta aquel día, por si se encontraba con la *contessa* en High Street. Sería más elegante y más Wyse y más imponente ir sin cesta, y ordenar que lo que comprara lo llevaran a casa, en vez de correr el riesgo de encontrarse con la *contessa* y tener que ocultar que llevaba un par de chuletas

de cordero, un ovillo de lana y pasta de dientes. Así que se puso su capa Príncipe de Gales y, posponiendo cualquier reflexión sobre la tarde de *bridge* hasta que tuviera un momento menos ocupado, se lanzó sin impedimenta alguna y alegremente al cotilleo matutino. En la esquina de High Street, se topó de bruces con Diva.

—Noticia —dijo Diva—. Acabo de encontrarme con el señor Wyse. Comprometido con Susan. A estas horas lo sabe ya todo el pueblo. Todo el mundo lo sabe. Oh, ahí está el Padre; seguro que él no lo sabe.

La señora Plaistow salió corriendo para cruzar la calle y la señorita Mapp, sacudiéndose el polvo que Diva había levantado sobre sus zapatos al salir zumbando, procedió a evaluar la situación a su modo, con resentimiento. Aunque estaba muy enojada con Diva, estaba casi más enojada con Susan. Después de todo lo que *ella* había hecho por Susan, Susan debería habérselo contado hacía mucho tiempo, rogándole que guardara el secreto. Pero enterarse de aquel modo, por boca de la vulgar Diva, sin ningún secreto en absoluto, era una afrenta que a ella le resultaba muy dolorosa, y le iba a costar mucho perdonar a Susan. Mentalmente, redujo a la mitad la cantidad que había decidido gastar en el regalo de bodas de Susan y el señor Wyse. Tendría que ser bañado en plata, y no de plata, y si Susan no se andaba con ojo, ni bañado en plata ni nada de nada.

La señorita Mapp acababa de salir del boticario, después de una indignante discusión sobre un bote de bicarbonato. El boticario había dejado el pequeño paquetillo en el mostrador y ella le pidió que se lo llevaran a casa. No repartían paquetes tan pequeños. Así que le dejó el paquete de bicarbonato allí. Al salir, oyó una especie de grito, un alarido raro, muy cerca de ella. Era la *contessa*, justo a su lado, con una enorme y extraña cesta de la compra. Llevaba dentro una chuleta sangrienta y un centollo.

—¿Y dónde ha dejado su cesta, señorita Mapp? —exclamó—. Algernon me dijo que todas las grandes damas de Tilling iban a hacer la compra matutina con grandes cestas, y que si yo aspiraba a ser *du monde*, debía llevar también una. Esto es divertidísimo, y ya le he escrito a Cecco para decirle que pienso ir de compras con mi cesta. Mire, esta chuleta es para Figgis, y el centollo es para Algernon y para mí, si es que Figgis no se lo queda. Bueno, pero ¿por qué usted no es *du monde*? ¿Es usted *du demi-monde*, señorita Mapp?

La perspicaz condesa dejó escapar un croar de risa y le hizo unos arrumacos al centollo.

—¿Cree que se comerá la chuleta? —añadió—. ¿No está demasiado vivo? Fui a la pescadería del señor Hopkins; pero no estaba allí, porque había quedado con la señorita Coles. ¿No estuvo esa señorita Coles anoche en la fiesta de mi hermano? ¿No era la que escupía en el fuego cuando nadie, salvo yo, la miraba? Todos ustedes, aquí en Tilling, son encantadores. ¿Y qué hace el señor Hopkins con la señorita Coles? ¿Se besan? Pero, ay, su cesta de la compra... Eso me ha decepcionado mucho, porque Algernon me dijo que usted tenía la cesta más grande de todas. Yo me compré la más grande que vi: ¿es tan grande como la suya?

La cabeza de la señorita Mapp empezaba a parecer un torbellino. La *contessa* decía a voces (y tan alto como podía) todo lo que los demás solo susurraban. Le enseñaba a todo el mundo lo que llevaba en la cesta, cuando todo el mundo cubría sus compras con gruesos pliegos de papel. Si la señorita Mapp hubiera sospechado que la *contessa* iba a

llevar una cesta de la compra, se habría paseado por High Street con una pata de cordero saliendo por un extremo y un par de botas Wellington por el otro. Pero ¿cómo iba a sospechar que una condesa...?

Unos malos presentimientos planearon sobre la cabeza de la señorita Mapp. ¿Sería posible que el señor Wyse hubiera sido satírico respecto a las costumbres de Tilling? Si así fuera, no le podía desear nada peor que casarse con Susan. Pero, de momento, había que poner buena cara.

—¡Qué encantador por su parte, querida *contessa*! —dijo—. Tal vez podamos ir mañana de compras juntas, y entonces mediremos el tamaño de nuestras cestas. Qué divertido es reírse de estas pobres gentes de Tilling, ¿verdad? Pero, *contessa*, ¿y esas noticias tan emocionantes respecto a nuestra dulce Susan y su querido hermano? Aunque, bueno, yo ya lo sabía desde hace mucho tiempo.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso? —dijo la *contessa* en un tono algo áspero, que la señorita Mapp recibió algo ofendida.

—Oh, *contessa*, concédame usted al menos tener dos ojos —dijo, porque pensó que sería demasiado largo explicarle que los había visto besándose en el jardín, mientras los espiaba tras una cortina—. Simplemente, tengo ojos en la cara.

—Y una nariz para oler —apuntó la *contessa* alegremente.

Aquello era, desde luego, muy burdo y desagradable, aunque probablemente italiano. La opinión de la señorita Mapp sobre la *contessa* fluctuaba violentamente, como un barómetro antes de una tormenta, e indicaba: «Variable».

—Nuestra Susan es una amiga muy querida —dijo.

La *contessa* la miró muy fijamente durante unos instantes, y luego pareció despreciar el asunto.

—Mi centollo, mi chuleta de ternera —dijo—. ¿Y dónde vive su capitán... no, su mayor Flint? Tengo una nota de su parte, porque me ha invitado a tomar el té, los dos solos, para enseñarme sus pieles de tigre. Creo que va a ser mi conquista mientras esté aquí en Tilling, y cuando me vaya, le haré jirones el corazón, pero le diré quién puede remendárselo.

—¡Nuestro querido mayor Benjy! —dijo la señorita Mapp, desesperada e incapaz de lidiar con aquella mujer de lengua tan disparatada—. Para él será una maravillosa sorpresa que vaya usted a tomar el té. ¿Es hoy?

La *contessa* guiñó el ojo muy claramente, el ojo que se escondía tras el monóculo que se había puesto al ver venir a Diva trotando desde la acera de enfrente.

—Y si yo digo «hoy» —apuntó—, usted... ¿cómo es eso que dice esa...? —Señaló a Diva—. Si le digo que es hoy, usted se pasaría por allí... «un momentito», y el bueno del mayor ya no me prestaría tanta atención a mí. Así que si le digo que iré hoy, usted sabrá que es mentira, porque es muy lista, señorita Mapp, de modo que iré a tomar el té con el mayor... mañana, y me encontrará allí. *Bene!* Y ahora, ¿dónde está su casa?

Aquel era un tipo de planteamiento con el que la señorita Mapp no se había topado en toda su vida. Tras escucharlo y masticar cada una de sus palabras, comprobó con dolor lo trivial que había sido durante todos aquellos años. A lo largo de todo aquel tiempo, cuando se le formulaban preguntas, había dado respuestas que no siempre se

ceñían estrictamente a la verdad, pero nunca había pensado en planteamientos tan retorcidos como aquel. Si le decía a Diva una mentira, Diva probablemente sospecharía que era una mentira y actuaría en consecuencia, pero nunca había pensado hacerlo de tal modo que fuera prácticamente imposible dilucidar si una aseveración era cierta o no. Y cuando regresó calle arriba por High Street, con la *contessa* columpiando su cesta a su lado, no tenía ni la menor idea de si aquella mujer iba a ir a tomar el té con el mayor Benjy aquel día, o al día siguiente, o cuando el centollo se comiera la chuleta de ternera.

—Esa es su casa —dijo, y se detuvieron en la esquina del dentista—. Y la mía es la que está al lado, con el pequeño mirador de mi cenador, que da a la calle. Espero que venga algún día a visitarme, querida *contessa*. Echaremos una partidita de *bridge* y tomaremos el té. Uno de estos días, pronto, espero. ¿Cuándo cree que podrá...? ¿Mañana? —le preguntó (así sabría si la *contessa* iba a ir a tomar el té con el mayor Benjy al día siguiente. Por desgracia, parecía que la *contessa* sabía lo que estaba pensando).

—¡Mi conquista! —dijo—. No sé, tal vez vaya a tomar el té con mi conquista mañana.

Mejor que se hubiera callado.

—Lo invitaré a él también, y así podrán verse —dijo la señorita Mapp, sintiendo de un modo horrible y desesperado que estaba jugando al juego de su adversario. «¿Adversario?», se dijo. ¿Se había dicho eso? Sí. La inescrutable *contessa* había conseguido hacerle llegar a ese punto.

—Se me acumulan estos pequeños placeres —dijo—. Así que esta es su casa. ¡Qué casita tan encantadora! ¡Mi corazón se desboca solo con la idea de llamar a su timbre!

La señorita Mapp estaba distraída en otros asuntos. Cabía la posibilidad de que la *contessa* le dijera al mayor Benjy que ya iba siendo hora de casarse, pero por otra parte estaba haciendo preparativos para ir a tomar el té con él en una fecha desconocida. Y el héroe de numerosísimas aventuras amorosas en la India y en otras partes del mundo podía perder el corazón y la cabeza por una persona absolutamente diferente de la que le convenía para casarse. A la luz del día, la querida *contessa* era innegablemente vulgar: algo era algo, pero en los cortos días del invierno el té ya se tomaba con luz artificial, y con luz artificial no era tan inocente. Lo peor era que, a cualquier luz, tenía una energía que podría confundirse con ingenio, y una conversación tan aduladora que podía tomarse por sincera. Elizabeth Mapp confiaba en que los hombres no fueran tan inocentes como para caer en su trampa, pero se temía que tristemente así era. ¡Pobres idiotas!

Aquella semana previa a la Navidad, el número de visitas que la señorita Mapp hizo al buzón de la esquina de High Street excedió cualquier contabilidad. Siempre bajaba a la hora del té, con un sobre en la mano que contenía la factura del pescado para el señor Hopkins (y con un giro postal dentro). Naturalmente, fuera de día o de noche, no tenía intención de arriesgarse a que la descubrieran otra vez con un sobre en blanco en la mano, y sin sello, de modo que un sobre con la factura del señor Hopkins y un giro postal en su interior habría superado cualquier investigación al respecto. No obstante, aunque el exterior del sobre estaba perfectamente ajustado a razón, nadie podía decir

hasta qué punto estaba enloquecida la mano que lo llevaba arriba y abajo. Lo paseó tanto que los bordes se arrugaron y la dirección se emborronó de tanto toquetearla. En realidad, de todas las argucias que la señorita Mapp había planeado para espiar a los demás, ninguna fue tan minuciosamente elaborada como aquella en la que ahora se encontraba enredada.

En fin, dado que aquellos días de diciembre eran muy oscuros, la *contessa* tendría un aspecto deslumbrante a la hora del té. Además, desde la ventana de la señorita Mapp era imposible concluir si había ido a tomar el té con el mayor Benjy algún día concreto. Una huelga de gas impedía que la farola de la esquina, que en días más felices lo habría iluminado todo, iluminara nada de nada aquella semana. La señorita Mapp, por tanto, se veía obligada a recorrer penosamente una y otra vez la distancia hasta el buzón, con la factura del señor Hopkins en la mano. Y después de fingir que echaba la carta, con ella en el bolsillo, ya de vuelta, intentaba averiguar, por la luz de las ventanas, o por el ruido de la conversación que sería audible cuando pasara muy cerca de ellas, si el mayor estaba tomando el té allí o no, y con quién. Si por casualidad oyera aquella risa tintineante que resultó tan agradable cuando ella hizo aquel renuncio, y que ahora le parecía tan siniestra, había decidido entrar y pedir un libro o una piel de tigre... o cualquier cosa. El mayor, desde luego, no podría dejar de invitarla a tomar el té, y una vez allí, ni atada a unos caballos salvajes saldría de la casa hasta que no consiguiera ver fuera a la otra visitante. Entonces, a medida que su mal de celos aumentaba y se tornaba febril, intentó convencerse, como por los primeros rayos de sol de un espantoso amanecer, de que las luces en el dormitorio del mayor y el ruido de risas cristalinas y mágicas no tenían por qué ser pruebas fehacientes de que la *contessa* estuviera allí. Era posible, espantosamente posible, que los dos estuvieran frente a la chimenea, que las voces pudieran acallarse hasta convertirse en susurros amorosos, que calladas risas ocuparan el lugar de las carcajadas. Una de aquellas tardes, mientras regresaba del buzón con la paciente factura del señor Hopkins en el bolsillo, la atenazó la horrible certeza —cuando vio que las cortinas estaban más cerradas que de costumbre, y que el interior del salón parecía más callado y tranquilo de lo habitual— de que allí se estaban produciendo... ¡escarceos amorosos!

Sin pensarlo, llamó al timbre y creyó escuchar susurros en el interior mientras venían a abrir. Finalmente, cuando se encendió la luz del vestíbulo, la señora Dominic, la criada del mayor, abrió la puerta.

—Creo que el mayor está en casa, ¿verdad, señora Dominic? —dijo la señorita Mapp, con su voz más seductora.

—No, señorita. Está fuera —dijo Dominic con una firmeza inflexible. (La señorita Mapp se preguntó si Dominic bebería también).

—¡Vaya por Dios...! Qué engorro, si me dijo... —farfulló, con un enfado falsamente divertido—. ¿Le importaría, señora Dominic, ser tan amable de ir a ver y asegurarse de que no está en su salón o en su habitación? Puede que haya venido ya.

—No, señorita. Está fuera —insistió Dominic, con la pronunciación de cotorra de una decidida embustera—. ¿Quiere dejar algún mensaje?

La señorita Mapp se dio media vuelta, más segura que nunca de que el mayor estaba en casa entregado a sus escarceos amorosos. Y habría continuado acumulando en su

mente pruebas de aquellas certezas si no lo hubiera visto, casi por casualidad, bajando la calle junto al capitán Puffin.

Durante aquellos días había intentado, en dos ocasiones nada menos, organizar una pequeña partida de *bridge* para cuatro (para que no se asustara la *contessa*), desde la hora del té hasta la hora de cenar, y en las dos ocasiones la Faradiddleony (pues en eso se había convertido) estaba desafortunadísima comprometida. Pero la segunda de esas decepcionantes respuestas incluía la esperanza de que pudieran encontrarse para hacer la compra juntas al día siguiente, y aunque la pobre señorita Mapp estaba realmente muy cansada, por todas aquellas continuas visitas al buzón, lloviera o nevara, se dispuso a salir a la mañana siguiente con la esperanza de saber, a toda costa, si la condesa ya había tomado el té con el mayor Flint, o qué día lo iba a tomar. Allí estaba, justo delante de la oficina de correos, y allí —¡oh, maldita sea!— estaba también el mayor Benjy, de camino al tranvía, en animada conversación con ella. Era un pequeño consuelo que el capitán Puffin estuviera allí también.

La señorita Mapp apretó el paso hasta que su andar se convirtió en una pequeña carrerilla.

—¡Querida *contessa*, siento llegar tarde! —dijo—. Tenía que hacer un montón de cositas esta mañana. (¡Mayor Benjy! ¡Capitán Puffin!). Oh, qué mala ha sido usted, ¡ya ha empezado las compras sin mí!

—Solo he estado en el colmado —dijo la *contessa*—. El mayor Benjy es tan divertido que me olvidé de la compra por completo. Le he escrito a Cecco para decirle que nadie es tan ingenioso como el mayor.

«¿El mayor Benjy?», pensó la señorita Mapp con acidez, recordando lo mucho que le había costado a ella averiguar que ese era su nombre. E «ingenioso»... Bueno, eso ella todavía no lo había descubierto.

—Oh, no, ¡nada de eso! —exclamó el mayor Benjy—. Fue la *contessa*, señorita Mapp, que es muy divertida.

—Estoy segura de que sí —dijo la señorita Mapp, con una enorme sonrisa—. Y, oh, mayor Benjy, perderá usted el tranvía a menos que se dé prisa, y no podrá jugar al golf, y luego estará enfadado con todo el mundo por haberle retenido aquí. Ustedes, los hombres, siempre nos culpan a las pobres mujercitas.

—Bueno, ¡diantres!, ¿qué es un partido de golf comparado con el placer de estar con las dos damas...? —preguntó el mayor, con una enorme reverencia.

—Yo sí quiero coger el tranvía —dijo Puffin con bastante enojo, y la señorita Mapp de repente sintió que estaba más cerca que nunca de perdonarle sus insultos de borracho.

—Oh, pobrecito capitán Puffin —dijo la *contessa*—, lo cogerá. ¡Vamos, fuera, marchen, los dos, rápido! No les diré ni una palabra más a ninguno de los dos. Nunca les perdonaré si no cogen el tranvía. Pero... mañana por la tarde, mayor Benjy...

El mayor se giró para hacerle otra reverencia, y una bici pasó rozándole la espalda. Afortunadamente (para el ciclista), iba muy despacio.

—¿Se ha hecho daño? —exclamó la *contessa*—. ¡Bueno! Ah, señorita Mapp, ¡vayamos a hacer las compras! ¡Cómo maneja usted a todos estos hombres! ¡Y cuánta razón tiene usted respecto a ellos! Quieren más a su golf que a nosotras. Siento mucho no haber

podido ir a jugar al *bridge* con usted ayer, pero tuve un compromiso. ¡Qué sitio más atareado es Tilling! ¡Déjeme que mire...! ¿Dónde está la lista de cosas que Figgis me ha dicho que tengo que comprar? ¡Este Figgis! Unos paños para su despensa, y betún para sus botas, y unas tortas, supongo que para su barrigón. Todo eso para Figgis. Aquí viene la rauda señora Plaistow. Viene como un tren, con su cara roja a modo de farol, y con esos piecillos dando vueltas y revirajes. Habla como en un telegrama... ¡Buenos días, señora Plaistow!

—Me encantó la partida de *bridge, contessa* —dijo Diva entre jadeos—. Una partida de *bridge* deliciosa la de ayer.

La *contessa* pareció estar a punto de replicar enseguida, pero, mucho antes de que pudiera decir ni media palabra, la señorita Mapp ya se había dado cuenta de lo que había ocurrido.

—Encantada —se apresuró a decir la *contessa*—. Y ahora, vayamos a buscar los paños para Figgis, señorita Mapp. Dicen que valen diez chelines y seis peniques cada uno. ¡Menudos precios para un paño! Pero estoy aprendiendo a llevar una casa aquí, y a Cecco le encantará que ahorre dinero. Rápido, al pañero, o nos quedaremos sin paños.

A pesar de la extensa lista de Figgis, la compra de la *contessa* concluyó bastante pronto, y, como habían llegado hasta la esquina, la señorita Mapp continuó andando como si se dirigiera a su casa, para darle tiempo a que ella llegara a la del señor Wyse, y así poder volver a bajar a High Street. La tensión era insoportable; había descubierto, sin lugar a dudas, que Diva y la *contessa* habían estado jugando al *bridge* el día anterior. Su mirada jamás había oteado y controlado el movimiento de los peatones en aquella atestada vía pública, con tanta precisión, con el fin de encontrar a Diva y saber por ella todos los detalles de la partida clandestina. Sí, allí estaba, saliendo de la tintorería, y en su cesta llevaba un paquete muy abultado. No se precisaba mucho ingenio para identificarlo como el difunto vestido rojo carmesí. Tendría que ser amable con Diva, pues por mucho que aquella pérfida mujer pudiera disfrutar contándole dónde había tenido lugar aquella furtiva partida de *bridge*, siempre podría disfrutar aún más torturándola negándose a decirselo. En un momento dado, Diva podría incluso negarse a responder a ninguna pregunta que le planteara directamente, sino que, ladinamente, cambiando de tema, podría ponerse a hablar de cualquier otra cosa.

—El vestido rojo carmesí... —dijo la señorita Mapp, señalando la cesta—. Espero que saliera bien, querida.

Había un brillo bastante maléfico en la mirada de Diva.

—Ya no es rojo carmesí —dijo—. Negro azabache.

—Qué encanto, volver a teñirlo, querida Diva —dijo la señorita Mapp—. Espero que no haya sido muy caro.

—Si quieres te envío la factura —dijo Diva.

La señorita Mapp se rio de muy buena gana.

—Esa sería una broma formidable. Qué bien que nuestra querida *contessa* se tome tan a pecho las costumbres de Tilling, ¿verdad? Es muy gracioso que se encargue de hacerle la compra a Figgis. Pero es un poquitín burlona, ¿no te parece?

Aquel cotilleo debería haber puesto a Diva de buen humor, porque no había nada

que más le gustara que hacerle un traje a cualquiera. (Es que Diva tenía muy mal fondo).

—Es bastante burlona —convino Diva.

—¡Oh, cuéntame alguna de esas cosillas tan graciosas que dice! —exclamó la señorita Mapp con alegre entusiasmo—. ¡Yo no siempre puedo seguirla, pero tú eres muy rápida! ¡Un poco groserilla también, a veces!, ¿no? ¿Qué fue lo que dijo la otra noche cuando estaba jugando al solitario, sobre las reinas y los reyes...? ¿no fue un poco...?, ¿no? Y lo del mondadientes...

—A lo mejor tiene mala dentadura... —dijo la señorita Mapp—. Eso se hereda, y el señor Wyse, ya sabes... Nosotras tenemos suerte, tú y yo, digo.

Cuando casi habían llegado a su puerta, Diva se quedó en completo silencio. Si no le daba, por voluntad propia, la información que sabía que la señorita Mapp estaba deseando escuchar, tendría que preguntárselo, con la incierta esperanza de que ella quisiera dársela.

—¿Estuvisteis jugando al *bridge* hasta tarde, querida? —preguntó la señorita Mapp.

—Hasta bastante tarde —dijo Diva.

—Me ha parecido oír que le decías algo de eso a la *contessa*. Ayer fue, ¿no? ¿Con quién estuvisteis jugando?

Diva se quedó callada y, cuando llegaron a la puerta de su casa, por fin se decidió:

—La *contessa*, Susan, el señor Wyse y yo —dijo.

—Pero yo creía que ella nunca jugaba con el señor Wyse —dijo la señorita Mapp.

—Teníamos que ser cuatro —dijo Diva—. Y la condesa quería su *bridge*. Nadie más —concluyó, y se metió en su casa.

Sería inútil tratar de describir el estado mental en que se quedó la señorita Mapp, aunque podría resultar interesante señalar que, en aquel momento, prácticamente olvidó que la *contessa* —casi con total seguridad— iba a tomar el té con el mayor Benjy al día siguiente.

Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntaaad...!», canturreó la señorita Mapp, echando la cabeza hacia atrás, dejando su distinguida y vibrante campanilla a la vista de todos los feligreses. Se sentó en su banco de siempre, casi debajo del púlpito, y los rayos de luz que atravesaban las vidrieras que tenía enfrente resplandecían en miles de colores en su rostro, como el abrigo de José^[39]. No sabía cómo la veían los demás, así que se imaginó a sí misma con una especie de radiante aura celestial que procediera de su ser interior; aunque a Diva, que estaba sentada enfrente, le recordaba más bien a los matices iridiscentes que despiden los guisos de ternera fríos. Por otro lado, la señorita Mapp se había percatado de que la idea de Diva de cantar alto se reducía a gritar como una vicetiple y en un tono de tercera menor uniforme, de modo que era imposible cuadrar todas las voces. Entre un verso y otro, la señorita Mapp se preguntaba si no podría decirle algo, con mucho tacto, a Diva, algo que pudiera inducirla a que antes de Navidad no hiciera tanto ruido.

El mayor Flint entró en la iglesia justo antes de que el primer himno terminara, y se puso el sombrero delante de la cara como si estuviera rezando en secreto, antes de abrir su himnario. Desde el alféizar de la ventana que tenía justo encima, le fue a caer una hojita seca de acebo justo en mitad de la cabeza, y el salto que dio, considerando su calvicie, fue plenamente justificado. El capitán Puffin —y la señorita Mapp lamentó mucho no verlo allí— no había aparecido mucho por la iglesia aquella temporada. Últimamente se había encontrado un tanto pachucho, con vértigos y mareos, y durante el último partido de golf que había jugado se había caído en el hoyo once y se había lastimado (¡pobre capitán Puffin!). Si aquellos síntomas no se debían a su falta de perseverancia, ninguna persona juiciosa, recta y sensata podría lamentarlo y sentir lástima por él.

Y por lo que concernía a Tilling, había más paz en la Tierra de lo que podría soportarse, teniendo en cuenta lo que había sucedido la semana anterior a la Navidad. Un galerista de pinturas y curiosidades había puesto a la venta un cuadro de la señorita Coles (que había sido marginada de la sociedad últimamente, debido a su extraño proceder). El cuadro se titulaba *Adán*, pero era el señor Hopkins, aunque nadie podría haberlo sospechado, y había sido retirado de la exposición pública por la intercesión personal de la señorita Mapp y su revelación de que representaba a determinada persona, por muy raro que pareciera. El desconsiderado galerista le había contado a la artista la historia de la retirada del cuadro, y luego había llegado a oídos de la señorita Mapp (entre otras muchas cosas) que la pintoresca Irene había imitado la escena de la intervención personal de Elizabeth Mapp con tal sardónica fidelidad que su criada, Lucy-Eva, casi se había muerto de risa.

Las partidas de *bridge* clandestinas en casa del señor Wyse habían continuado durante tres días consecutivos, y en ninguna de las tres ocasiones la señorita Mapp fue invitada a

seguir con las enseñanzas que, tal y como había declarado, estaba dispuestísima a impartir a la *contessa*. La *contessa*, en realidad —y parecía que no había duda al respecto—, había declarado que muy pronto no le quedaría más remedio que no jugar nunca con la señorita Mapp, porque el esfuerzo de no reírse le acarreaba una tensión insoportable e innecesaria en los músculos que impiden las carcajadas. Para colmo, la *contessa* había ido a tomar el té —completamente a solas— con el mayor Benjy, y aunque su monólogo estúpido y estridente se oía claramente desde la calle cuando la señorita Mapp iba y venía con su carta, la criada del mayor, Dominic, le había negado firme y tajantemente que aquella mujer estuviera allí. Y la sola idea de que la *contessa* estuviera gritando a sus anchas allí, en el salón del mayor, era tan ridícula que no podía ni pensar en ella.

Y, además, el vestido teñido de Diva había quedado tan bien que la señorita Mapp hizo rechinar sus dientes cuando pensó que podría haber sido ella quien lo tiñera de negro azabache. Con un pañuelo de seda verde alrededor del cuello, incluso Diva parecía bastante distinguida... (para ser Diva, claro).

Y luego, repentinamente, un ángel de la Paz había descendido sobre el turbulento cenador, porque las Poppit, la *contessa* y el señor Wyse se habían ido, todos, a pasar la Navidad y el Año Nuevo con los Wyse de Whitchurch. Era probable que después la *contessa* siguiera su camino y procediera a una ronda de visitas con todo su equipaje «coronado», y partiera hacia Italia sin volver por Tilling. Se había comportado como si tal fuera su intención, pues, aprovechando una agradable tarde, había cogido prestado el Rolls Royce de Susan y había dado una vuelta por el pueblo, visitando a todo el mundo y dejando tarjetas de visita en todas partes. Y cuando llegó al domicilio de la señorita Mapp solo le dijo a la criada: «¿Tu señora no está en casa? Oh, vaya, qué pena», y se había largado antes de que Withers pudiera decirle que, efectivamente, la señora sí que estaba en casa, porque tenía un fuerte resfriado. (Eso fue lo que le contó Withers).

Pero allí se quedaron las tarjetas, y los Wyse —con su futura parentela— se marcharon a Whitchurch, y después de unas cuantas horas de furia contra todo lo que había estado aconteciendo, sin que la venganza fuera ya posible, y de horas de fiebre tras la tensión, se produjo una reacción en sentido contrario. Aunque un par de meses antes, cuando Tilling hervía con el asunto de los desafíos y los duelos, podría haber parecido extraño e improbable que algo resultara más emocionante, la presencia de la *contessa* había proporcionado enormes emociones. Desde que llegó, aquello parecía un volcán en erupción, situado en medio de numerosos elementos peligrosamente inflamables; así que, cuando se fue, dejó una gran sensación de alivio. La señorita Mapp pensó que tendría que enfrentarse de nuevo a elementos cuyas propiedades conocía, y como, sin duda, la tensión por la boda de Susan no tardaría en producirse, era un regalo del cielo que el traslado del volcán proporcionara a Tilling al menos un breve descanso. La «joven pareja» regresaría pronto y, como a Susan seguramente se le subiría a la cabeza el inmediato ascenso nobiliario y empezaría a hablar de un modo totalmente intolerable sobre la grandeza de los Wyse de Whitchurch, fue una bendición tener un poco de tiempo para poder recuperarse un poco, antes de emprender con fuerzas renovadas el trabajo de combatir las pretensiones de la señora Poppit. El aburrimiento no era una opción: habían ocurrido un montón de cosas en Tilling antes de que la *contessa* deslumbrara High Street,

y seguirían ocurriendo un montón de cosas después de que se fuera con su lava y sus erupciones a otra parte.

Para cuando se procedió a la segunda lectura en la iglesia, el sol ya se había apartado del rostro de la señorita Mapp, y así fue como pudo ver el espantoso aspecto que tenía la querida Evie, cuando la luz se centró en ella con el azul de la túnica de Jonás intentando salir de la ballena. Ella también había tenido sus disgustos, porque la *contessa* realmente nunca había sabido exactamente quién era. A veces la confundía con Irene, a veces parecía como si no la viera, pero desde luego casi nunca pareció identificarla plenamente como la mujercita del señor Bartlett. Pero, en fin, la querida Evie era absolutamente insignificante incluso cuando chillaba fuerte. Sus mejores amigas, entre las que se encontraba la señorita Mapp, no lo negarían. Había andado un tanto cabizbaja y abatida por la falta de reconocimiento; pero se recuperaría, ahora que ya estaban todos juntos otra vez y sin la *contessa*.

El sermón adoleció de bastantes repeticiones y una buena cantidad de infinitivos mal utilizados. En cierta ocasión, el padre había sentenciado sin inmutarse que estaba a la altura de Shakespeare, y que si había que culpar a alguien por aquellos infinitivos maltrechos, ese era Shakespeare. En aquel momento, estuvo a punto de abrirse una fractura entre la señorita Mapp y el párroco, porque la señorita Mapp había dicho: «Pero usted no es Shakespeare, querido Padre». Y el párroco no pudo encontrar mejor réplica que exclamar: «¡Diantres!». Por lo demás, el sermón careció de cualquier interés.

Al final del servicio religioso, la señorita Mapp se entretuvo en la iglesia contemplando, con el interés de un conservador de museos, las encantadoras decoraciones de acebo y laurel, de las cuales ella era responsable en gran medida. Cuando su instinto le dijo que todo el mundo ya se habría saludado en el exterior y que se estarían preguntando de qué podrían hablar en la inminente Navidad, solo entonces, la señorita Mapp salió de la iglesia.

Allí estaban todos, y ella llegó al grupo como la última y la más excelsa de sus componentes. (Oh, pobre Diva).

—Diva, cariño —dijo—. ¡Feliz Navidad! ¡Y Evie! Y el Padre, ¡Padre, querido, gracias por su sermón! ¡Y el mayor Benjy! ¡Feliz Navidad, mayor Benjy! Somos un pequeño grupito, pero muy navideños. No está el señor Wyse, ni Susan, ni Isabel. Oh, y tampoco está el capitán Puffin. ¿No se ha recuperado todavía, mayor Benjy? Cuéntemelo todo. Esos vértigos y esos mareos son espantosos. Difícil de entender.

Elizabeth se las arregló maravillosamente para conseguir apartar al mayor Benjy del resto. Con la paz sobre Tilling, ya le había perdonado haber hecho el ridículo junto a la *contessa*.

—Estoy un poco preocupado por mi amigo Puffin —di-jo—. No está en absoluto en condiciones. Anda deprimido. Yo le dije que no tenía ninguna razón para estar deprimido. «Es de egoístas estar deprimido», le dije. Si todos nos deprimiéramos este mundo sería un aburrimiento, señorita Elizabeth. Llamó al médico. Íbamos a ir a jugar un partido de golf esta tarde, pero no se siente bien. El golf le habría sentado mejor que un ejército de médicos.

—Oh, ojalá yo supiera jugar al golf, y así no se quedaría usted sin su partido, mayor

Benjy —dijo Elizabeth Mapp.

Al parecer, el mayor Benjy ni siquiera captó la indirecta. En todo caso, no dejó entrever ningún indicio de que comprendiera la compasión que se le ofrecía.

—Y además íbamos a celebrar nuestra cena de Navidad juntos esta noche —dijo—, y a pasar una divertida velada después.

—Estoy segura de que la tranquilidad es lo mejor para el capitán Puffin y sus mareos —dijo la señorita Mapp con firmeza.

Y entonces, una repentina audacia se apoderó de ella. Allí estaba el mayor, sintiéndose profundamente solo ante la perspectiva de la noche de Navidad: y allí estaba ella, encantada de que no pudiera pasar una divertida velada con el capitán Puffin. ¡Y en casa tenía un montón de pudin de ciruelas!

—Venga y cene conmigo —dijo—. Yo también estoy sola.

El mayor negó con la cabeza.

—Es muy amable por su parte, desde luego, señorita Elizabeth —dijo—, pero creo que debo ir a acompañar al pobre Puffin, si se encuentra bien. Me siento perdido sin mi amigo Puffin.

—Pero no deben pasar una velada divertida, mayor Benjy —dijo—. Eso es malísimo para su amigo. Un poquito de sopa y un buen descanso nocturno. Eso es lo mejor. Tal vez le apetece que vaya yo y le lea un poco. Estaría encantada. Dígaselo de mi parte. Y si ve usted que no quiere estar con nadie, ni siquiera con usted, bueno, hay una porción de pudin de ciruelas en casa de su vecina, y una cálida bienvenida.

Habían llegado a su casa, y la señorita Mapp se detuvo en los escalones que en verano se abarrotaban de dibujantes, y le habría lanzado un beso con la mano si Diva no hubiera estado demasiado cerca, bajando la calle tras ellos. Porque incluso el día de Navidad la pobre Diva sería capaz de encontrar algo malicioso que decir sobre el comportamiento más cariñoso y femenino. Y la señorita Mapp se metió en casa diciéndole adiós al mayor solo con un gesto de la mano.

En cierto sentido, la idea de que el mayor Benjy se sintiera solo y echara de menos la pendenciera compañía de su depravado amigo no le resultaba completamente desagradable. Resultaba extraño que hubiera alguien que echara de menos al capitán Puffin. Sin desearle ningún mal al capitán, habría tolerado con total tranquilidad la noticia de su persistente melancolía, o sus continuos mareos; porque el mayor Benjy, con su alegre fortaleza, no era el tipo de hombre que aguantaría durante mucho tiempo a un amigo con vértigos y melancolía crónica. No sería lógico que lo hiciera. Los hombres en la flor de la vida no están hechos para eso. Ni para ser víctimas de mujeres intrigantas, aunque los Wyse de Whitchurch... El mayor se había salvado gracias a su oportunísima partida.

A pesar de su disposición a ser interrumpida en cualquier momento, la señorita Mapp pasó la noche de Navidad sola. Había intercambiado un pequeño regalo navideño con Withers, y casi se le había saltado un diente al morder la moneda de tres peniques que había en el pudin de ciruelas. Pero, aparte de eso, no había ocurrido nada reseñable. Un par de veces, con el fin de ver cómo estaba la noche, se había acercado a la ventana del cenador y había comprobado que había luz en casa del mayor Benjy, pero cuando

dieron las diez y media, desistió —y desesperó— de contar con su compañía y se fue a la cama. En la distancia, alguien cantaba un villancico en las calles de Tilling y aquello conmovió su espíritu navideño, y deseó que los que lo entonaban pudieran disfrutar de una agradable cena.

Al día siguiente, cuando bajó a desayunar, la señorita Mapp no se sentía de tan buen humor como de costumbre, y ni siquiera entró a decirle buenos días a su colorido arcoíris de cerditos. Se había quedado corta con la lana para la prenda que estaba tejiendo y el día de San Esteban de repente le pareció una fiesta inoportuna y mal calculada. «Una diría», pensaba la señorita Mapp mientras cascaba el huevo pasado por agua, «que los comerciantes ya tienen bastante descanso y relajo con el día de Navidad, sobre todo cuando, como en esta ocasión, el día de Navidad ha caído justamente en lunes, después de un domingo». Así que, en su opinión, lo mejor que podrían haber hecho todos los comerciantes habría sido volver al trabajo. Ella nunca dejaba de trabajar y esforzarse, ni un solo día del año, y por qué...

De repente, unos tremendos aldabonazos en la puerta principal consiguieron que dejara de pelar el huevo pasado por agua. A aquella requisitoria imperativa le sucedió un momento de silencio, y luego comenzaron otra vez los golpes. La señorita Mapp escuchó los pasos de Withers apresurándose por el vestíbulo, y casi antes de que la criada consiguiera alcanzar la puerta, Diva ya entraba como un huracán en el salón.

—¡Muerto! En la sopa. El capitán Puffin. ¡No puedo quedarme! —dijo, y salió pitando otra vez, dando un tremendo portazo.

La señorita Mapp se zampó el huevo en tres bocados, no probó la mermelada en absoluto y, poniéndose la capa Príncipe de Gales, bajó directamente a High Street. Aunque todas las tiendas estaban cerradas, Evie estaba allí con su cesta de la compra, escuchando con aprensión lo que la señora Brace, la mujer del médico, le estaba diciendo. Aunque la señora Brace no pertenecía, estrictamente hablando, a «la sociedad», la señorita Mapp le dispensó todas las distinciones sociales y le apretó la mano con una sonrisa fúnebre.

—¿Lo que dicen es tristemente verdad? —preguntó.

La señora Brace no le hizo ni el menor caso y, bajando la voz, le habló a Evie en tonos tan susurrantes que la señorita Mapp no pudo captar ni una sola sílaba, excepto la palabra «sopa», lo cual daba a entender que Diva no andaba desencaminada con la noticia que le había dado, por una vez en la vida. Evie dejó escapar un chillido agudo cuando concluyó la conversación, cualquiera que fuera el contenido, mientras la señora Brace se iba.

La señorita Mapp acorraló sin piedad a Evie, y oyó de sus labios lo que había ocurrido. El capitán Puffin se había ido a la cama la noche anterior: no se sentía bien y no había cenado. Pero de todos modos, le había pedido a la señora Gashly que le hiciera un poco de sopa, y que no tomaría nada más. Su criada se la había llevado, y poco después le abrió la puerta al mayor Flint, que, sabiendo que su amigo se había ido a la cama, se volvió a su casa. La criada llamó a su señor por la mañana, y lo encontró sentado, todavía vestido, con la cara metida en la sopa que el hombre se había servido en un plato hondo. Aquello era rarísimo, y la muchacha llamó a la cocinera, a la señora

Gashly. Ambas coincidieron en que estaba muerto, y llamaron corriendo al médico, que también estuvo de acuerdo con ellas. Era evidente que el capitán Puffin había sufrido alguna especie de ataque, y se había caído hacia delante, sobre el plato de sopa que acababa de servirse.

—Pero no murió por el ataque... —dijo Evie con un susurro ahogado—. ¡Se ahogó!

—¿Se ahogó? —exclamó la señorita Mapp.

—Sí. Tenía los pulmones llenos de sopa de rabo de buey. Oh, Dios mío. Primero fue el ataque, luego se cayó hacia delante con la cara en el plato sopero, y entonces la nariz y la boca quedaron hundidas en la sopa. Se ahogó. En tierra firme y en su dormitorio. Espantoso. ¡Qué cantidad de peligros nos acechan! —exclamó, y, tras dar un gritito bastante fuerte, huyó, corriendo, a contárselo a su marido.

Diva había acabado de hacer la ronda, contándoselo a todo el mundo, y ya se aproximaba rápidamente a la señorita Mapp.

—Debe de haber muerto de un ataque —dijo Diva—. Estaba muy deprimido últimamente. Eso es lo que siempre precede a un ataque.

—Oh, ¿no lo sabes, querida? —dijo la señorita Mapp—. ¡Ha sido una cosa espantosa! ¡Y el día de Navidad, además!

—¿Suicidio? —preguntó Diva—. ¡Oh, qué conmoción!

—No, querida. La cosa fue así...

La señorita Mapp regresó a casa mucho antes de la hora a la que habitualmente salía. Su cocinera vino con el menú previsto para el día.

—Sí, tomaremos eso para comer —dijo la señorita Mapp—. Pero nada de sopa por la noche. Un poco de pescado del que sobró ayer, y una tostada con queso fundido. Eso será más que suficiente. En una bandeja.

La señorita Mapp fue al cenador y se sentó junto a la ventana.

—Ha sido todo tan repentino... —se dijo en un susurro, y lanzó un suspiro.

«Me atrevería a decir que esto puede haber sido más bueno para el capitán Puffin de lo que imaginamos», pensó, y esbozó una gélida sonrisa.

Entonces, recobrando su firme y solidaria vocecilla, reflexionó en voz alta:

—El mayor Benjy debe de sentirse muy solo...

EPÍLOGO

La señorita Mapp se dirigió al cenador del jardín y se sentó junto a su ventana. Era un cálido y resplandeciente día de febrero, y una mariposa revoloteaba en un pálido rayo de sol en la otra ventana, y quizá (así de compasivamente interpretó la señorita Mapp los sentimientos del insecto) estaba furiosa porque no podía volar a través del cristal. No era una mariposa blanca, sino carey, muy bonita, y con el fin de que la pobre pudiera disfrutar más, le abrió la ventana y la mariposa salió volando hacia el jardín. Antes de que pudiera revolotear mucho entre las flores, un estornino se la zampó, así que el estornino también disfrutó.

La señorita Mapp compartió primero el placer de la mariposa carey y luego el del estornino, porque estaba disfrutando mucho, aunque con mucho dolor. Tenía la muñeca izquierda terriblemente hinchada, pero el mayor Benjy era así de cruel: insistió en enseñarle ese giro la muñeca, porque era muy importante en el golf.

—Diantres, ya lo tiene, señorita Elizabeth —le había dicho el día anterior, y luego se lo hizo repetir cincuenta veces más. («¡Será bruto!»). A veces la señorita Mapp golpeaba el suelo, a veces le daba a la bola, a veces al aire. Pero el mayor se lo había pasado muy bien con ella. Y ella se lo había pasado muy bien con él. Así que la señorita Mapp se olvidó de la mariposa y centró sus pensamientos en el estornino.

Era inútil negar que las últimas seis semanas hubieran sido de una terrible tensión, y la tensión de su muñeca izquierda no era nada en comparación. La peor tensión de todas, tal vez, sobrevino cuando Diva llegó anunciando que la *contessa* iba a regresar. Muy propio de Diva; el único fundamento que tenía para proclamar dicha noticia resultó ser un comentario de Figgis a su criada Janet, en el que por lo visto le aseguraba que el señor Wyse regresaba a Tilling. Janet había malinterpretado a Figgis, o Diva —que era lo más probable— había malinterpretado a Janet, y la señorita Mapp solo esperaba que Diva no lo hubiera hecho a propósito, aunque eso era lo que parecía. Por muy estúpida que fuera Diva, cosa indudable por otro lado, era difícil tener la caridad de creer que hubiera pensado que Janet realmente había dicho eso. Pero cuando resultó que aquella noticia no tenía ningún fundamento, la señorita Mapp aprovechó la ocasión y dijo que Diva había dicho aquello porque era estúpida, y no porque tuviera malicia ninguna.

Luego, a su debido tiempo, regresó el señor Wyse con las dos Poppit, y solo tres días después una de las Poppit se convirtió en Wyse, y los tres juntos se fueron a hacer un recorrido en coche por el Continente, en el Rolls Royce. Era muy probable que se dirigieran al sur, tal vez hasta Capri, y Susan permanecería allí algún tiempo con sus nuevos y nobles parientes. ¿Cómo vendría Susan de aquel viaje? La señorita Mapp se negó a hacer hipótesis, porque no tenía sentido anticipar problemas; pero Susan se había portado con tal ostentación con los Wyse, multiplicando sus rentas y sus posesiones por quince o por veinte —eso era lo que la señorita Mapp había calculado—, y hablando tanto de sus familiares en la campiña que ni siquiera la imaginación más exacerbada

podía sospechar lo que podría llegar a hacer cuando perteneciera a la familia de los Faraglione. Ya había aludido al conde como «mi cuñado Cecco Faraglione», pero afortunadamente había oído a Diva decir «Faradiddleony» en un aparte, un poco alto, y aquello había conseguido moderarla un poco. Susan se había llevado la insignia de Miembro del Imperio Británico, como si hubiera concebido la idea de que Amelia le presentara a la reina de Italia, o fuera a asistir a un baile de la corte, e Isabel había llevado su libro manuscrito de lapsus y trastrueques lingüísticos. Si pensaba apuntar todos los errores que la señora Wyse iba a cometer, era muy probable que trajera dos volúmenes en vez de uno.

Aunque todas esas grandezas fanfarronas resultaban en justicia muy irritantes, la partida de la «joven pareja» e Isabel, había dejado a los habitantes de Tilling, aparte de lo conmocionados y abatidos que estaban por la muerte del capitán Puffin, desinflados y carentes de emoción. Solo la señorita Mapp se negó a mostrarse abatida, y nunca había hecho gala de una compostura tan firme y decidida como en aquellos días. Consideraba que sería de un egoísta imperdonable por su parte si se tomara aquello como una pérdida personal, cuando había otra persona en Tilling que la sufría mucho más intensamente. Con una admirable firmeza de carácter, decidió devolver al mayor Benjy la ilusión por la vida y llenar el vacío que había dejado su compañero. Y no necesitaba la ayuda de nadie en esa tarea. Diva, por ejemplo, con sus modos difusos y entrecortados solo conseguiría desconcertarlo, y su vestido negro podría recordarle la pérdida de su amigo si la señorita Mapp le pedía que cooperara en la tarea de hacer las noches del mayor menos solitarias. Además, el clima, durante todo enero, fue particularmente inclemente, y habría sido demasiado esperar de Diva que arrastrara su pandero calle arriba todas las noches, mientras que la casa del mayor quedaba a un paso de la suya. De modo que la señorita Mapp y el mayor tuvieron muy poco o ningún interés en aquella temporada invernal de partidas de *bridge*. Un poco de *piquet* con una compañía agradable a la que no le importara perder unas monedas era todo lo que el mayor necesitaba en aquel momento.

A finales de mes, se produjo un apacible presagio de la primavera (tal y como la mariposa carey había «animado a esperar»), y el mayor se acostumbró a pasar por casa de la señorita Mapp todos los días después de desayunar, y a dar un paseo por el jardín mientras se fumaba una pipa. Las campanillas invernales habían comenzado a aparecer, y verdes tallos de flores de azafrán pujaban por abrirse paso en la tierra negra, y los gorriones estaban pasándose en grande en las hiedras rastreras.

Entonces, un día, el mayor, que se disponía a ir a coger el tranvía de las 11.20 (llevaba una «porra de golf» —así llamaba la señorita Mapp a los palos de golf—, y una pelota), le sugirió a la señorita Mapp que probara unos golpes. Después de hacer un espantoso agujero en el césped del jardín, Elizabeth había atizado la bola con tanta fuerza que se había estrellado contra la pared de ladrillo, que estaba bastante lejos; y había rebotado, volviendo despacio a caer junto a sus pies, como si le estuviera pidiendo a gritos que la golpeará otra vez con la porra de golf..., con el palo de golf. La señorita Mapp había aprendido a fijarse en la pelota antes de golpearla, e incluso se compró una pelota propia. El mayor le prestó un hierro cinco, y antes de que nadie hubiera pensado que aquello era imposible, ella había aprendido a lanzar la bola por encima del macizo en

el que crecían las campanillas invernales sin tocarlas ni dañarlas. Eso se conseguía, efectivamente, con el giro de muñeca. Después del ejercicio, Withers limpiaba su pequeño hierro cinco y lo dejaba a buen recaudo en una esquina del cenador.

Aquel día iba a ser histórico. Iban a ir a un verdadero campo de golf en el tranvía de las 11.20 (que tantos recuerdos le traía al mayor). El mayor Flint iría a buscarla a casa a las once, y ya habría desayunado sus gachas una hora antes.

Así pues, tras dejar que la mariposa carey revoloteara hacia su jardín, se acercó a su puesto de observación en el mirador, y arregló unas campanillas invernales en un gran jarrón. Cuando el jarrón estuvo lleno, aún quedaban unas pocas, y la señorita Mapp recordó que tenía por allí un trozo de tela que en algún momento pensó que podría servirle para algo. A las once en punto repicó el reloj de la iglesia, y con el tañido de las campanas lo vio subir los pocos metros que separaban las dos puertas de sus casas. ¡Qué puntual! ¡Qué caballero!

Diva andaba corriendo de un lado a otro de High Street cuando ellos bajaban la calle en dirección a la estación, y la señorita Mapp le lanzó un beso con la mano.

—Voy a jugar al golf, querida —exclamó—. ¿No te parece fantástico? *Au reservoir*.

A Diva no se le había escapado el detalle de aquellas campanillas invernales en el ojal del mayor, y se quedó estupefacta durante unos segundos ante semejante revelación. Entonces, vio a lo lejos a Evie, y cruzó la calle corriendo para comunicarle sus presagios y sospechas. La pintoresca Irene y el Padre se unieron al grupo.

—Campanillas invernales, que Dios nos ampare... —dijo el Padre.

LA VIZCONDESA DEL MUSIC HALL^[40]

A quella cálida mañana de septiembre, la señorita Elizabeth Mapp estaba sentada en el pequeño y encantador parquecito de Tilling, atareada como una abejita en su acuarela. Había sufrido horrores con los trazos de los diques que cruzaban las marismas, de la ría que serpenteaba por los pantanales desde la costa y con el pequeño astillero que se veía a lo lejos. En realidad, había conseguido una fotografía de aquella panorámica concreta y, mediante un inteligente uso del papel carbón, había logrado obtener aquella difícilísima vista, tal y como la había captado la cámara; y ahora había llegado el glorioso momento de utilizar su caja de acuarelas. Estaba intentando ejecutar la obra de un modo muy enérgico, siguiendo el método que el señor Sargent^[41] practicaba con unos resultados tremendamente satisfactorios: concretamente, no pintar lo que ella sabía que había allí, sino lo que su ojo veía, y no cabía la menor duda de que aquellas aguas turbias de la marea alta, aunque en realidad estuvieran grises y fangosas, a la señorita Mapp se le presentaban tan azules como el cielo que reflejaban. Así pues, en un virulento ataque de coraje artístico, empapó su grueso pincel en la misma disolución de cobalto vivo que había empleado para el cielo, y lo aplicó al papel sin dudar ni un instante.

—¡Ahí está! —se dijo en voz alta—. Eso es lo que él habría hecho. Y ahora tengo que esperar a que se seque.

La inquietud de esperar para ver el efecto de un procedimiento tan audaz de ningún modo paralizó la natural actividad mental de la señorita Mapp, siempre ocupada y alerta. Acababa de regresar, la tarde anterior, de un mes de vacaciones en Suiza, y tenía muchos planes y muchas cosas que hacer por delante. Ya había llevado a cabo una minuciosa inspección de su casa y de su jardín, comprobando que todas las salas se habían aireado convenientemente durante su ausencia, y que no se habían perdido ni los plumeros ni los estropajos de fregar, que había una buena cosecha de lechugas y que todos los aparejos del jardinero estaban allí, salvo un desplantador, que seguramente se le habría pasado por alto: así que de momento no perdería el tiempo abundando en sospechas de hurto. También había hecho la compra en High Street, donde se había encontrado con varios amigos. Godiva Plaistow le prometió que acudiría a su casa a tomar el té para contarle todas las novedades, y así, mientras se secaba el cobalto, la señorita Mapp trazó algunos planes de cara al futuro. Del pequeño círculo de amigos de Tilling, que hacían de la vida un asunto tan agradable y emocionante (y a veces tan perturbador), todos habían regresado para pasar el invierno, y los próximos días transcurrirían en interminables labores de limpieza, partidas de *bridge*, visitas semanales al asilo de los pobres, y una feroz curiosidad por todos los asuntos privados que tuvieran lugar en el agotador mundo del pequeño pueblecito.

La señorita Mapp frunció el ceño cuando la palabra «*bridge*» cruzó su pensamiento. El *bridge* era la principal actividad intelectual de su círculo y, poco antes de su partida,

ese círculo se había visto convulsionado por unas gravísimas divergencias de opinión con respecto a la nueva y controvertida regla de la mayoría^[42]. Desde el principio, la señorita Mapp se posicionó radicalmente en contra.

—Lo único que digo, claramente, es que no sé en virtud de qué ley el Club de Portland nos tiene que decir cómo debemos jugar al *bridge* —apuntó desdeñosamente—. Igual podría decirle Tilling al Club de Portland que la tarta de arándanos tiene que comerse con sal. Por lo que a mí respecta, seguiré jugando al *bridge* como me dé la gana.

Pero entonces, una noche, se encontró con que tenía nada menos que nueve tréboles en la mano, y aquella superabundancia herbácea le permitió ver ciertas ventajas en la nueva norma de la mayoría. Fue aquella la mano que la empujó a adherirse a la nueva regla con absoluta vehemencia. Por desgracia, de los ocho jugadores que pasaban tantas y tantas emocionantes veladas juntos, había cinco que rechazaban la nueva norma (lo cual era un engorro, porque siempre había uno que se quedaba fuera en las mesas) y tres que las preferían. Y eso era todavía más engorroso, ya que nunca podían jugar al *bridge*.

«De verdad, tenemos que llegar a un acuerdo», pensó la señorita Mapp, dando por sentado que todo el mundo acabaría por adoptar sus ideas, «o no podremos volver a disfrutar de nuestras encantadoras veladas de *bridge*».

El cálido sol había secado ya su disolución de cobalto y, sujetando el dibujo con la mano, con el brazo extendido, la señorita Mapp se asombró de lo azul que le había quedado la ría, y se preguntó si la había visto alguna vez en su vida tan brillante. Pero la humillante idea de rebajar un poco la tonalidad de la ría se le quitó de la cabeza de inmediato gracias al sonido de las campanas del reloj de la iglesia, que anunciaba la una en punto. Así que ya era hora de volver a casa para almorzar.

El parquecito en el que había estado pintando estaba situado en la ladera sur de la colina, por debajo de la plaza de la iglesia, y una vez recogidos todos sus bártulos artísticos, la señorita Mapp comenzó a subir la empinadísima cuestecita. Cuando iba rodeando la plaza por un lateral, que conducía a Curfew Street, avistó un gran camión de mudanzas bamboleándose por la calle empedrada. De inmediato, su brillante mente dedujo que por fin se habría alquilado la casa que estaba al otro extremo de dicha calle, y que había estado vacía durante tanto tiempo. Y como era una de las mejores residencias de Tilling, sería —naturalmente— un asunto de la máxima importancia comprobar si esa suposición era cierta o no. Desde luego, el camión de mudanzas se detuvo enfrente de la puerta de la residencia Suntrap, y la señorita Mapp se dio cuenta enseguida de que se habían retirado los carteles que hasta ese momento decoraban las ventanas anunciando que la casa estaba en venta. Aquello resultaba extraordinariamente emocionante, y se preguntó por qué Diva Plaistow, con la que había departido brevemente esa misma mañana en High Street y que la había anegado con un torrente de cotilleos, no le había comentado nada de un hecho de primerísima importancia como aquel. ¿Podría ser que la querida Diva no supiera nada? Resultaba agradable pensar que, solo unas horas después de llegar a Tilling, ella supiera más que la pobre Diva, que había permanecido en el pueblo todo el mes de agosto.

La señorita Mapp volvió sobre sus pasos y se encaminó a casa a toda prisa. Justo cuando abría la puerta oyó el timbre del teléfono, y se encontró con la excitante noticia

de que era una conferencia. Las conferencias siempre son emocionantes; nadie pone una conferencia por una tontería. Se colocó el auricular en el oído y puso la boca en el lugar correcto^[43].

—¿Tilling 76? —preguntó una voz distante, como de insecto.

Bueno, el verdadero número de la casa de la señorita Mapp era Tilling 67, pero su prodigiosa memoria recordó de inmediato, como si un relámpago cruzara su mente, que el número de la residencia Suntrap era el 76. Lo siguiente no fue sino un proceso automático, y dijo:

—¿Sí?

Si había una conferencia para Suntrap y un camión de mudanzas había llegado a Suntrap, no había duda ni posibilidad de elección: la necesidad de saber qué iba a ocurrir allí no podía someterse a leyes triviales.

—Su señoría llegará esta tarde en coche —informó el insecto—, y verá...

—¿Quién va a llegar? —preguntó la señorita Mapp, haciéndosele la boca agua con el ansia de saber.

—Lady Deal, naturalmente. ¿Ya ha llegado el primer camión?

—Sí —dijo la señorita Mapp.

—Muy bien. Preparen una habitación para su señoría. Comerá en algún hotel, pero se quedará un par de noches para arreglarlo todo. ¿Cómo lo está llevando, Susie?

La señorita Mapp no estaba muy segura de cómo lo estaba llevando Susie, así que colgó lentamente el auricular.

Tras separarse del teléfono, permaneció unos instantes allí quieta, considerando la inmensidad de su descubrimiento, y dándose perfecta cuenta de que con toda seguridad Diva no sabía nada de todo aquello. De lo contrario, el hecho de que lady Deal había adquirido Suntrap habría sido el primer asunto de sus cotilleos. Luego pensó que le habían puesto una conferencia a Susie y que, por tanto, ella debía comunicar el mensaje. Una mujer con menos escrúpulos podría haber permitido que Susie muriera en la ignorancia, pero su espíritu refinado y compasivo le dictaba un proceder mucho más honroso. Así que llamó a Tilling 76 y, con una voz hueca y neutra, comunicó lo que sabía. Susie preguntó si la que le estaba hablando era Jane, y la señorita Mapp de nuevo entendió que no sabía lo suficiente sobre Jane como para continuar con aquella conversación.

«Solo en Tilling pasan estas cosas tan emocionantes», pensó mientras rumiaba su lechuga invernal.

Había pasado sus vacaciones en el Riffel Alp, y allí había mantenido largas charlas con un obispo sobre las últimas revisiones de los misales e himnarios, con un exiliado ruso sobre los bolcheviques y con un miembro del Club Alpino sobre la expedición al Everest; pero esos temas parecían lejanos, remotos, cósmicos. Y realmente tenían muchísima menos importancia que la identidad de la nueva propietaria de Suntrap, porque el nuevo misal era opcional, y Rusia y el Everest estaban lejísimos y no tenían ninguna influencia en la vida cotidiana, dado que ella no tenía la menor intención de visitar o explorar ninguno de los dos lugares. Sin embargo, el vehemente deseo de saber quién era Susie la consumía, y como apenas había un pequeño paseo hasta Curfew Street,

y desde allí se divisaba una hermosa panorámica, no tardó en encaminarse hacia allí. Todavía estaban descargando el camión de mudanzas, y mientras ella pasaba por allí —a pasitos muy lentos—, una gran mujerona muy afanosa salió a la puerta de Suntrap y les dijo a los hombres dónde debían dejar el piano. Resultó un poco decepcionante ver que era un piano de pared: la señorita Mapp hubiera preferido ver un gran piano de cola, pues eso era lo que naturalmente le correspondía a una gran señora. Cuando el piano consiguió abrirse paso por aquella entrada tan estrecha, la señorita Mapp hizo gala de su sonrisa más cautivadora, y se acercó a Susie con una tarjeta de visita en la mano, que había doblado en la esquina derecha para certificar, mediante esta mística convención, que había sido entregada en mano.

—¿Ha llegado ya su señoría? —preguntó—. ¿No? Entonces, ¿le importaría ser tan amable de darle mi tarjeta cuando llegue? ¡Muchísimas gracias!

La señorita Mapp sentía una abrumadora pasión por los procedimientos indirectos: al perseguir un objetivo, por muy trivial e inocente que fuera, era mucho más divertido proceder sigilosamente y a cubierto, en vez de ir hacia él abiertamente y sin rebozo. Y el hecho de suplantar a Susie, aunque solo fuera durante un instante y al otro lado del teléfono, le proporcionó un picante especial que convertía su vida en Tilling en algo, en justicia, muy apetecible. Pero, por así decirlo, la señorita Mapp ocultaba sus asechanzas bajo la maleza de un comportamiento franco y sincero, y aunque estaba segura de que iba a conseguir una buena presa sin disparar un solo tiro, no tenía intención de descubrirse precisamente ahora. Probablemente, lady Deal le devolvería la tarjeta al día siguiente, y mientras tanto, ella tendría oportunidad de examinar el Anuario Nobiliario —sabía que en algún lugar tenía un ejemplar antiguo y venerable—, y así estaría en disposición de anegar a Diva con una riada de información. Podría incluso averiguar cuáles eran las opiniones de lady Deal respecto a la nueva norma de la mayoría en el *bridge*.

Ya en casa, buscó el Anuario por todas partes, pero no tuvo éxito. No estaba en las estanterías de su gran cenador, escenario de buena parte de la vida social de Tilling. Aquella pequeña construcción de piedra del jardín poseía un mirador con vistas a las dos partes de la calle, hacia la iglesia y hacia el tramo empedrado que conducía directamente a High Street. Sin duda, se trataba de un asombroso puesto de observación para seguir de cerca todas las actividades del pueblo. Pero ella sabía que aquel libro estaba en alguna parte de la casa, y ya lo encontraría más adelante, cuando hubiera acabado de extraer del cerebro de Diva hasta la última migaja de información sobre lo que había ocurrido en Tilling durante sus vacaciones.

Aunque todavía eran las cuatro, la señorita Mapp estaba observando atentamente junto a su ventana, cuando, de repente, vio la figura esférica y achaparrada de Diva avanzando pesadamente calle abajo desde la iglesia, en dirección a su casa, con aquellos pasitos cortos y ligeros suyos que tanto recordaban a un tordo buscando lombrices en la hierba. De dos brinco, subió los peldaños que precedían a la puerta de la señorita Mapp, y enseguida se abrió paso hasta el cenador, y comenzó a parlotear antes incluso de que la puerta estuviera abierta del todo.

—Ya sé que es muy pronto, Elizabeth —dijo—, pero tengo la necesidad de contarte lo que ha ocurrido sin falta. Iba yo ahora mismo por Curfew Street, ¿y qué dirás que he

visto? ¡Adivina!

Exhibiendo una habilidad de la que solo la señorita Mapp podía presumir, transformó el bostezo que ocupaba su boca en una risilla indulgente.

—Supongo que te refieres al nuevo propietario que se está instalando en Suntrap —dijo.

Diva se quedó boquiabierta; toda la alegría de ser el heraldo de una noticia excepcional se le borró de un plumazo en ese momento.

—¿Qué? ¿Lo sabes? —exclamó.

—Oh, Dios mío, pues claro... —replicó Elizabeth—. Pero gracias, Diva, por venir a decírmelo. La intención es lo que cuenta.

Eso era francamente irritante, sonaba a condescendencia paternalista.

—A lo mejor sabes quién es el nuevo propietario —dijo Diva con un inconfundible tonillo sarcástico en su voz.

La señorita Mapp renunció a cualquier idea de mantener el secreto, porque seguramente no podría encontrar una oportunidad mejor para conseguir que el sarcasmo de Diva pareciera ridículo.

—Oh, sí, claro. Es lady Deal —dijo—. Está a punto de llegar. Espera un momento, hoy es jueves, ¿no? Sí, viene hoy.

—Pero... ¿cómo sabes tú todo eso? —preguntó Diva.

La señorita Mapp se llevó un dedo pensativo a la frente. No tenía intención de mentir, pero desde luego no tenía ni la menor intención de decir la verdad.

—Ahora que lo comentas... ¿quién me lo dijo, quién me lo dijo...? —comenzó—. ¿Fue alguien en el Riffel Alp? No, no creo. Alguien en Londres, tal vez; sí, seguro que sí. Pero eso no importa; en cualquier caso, es lady Deal la que ha comprado la casa. De hecho, estaba mirando por aquí a ver si encontraba un Anuario Nobiliario. Podría resultar muy útil para saber quién es exactamente. Ah, aquí está el té. Ahora es tu turno, querida, tienes que contarme todo lo que ha pasado en Tilling, y luego nos ocuparemos de lady Deal.

Naturalmente, después de aquella espectacular noticia, todo lo que pudiera decir Diva resultaría vulgar; la inminente feria de la cosecha, el error (si es que fue un error) que había cometido la señora Poppit al viajar en primera clase con un billete de tercera, el doble renuncio de la señora Terling en el *bridge*, era todo muy poca cosa comparado con aquella memorable noticia nobiliaria, así que al final las dos damas se enfrascaron en una búsqueda sistemática del Anuario Nobiliario. Al final lo encontraron en un armario, en la habitación de invitados, y la señorita Mapp enseguida fue a buscar el apellido «Deal».

—Vizconde de Deal —dijo—. Nacimiento, sucesión, blablabla. Ah, se casó... —Lanzó un grito de susto y disgusto—. ¡Ay, qué espanto! —exclamó—. Lady Deal era Helena Herman. Recuerdo haberla visto en un *music hall*.

—¡No! —exclamó Diva, abriendo los ojos de terror, como si se le hubiera aparecido el fantasma de un fantasma.

—Sí —dijo la señorita Mapp con toda firmeza—. Y hacía de hombre. Ese fue su final. Naturalmente, siempre podemos evitar tener ninguna relación con ella. Y, en mi

humilde opinión, creo que esto debería saberlo todo el mundo. ¡Pensar que una mujer travestida de hombre va a venir a Tilling y va a ocupar una de las mejores casas del pueblo! Vaya, para eso, mejor que se hubiera quedado vacía.

—¡Qué espanto! —exclamó Diva—. Pero qué suerte he tenido, Elizabeth. He estado a punto de dejar mi tarjeta en Suntrap. ¡Habría tenido que soportar que esa horrible mujer viniera a visitarme! ¡Gracias a Dios que no lo hice!

A la señorita Mapp no le hizo ninguna gracia tener que comerse ese sapo, pero ya lo digeriría en privado, porque sería demasiado humillante decirle a Diva que ella sí había caído en la trampa que la propia Diva había evitado. Diva no debía saberlo, y cuando se hubiera ido, ya pensaría cómo solucionarlo.

De momento, Diva no presentaba ningún indicio de querer marcharse.

—¡Qué raro que tu informante en Londres no te dijera el tipo de mujer que era lady Deal! —exclamó Diva—. ¡Y qué suerte hemos tenido de averiguarlo a tiempo! Yo voy a ir a los ensayos del coro esta noche, y se lo podré contar a todo el mundo. De todos modos, Elizabeth, sería muy emocionante conocer a una mujer que se viste de hombre, y puede que sea una mujer muy decente.

—Bueno, pues vete y déjale tu tarjeta, querida —dijo la señorita Mapp—, y yo diría que lo sabrías de inmediato.

—Bueno, supongo que no estaría bien —dijo Diva arrepintiéndose. Tal y como Elizabeth había comentado a menudo con dolor, Diva tenía a veces unos aires un tanto bohemios.

Aunque Diva parloteaba sin fin, nunca era necesario prestarle demasiada atención a lo que decía y, mucho antes de que se fuera, la señorita Mapp ya había decidido qué iba a hacer respecto a su tarjeta. Esperó hasta ver que Diva doblaba la esquina de la calle y salió de casa en dirección opuesta, hacia la residencia Suntrap. Le explicó a Susie, pidiéndole muchas disculpas, que le había dejado la tarjeta por equivocación, porque en realidad quería entregarla en la casa de al lado, y así consiguió recuperarla y salir triunfante del envite. El hecho de que hubiera ordenado que le entregaran la tarjeta en mano a lady Deal era una de las leves incoherencias tontas que nunca le preocupaban.

La noticia de la presencia de una mujer que se travestía de hombre se propagó como la gripe por todo el pueblo de Tilling, y aunque muchas mujeres secretamente anhelaban conocerla, la opinión pública sentenció que semejante deriva de izquierdismo radical proletario era intolerable. Las clases, es cierto, en aquella época democrática se estaban —desgraciadamente— equiparando, pero existía un enorme abismo entre mujeres que se travestían en los cabarets y la sociedad selecta: un enorme abismo que ni siquiera las vizcondesas podían salvar. De modo que las damas de Tilling observaban con avidez, pero furtivamente, a cualquiera que se encontraran en las tiendas y que tuviera aspecto de forastero, pero sus ojos componían una expresión gélida cuando estaban cerca. En cualquier caso, Curfew Street se convirtió en una de las rutas favoritas para los paseos de antes de comer, cuando ya se habían hecho todas las compras, porque el mirador que había al final no solo ofrecía una maravillosa panorámica de las marismas, sino también

de Suntrap. La señorita Mapp, de hecho, abandonó su *sargentesco* dibujo de la ría, y comenzó uno nuevo en ese mirador.

Durante un par de días no hubo nada reseñable en la trascendental cuestión de la mujer que se vestía de hombre. Entonces, una mañana, las ruedas del destino comenzaron a girar. La señorita Mapp vio salir por la puerta de Suntrap una silla de ruedas, y después, apoyándose pesadamente en dos bastones, salió una mujer anciana, que se sentó en ella. La empujó calle arriba, por Curfew Street, el jardinero que trabajaba para la señorita Mapp a tiempo parcial. Fisgonear en asuntos ajenos era algo que la señorita Mapp aborrecía, y con un gran esfuerzo y con mano temblorosa, continuó trabajando en su dibujo sin ir detrás de la silla de ruedas, y sin tener siquiera una visión clara de su ocupante. Pero apenas diez minutos después se convenció de que no tenía sentido seguir con sus esfuerzos artísticos, cuando sentía la abrumadora llamada del interés humano. Embutiendo de mala manera sus trastos de pintar en su cartera, se apresuró a bajar por otra calle hacia High Street, por donde la silla de ruedas presumiblemente acabaría pasando. Pero antes de llegar, se topó con Diva, que iba trotando hacia su casa. En cuanto estuvieron a una distancia óptima para hablar y entenderse, ambas comenzaron un intercambio de frases telegráficas, ambas sin resuello.

—Una silla de ruedas. Ha salido de Suntrap —empezó la señorita Mapp.

—Así es —asintió Diva—. La vi ayer por la puerta, que la tenían abierta.

—Han bajado hacia High Street —dijo la señorita Mapp.

—Me he cruzado con ella dos veces —dijo Diva orgullosa.

—¿Qué aspecto tiene? —dijo la señorita Mapp—. Solo la he visto de lejos.

—Bastante vieja —dijo Diva—. Diría que entre cincuenta y sesenta. ¿Cuánto tiempo hace que la viste en el *music hall*?

—Diez años. Pero en aquel entonces parecía bastante joven... Vamos al cenador de mi jardín, Diva. Desde allí podemos mirar en todas direcciones, y podremos hablar tranquilamente.

Las dos mujeres se apresuraron a apostarse en la amplia ventana del cenador y, después de recobrar el aliento, continuaron la conversación de un modo menos espasmódico.

—¿Sabes?, resulta un poco desconcertante... —comenzó la señorita Mapp—. Estoy segura de que no fue hace más de diez años y, como te digo, parecía bastante joven. Pero, claro, el maquillaje puede obrar milagros, y también supongo que el travestismo es una vida que envejece bastante. Diez años de travestismo fácilmente pueden haberla convertido en una vieja.

—Ya, pero no tan vieja... —objetó Diva—. Y está muy coja: dos bastones, y tiene muchas dificultades para caminar. ¿Ya estaba coja cuando la viste en el escenario?

—De eso no me acuerdo —dijo la señorita Mapp—. De todos modos, no creo que estuviera coja, porque hacía de Romeo, y escalaba hasta un balcón bastante alto. ¿Qué cara tenía?

—Muy agradable y afable —dijo Diva—, pero guiñaba mucho los ojos y tenía bastante bigote.

La señorita Mapp lanzó una carcajada bastante desagradable.

—Bueno, eso le concedería ciertas ventajas a la hora de hacer de hombre —dijo—. Continúa, Diva. ¿Qué más?

—Estuvo en la tienda, y Cannick se apresuró a atenderla del modo más adulator que yo haya visto. Creo que encargó algo... No pude enterarme de qué, para que se lo subieran a Suntrap. También dijo algún nombre, que no pude oír, pero estoy segura de que no dijo «Lady Deal». Me habría dado cuenta enseguida.

De repente, la señorita Mapp señaló a la calle.

—Mira, ahí sube el chico de los recados de Cannick —di-jo—. Se han dado prisa. Supongo que será porque es una vizcondesa. Lo que te puedo decir es que a veces me toca esperar horas hasta que me traen un encargo. ¡Vaya individuo más servil! ¡Acabo de tener una idea! —exclamó, y salió corriendo a la calle.

—Buenos días, Thomas —dijo—. Te estaba esperando para encargarte que me trajeras... Espera que me acuerde ahora, ¿qué era, qué era? Menuda cesta tan pesada que llevas. Déjala en mi escalinata, a ver si me acuerdo.

Puede que la cesta fuera pesada, pero su contenido no, porque solo tenía en su interior un par de paquetes pequeños. La destinataria y la dirección estaban escritas claramente y, habiéndolo comprobado, la señorita Mapp se acordó de que tenía que encargarle una libra de manzanas, y volvió rápidamente al cenador.

—Para la señorita Mackintosh, Suntrap —dijo—. ¿Qué te parece, Diva?

—No me parece nada —dijo Diva.

—Entonces yo te lo diré. Lady Deal quiere dejar atrás su pasado, y se ha cambiado el nombre. Yo diría que eso es un embuste prodigioso, y estoy dispuesta a pensar de ella aún peor que antes. Menos mal que pude averiguarlo.

—Esa suposición es descabellada —dijo Diva—, y no explica el resto. Es mucho más vieja de lo que debería ser si hubiera estado actuando hace diez años. Además, no ha dicho que sea lady Deal en absoluto. Puede que diga la verdad, ¿sabes?

La señorita Mapp se exasperó, y con toda la razón, y más cuando alguna mínima duda de ese tipo ya se le había pasado a ella por la cabeza: sería muy humillante si toda su información, la primera y la mejor, resultara ser falsa. Pero su vigorosa personalidad rechazó aquella idea y menospreció las palabras de Diva.

—Teniendo en cuenta que sé que lady Deal ha comprado Suntrap —dijo—, y que ella era una virago que se vestía de hombre, y que efectivamente llegó al pueblo hace unos pocos días, y que esa mujer y su silla de ruedas han salido de Suntrap, no creo que pueda haber mucha discusión al respecto. Así que, Diva, es lo que te digo yo.

Diva se dio por vencida con un resoplido.

—Como siempre estás convencida de que tienes razón, querida —dijo—, no voy a molestarte en discutirlo.

—Muy inteligente por tu parte, querida —observó Elizabeth.

La dictadura social de la señorita Mapp sobre las damas de Tilling hacía tiempo que era insoslayable, pero de vez en cuando surgían indicios de levantamientos rebeldes. Gracias a su autoritaria personalidad, las rebeliones nunca habían adquirido dimensiones realmente peligrosas, porque Diva, que generalmente era la cabecilla de aquellos levantamientos, no tenía la misma solidez moral que Elizabeth Mapp. Pero ahora,

cuando Elizabeth era extraordinariamente superior, los vientos del bolchevismo comenzaron a rondar la cabeza de Diva. Además, la visión de aquella desconcertante virago travestida, vieja, medio ciega y bigotuda, había avivado el gran deseo que ya tenía de conocerla y de saber qué se sentía al ser Romeo en el escenario de un *music hall*. Después de años de delirante existencia, estar postrada en una silla de ruedas y acabar en Suntrap y en Tilling... ¡Qué vida tan maravillosa! Y bajo todo aquello subyacía la vaga idea de que Elizabeth había conseguido su información de algún modo clandestino y fraudulento, por eso lo había embrollado todo. A pesar de su clarividencia intelectual y de su fortaleza, de vez en cuando, Elizabeth organizaba un embrollo monumental. Sería más delicioso que la miel y treinta colmenas juntas pillarla en un renuncio. Así, en un estado de turbio rencor, Diva se fue a su casa a comer y a concentrarse en cómo vengarse de Elizabeth.

Pues bien, le dio por recordar que la señora Bartlett, la mujer del vicario de Tilling, no se había mostrado tan impresionada como cabría esperar cuando, durante los ensayos del coro, le había comunicado la identidad y el tumultuoso pasado de la nueva parroquiana. En realidad, la señora Bartlett había murmurado: «Oh, qué emocionante..., quiero decir, qué espeluznante», pero Diva sospechó que en absoluto quería decir «espeluznante». Así que, aquella misma tarde, se dejó caer por la vicaría con un par de calcetines que había tejido para el árbol de Navidad que adornaría el asilo de pobres (aunque para dichas fiestas aún faltaran más de tres meses). Después de los comentarios de rigor a su recado caritativo, entró de lleno en el tema importante.

—¡Pobre mujer! —exclamó—. La llevaban en una silla de ruedas por High Street esta mañana, y parecía muy sola. Por muchos hombres que haya representado, es una mujer acabada. Ya nunca volverá a ser Romeo.

—No, desde luego, pobrecita —dijo la señora Bartlett—. ¡Dios mío, cuánto debe añorar aquellos tiempos tan emocionantes! Me pregunto si escribirá sus memorias; la mayor parte de la gente que ha tenido un pasado turbulento lo hace. Claro que, si una no ha tenido una vida interesante, no tiene nada sobre lo que escribir. ¡No me gustaría leer las memorias de lady Deal! ¡Pero sería emocionantísimo oírla hablar de todo eso! ¡Si pudiéramos...!

—Yo pienso lo mismo —dijo Diva—. Y, además, todo el asunto resulta bastante misterioso. ¿Qué te parece si tú y yo vamos a hacerle una visita? Es más, yo creo que casi es tu obligación hacerlo, como esposa del vicario que eres. Su establecimiento en Tilling tiene visos de claro arrepentimiento, en cuyo caso deberías dar ejemplo, Evie, de ser cariñosa y amigable.

—¿Pero qué diría Elizabeth Mapp? —preguntó la señora Bartlett—. Dice que nadie debería hablar con esa mujer.

—¡Bah! —exclamó Diva—. Si vas a visitarla, Evie, yo iré contigo. Y, por otra parte, ¿es realmente cierto que esa señora es lady Deal?

—Oh, espero que sí.

—Sí, y yo, desde luego, pero en lo único en lo que nos basamos para afirmarlo de momento es en que Elizabeth dice que lady Deal ha comprado Suntrap. ¿Y quién se lo dijo a Elizabeth? Todo, muy propio de Elizabeth. Vayamos y visitemos a esa señora,

Evie. Ahora, ya.

—Oh, ¿pero nos atreveremos a...? —dijo la timorata Evie—. Elizabeth nos va a ver. Está ahí fuera, en la esquina, dibujando.

—No, eso era esta mañana —dijo Diva—. Además, ¿qué importa si nos ve?

Los calcetines para el árbol de Navidad se quedaron allí, olvidados por completo, en un paquete sin abrir, y las dos mujeres salieron a la calle. La señora Bartlett miraba de reojo a todas partes, con aire tímido y esquivo. Pero no había ni rastro de Elizabeth y llegaron a Suntrap sin que nadie las viera. Llamaron y preguntaron si lady Deal se encontraba en casa.

—No, señora —dijo Susie—. Su señoría solo se quedó aquí dos noches, mientras se instalaba la señorita Mackintosh, pero puede que vuelva mañana. La señorita Mackintosh sí que está en casa.

Susie las condujo hasta el salón, y allí, al parecer, estaba la señorita Mackintosh.

—Qué amables han sido ustedes, viniendo a visitarme —dijo—. Disculpen que no me levante; estoy muy mala de las piernas. Susie, por favor, trae té.

Por supuesto, resultó bastante decepcionante saber que la señora de la silla de ruedas no era la travestida arrepentida, pero el frío de aquella circunstancia quedó atemperado por la certeza de que Elizabeth había estado completamente perdida, y muy lejos de encontrarse. La anfitriona parecía una mujer extraordinariamente agradable y, con el amigable estímulo del té, a las dos visitantes se le ofrecieron incluso mejores y más brillantes perspectivas de novedosas informaciones.

—He de decir que ya me encanta Tilling —dijo la señorita Mackintosh—. Y lady Deal adora este pueblecito. Bueno, esta es su casa, no la mía, ya saben... Pero creo que lo mejor será que se lo explique todo, y luego podrán preguntarme lo que quieran. Verán, yo soy la antigua institutriz de Florence, y Susie es su antigua niñera, y Florence quería que tuviéramos un lugar donde viviéramos cómodas y felices, y al mismo tiempo contar con una pequeña casita donde dejarse caer cuando estuviera absolutamente agotada de su trabajo.

La cabeza de Diva había comenzado a dar vueltas como un torbellino. Parecía que aquella Florence era lady Deal, pero, según el Anuario Nobiliario, lady Deal se llamaba Helena Herman. A lo mejor se llamaba Florence Helena Herman. «No tardará en ponerse en claro todo esto», pensó; «en cualquier caso, ahora va a contarnos lo del trabajo de lady Deal».

—Su trabajo debe de ser agotador, ya lo creo —dijo Evie.

—Sí, y siempre acaba rendida —dijo la señorita Mackintosh—. Las chicas exploradoras^[44], las reuniones con las madres, la Liga Primrose, y ahora va a presentarse al Parlamento. Pero siempre es así; vino aquí la semana pasada, antes de que yo llegara, con la idea de instalar todo el mobiliario y ocuparse de que todo estuviera en su lugar y me resultara cómodo, para cuando yo llegara. Y volverá mañana para pasar una semana aquí, espero. ¿Querrán venir ustedes a conocerla? Le encantaría conocer bien Tilling. ¿No jugarán ustedes al *bridge* por casualidad? Florence adora el *bridge*.

—Sí, nosotros jugamos mucho aquí en Tilling —dijo Diva—. Somos también unos fervientes aficionados.

—Eso es genial. Muy bien, voy a insistir en que ustedes dos vengán a cenar mañana con nosotras, y jugaremos una partida y charlaremos amigablemente. Espero que ustedes odien y reprobén esa nueva norma de la mayoría tanto como nosotras.

—La detestamos profundamente —convino Diva.

—Espléndido. Vengán entonces mañana. Y ahora, me encantaría saber una cosa. ¿Quién es esa dama misteriosa que vino aquella tarde, cuando Florence estuvo aquí para el traslado de los muebles, y que regresó una hora o un par de horas después y pidió que le devolvieran la tarjeta que había dejado, con instrucciones precisas de que se la dieran a lady Deal? Florence está muy intrigada al respecto. Era un nombre muy corto, como Tap o Rap. Susie no se acuerda.

De repente, Evie dejó escapar una chillona cascada de gritos en forma de risa.

—Ay, Dios mío —dijo—. Debió de ser la señorita Mapp. La señorita Mapp es un personaje muy importante en Tilling. ¡Y vino aquí! ¡Imagínese!

—¿Pero por qué regresó y se llevó la tarjeta de visita? —preguntó la señorita Mackintosh—. Le dije a Florence que la señorita Mapp debía de haber oído algo terrible sobre ella. Y, de todos modos, ¿cómo sabía ella que lady Deal iba a venir a este pueblo? La casa la compró a mi nombre.

—Es justo lo que nosotras también deseamos saber —dijo Diva con vehemencia—. Ella dice que se lo dijeron en Londres.

—¿Pero quién? —preguntó la señorita Mackintosh—. Florence solo tenía previsto quedarse aquel día a la hora de comer, y le dijo a su mayordomo que llamara a Susie y le dijera que iba a venir.

Los ojos de Diva se abrieron como platos y brillaron animados por el razonamiento deductivo.

—Creo que avanzamos en la buena dirección —dijo—. ¿Cree que es posible que, por alguna misteriosa razón, la señorita Mapp recibiera el mensaje del mayordomo de lady Deal? ¿Cuál es su número de teléfono?

—Tilling 76 —dijo la señorita Mackintosh.

Evie lanzó tres gritillos de éxtasis.

—¡Oh, eso es, eso es! —bramó—. El de Elizabeth Mapp es Tilling 67. Ha sido un descuido por su parte, pero todo resulta muy claro y evidente. Y es verdad que lo supo por alguien de Londres. Totalmente cierto, y también terriblemente falso y engañoso, y *muy propio* de ella. ¿A que sí, Diva? Bueno, se tiene bien merecido que lo hayamos descubierto.

Desde luego, la señorita Mackintosh era una verdadera tillinguense.

—¡Qué maravilla! —dijo—. Cuéntemelo todo sobre la señorita Mapp. Pero antes, dígame, ¿por qué vino a llevarse su tarjeta de visita?

Diva miró a Evie, y Evie miró a Diva.

—Díselo —dijo Evie.

—Bueno, la cosa fue así... —dijo Diva—. Digamos que supo por el mayordomo que lady Deal iba a venir...

—Y luego llamó aquí para repetirlo —interrumpió la señorita Mackintosh—. Porque Susie recogió el recado por teléfono y dijo que se oía maravillosamente bien para ser una

conferencia. Eso lo explica todo. Por favor, continúe.

—Y luego Elizabeth Mapp vino —continuó Diva— y dejó su tarjeta de visita. Yo no lo sabía, hasta que me lo ha dicho usted ahora mismo. Y entonces entro yo. Yo me encontré con la señorita Mapp esa misma tarde, y me dijo que lady Deal, tal y como había oído en Londres, había comprado esta residencia. Así que buscamos a lady Deal en un viejísimo Anuario Nobiliario que tenía en casa.

La señorita Mackintosh agitó las manos emocionada.

—Oh, no siga, no siga, por favor; déjeme que adivine —le rogó—. Me volveré loca de alegría si estoy en lo cierto. Era un Anuario Nobiliario antiguo, y allí decía que lady Deal era Helena Herman.

—A la que la señorita Mapp había visto hace diez años en un espectáculo de *music hall*, vestida de hombre —exclamó Diva.

—¡Y entonces se negó a conocerla! —interrumpió la señorita Mackintosh.

—Sí, así es, pero eso no es todo. Espero que no le importe, pero la cosa es más jugosa. La señorita Mapp la vio a usted esta mañana salir de su casa en la silla de ruedas, y estaba segura de que usted era *esa* lady Deal.

Las tres mujeres se encogían y se balanceaban de risa. A veces una parecía controlarse, y a veces dos, pero la otra volvía a contagiarnos, y así continuaron, con solos, duetos y coros de carcajadas, hasta que no pudieron más.

—Pero aún queda un misterio —dijo Diva al final, enjugándose las lágrimas de la risa—. ¿Por qué el Anuario Nobiliario decía que lady Deal era Helena Herman?

—Oh, es que ella fue la última lady Deal —dijo la señorita Mackintosh. Helena Herman, esposa de lord Deal, murió sin hijos, y el vizcondado de lord Deal pasó a *mi* lady Deal. Primas.

—Menuda lección para Elizabeth Mapp —dijo Diva—. Mejor que se gaste un poco de dinero en otro Anuario Nobiliario en vez de andar enfangándolo todo. Pero esta visita ya está siendo demasiado larga. Debemos irnos.

—Mañana por la noche se lo contaremos todo, de principio a fin, a Florence —dijo la señorita Mackintosh—. Prometo no decirle ni media palabra hasta mañana. Se lo contaremos las tres juntas.

—Oh, es muy amable por su parte —dijo Diva.

—Es lo justo. ¿Y qué me dicen de la señorita Mapp? ¿Quién se lo dirá?

—Lo iré averiguando poco a poco —dijo la implacable Diva—. Le dolerá más poquito a poco.

—Oh, no le hagan daño —dijo la señorita Mackintosh—. Es una joya. Me encanta.

—Y a nosotras también —dijo Diva—. Pero nos gusta darle una lección de vez en cuando. Y a usted también le gustará, cuando la conozca.



EDWARD FREDERIC BENSON nació en Wellington College (Berkshire, Inglaterra) en 1867. Fue hijo del director de escuela, y más tarde Arzobispo de Canterbury, Edward White Benson, y de Mary Sidgwick Benson («Minnie»), descrita por William Gladstone como «la mujer más brillante de Europa».

A la muerte de su marido, Minnie formaría un «matrimonio de Boston» con Lucy Tait, hija del anterior Arzobispo de Canterbury. Benson fue hermano de una estirpe de escritores: A. C. Benson, Robert Hugh Benson y Margaret Benson, que además fue egiptóloga. Se afirma que los tres hermanos eran homosexuales, incluido E. F. Benson; de hecho, ninguno de ellos se casó. Tuvo otros dos hermanos que murieron jóvenes. En su juventud, E. F. Benson fue un excelente atleta y representó a Inglaterra en diversos campeonatos internacionales en la modalidad de patinaje artístico. Asimismo, fue un precoz y prolífico escritor, y publicó su primer libro cuando todavía era un estudiante. Aunque a él le gustaba considerarse un escritor de relatos de terror, hoy es conocido principalmente por su famosísima serie de novelas protagonizadas por las dos heroínas de la muy british burguesía rural, Elizabeth Mapp y Emmeline «Lucía» Lucas, *Mapp y Lucía*, que escribió ya a edad bastante avanzada y que constituyen uno de los ejemplos más notables de comedia social inglesa de la primera parte del siglo XX. La serie consiste en seis novelas, *Reina Lucía* (1920), *La señorita Mapp Mapp* (1922), *Lucia in London* (1927), *Mapp y Lucía* (1931), *Lucia's Progress* (1935) y *Trouble for Lucia* (1939), además de dos historias cortas, «The Male Impersonator», que tradicionalmente aparece como apéndice a la novela *Miss Mapp*, y «Desirable Residences». Benson, escritor victoriano, como M. R. James, es muy conocido también por sus historias de fantasmas, las cuales aparecen frecuentemente en antologías del género. En ellas, Benson evita los típicos escenarios góticos, buscando ámbitos más cotidianos. Cabe reseñar «La confesión de Charles Linkworth», «El terror nocturno» o «Un cuento sobre una casa vacía». E. F. Benson murió en Londres en 1940.

NOTAS

[1] *Qui-hi!* (del hindi-urdu *koohee-hye*; lit.: «¿Hay alguien ahí?») era la forma en que los ingleses llamaban a los criados en la India de la época colonial. <<

[2] David Lloyd George (1863-1945) fue primer ministro británico entre 1916 y 1922, y un firme partidario del «horario de verano», que generó fuertes controversias desde su implantación en los primeros años del siglo XX.

<<

[3] Diva Plaistow debe su nombre a Lady Godiva, una hermosísima dama protagonista de una leyenda medieval británica. <<

[4] La sobretasa o *supertax* se implantó por vez primera en 1906 y gravaba a quienes poseían rentas especialmente altas (más de 5000 libras en aquel momento). Es obvio que la señorita Mapp se enfada porque ella no alcanza ni de lejos esa renta. <<

[5] Se trata del rey Juan Sin Tierra (King John, *The Bad*, 1166-1216), que en su huida llevó consigo las joyas de la corona de Inglaterra. En su desesperación, quiso cruzar las carretas a través de los pantanos de Walsh y su inmenso tesoro se hundió y perdió para siempre. <<

[6] «Padre», en castellano en el original. <<

[7] La hermosísima Lady Godiva de la leyenda intercedió ante los súbditos de su noble marido para que no pagaran tantos impuestos. Su esposo le aseguró que lo haría si ella paseaba, desnuda, a caballo por el pueblo; la dama llegó a un acuerdo con los ciudadanos, que se metieron en sus casas y se negaron a mirarla, salvo Tom el Mirón (Peeping Tom). El marido tuvo que aceptar su derrota. <<

[8] Es una de las escasísimas referencias a la Gran Guerra (1914-1918). <<

[9] Titania es la reina de las hadas, y aunque su historia es de raigambre clásica, es famosa sobre todo por su protagonismo en *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare. <<

[10] La primera huelga relevante de la minería del carbón en el Reino Unido tuvo lugar en 1912, pero tras la Primera Guerra Mundial la industria minera sufrió graves altibajos en la isla, a causa de las importaciones y el descenso de los precios. Desde tiempo atrás, se hablaba de una huelga de la minería que finalmente adquirió la forma de una traumática huelga general en 1926. <<

[11] Bovril es un producto de concentrado de caldo de vaca. <<

[12] La expresión «amapolas en el maíz» («*poppies in the corn*») no es ni de G. B. Shaw ni de Clement Shorter, sino del crítico y dramaturgo Clement Scott (1841-1904), y aparece en una obra titulada *The Garden of Sleep*.. <<

[13] Venus Anadiómena (Anadyomene). <<

[14] Es el primer verso de *The Patriot*, un poema de Robert Browning (1812-1889): «It was roses, roses all the way». <<

[15] Naturalmente, la idea de «la señorita Rossetti» era bien distinta cuando compuso *A Birthday*: «The birthday of my life / is come, my love is come to me»; Christina Georgina Rossetti (1830-1894). <<

[16] «Shot like a streamer of the northern morn», es un verso de Alfred Tennyson (1809-1892), de sus *Idilios del rey*. <<

[17] Locución latina, «*nemine contradicente*»: sin oposición, por unanimidad. <<

[18] A los miembros de la tribu de Anak se les considera gigantes en los textos sagrados. <<

[19] «The roseate morn hath passed away», un himno anglicano de 1864, de Godfrey Thring. <<

[20] P&O es la compañía de barcos de viajeros más antigua del mundo, fundada en 1837. <<

[21] El capitán Puffin se refiere a las campanadas que se daban para indicar las horas de guardia en los barcos. Cada turno tenía ocho toques de campana (de una a ocho), que se hacían sonar cada media hora. El primer turno iba de 12.30 a 4.00 de la madrugada: a esa hora sonaban las ocho campanadas y cambiaba la guardia al turno de mañana. <<

[22] Como en tantos otros casos, Benson juega con las palabras en escenas intraducibles: en esta ocasión, las figuras que en castellano se llaman «padrinos», y que ejercen de testigos en los duelos, se llaman en inglés «*seconds*» o «segundos». El capitán Flint, muy ebrio, dice exactamente: «Los segundos no tendrán que esperar ni un segundo». <<

[23] E. F. Benson, siempre dispuesto a burlarse amablemente de las teorías místicas y psicologistas de su tiempo, hace referencia aquí a unas ideas propuestas por el psiquiatra canadiense Richard M. Bucke en su libro *Cosmic Consciousness*, de 1901. <<

[24] Benson no se refiere aquí, naturalmente, a la Guerra de las Rosas del siglo XV entre las casas de Lancaster y Plantagenet, sino a la guerra de las flores de cretona de Diva y la señorita Mapp. <<

[25] Hay en los textos sagrados varios personajes con este nombre; Benson se refiere aquí al Ananías de Act. 5, 1; que mintió en la venta de un campo y fue castigado por Dios. <<

[26] «Children, dear, it was yesterday?», es un verso de *The Forsaken Merman*, de Matthew Arnold (1822-1888), considerado con los citados Tennyson y Browning, el tercer gran poeta victoriano inglés. <<

[27] Philip D. Stanhope, lord Chesterfield (1694-1773), ladino, retorcido y práctico, de quien el doctor Johnson dijo que tenía la moral de una prostituta y los modales de un maestro de baile. <<

[28] Aunque en esta novela no lo explica, en *Mapp y Lucía* E. F. Benson relata pormenorizadamente las manías gastronómicas del señor Wyse, empeñado en llamar desayuno al almuerzo y almuerzo a la cena. <<

[29] La dalia no soporta bien el calor, y tiene «reputación» de flor otoñal. <<

[30] «... stains the white radiance of Eternity». Verso de la elegía que P. B. Shelley escribió a la muerte del malogrado poeta John Keats: *Adonais*. <<

[31] Se refiere a un juego o entretenimiento navideño llamado «*Snapdragons raisins*»: en una fuente con pasas se echa brandy caliente y se quema (de ahí las llamas y brillos azules a los que se refiere la señorita Mapp); el juego consiste en coger las pasas y comérselas... con el riesgo de quemarse si no se cierra pronto la boca. <<

[32] Tributo, homenaje, loa, alabanza. <<

[33] Robert Louis Stevenson, *The Weir of Hermiston*, VIII (1896). [Esta referencia concreta se ha tomado del utilísimo *Mapp & Lucia Glossary* de Deryck Solomon]. <<

[34] En otras novelas de la serie, Faradiddleone, una burla sobre Faraglione («farallón»). Faradiddleone es un juego de palabras en realidad: «*Far a diddle one*», esto es: una gran estafa, una gran mentira. <<

[35] Se trata de una antigua ley consuetudinaria británica (*Ancient Lights*) que, en general, prohíbe la construcción de estructuras que puedan obstruir o quitar la luz de ventanas vecinas. <<

[36] Divinidad o símbolo de la avaricia en la Antigüedad y en algunos textos sagrados. <<

[37] La señorita Mapp utiliza una forma antigua, «*Thinketh no evil*», de 1Cor 13, 5. <<

[38] Aunque no se dice claramente, en Tilling se seguía haciendo uso de una costumbre decimonónica, que consistía en que las damas salían del comedor e iban a otra sala tras las cenas; los caballeros se quedaban bebiendo y hablando de política y luego se unían a ellas. <<

[39] Se refiere al pasaje del «Génesis» en el que Jacob entrega a su hijo José una túnica «de muchos colores»; en realidad, esta parece ser una traducción errónea. Las versiones modernas (Gén 37, 3) ya no hablan de los colores de la túnica de José. <<

[40] El relato breve «The Male Impersonator» (lit., la mujer que se viste o se disfraza de hombre) vio la luz por vez primera en 1929, pero desde entonces y tradicionalmente se ha publicado conjuntamente con la novela *La señorita Mapp*, de 1922. El travestismo femenino, habitual en la época victoriana, estuvo de plena actualidad en el alegre período de entreguerras, con las famosas Vesta Tilley, Ella Shields o Hetty King, todas ellas *male impersonators* o viragos. Por razones personales y familiares, la homosexualidad era un asunto especialmente relevante para E. F. Benson. <<

[41] John S. Sargent (1856-1925). <<

[42] En febrero de 1928, entraron en vigor las nuevas normas del bridge, auspiciadas por el Portland Club, pero aceptadas por buena parte de los clubes británicos. El asunto tuvo tanta trascendencia que durante dos años aparecieron reseñas, artículos y comentarios al respecto. En esencia, la cuestión era la siguiente: en Tilling, como en el resto del mundo, el *bridge* que se jugaba habitualmente era el llamado *auction bridge*, en el que —como se ha visto en la novela precedente—, los jugadores apuestan el número de bazas que creen que pueden ganar. A partir de 1925, los clubes de *bridge* emprendieron una gran reforma que simplificaba el juego y esta modalidad se denominó *contract bridge*. A pesar de la señorita Mapp, esta fue la fórmula que finalmente triunfó, desbancando para siempre a la antigua modalidad. La regla de la mayoría afecta al número de cartas del mismo palo que se poseen. <<

[43] Entiéndase que se trataba de un teléfono de los años veinte, con el auricular móvil, y el micrófono probablemente encastrado en el aparato. <<

[44] Se refiere a las Girl Guides o Girl Scouts. La Primrose League, a la que se refiere inmediatamente después, era una organización conservadora fundada en 1883 bajo el lema «*Imperium et Libertas*». <<